NOE CASADO

YA NO CREO EN TUS PROMESAS

esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Lema
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Banda sonora
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Una trepidante novela romántica en la que un supuesto feliz matrimonio acabará desencadenando una trama repleta de acción, engaños e intriga.

Desde que conocí a Finley mi vida ha sido un cuento de hadas: un matrimonio de película, lujo por doquier y un hombre a mi lado que me ha hecho feliz durante todo el tiempo que ha durado el engaño.

Nunca imaginé que mi marido llevara una doble vida, por eso me sentí tan traicionada cuando lo descubrí y decidí alejarme de él.

Sin embargo, Finley no estaba dispuesto a consentir mi marcha. Yo era una pieza que no se podía permitir perder en su retorcido plan, así que ideó otro mucho más retorcido que el anterior para que volviera.

¿Para qué? Supongo que para recuperar su «inversión», es decir, a mí, porque eso es lo que me consideraba.

Mandarlo a paseo sin duda era lo más acertado para mi paz mental, pero él disponía de los medios y los contactos para hacerme la vida imposible. Así que me vi forzada a aceptar un trato que pisoteaba mis principios.

Y tampoco estaba preparada para lo que ocurrió después...

Ya no creo en tus promesas

Noe Casado

Esencia/Planeta

El hombre nunca es sincero cuando interpreta su propio personaje.
Dale una máscara y te contará la verdad.

OSCAR WILDE

Capítulo 1

En la actualidad
Despacho del bufete de abogados Bécquer & Castellanos, España
11.30 horas

SIENA

Mi abogado, un tipo amable pero frío, habla sin parar por el móvil, pues sé lo solicitado que está, mientras esperamos en su despacho del bufete a que aparezca mi aún marido con su representante legal.

¿Estoy nerviosa? Pues sí, no soy capaz de controlarme, ya que llevo esperando un año (de hecho algo más) a que llegue este momento. Y es que Finley, de apellidos *Escurridizo* y *Taimado*, lleva esquivando este encuentro con artimañas y excusas.

Y todo después de haberse comportado como un cabrón, pues en vez de dar la cara se ha dedicado a acosarme, a acojonarme; no obstante, he logrado llegar hasta aquí, aunque no ha resultado sencillo. Han sido muchas noches en vela preguntándome hasta dónde sería capaz de llegar Finley para salirse con la suya.

Y lo más triste: sintiéndome incluso culpable por no haber visto antes su verdadera forma de ser.

Por fin ha accedido a reunirse conmigo. En breve veré qué pretende realmente, pues dudo mucho que acepte un acuerdo de divorcio sin más. Y no serán razones económicas las que nos enfrenten. Para Finley es una cuestión de orgullo más que otra cosa. Para mí, supervivencia.

Yo quiero poner fin a nuestro matrimonio, algo que deseo como ninguna otra cosa, pues, tras descubrir quién era en realidad, no fui capaz de seguir ni un minuto más junto a él. Me sentí, aparte de engañada, cómplice de sus chanchullos. Hice las maletas y volví a España, dejando atrás una vida de lujos y mentiras para acabar en una buhardilla de alquiler de apenas cuarenta metros cuadrados, sin

ascensor y casi sin luz.

Y es que viví nueve años dentro de una bonita película en la que yo era la protagonista, pero sin voz ni voto. Disponía de tarjetas de crédito con límites indecentes, un ático en la mejor zona de Manhattan, servicio doméstico, chófer y cuantos caprichos imaginéis con tal de que siguiera el guion.... que escribía Finley; bueno, siempre y cuando esa sea su auténtica identidad porque, entre las muchas mentiras y omisiones de la verdad, puede estar su nombre real.

Yo, una recién licenciada en Relaciones Internacionales, con veinticuatro ingenuos años acabados de cumplir, me casé hace diez con un tal Finley Tremair, de nacionalidad canadiense aunque afincado en Estados Unidos. El hombre perfecto (atención: *spoiler,* el hombre perfecto no existe; esto lo descubrí tiempo después, pero os lo digo para ahorraros el disgusto) que toda buena novelita romántica nos vende. Ni una sola objeción le puse porque representaba ese estúpido y repetido ideal que a priori engancha (como la droga).

Ahí va un resumen de lo que me cegó por completo y me mantuvo años engañada y que, de no ser por una casualidad, seguramente aún no habría descubierto.

Primero (topicazo): de profesión empresario de éxito (obviamente porque, si fuera un fracasado, desmontaría el topicazo). Finley tiene una empresa de importación y exportación de artículos de lujo, aunque, si bien es rentable, no es sino una tapadera de su verdadera actividad.

Segundo (topicazo también): su aspecto, en una palabra, impecable. Mi marido es guapo y se cuida. Gasta dinero en su vestuario y apariencia. No escatima recursos. Él lo sabe y por eso nunca ha dudado en recurrir a sus encantos para engatusar a quien quiera, incluso a otros hombres.

Tercero: su edad. Tiene diez años más que yo y no sé por qué (si hay alguna psicóloga cerca que me lo explique) esta diferencia de edad nos resulta tan atractiva. ¿Será que valoramos la experiencia? ¿Será que somos gilipollas?

Cuarto (topicazo): es generoso. Sí, ya me entendéis, el típico tío que al poco de conocerte gasta dinero en ti sin mirar. Pero, como todo en esta vida, existe una contrapartida. No lo hace de manera altruista, es siempre una inversión.

Finley era el prototipo, y lo sigue siendo pese a haber cumplido

los cuarenta y tres, de hombre que apabulla no solo por su apariencia física, sino también por sus exquisitos modales y su capacidad para empatizar y cautivar a cualquiera.

Quinto (esta la estabais esperando, ¿a que sí?): sus artes amatorias. Pues sí, folla como nadie. (Doy por hecho que la práctica hace al maestro.) Pero, atención, aquí hay truco porque, claro, yo lo conocí con veintitrés y como es lógico a esa edad una no ha tenido tiempo de experimentar toda la oferta sexual disponible (a quien lo haya conseguido, enhorabuena; mi carrera universitaria exigía muchas horas), así que llegó un treintañero cañón y, ¡zas!, me llevó al huerto (hotel de cinco estrellas), me folló sin contemplaciones y yo caí en la trampa.

Sexto: los dineros. Esta no falla. ¿Cómo nos va a impresionar un cajero de supermercado con salario mínimo y un uniforme cuestionable? Pues por desgracia somos así de petardas. Cierto, hay ricos insufribles y pastosos; sin embargo, Finley es de esos que, si bien no se priva de nada, no hace ostentación de su cuenta corriente. Y como se suele decir: qué fácil es acostumbrarse a lo bueno.

La primera vez que puse un pie en su apartamento de Manhattan (bueno, él lo llama *apartamento*, yo diría más bien pisazo) me quedé ojiplática por el lujo y porque me saludó un mayordomo. ¡Y yo que pensaba que eso solo existía en las series de televisión!

Así que no es de extrañar que una estudiante veineañera, con su licenciatura en Relaciones Internacionales recién adquirida, se quedase prendada de un tipo diez años mayor que ella y que aceptara de buen grado el mundo que le ofrecía; ahora bien, ese mundo tan colorido, atractivo y especialmente lujoso conllevaba ponerse una venda y un bozal. Y no hablo solo del terreno sexual, sino del día a día.

Podría seguir enumerando las «virtudes» de Finley; no obstante, por hoy ya vale.

Por eso ahora estoy aquí, tras ver la luz y soportar un periplo de doce meses largos desde que abandoné a Finley sin escuchar ni una de sus mentiras, sin creerme sus justificaciones y sin mirar atrás.

Lo primero que hice al poner un pie en España fue llamar a mis padres y averiguar si el taimado de mi marido ya los había advertido de mi huida. Finley es hábil (se gana la vida con ello) tergiversando cualquier argumento hasta que le sea beneficioso. Es un maestro en

ese campo. Por suerte no molestó a mis padres ni a mi hermano, que siguen en el pequeño pueblecito donde me crie hasta que fui a la universidad. De ahí que descartara la idea de volver a casa y esconderme en Pardueles. Más que nada por dejar al margen a mi familia, que bastantes sacrificios hicieron ya para que yo pudiera estudiar una carrera en la capital. Y no quiero que bajo ningún concepto aproveche esa debilidad y los ponga en mi contra. Mis padres creen que es el yerno perfecto y mi hermano lo adora; por eso les he mentido diciéndoles que todo va genial entre nosotros y que en cuanto pueda iré a visitarlos.

Como estoy segura de que Finley ha accedido a los mensajes de mi teléfono (tiene en nómina a los mejores *hackers* y, pese a que compré uno nuevo aquí de prepago, eso no es obstáculo), los dejará tranquilos. Yo me siento una mierda al fingir que todo va bien porque me gustaría ir a Pardueles y respirar tranquilidad.

Por eso he sobrevivido este año trabajando en empleos con sueldos de miseria, como por ejemplo de reponedora en un supermercado o como camarera en un búrguer. Empleos en los que duraba con un poco de suerte tres semanas porque «misteriosamente» los encargados recibían malas y anónimas opiniones sobre mí.

Traducido: duraba en el puesto lo que las garras de Finley tardaban en encontrarme y ejecutar sus deseos.

Solo hay una cosa que de momento me ha mantenido con vida. Un salvoconducto que, por desgracia, a medida que pasan los días pierde validez. Y es que, antes de largarme con lo puesto de Manhattan, tras descubrir quién era de verdad y a qué se dedica Finley, pude hacer tres copias de todos sus archivos. Tres memorias UBS de las cuales él, con sus tentáculos, ha logrado recuperar dos.

La tercera la escondí en el único lugar donde creo que jamás mirará, y soy consciente de que quiere recuperarla a toda costa y por eso ha accedido finalmente a reunirse conmigo.

Tonta no soy y menos tras conocer sus métodos. Primero intentó hacerme creer que era mejor estar separados, para protegerme. Incluso recibí obsequios. Era chocante llegar a la buhardilla cochambrosa y ver a un repartidor entregarme una suculenta cesta provista de artículos gourmet. O peor aún, en el trabajo encontrarme un centro de flores valorado en casi mil euros con una nota afectuosa.

Después, al ver que no surtía efecto, pasó a la intimidación.

Despidos fulminantes en los empleos que conseguía (por suerte hay muchos puestos vacantes como esclava en la hostelería como para preocuparme) y allanamiento de morada. Si Finley o sus secuaces querían acceder a mi buhardilla tampoco tenían que esforzarse demasiado, pues la puerta apenas cierra con una vuelta y el cerrojo es de antes de la guerra y eso para su organización, acostumbrada a colarse en lugares protegidos con los últimos sistemas de seguridad, es pan comido.

Por supuesto esa tercera memoria USB no está en esa buhardilla. Solo hay algo que me da realmente miedo, y es que un día sea la policía y no los tipos que trabajan para mi marido quienes se presenten con una orden de registro, porque en ese caso sin duda encontrarán en el desvencijado armario cualquier sustancia ilegal y en suficiente cantidad como para meterme entre rejas. Por eso apenas tengo ropa y objetos, para limpiar con rapidez los estantes, revisarlos y asegurarme de que no hay nada. Incluso levanto la tapa de la cisterna para ver si hay algo dentro. Hasta ahí llega mi paranoia.

De hecho, cuando escapé de él, subí al avión siguiendo sus instrucciones (para despistar, obviamente) con una pequeña bolsa de viaje en la que solo llevaba algo de ropa y un poco de dinero, para tener siempre visible el equipaje y no encontrarme una desagradable sorpresa al pasar por el control de aduanas (algo que nunca hacía cuando viajábamos juntos, pues utilizábamos vuelos privados que escapan a ese control), por si los secuaces de Finley sospechaban y decidían actuar.

Durante todo este tiempo ha conocido mis movimientos y mi ubicación. Me he sentido observada, pero no ha sido capaz de doblegarme y todo por la información que tengo de él, de sus actividades, que, de salir a la luz, comprometerían a mucha gente importante.

Porque a eso se dedica Finley (o como quiera que se llame en realidad): a salvar el culo a millonarios de todo el mundo que se pasan por el forro las leyes, nacionales e internacionales, y necesitan limpiar su mierda... sin importarles ninguna consideración ética. Y no solo a millonarios, sino a empresas e incluso a gobiernos. Por desgracia, mi salvoconducto pierde efectividad a medida que pasa el tiempo, ya que la información que contiene sobre actividades ilícitas y maniobras de dudosa ética puede quedar desfasada y los delitos que contiene,

prescribir.

Miro a mi abogado, él no sabe de la misa la media sobre esto. Solo le conté que quería divorciarme y le pedí que tramitara los papeles. Él insistió, tras conocer el estado financiero de Finley, en que solicitáramos un buen pellizco; sin embargo, yo solo le pido una cantidad irrisoria para su cuenta bancaria. Quiero regresar a mi pueblo e instalarme allí, montar un pequeño negocio. Estudié Relaciones Internacionales con el ingenuo objetivo de acceder después a la carrera diplomática, pues me apasionaba la idea de viajar, pero ya no soy la Siena ilusa que se casó con veinticuatro años, sino una mujer en mitad de la treintena que ha aprendido la lección.

—Ha llegado —me informa el abogado acercándose.

Es un tipo muy profesional. Peina canas aunque mantiene su atractivo. Es de la vieja escuela. No me ha contado milongas y se ha limitado a hacer su trabajo. Es muy caro, pero curiosamente ha accedido a cobrar una cantidad que me parece más bien simbólica cuando el divorcio sea firme y yo reciba el dinero de Finley. ¿Por qué ha hecho esa excepción conmigo?

Supongo que es gracias a su mujer, Eliza. La conocí en una asociación que ayuda a mujeres como yo, sin un céntimo y que quieren salir adelante. Cuando me presentó a Gael, la primera impresión que tuve fue «con este no se mete nadie». Y así ha sido, porque mi marido ha utilizado todos sus recursos para dilatar el proceso, incluso solicitando que la vista por el divorcio no se celebrara en España, sino en Estados Unidos, sabiendo de antemano que allí me sería imposible pagar asesoramiento legal. Menos mal que Gael consiguió evitarlo gracias a que el matrimonio se llevó a cabo aquí.

Trago saliva. Voy a verlo porque anunció que vendría en persona. En las anteriores ocasiones enviaba a algún representante legal gilipollas, literalmente, porque en contra de todo buen juicio se presentaban chavales recién salidos de la facultad que, aparte de no saber hacer la o con un canuto, entorpecían el proceso.

—No tienes por qué decir nada —me recuerda, pues ha redactado el acuerdo y, si todo discurre con normalidad, firmaremos y listo.

—Lo intentaré —prometo en voz baja.

—Siena, de verdad, relájate. Ya no puede hacerte más daño.

Gael me ofrece una sonrisa discreta y comprensiva. Desde que lo conozco, rara vez finge diciendo o haciendo algo para que me sienta

mejor. Es brutalmente sincero. Y si bien a veces una agradece un poco de empatía, creo que en este caso merece la pena ser realista y ponerse en lo peor.

—Eso quisiera creer —contesto, porque nadie sabe de lo que es capaz Finley; solo yo.

Salimos de su despacho y me acompaña hasta una sala de reuniones bastante amplia... y agradezco el detalle, pues me sentiría incómoda si tuviera que compartir un espacio pequeño con Finley. Así al menos podré mantener una distancia.

Gael me indica que me siente a su izquierda. Deja delante de nosotros, sobre la mesa, el acuerdo que ha negociado y que espero que suponga el final de mi matrimonio. No ha sido fácil porque Finley, como ya he dicho, ha entorpecido todo el proceso con sus triquiñuelas. Pero, y no soy capaz de sospechar el motivo, ahora ha aceptado firmar el divorcio, o eso espero. Sigo desconfiando.

Seguro que existe un motivo oculto que lo beneficia, por supuesto, y aunque quisiera saber cuál es, con tal de acabar, optaré por no preguntar.

Llaman a la puerta y el secretario de Gael nos indica que el señor Tremair y su abogado ya están aquí.

El primero en aparecer es Steven y tengo que hacer enormes esfuerzos para no vomitar. Tras él, Finley, con su aspecto más pulcro. Tiene la imagen del típico cuarentón que se conserva estupendamente y viste acorde con su edad, con un toque moderno pero sin exagerar. Y así es, el muy cabrón lleva el mismo atuendo que usó en el último aniversario que celebramos juntos, el noveno. Traje azul de raya diplomática, camisa blanca y la corbata azul salpicada de pequeñas calaveras rojas con sus correspondientes tibias cruzadas —imitación de la bandera pirata— que le regalé aquel mismo día... y con la que después me ató al taburete de la cocina para, acto seguido, darse un festín entre mis piernas.

—Buenos días —los saluda Gael y, como cortesía, se acerca a ellos para estrecharles la mano e indicarles que tomen asiento al otro lado de la mesa.

Finley me mira y mantiene una expresión neutra. Sabe acojonar sin decir ni pío y no duda en hacerlo. A duras penas le sostengo la mirada. Sé qué pretende; para empezar, intimidarme, y está a un paso de lograrlo sobre todo porque yo, debido a mi precaria situación

económica, llevo ropa barata, hace meses que no piso una peluquería y he perdido bastante peso. En cambio, él va hecho un figurín y, si bien yo sé que tiene alguna que otra cana, en su pelo trigueño apenas se notan.

—Buenos días, señora Tremair —me saluda el cabrón de Steven, el abogado, confidente y tapadera de Finley.

—Es España, aquí las mujeres mantienen su apellido tras la boda —murmura Gael sin dirigirse a nadie en particular, pues está más atento a los papeles que tiene delante.

—Al casarse con mi cliente, obtuvo la nacionalidad americana.

Ganas de gritar «¡Métetela por el culo!» no me faltan, pero, siguiendo el consejo de mi abogado, me morderé la lengua.

—Dentro de unos minutos eso será irrelevante —añade Gael.

—¿No quiere mantenerla? —me pregunta Steven extrañado.

Es un supremacista asqueroso que se cree el rey del universo por ser blanco, protestante y estadounidense. La de veces que he discutido con él y la de veces que se ha referido a mí como «mujer latina» en tono despectivo.

—No —digo alto y claro.

Finley, que aún no ha abierto el pico, le hace un gesto para que no insista en ese punto.

Hay una diferencia palpable entre los dos tipos. Si fueran ladrones, Finley sería el de guante blanco; el elegante y seductor que te embaucaría con halagos, sonrisas y demás gestos galantes hasta desplumarte... y te darías cuenta de ello horas después de que lo hubiera hecho. En cambio, Steven sería el marrullero, el que no dudaría en amenazarte con una pistola para robarte las vueltas del pan. De hecho, es un supremacista asqueroso que presume de ir armado.

—Tal y como hemos negociado —Gael les da una copia del acuerdo que apenas ocupa dos folios, ya que mis pretensiones son mínimas—, aquí están redactadas las cláusulas. En español e inglés, para evitar conflictos.

Finley sigue mirándome, callado, sin hacer ningún gesto que delate su estado de ánimo. Claro, hoy se ha traído a su perro de presa para que se ensucie en el barro y haga el trabajo desagradable.

Con una clara actitud indolente, Steven recoge las copias, las examina por encima y con esa cara de cerdo que tiene, dice:

—Mi cliente firmará... —hace una pausa, me mira con cara de tener un maldito as en la manga y añade— pero con una condición.

—Ya estaba tardando —mascullo, y Gael me hace un gesto para que mantenga la calma.

—¿Ha encontrado algo en el documento que no concuerde con lo pactado? —pregunta mi abogado con tranquilidad.

—No, todo parece adecuarse a nuestros intereses —replica con un aire de superioridad que en mi opinión debería meterse por el culo.

—¿Entonces?

—El señor Tremair firmará el divorcio si la señora Tremair acepta reunirse con él, a solas.

—No quiero ser la señora Tremair —refunfuño, y a duras penas mantengo la calma que Gael me pide con gestos una y otra vez.

—Una reunión —repite Steven disfrutando ante mi cabreo contenido.

—¡¿Perdón?! —estallo sin poder contenerme más pese a los esfuerzos.

Miro a Finley. Él, que ha permanecido callado y reclinado en su silla, se echa hacia delante, apoya los codos en la mesa, adopta esa pose de negociador que va con buen talante pero que te joderá viva en cuanto te descuides, y me responde:

—A solas, tú y yo.

Ha sonado tan asquerosamente seductor que, si no lo conociera, ya me hubiera embaucado.

—No —reitero.

—Pues me temo que esta reunión se acaba aquí —sentencia Steven y se nota que, con tal de joder la marrana, es capaz de cualquier cosa, e incluso de disfrutarlo. Es un tipo retorcido y rastrero... algo que ya sabía, no me sorprende; ahora bien, me cabrea porque intuyo que de nuevo vamos a enzarzarnos en disputas absurdas y esto no acabará nunca.

—¿Nos permiten un instante? —tercia Gael, que se pone en pie instándome a que lo siga.

Abandonamos la sala y, cuando estoy segura de que no pueden oírnos, exploto.

—Hijo de puta manipulador. ¡Lo sabía! ¡Es que lo sabía! —me desahogo como puedo porque dar puñetazos a la pared queda feo.

—Escucha... —Gael habla en voz baja.

—No, se acabó. Ese desgraciado no va a seguir saliéndose con la suya.

—Una hora, aquí mismo, sin darle tiempo a que busque otro escenario —propone.

—¿Qué?

—Algo me dice que su intención no es otra que sacarte de quicio. Quiere que te enrabietes y lo mandes a paseo. Eso le proporcionará la excusa perfecta para largarse y dilatar el proceso —me explica Gael manteniendo la calma, lo cual agradezco porque yo estoy muy alterada.

—Es que... no puedo, de verdad que no —me lamento, e inspiro hondo un par de veces.

—Lo más probable es que haya preparado por adelantado la jugada. Si te niegas, se marchará y, si le dices que sí, te propondrá veros en unos días.

—Así es Finley —comento.

—De ahí que devolverle la pelota sea lo mejor. Él no espera que tú asumas el control, por eso debes hacer una contraoferta y marcar tú los términos. ¿Quiere reunirse a solas contigo? Perfecto, dale lo que quiere y déjalo sin excusas.

Suspiro.

—Joder...

—Será aquí, en una de las salas del bufete. Le garantizaré la privacidad y controlaré el tiempo. Si tú decides poner fin a la entrevista antes, solo tendrás que abrir la puerta y listo.

Sopeso la recomendación de Gael. Es sensatez en estado puro y admito que, en estos momentos en los que mi lado más visceral quiere tomar el control para patalear, gritar e insultar, viene estupendamente un poco de cordura. Mi abogado tiene razón, Finley espera que yo me comporte como una inmadura histérica y así poder largarse de rositas.

Y otro año de intimidación, miedo e incertidumbre.

—De acuerdo —acepto, y no me santiguo porque hace mucho que perdí la fe.

Capítulo 2

En la actualidad
Aseos del bufete de abogados Bécquer & Castellanos, España
12.45 horas

SIENA

Gael tenía razón: nada más oír la propuesta, Steven ha protestado alegando que su cliente tiene compromisos importantísimos que no puede cambiar. Sin embargo, se han visto obligados a aceptar mis condiciones para mantener ese encuentro. Finley no se esperaba que yo accediera a reunirme con él.

¿La verdad? Yo tampoco, y admito mientras termino de lavarme las manos que los pocos pasos que debo dar hasta la sala privada donde voy a estar a solas con él se me van a hacer muy cuesta arriba.

Me acompaña el secretario de Gael, recordándome con amabilidad y templanza (que buena falta me hace) que todo está preparado y que aguardará junto a la puerta por si ocurriera algo.

—Adelante —me indica abriendo la puerta.

—Hola, Siena —murmura Finley como si nada en cuanto me ve. Su tono es sosegado, educado. Está de pie, con las manos en los bolsillos, indiferente a todo... y yo cabreada como una mona—. Te veo...

—Hecha una mierda —lo interrumpo cortante, y añado en el mismo tono—: No hace falta señalar lo obvio.

—Iba a decir muy bien teniendo en cuenta las circunstancias.

Y pensar que lo dejé todo por él...

—Ahórrate los cumplidos —lo corto conteniendo la rabia porque tampoco quiero que se dé cuenta (si no lo ha hecho ya) de lo mucho que me afecta esta situación y, sobre todo, su presencia—. Vamos al grano.

—Debo decir, para empezar, que me sorprende que hayas

aceptado reunirte conmigo a solas, pues has hecho lo indecible para evitarme —comenta al tiempo que se sitúa tras el sillón que está en la cabecera de la mesa, como si todo esto le perteneciese.

—No te confundas: ese has sido tú enviando a novatos —le recrimino.

—Te noto peleona —dice en un claro intento de marear la perdiz.

—Al grano —insisto porque sé que su objetivo es envolverme con palabras amables que me hagan bajar la guardia hasta poder dar la estocada final.

Permanece de pie, en actitud relajada, acostumbrado como está a no perder la perspectiva, a negociar y a sacar de quicio a la otra parte. Es innegable que Finley ha nacido para esto, para engañar, para seducir hasta lograr sus objetivos. Y todo sin pudor ni remordimientos. La frase «el fin justifica los medios» en todo su esplendor.

Sé qué busca y no se lo voy a dar. Es mi única arma de defensa.

—Como quieras.

Deja sobre la mesa un dosier y me hace un gesto para que lo abra y lo lea. Cuando a desgana me acerco (ha calculado al milímetro las distancias) para hacerlo, pone una mano justo encima de él, en el centro, impidiéndome levantar la cubierta.

—Es un acuerdo privado, entre tú y yo —declara serio; su tono es una advertencia.

Está demasiado cerca y eso me confunde. Para mi paz mental y mi cordura, lo mejor es mantenerme alejada... que ni siquiera alcance a oler su colonia. Y en esta posición resulta imposible.

—Ya hemos redactado un acuerdo. Firma de una vez y acabemos con esto —le recuerdo.

—Una mierda de acuerdo si me permites decirlo —replica con porte indolente. Cómo me jode su aire de superioridad—. Para ti. Tus pretensiones son ridículas, dentro de un año seguirás en la miseria.

Frunzo el ceño.

—No necesito tu caridad. Solo que me olvides.

—Si aceptas este nuevo acuerdo, recibirás mucho más; en concreto, diez millones de dólares.

No tengo ni pajolera idea de cuánto es eso en euros.

Me dejo caer en uno de los sillones, tomando la precaución de dejar un espacio entre nosotros, aunque Finley se sienta a mi lado y esboza una media sonrisa. Es su modus operandi, desconcertar al

adversario y después aprovecharse de la situación, sin remordimientos y sin despeinarse.

—Solo tienes que devolverme lo que me pertenece y...

—No me llevé nada del apartamento —miento y ambos lo sabemos.

—Y volver conmigo durante dos años —apostilla sin inmutarse.

Evidentemente esto último me sorprende.

—No quiero prostituirme, ni por diez millones ni por uno. La respuesta es no.

—Joder, Siena, cómo te gusta el drama —murmura en plan condescendiente.

Lo miro de reojo, ¡qué cabrón! Sé que en esta partida está haciendo trampas con las cartas.

—Si no tienes nada mejor que ofrecer... —digo, y cuando amago con levantarme, él niega con la cabeza y me lo impide con un gesto.

—Vamos a dejar de jugar al gato y al ratón —suelta cortante abandonando su hasta ahora falso tono conciliador y me mira de forma peligrosa. Sé de lo que es capaz, lo que no tengo claro es hasta dónde llegaría conmigo—, ¿de acuerdo? Ya te largaste una vez con viento fresco.

—Me fui porque me lo dejaste muy clarito en aquella mierda de carta —arguyo.

—Fue por precaución. Después tenías que seguir unas sencillas instrucciones que te pasaste por el forro... y, por supuesto, sin darme la oportunidad de explicarte la situación, accediste a mis archivos e hiciste copias.

—Ya las has recuperado —alego sabiendo muy bien por dónde va.

—Siena, cariño, tonta no eres y sabes que mis dispositivos lo registran todo. Hiciste tres copias. He recuperado dos. Al menos ten la decencia de no mentirme.

—Te repito que dejé todas mis cosas en el apartamento...

Finley niega con la cabeza.

—Dejemos por ahora ese asunto y volvamos al otro, al acuerdo —reconduce la conversación.

—¿A ese de ser tu puta de lujo? —le espeto conteniendo la rabia porque tampoco quiero darle muestras de lo mucho que me duele su propuesta, además de ofenderme.

—A seguir casada conmigo durante dos años más —puntualiza.

—Lo que yo he dicho: tu puta de lujo —repito, y él resopla.

—Qué paciente he de ser —se queja—. Es un trato ventajoso para ti.

—¿Por qué yo?

—Lo descubrirás cuando aceptes.

—No —vuelvo a negarme y él, lejos de cabrearse, adopta su pose favorita cuando negocia. La he visto muchas veces. Sabe que tiene las de ganar y por eso utiliza un tono suave, casi amistoso.

—Te lo explicaré de otro modo —aduce con aire condescendiente sabiendo que tiene la sartén por el mango porque de otro modo no se arriesgaría—. Si accedes a mi generosa oferta, además de volver a vivir en un espacio decente y rodeada de comodidades y no en ese cuchitril en el que te escondes, seguirás figurando como mi heredera universal durante los dos años. Finalizado el tiempo estipulado, serás una mujer rica, tal como te he dicho.

—Traducido: ser tu puta de lujo —me obstino—. Pues va a ser que no.

—Y recuperarás tu soltería —añade.

—Lo de la soltería parece que te escuece —lo provoco.

—Más de lo que imaginas.

Ha sonado como si yo le importara mucho.

—Tienes a otras mujeres, no soy la única casada contigo —lo increpo mientras controlo las ganas de abofetearlo.

—Eso es algo que te aclararé en su momento —afirma controlándose para no perder las formas.

—Lo que ocurre aquí es que no soportas perder, Finley —lo acuso sin ambages—. En tu retorcida y controladora mente no cabe la posibilidad de que alguien piense por sí mismo y te deje plantado. Soy una más de tus propiedades. Por eso quieres que vuelva, así tendrás la oportunidad de manipularme hasta que puedas deshacerte de mí sin complicaciones.

Finley tiene el descaro de arquear una ceja.

—No seas peliculera.

—Pues dime por qué Steven y tú habéis organizado este plan.

—Steven no está de acuerdo.

Hago una pedorreta en señal de burla porque es una trola monumental.

—Lo dudo.

—Si de él dependiera, te hubiera arrastrado por los tribunales estadounidenses, denigrándote hasta hacerte suplicar clemencia... además de, por supuesto, arruinarte para toda tu vida.

—Se supone que eres canadiense —mascullo porque entre los muchos secretos de mi marido está su verdadera identidad; aún no he conseguido averiguarla.

—Tengo doble nacionalidad —me rebate tan pancho, sin comprometerse y sin revelar nada. Muy propio de él.

Consigo apartarme y levantarme. Me acerco hasta la puerta y agarro la manija. Tengo que salir de aquí.

—Si no aceptas... —murmura.

Cierro los ojos y bajo la cabeza.

—Acabaré en prisión por tráfico de estupefacientes o cualquier otro delito, ¿cierto?

Finley no contesta. Dispone de los recursos y los amigos necesarios para ello. Aunque yo cambiara cada fin de semana de casa o de ciudad, él tardaría bien poco en dar conmigo y preparar el escenario perfecto.

—Siena, solo serán dos años y después prometo no volver a verte ni a contactar contigo.

Lo dice con tal vehemencia que es difícil no creerlo.

Finley se acerca hasta quedar a mi espalda. No me toca. Sabe que si lo hace soy impredecible. Se limita a permanecer lo suficientemente cerca como para que note su calor corporal pero sin arriesgarse.

—¿Alguna vez te has parado a pensar, tan siquiera medio minuto, en el daño que haces a la gente?

—Créeme, no es mi intención causarte daño alguno.

—¿Por qué yo? —repito la pregunta que le he hecho antes.

—Si aún no lo sabes...

Ahí está, su maldito tono seductor. Como si yo fuera la (única) mujer de su vida.

—¿Por qué dos años?

—Te lo explicaré todo a su debido tiempo.

—¿Y por qué no ahora? Siempre con los putos secretos. ¿Así pretendes que confíe en ti?

Me aparto de él, de la puerta, y agarro con rapidez el dosier que ha dejado sobre la mesa. Lo abro y veo que todas las hojas están en

blanco.

—¿Esto qué es? ¿Una broma?

—Acepta, todos saldremos ganando.

—No quiero ser tu esposa. En ninguno de los sentidos.

Ambos sabemos a qué aspecto en concreto de estar casados me refiero. Finley encaja el golpe con estoicismo, nunca sería tan idiota como para entrar al trapo. Es más listo que eso.

Yo, de momento, he de ganar tiempo, así que le propongo:

—Déjame que lo piense y te hago saber mi decisión.

—No, hoy mismo debo regresar. Esta oferta seguirá vigente... —mira el reloj—quince minutos más, pero no puedes hablar de ella ni con tu abogado ni con nadie.

—¿Pretendes que me fíe de tu palabra y no consulte con un profesional?

—Si decides aceptar lo que te recomiendo, antes de abandonar el país, tu abogado recibirá unos documentos que garantizan todo cuanto te he dicho, incluyendo una copia de mi testamento y un aval bancario por la cantidad propuesta.

—¡Y yo me chupo el dedo! —exclamo, y Finley se cruza de brazos mirándome como si yo estuviera mal de la cabeza.

—Cien por cien legal —apostilla como si fuera una garantía.

—¿Y con qué identidad has firmado esos papeles? Porque a lo mejor dentro de un año resulta que soy la desconsolada viuda de un tal Finley Tremair más pobre que las ratas y con deudas hasta las cejas.

—Joder, Siena. —Se ríe—. Eres la mejor.

—No te vayas por la tangente.

—Con independencia de todo, tu abogado te confirmará que, pase lo que pase, viudedad incluida, no serás pobre como las ratas. Y respecto a lo de desconsolada, gracias, es un alivio saber que me echarás de menos.

Lo fulmino con la mirada; no sirve de nada, pero no hacerlo me resulta complicado.

—No puedes exigirme que te responda así, sin más.

—Tú misma has puesto el límite de tiempo —aduce satisfecho al utilizar mis palabras a su favor.

Me ha puesto contra las cuerdas, no hace falta que lo mencione, ambos somos muy conscientes de ello. Como siempre, Finley sabe

manejar los hilos y llevarme a su terreno.

Puedo negarme, claro que sí, aunque ¿cuánto tardará en prepararme una encerrona?

Eso si no la ha organizado ya, que él no da puntada sin hilo.

—No puedo pensar contigo ahí, mirándome.

Le echa un vistazo a su reloj y dice con absoluta tranquilidad:

—Te dejaré diez minutos a solas.

—Solo por curiosidad, ¿qué ocurriría si respondo no a tu «maravillosa» oferta?

—Si he tardado más de un año en reunirme contigo sin esforzarme demasiado, ponme a prueba a ver cuánto te cuesta volver a lograrlo.

Sale de la estancia dejándome cabreada y hundida.

En la sala solo hay agua, y yo necesito algo más fuerte. Me refiero a que, si le lanzo un botellín de plástico, apenas le haré pupa.

Debía de haber alguien vigilando porque, nada más marcharse Finley, entra Gael.

—¿Y bien?

—Estoy atada de pies y manos —confieso.

Sé que no debo contarle nada porque por desgracia mi manipulador marido sabrá si abro el pico o no.

—De acuerdo. Haz lo que consideres oportuno.

—¿No... no te enfadas? —pregunto con cautela.

—¿Sinceramente? —Asiento, pues al menos Gael me ha dicho la verdad desde el principio—. Sí, me cabrea sobremanera; sin embargo, creo que, por mucho que te aconseje, tú mejor que nadie sabes a lo que te enfrentas.

—Gracias —murmuro alicaída.

—Cuando me necesites de nuevo, no dudes en contactarme, ¿de acuerdo?

Gael se despide. He de reconocer que su tranquilidad es a veces muy puñetera, aunque en el fondo es la forma más adulta de sobrellevar este dislate. Finley ha iniciado una partida con la baraja marcada y de antemano sé que perderé.

Solo me queda una baza y es la información que oculté sobre él y sus actividades. Mientras no acceda a ella tendré un uno por ciento de posibilidades de salir de esta. ¿Habéis escuchado la canción *Retorciendo palabras?* Pues bien, explicaría de algún modo esta mierda

y lo que ha sido mi vida en estos diez últimos años.

—¿Tienes ya una respuesta? —pregunta Finley entrando en la sala como si fuera el dueño y señor de todo.

—No han pasado los diez minutos —refunfuño.

Mira el reloj y sonríe de medio lado.

—Ahora sí.

—Me voy a casa a hacer la maleta. Mañana a primera hora estaré lista para lo que me necesites, sea lo que sea.

Niega con la cabeza.

—Lo que guardas en ese cuchitril, sea lo que sea, no te hará falta —afirma rotundo.

—¿Cuántas veces me has visitado sin que yo lo supiera? —retruco, y Finley, como siempre, tiene la audacia de sonreír y de no mostrarse ofendido ante mis acusaciones.

—Es allanamiento de morada si quien ocupa la vivienda se molesta un mínimo en proteger la casa. Resulta evidente que no es tu caso. De cualquier forma, tus pertenencias ya están embaladas. Dentro de dos horas despegamos.

—¡¿Dos horas?!

—Suficiente para que te despidas de tus amistades. Gente de confianza te llevará a la terminal de vuelos privados —me informa, dando por hecho que nadie, y menos yo, va a cuestionar sus órdenes.

—Iré por mi cuenta, gracias.

—Deja de decir bobadas.

—Quería visitar a mis padres antes de irme.

—Si no lo has hecho en el tiempo que llevas aquí, ya es tarde. Pero no te preocupes: en Navidad, si todo va bien, te acompañaré a Pardueles. Tengo ganas de echar una partida a ese juego que tanto le gusta a tu padre, el de las señas, ¿cómo se llama?

—Mus —farfullo.

Finley sonríe de oreja a oreja.

Al principio perdía todas las rondas hasta que le pilló el tranquillo. Después seguía perdiendo para ganarse a mi padre y fingía no entender la mecánica. Mi padre, que es una especie de fanático de ese juego de naipes, lo acogió como alumno predilecto, además de yerno perfecto.

Lo dicho, Finley y su capacidad de adaptación al medio en acción.

—Ah, sí, eso, el mus...

Si supiera que no iba a hacerme trampas, yo misma lo retaría a una partida para recuperar mi libertad. El problema es que Finley no da un paso en falso ni queriendo. Siempre sopesa qué hacer o decir para que al final incluso parezca que soy yo quien toma la decisión.

Fue así desde el principio.

Desde que lo conocí hace ya diez años.

Capítulo 3

Diez años y pico atrás
Cafetería del campus de la universidad, Madrid, España
18.50 horas

SIENA

—Sabes perfectamente que acudir a estas charlas es una estupidez. Nos van a dar el título igual, tía.

Andrea, mi compañera de habitación, amiga y consejera en ciernes, me repitió una vez más la misma cantinela mientras le echaba el azucarillo al café.

En cierto modo tenía razón, pues asistir a las conferencias que organizaban en el campus solo era una excusa para que algún gilipollas cobrara un buen pellizco por hablar de nada en particular y así los administradores justificaban el presupuesto. Sin embargo, a mí, como estudiante de último curso de Relaciones Internacionales, me había parecido estupendo acudir a una charla sobre comercio exterior.

Y aunque pareciera el bicho raro, a veces hasta disfrutaba escuchando a un señor (casi nunca aparecían mujeres) hablar de éxitos comerciales a una sala casi vacía. Por muy soporíferas que resultaran ciertas conferencias, siempre se aprendía algo.

—Además, aquí es todo cuestión de pasta —continuó diciendo Andrea tras dar un sorbo al café y poner cara de asco porque servían un mejunje al que algunos llamaban Air Force One por lo rápido que ibas al baño tras ingerirlo—. He oído que a más de uno le han dado el máster sin poner un pie en el campus.

—Eso no es verdad —le rebatí, y Andrea asintió con énfasis.

—Si aflojas la cantidad exacta, te digo yo que sí.

—Vaya...

Me jodía bastante que ocurrieran cosas semejantes, ya que estudiar un doble grado de Economía y Relaciones Internacionales no

era barato. Para empezar, mis padres tenían que pagarme no solo los créditos de la matrícula, sino también la manutención y el alojamiento. Y para unos agricultores eso suponía hacer esfuerzos muy importantes. No obstante, tanto ellos como mi hermano mayor estaban orgullosos de mí y no les importaba hacer las horas que hiciesen falta con el tractor arando las tierras de otros con tal de que yo pudiera acabar los estudios. Yo colaboraba trabajando los fines de semana en un restaurante exclusivo de esos que cobraban trescientos euros por el menú degustación y presumían de estrellas Michelin, pero que a los empleados los tenían como becarios trabajando diez horas por apenas quinientos euros al mes.

—Me han hablado del hijo de un cargo importante y de la hermana de un alcalde...

—Joder, es que hay cosas que no cambian nunca —me quejé.

—Ya ves, a los hijos de los currelas, como nosotras, nos cuesta sudor y lágrimas —afirmó con toda la razón Andrea, pues ella pertenecía a una familia que, como la mía, ganaba el dinero trabajando horas y horas. En su caso los ingresos provenían de un pequeño comercio de reparación de electrodomésticos.

—En fin, no le des más vueltas.

—Ya, si lo intento, aunque se me llevan los demonios, tía. —Miró la hora en el móvil y se levantó como si tuviera chinches—. Joder, llego tarde, mierda.

—Anda, vete. Ya pago yo el mejunje.

—Gracias, guapa.

Me quedé sola en la cafetería. Aquella noche libraba, así que podía permitirme el lujo de quedarme un rato más e incluso de dar un paseo hasta la residencia de estudiantes... y ya, dispuesta a tirar la casa por la ventana, acercarme a alguno de los dormitorios donde había fiesta y tomar algo.

En ese grupo de WhatsApp siempre había más mensajes sobre fiestas o reuniones para celebrar «algo» que de asuntos relacionados con los estudios.

Terminé el brebaje y la magdalena que me había pedido para que el estómago no hiciera de las suyas tras tomar el Air Force One y me acerqué a la barra para dejar las tazas usadas (al ser camarera sabía que ese gesto se agradecía) y pagar las consumiciones.

Cuando pedí la cuenta, el camarero me dijo:

—Ya está pagado, aquel tipo lo ha hecho.

Miré en la dirección que me señalaba el empleado y reconocí en el acto al susodicho. Era el mismo que nos había dado la conferencia. El mismo que había cautivado con su tono y acento americano a la escasa audiencia, pues apenas se había llenado la mitad de la sala.

Sonreí, claro, era lo mínimo que debía hacer, aunque la consumición de Andrea y mía no llegaba a los cinco euros, tampoco es que fuera un derroche.

De haberlo sabido, me hubiera dado la vuelta sin más. Un «gracias» y listo. En aquel momento no había aprendido una lección muy valiosa: si alguien (un hombre) te invita es porque quiere algo después; sin embargo, la Siena ingenua que pronto cumpliría veinticuatro años se acercó al hombre y le dio las gracias en persona.

Y no solo eso, también aceptó conversar un rato más y tomar algo. La broma de que el café que servían allí era detestable sirvió como excusa perfecta para ir a otro lugar. Y, cómo no, fue él quien propuso que ese lugar fuera su hotel.

Mi ingenuidad sumada a su experiencia para embaucar fue determinante para acabar cenando en un restaurante de lujo y acabar deslumbrada, a pesar de que yo no iba vestida acorde con el establecimiento, pues mis vaqueros negros desgastados, la sudadera de imitación Nike y las botas track no eran precisamente lo más adecuado para acompañar a un tipo que llevaba un traje azul Prusia hecho a medida.

No obstante, ahora con la perspectiva del tiempo me doy cuenta de que, como casi todas (por suerte algunas no caen en esa trampa), hay estereotipos que nos obnubilan y fue mi caso.

De repente, un hombre elegante, con educación, dinero (algo que siempre se nota) y, por supuesto, atractivo se mostraba interesado en una chica como yo. Tardé muy poco en aceptar su oferta de ir a cenar juntos porque, admitámoslo, hemos visto o leído demasiadas escenas de chico guapo que conquista sin esfuerzo a la dama de turno sin otras armas que una sonrisa estupenda y pasta. Lo que nunca nos cuentan en esas escenas es que él no lo hace de forma desinteresada. Y siempre siempre deberíamos ver el motivo que esconde. Por desgracia, yo tardé algo más de nueve años en descubrirlo, pues él se las ingenió para mantenerme ciega a base de lujos, sexo y mentiras.

Y no, no es el título de una peli porno casera, es el de mi

matrimonio.

Se presentó como Finley Tremair y yo, lejos de desconfiar (no vi motivos para ello), le di mi nombre, que él repitió con un acento americano (luego supe que lo exageraba cuando quería impresionar).

—Encantado, Siena Narváez.

Durante la cena, en la que me entregaron una carta en la que curiosamente no aparecían los precios, me preguntó con amabilidad sobre mí, mis estudios, mis ilusiones... Y yo, gilipollas e inmadura, pensé que por fin alguien se interesaba por mi persona, ya que por lo general los chicos con los que salía en la universidad apenas mostraban interés por una más allá de cuándo podrían echar un polvo. Tampoco es que me molestase demasiado, pues tras haber vivido mi pubertad en Pardueles, en donde es difícil hacer cualquier cosa sin que todo el pueblo lo sepa antes de doce horas, agradecía que los otros estudiantes fueran al grano.

Finley se mostró tan educado que antes de los postres ya estaba pensando en cómo decirle que sí a pasar la noche juntos sin parecer muy ansiosa o una mujer sin apenas experiencia, como era mi caso. Y eso que él ni lo había insinuado siquiera. Como buen maestro en el arte de la seducción —que casi siempre es sinónimo de engaño, pues se crea una ilusión para que el seducido (la seducida en este caso) no sea capaz de ver la realidad (algo que descubrí con los años cuando se me cayó la venda)—, Finley no precipitaba las cosas. Dejaba que su víctima (aquella noche era yo la elegida y no solo para follar, como comprobé más tarde) se cociera a fuego lento, que ella misma creara expectativas, por lo que, llegado el momento, acceder a sus propuestas fuera tan natural y sencillo que esta ni se daba cuenta.

¿Habéis oído la teoría de la rana y la cazuela de agua? Muy simple e ilustrativa. Si metes a una rana en una cazuela de agua hirviendo, saltará y huirá de inmediato. Sin embargo, si la metes estando el agua fría y vas dándole calor poco a poco, la rana se irá acostumbrando y, cuando se dé cuenta de que está a punto de morir, ya no tendrá fuerza para escapar.

Finley la puso en práctica conmigo... desde que me invitó al primer café.

Así que, tras la cena, me sugirió tomar una copa. Yo estaba preparadísima para decir que sí y tomarla en su habitación. Además me apetecía enrollarme con un hombre hecho y derecho, nada de

torpes veinteañeros; no obstante, Finley me condujo a un club cercano al hotel. Me sorprendió, obviamente, pues hasta donde una sabía los tipos guapos y con dinero no perdían el tiempo (la única diferencia con los estudiantes pobres es que estos no te invitan a cenar ni a copas... como mucho, a una cerveza de marca blanca) y más cuando las señales que yo enviaba eran inequívocas.

Aun así, él no se precipitó y disfrutamos de un cóctel caro, sofisticado, y de un ambiente relajado. Apenas habló de sí mismo, repitió lo que había dicho durante la conferencia, que era el CEO de su propia empresa de exportación e importación de artículos de lujo.

En aquel momento me daba todo igual, claro. No fui consciente de que yo le había hablado de mí misma mucho más de lo prudente: de mi familia, de mis estudios e incluso de mi sueño, que era entrar en la Escuela Diplomática, para lo cual debía sacar las notas más altas y superar las pruebas de selección, pues yo no tenía padrinos que me promocionaran.

Cuando él se disculpó para atender una llamada, aproveché para enviarle un mensaje a Andrea y decirle que no me esperase despierta, que ya le contaría todo con detalle al día siguiente y que no se preocupara porque iba a apagar el móvil.

Él regresó tan educado y atento como desde el principio y me dijo que ya era hora de retirarse, que me acompañaba a casa. Mi desilusión fue palpable y Finley lo captó enseguida. Quise mentir diciéndole que había perdido las llaves o que mi amiga estaba con su novio y yo debía buscar otro sitio para pasar la noche. Pero, si pretendía actuar como una mujer joven y con cierto grado de experiencia, aquellas excusas eran una niñería, así que sonreí y acepté que aquella noche dormiría sola.

Caminamos de regreso al hotel y al llegar me pidió que esperase unos minutos a que le trajeran el coche, pues se había hecho tarde y de ninguna manera iba a permitir que me fuese sola a esas horas.

Yo agradecí el detalle e incluso sonreí, pues no estaba acostumbrada a semejante despliegue de caballerosidad. Entonces él me miró y susurró:

—Me lo estás poniendo muy difícil, Siena.

—¿Perdón?

—Quiero hacer lo correcto contigo. En cambio, desde que te he visto en la sala de conferencias solo he tenido un pensamiento en

mente.

Tragué saliva. Su tono, seductor como nunca había escuchado antes, no solo me estaba produciendo un hormigueo entre las piernas, sino unas irremediables ganas de lanzarme encima de él.

—... y no es un pensamiento muy decente —apostilló, y se inclinó para besarme.

Llegados a aquel punto fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuera gritar «¡pues no seas un caballero, sé un canalla!». El problema fue que aquella frase no se quedó en mi cabeza, sino que mis labios la susurraron.

Sin molestarse en advertir al empleado de que ya no era necesario que le trajeran el coche, me cogió de la mano y caminamos hasta los ascensores a un paso rápido aunque sin llamar demasiado la atención ni parecer demasiado ansiosos. Mantuvimos esa fachada hasta que se cerraron las puertas del cubículo. Finley me miró fijamente y, antes de un segundo, lo tenía encima, aprisionándome contra la pared de cristal y besándome de una forma hasta entonces desconocida para mí.

—Siena... —gimió al darse cuenta de que teníamos espectadores, pues las puertas se habían abierto a saber en qué planta y dos ejecutivos nos miraban con una sonrisa cómplice y esperaban para entrar.

Nos separamos por obligación, aunque Finley me mantuvo a su lado y cogida de la mano mientras mirábamos los cogotes de los dos tipos y aguardábamos a que el ascensor llegara a nuestro destino.

En cuanto se oyó la señal acústica y se abrieron las puertas, Finley tiró de mí y ni nos despedimos de los dos tipos, que se apartaron para dejarnos salir. Avanzamos por el largo pasillo enmoquetado y en nada llegamos a su habitación. Yo esperaba que fuera una amplia y de categoría, acorde con el hotel en el que nos encontrábamos, pero no estaba preparada para aquel despliegue de lujo.

Tampoco es que me diera tiempo a calcular los metros cuadrados o a admirar la decoración, pues de inmediato sentí sus manos atrayéndome hacia él y su boca devorándome.

«Va a pasar... va a pasar...» es lo que se repetía en mi cabeza mientras me mostraba tan impaciente como él.

Enredé las manos en su pelo y tiré con fuerza cuando con un

golpe de cadera me hizo saber lo empalmado que estaba. Yo ya había tenido rollos de una noche, claro; ahora bien, no se parecían en absoluto a lo que estaba sucediendo. No notaba aliento a alcohol, ni olor a apartamento sucio ni el ruido de amigotes en el salón viendo alguna estupidez en la tele a todo volumen. Allí se respiraba otro ambiente.

Sentí unas manos ávidas levantándome la sudadera para descubrir una camiseta un pelín hecha polvo, pero no le importó porque acabó enseguida en el suelo. Finley me miró a los ojos mientras recorría con la yema del dedo el contorno de mi sujetador rosa barato e intenté recordar si llevaba las bragas a juego.

No lo conseguí pues él ordenó:

—Tócame.

Fue la primera vez que oí un tono tan expeditivo y erótico y, como tardaba en reaccionar, él sonriéndome agarró mi mano para llevarla sobre su entrepierna.

Tragué saliva.

Algo insegura porque una estaba acostumbrada a tíos que al instante se desabrochaban los pantalones para enseñarte la merienda, lo acaricié por encima del pantalón mientras él volvía a devorarme la boca.

Cada beso, cada contacto, cada gemido iban directos al interruptor general y, si él estaba bien duro, yo tenía las bragas empapadas e iba a tardar muy poco en descubrirlo.

Me desabrochó el sujetador y se quedó mirando mi delantera. Me pareció tan erótico que en vez de amasarme las tetas se humedeciera los labios de manera lenta, disfrutando del momento, que casi caí de rodillas, aunque fue él quien, tras darme dos sonoros besos en los pezones, se arrodilló delante de mí para desabrocharme los vaqueros.

Yo llevaba unas botas track, así que tuvo la paciencia de desatarlas y después de quitarme los pantalones junto con las bragas... que no, no eran rosas, sino negras, y también baratas, de Primark, paquete de siete.

Y allí estaba yo, desnuda delante de un desconocido aún vestido con su carísimo traje acercándose a mi sexo.

—Separa las piernas.

Fue la segunda orden que me dio aquella noche. Ya no quedaba ni rastro del tipo educado de la cena.

Lo hice, claro, algo cohibida, pues el sexo oral, si bien no era desconocido para mí, hasta la fecha no era más que un preliminar de dos minutos como mucho. Y no, descubrí que estaba equivocada, pues Finley me demostró que no se trataba de meter un poco la lengua y listo; era mucho más.

Con los dedos acarició y separó los labios vaginales para después recorrer con la punta de la lengua cada recoveco.

—No te reprimas —exigió cuando notó que yo, aún perpleja por lo que estaba experimentando, intentaba no comportarme de manera muy escandalosa—. Ni te imaginas lo cachondo que me pone oír tus jadeos.

Todos los tíos me decían eso, no era la primera vez que lo oía; sin embargo, fue la diferencia del tono y, sobre todo, la sinceridad que percibí lo que me hizo darme cuenta de otro detalle: muchos tipos solo repetían frases de peli porno como acompañamiento, no porque lo sintieran de verdad.

Y Finley era la excepción a lo que yo había conocido hasta el momento.

Cerré los ojos a medida que me acercaba al orgasmo. Sus murmullos salpicados de palabras subidas de tono, combinados con una boca experimentada que no se cansaba de tocar y excitar cada terminación nerviosa de mi sexo, y por supuesto aquellos dedos indagando a veces con desesperante sutileza y otros con marcada grosería hicieron que llegara a un clímax que me confundió tanto que acabé llorando.

Él, cuando notó que me había corrido, se incorporó despacio y aprovechó para regalarme besos por el vientre, las tetas, el cuello y llegar hasta mi boca. No lo rechacé y sentí el roce de su ropa contra mi cuerpo aún tembloroso y aún extrañamente excitado.

—Eres increíble —susurró acunándome el rostro.

Le sonreí con timidez al pensar en dónde había estado esa boca.

—¿Esto es lo que querías hacerme? —pregunté en voz baja y me envalentoné, por lo que acabé por acariciarle la erección.

—Sí, entre otras cosas...

Me llevó de la mano hasta el dormitorio. Una vez allí me dejó sola unos instantes y regresó con una copa de cava rosado. Me la entregó y mientras yo probaba aquel néctar y disfrutaba del sabor afrutado vi ensimismada cómo se iba desnudando.

—Oh, joder —tosí al atragantarme porque solo había visto hombres así en los cientos de fotos que nos pasábamos por WhatsApp Andrea y yo para hacer más llevaderas las épocas de sequía durante los exámenes.

Se sentó junto a mí en la cama, y me quitó la copa para dar un pequeño sorbo y después decir:

—Me gustaría probar el cava sobre tu piel...

Abrí los ojos como platos y acabé riéndome porque esas cosas nunca me habían pasado.

—Pero no será esta noche, estoy demasiado impaciente por follarte... —añadió, y yo me dejé caer hacia atrás.

Finley negó con la cabeza y tiró de mí hasta que me incorporé. No sé de dónde sacó un condón y me lo dio. Si iba a pedirme que se lo pusiera con la boca, haría el ridículo más espantoso, así que opté por el sistema más tradicional y se lo coloqué con las manos. Fui en todo momento consciente de cómo observaba mis movimientos, algo torpes, aunque permaneció en silencio.

—Súbete encima —dijo, y de nuevo sonó a orden.

Una que yo estaba encantada de cumplir. Así que me dispuse a ello, pero me dio un azote en el culo y me pidió que le diera la espalda.

Acaté su exigencia y me senté sobre él. Inmediatamente ocurrieron varias cosas. Me sujetó de la cintura y noté cómo me la metía de golpe, dejándome patidifusa y maravillada. Me mordió en el hombro y con la mano libre atrapó un pezón que retorció sin piedad. Hasta ahí todo me sorprendió y encantó; sin embargo, lo que me dejó sin aliento fue cuando me susurró junto a la oreja:

—Mírate...

Enfoqué la mirada y grité porque observé nuestro reflejo en el cristal de la ventana que supuse daba a una terraza.

—Míranos —añadió y dio un golpe de cadera, clavándome más profundamente.

Tragué saliva. La imagen que se reflejaba en el cristal era tan erótica y tan real que no creí que fuera yo aquella mujer. Estaba expuesta, mi sexo se reflejaba con claridad, un efecto óptico impactante.

—Y ahora follemos como te mereces, como llevo deseando toda noche.

A aquellas palabras no podía ponerles ninguna objeción. Y aunque algo cohibida, comencé a moverme y a mirar el reflejo para ver cómo me la metía, a veces de forma brusca y otras más rítmica. Sus manos se movían por mi cuerpo a su antojo. Pasaba de retorcerme los pezones hasta hacerme gritar de dolor a otras de placer. También se internaban entre mis muslos hasta presionarme el clítoris y frotarlo con maestría.

Y todo susurrándome al oído que le encantaba aquello, que era increíble, que no había follado nunca así, que quería correrse una y otra vez en mi interior...

Toda aquella noche fue la secuencia perfecta... en la que sin saberlo yo fui la protagonista.

Disfruté como nunca y alcancé el orgasmo por segunda vez mientras él me instaba a que gritara; quería oír mis gemidos de placer antes de dejarse llevar.

Me desplomé en sus brazos y sentí algo que no supe definir. Algo que me hizo sentir eufórica, deseada y especial.

Finley, tras follarme, se ocupó hasta de abrazarme y de murmurarme palabras de cariño antes de tumbarme en la cama. Apagó la luz, nos cubrió con las mantas y me abrazó de nuevo.

Caí relocha, como dicen en mi pueblo y no me hubiera levantado en dos días de no ser porque poco antes de que amaneciera noté cómo me dolían los pezones, pero no de forma desagradable, sino más bien como si necesitaran más de aquel dolor. Desperté casi por completo al sentir una mano internarse entre mis piernas hasta localizar un punto tan sensible que me hizo ronronear a pesar de tener la garganta seca de tanto gemir.

No fue algo apresurado, sino un manoseo lento y eficaz hasta que yo misma supliqué que hiciera algo más contundente. Ni yo reconocía mi propia voz, tan ronca y exigente. Oí su risa a mis espaldas mientras continuaba masturbándome. También notaba la presión de su polla, situada en posición; ahora bien, sin llegar a penetrarme.

Protesté, obviamente, yo quería que me follara otra vez, y otra, para que el cuento fuera completo. En cambio, él tenía otros planes y eran dejarme tan sumisa y suplicante como le fuera posible. Para ello utilizaba sus dedos de manera que me mantuviera cachonda, ansiosa y mojada.

Cuando se apartó, dejándome a las puertas de un orgasmo que

necesitaba como ninguna otra cosa, ya había amanecido. Suspiré casi con resignación, aunque cuando oí cómo rasgaba el envoltorio del preservativo volví a la vida.

Me tumbé boca arriba esperando a que se acomodara encima; en vez de eso, me colocó de espaldas a él y me levantó una pierna para metérmela de golpe desde atrás. Yo quería verle la cara, besarlo, acariciarle el rostro. No me fue posible. Tampoco era un detalle muy para tener en cuenta, aunque después supe por qué prefería que no lo mirasen a la cara mientras follaba. Era su forma más retorcida de que te olvidases de su rostro, de que te quedaras solo con las sensaciones.

Me folló con rapidez, como si hubiera activado un cronómetro, y, en cuanto se corrió, abandonó la cama.

—Descansa —me susurró mientras me cubría con la sábana.

Otra señal que no quise ver. Porque cuando volví a abrir los ojos estaba más sola que la una en aquella suite de lujo. No había un sobre con dinero en la mesilla, pero sí una nota en la que se leía:

> Ha sido un placer.
> F.

Tan tonta no era como para intuir que no volveríamos a vernos; sin embargo, la ingenua y romántica que aún vivía en mí quiso ver en aquello el gesto caballeroso que no era y guardé la nota como un precioso recuerdo.

Salí del hotel lamentando no tener unas gafas de sol extragrandes para que nadie me viera, pues con mi ropa barata daba la impresión de que era una estudiante más «trabajando» para pagarse la carrera.

Caminé rápido hasta alejarme de las miradas de los empleados y no me detuve en la primera parada de bus, sino tres más lejos. Y mientras esperaba que pasara, encendí el móvil y le escribí un mensaje a Andrea que solo una veinteañera inexperta puede mandar:

> Ha sido la mejor noche de mi vida.
> Los hombres perfectos existen.

Capítulo 4

Diez años atrás
Despacho privado, palacio arzobispal, España
21.20 horas

FINLEY

Escuchar al secretario del arzobispo era como meterse una raya de yeso y esperar que surtiera efecto. Pese a todo había aceptado reunirme con él para cerrar unos pequeños asuntos, es decir, el pago por mis servicios.

Era un trámite que podía hacer desde mi oficina uno de mis empleados; con todo, yo hacía escala en España de camino a Estados Unidos tras mi gira de dos meses por Europa en busca del candidato ideal que reclutar para mi agencia.

Por fin el arzobispo se dignó aparecer y me tendió la mano. Él sabía que me habían educado como baptista, aunque en cuanto tuve uso de razón me volví ateo. Algo lógico para cualquiera que se haya molestado en analizar las «metáforas», como llaman ahora a las mentiras que aparecen en la Biblia. Y el personaje que tenía delante era un buen motivo para renunciar a la fe.

Me había contratado para limpiar su pasado. A saber, su afición a los jovencitos y las jovencitas durante su etapa como profesor en un colegio católico. Me repugnaba, claro, que hablara de niños y niñas de diez, once y doce años llamándolos «pequeños diablillos tentadores». Hasta la fecha había conseguido, con la complicidad de sus compañeros y superiores, acallar rumores y librarse de las acusaciones; sin embargo, una chica de dieciséis, además de denunciarlo por violación, lo acusaba de ser el padre de su hijo, así que un juez había aceptado la solicitud de la madre y ordenado una prueba de paternidad.

El resultado fue negativo, lógicamente, porque mi empresa se

había encargado de que así fuera. La chica fue señalada como mentirosa, promiscua y un sinfín de apelativos, a cuál más humillante.

El coste de toda la operación rondaba el medio millón de euros, una ganga para un tipo que anhelaba ser nombrado arzobispo y que, al lograrlo, accedió a los recursos de una diócesis muy saneada. Todos contentos.

Yo no solía aceptar encargos de bajo presupuesto como aquel, pero le debía un favor a un exministro y siempre devolvía los favores.

Mientras disfrutaba de un ligero aperitivo aguanté la charla del arzobispo fingiendo que me interesaba porque yo tenía otras cosas en la cabeza.

De los treinta candidatos seleccionados durante mis conferencias sobre economía global en diferentes universidades europeas (charlas que me reportaban unos ingresos muy bajos en comparación con mis verdaderos negocios, pero que me permitían acceder a los alumnos y tantear el terreno) había reducido la lista a tres.

Y aquella noche evaluaría a la que, si bien no era la que partía con más opciones, sí al menos resultaba adecuada.

Había descartado a un chico francés, pese a tener un cociente intelectual cercano a ciento cincuenta, por ser hombre. Para lo que tenía en mente, fingir ser pareja de un tipo no me importaba si llegado el caso me beneficiaba, el problema era que mis clientes eran de sesgo tradicional (véase el ejemplo del arzobispo) y, si bien cometían pecados de todo tipo, el tema homosexual lo llevaban mal. Así que Antoine había quedado eliminado. Una pena.

La siguiente de la lista era una preciosa estudiante rusa, Hatria. Notas excelentes, tres idiomas y un cuerpo de escándalo, no en vano se presentó a *miss*. El problema residía en sus conexiones políticas. Tanto sus padres como sus hermanos militaban en el partido equivocado. Añoraban la extinta URSS. Y no podía arriesgarme a que, llegado el caso, se supiera su orientación. No quedaba bien, en mi círculo más íntimo, tener como acompañante a una comunista.

—Señor Tremair, esta noche lo veo especialmente callado.

—Cierto —admití levantando la copa de excelente Ribera del Duero con el que me había obsequiado el anfitrión—. Y es por una razón muy comprensible.

—¿Negocios?

—Mujeres.

El imbécil que pronto sobrepasaría los ciento veinte kilos se rio entre dientes.

—Ay, amigo, el caramelo del diablo —murmuró en tono de sermón.

No iba a mencionar en voz alta que él disfrutaba de la compañía de las putas más caras cuando le apetecía o viajaba y se desprendía de las vestiduras eclesiásticas. Tenía fotos de sus fiestas con menores de edad... aunque, a juzgar por algunas informaciones que me llegaban, a veces hasta follaba con ellas puestas.

Yo no iba a delatarlo, pero me gustaba tener información. Nunca se sabía.

—No lo niego. Sin embargo, en este caso se trata de alguien especial.

La habilidad de desconcertar al contrario ha consistido siempre que sea posible en utilizar la verdad, de esa forma se consigue que la otra parte intente discernir si es cierto o no lo que uno afirma y, mientras tanto, buscar otro asunto menos comprometido.

—¿Y eso? ¿Busca esposa?

—Se podría decir que sí.

El arzobispo sonrió de medio lado y yo, para que no me soltara un sermón sobre el matrimonio, le pedí que me diera el nombre de la bodega del vino que estábamos degustando. Se ofreció a hacer de intermediario, lo que entendí a la primera: quería su comisión.

Durante mis viajes y para mantener la fachada de mi empresa, adquiría productos de alta calidad que después vendía y, sí, les sacaba rentabilidad, pero no tanta como limpiando la mierda de la gente rica. Se podía decir que les ofrecía un servicio integral.

A las puertas de la residencia del arzobispo nos esperaba un impresionante BMW con las lunas tintadas para desplazarnos a un restaurante de lujo. Yo sabía de antemano la afición de ese hombre por la buena mesa, de ahí que hubiera decidido invitarlo a cenar. Tardamos poco en llegar al restaurante y nos instalaron en un comedor privado.

Si mis cálculos no fallaban, y rara vez lo hacían, la tercera candidata nos atendería. Y, en efecto, fue quien nos trajo la carta. Me reconoció, claro, aunque disimuló su sorpresa y más aún cuando me esforcé en ignorarla... pese a que la falda entallada gris y la camisa blanca tan conservadora realzaban sus curvas.

El arzobispo siguió con su diatriba sobre los males del mundo, se quejó de que algunos políticos querían meter las narices en sus asuntos para quitarles poder (algo que compartía pero que jamás mencionaba en público) y también babeó cada vez que alguna camarera se acercó a nosotros.

El servicio fue impecable y, cuando por fin me deshice del prelado, fui a hablar con la encargada, a quejarme por la actitud de una de las camareras. Ni que decir tiene que no puso en duda mi testimonio y más aún cuando, junto con la cuenta, dejé una propina equivalente al gasto. Y el menú degustación, lo más barato de la carta, eran trescientos euros por comensal.

Sabía a ciencia cierta cuál sería el resultado de mi queja.

Lo tenía todo organizado, así que, al salir del local, me esperaba un coche con chófer. Me acomodé en el asiento trasero a esperar.

Como pasaban los minutos, supuse que la despedirían no sin antes obligarla a cumplir el turno. Mi maniobra era miserable, pero la de la encargada mucho más.

Repasé toda la información que había obtenido de Siena Narváez desde que la había conocido dos meses atrás.

Hija de Fermina y Doroteo, ambos agricultores. Residían en un pueblo que no aparecía en todos los mapas, Pardueles. Se había criado allí hasta que fue a la universidad. Estaba a punto de licenciarse en un doble grado de Economía y Relaciones Internacionales, de ahí mi interés en ella. Iba a cumplir veinticuatro en unos días, una fecha perfecta para mis planes y para agasajarla.

Su historial familiar estaba limpio como una patena. Unos padres sin inclinaciones políticas, dueños de las fincas que cultivaban. Declaraciones de renta impecables. Casa en propiedad, herencia materna. Hipotecados durante los diez próximos años para pagar los estudios de su hija. Un hermano, Romeo, también agricultor, soltero y sin antecedentes. Vamos, que ni inventando yo el historial hubiera quedado tan adecuado.

De ahí mi interés en ella. La cuestión era cómo convencerla de que su futuro estaba a mi lado. Llevármela al hotel y follármela durante toda la noche había sido el primer paso. No un sacrificio como podría pensarse. De hecho, a veces me costaba una barbaridad tirarme a alguien solo por necesidad, pero con Siena todo había fluido y, por tal motivo, pese a no tener las notas más brillantes ni el físico

más imponente ni tampoco el cociente intelectual más alto, sí era la más idónea.

Por fin la vi salir, cómo no, por la puerta de servicio, y la observé. Ya no llevaba el atuendo de camarera, sino unos pantalones vaqueros rotos y una cazadora de imitación piel, deportivas y el pelo recogido. Conocía su estado financiero, muy básico. Bueno, ocuparme de su aspecto era algo que ya había considerado. Si mis planes se materializaban, en menos de un año se convertiría en una mujer de aspecto refinado y vestiría con ropa de primeras firmas. Ese siempre era el paso más fácil, no hay quien se resista al lujo. Lo complicado era que Siena realizara la tarea para la cual la seleccionaba. Pero no era cuestión de adelantar acontecimientos, primero tendría que presentarme como su salvador.

Le hice un gesto al conductor para que se acercara hasta la parada del bus donde ella aguardaba. Me bajé del coche y pregunté de forma inocente:

—¿Una mala noche?

Siena alzó la mirada y vi que había llorado.

—Qué va, vengo de un fiestón —respondió con sarcasmo, y me hizo reír.

Saqué un pañuelo de seda del bolsillo y se lo di. Se limpió los ojos y la nariz y después me miró.

—Quédatelo.

—Has pasado de mí como de la mierda —me acusó, y tomé nota de que también puliría su lenguaje.

—Deberías haber mirado debajo de la mesa y comprobar el efecto que causas en mí —repliqué y era una verdad como una casa. Me la había puesto dura al traer los entrantes y verla con esa falda ajustada; sin embargo, había optado por ignorarla y comprobar cómo se las ingeniaba para trabajar, y desde luego había superado la prueba porque ocultar las emociones, y más siendo una mujer, no era tarea fácil—. Pero comprenderás que haya disimulado...

—Ah, bueno...

Sonrió, dando muestras de que se lo había tomado como un halago, y pensé «¡bingo!». Además jugaba con cierta ventaja, pues sabía que había intercambiado mensajes sobre mí con su mejor amiga... a la que también había investigado y considerado candidata, pero a quien descarté porque nunca me hubiese arriesgado a que, si

surgían problemas, ambas hablasen de mí. De hecho, en mis planes entraba llevármela fuera, que mantuviera con su entorno y familia un contacto más bien limitado y controlado. Nada de aislarla, claro que no, pues estaba demostrado que proceder de tal forma derivaba en apatía.

—Te llevo a casa —propuse.

Siena torció el gesto.

—Con la noche que llevo lo que menos me apetece es encerrarme en una habitación... Bueno, si antes me llevas a un veinticuatro horas a comprar algo fuerte, quizá sí lo soporte.

A veces me sorprendía lo fácil que era. Elaboraba un plan para que ella me acompañara y después resultaba innecesario. Nunca había creído en la buena suerte y odiaba dejar cosas al azar; no obstante, aquella noche fue más sencillo de lo previsto y Siena vino conmigo al hotel.

Todo el proceso se inició tal como tenía planeado. Me aproveché de su ingenuidad y no sentí remordimientos por ello.

Una vez en mi suite, le serví una copa y la escuché. La historia no me era desconocida, aunque sí me pareció una cabronada que la encargada se comportase, según palabras de Siena, de manera tan estúpida al recriminarle que su trabajo era deficiente y todo porque un cliente (yo) se había quejado del mal servicio. Desde luego la injusticia resultaba evidente, pues yo sabía que, hasta mi reclamación, el trabajo de Siena en el restaurante había sido impecable. Pero como por desgracia ocurre muy a menudo, quienes tienen la potestad de juzgar solo se fijan en la parte mala y ella pagó las consecuencias de estar bajo la supervisión de una trepa.

—Me pagan una mierda, he hecho horas extra sin cobrar, hablo idiomas... —Hizo una pausa para resoplar. Intuí que estaba controlándose para no llorar delante de mí—. También he callado ciertas cosas...

—Hummm... —aquello me hizo murmurar—. ¿Por ejemplo?

—Mentir para que algún famoso tuviera una coartada.

Nada que me sorprendiera. Era muy habitual en ciertos establecimientos que los trabajadores «colaborasen» para mantener su puesto. Recordé un caso en el que a una cantante que daba problemas en su discográfica se le preparó una encerrona en unos grandes almacenes, acusándola de hurto. Su popularidad se desplomó porque

la condenaron y para ello fue crucial el testimonio de dos empleadas.

—Y he sido simpática con clientes desagradables y todo porque hoy a algún gilipollas esnob le ha dado por tocar las narices —farfulló con amargura.

Yo era el gilipollas esnob, aunque por supuesto ella nunca lo descubriría. En restaurantes como aquel no se arriesgaban a ignorar o plantar cara a clientes como yo. Lamían el culo sin demasiado disimulo a quien pagaba la cuenta y dejaba propinas.

—Ven aquí —murmuré utilizando un tono bajo y al mismo tiempo exigente.

Quizá un día me encargaría de joderle la vida a la encargada trepa, a modo de venganza.

Siena hizo una mueca y no se acercó a mí con la rapidez que yo deseaba. Tal vez no buscaba consuelo ni palabras de ánimo. De todas formas, lo hice y no me costó nada fingir que me solidarizaba con ella, reírme cuando me desvelaba algún que otro trapo sucio del restaurante, como que no declaraban todos los ingresos o que hacían facturas falsas aumentando el coste del servicio a determinados clientes (políticos, empresarios y los de siempre) para justificar gastos y después se repartían el beneficio. Nada nuevo para mí, obviamente, pues en ciertos ámbitos ocurría siempre.

Intenté comportarme de la manera más distante posible; es decir, que no se notara demasiado mi interés por ella más allá del profesional, pues supe aquella misma noche que Siena, tras un período de aprendizaje, sería justo la persona que necesitaba a mi lado.

Lo que en aquel momento no quise ver, pese a que ya percibí las primeras señales, es que no iba a ser tan profesional con ella como debiera, porque me involucré demasiado desde la perspectiva personal. No sé, sentí cierta ternura por ella, incluso pensé que más adelante podría llegar a desvelarle algún que otro aspecto de mi negocio, pues en todo momento tuve la sensación de que Siena era una persona honesta.

Por supuesto, tras la conversación, unas copas y por fin sonrisas tras desahogarse, llegó el momento de llevármela a la cama. Tonto no era y desde el primer instante en el que tuve la oportunidad de estar cerca de ella percibí su interés en mí, que la excitaba. Hay señales inequívocas.

Así que ocurrió lo inevitable y lo que ambos deseábamos.

Follamos a lo grande. Primero en la enorme bañera; con la excusa de relajarnos le preparé un baño, utilicé todas las sales y geles de marcas de grandes firmas que el hotel ponía al servicio de sus clientes. La enjaboné y acaricié hasta que ella misma se sentó a horcajadas sobre mí y comenzó a restregarse contra mi polla. Fui incapaz de negarme... y mucho, porque apenas tuve que esforzarme para que se me pusiera dura, pues Siena lo había conseguido sola.

Después, en vez de relajarnos de verdad en la cama viendo algo en la enorme pantalla de televisión o tomando champán, acabamos deshaciéndola hasta caer rendidos, comprobando de nuevo que ella, a pesar de su juventud, era una alumna aplicada. Si le pedía que aguantara, que no se corriera, Siena protestaba pero obedecía. Si la obligaba a adoptar una postura determinada, me miraba con curiosidad.

Me convencí no solo de que era jodidamente buena follando (y que aún lo sería más), lo cual añadía un componente muy interesante, ya que no solo la adiestraría de acuerdo con mis necesidades profesionales, también contaría con ella para otras más privadas.

De ahí que, a la mañana siguiente, satisfecho en más de un aspecto, diese los siguientes pasos para que Siena se viniera conmigo.

Capítulo 5

En la actualidad
Terminal de vuelos privados, España
18.30 horas

SIENA

—Veo que el negocio prospera —comento con sarcasmo cuando el coche se detiene a los pies del avión. A pesar de mis objeciones, he tenido que tragar, aunque hubiera sido una muestra de rebeldía llegar aquí en taxi, para dar un poco por el culo entre tanto coche de lujo y ricachón.

Antes no me importaba ser la mujer de un hombre forrado, ahora lo detesto.

Finley me mira de reojo y sonríe.

—Sí, para qué negarlo —dice, y espera a que el chófer nos abra la puerta para bajar del vehículo. Otra concesión: en vez de venir sola, he compartido espacio con mi marido. Ahora bien, diré a su favor, aunque me joda, que no me ha incordiado, ha sido educado. Claro que, conociéndolo, seguro que su comportamiento responde a una estrategia. Recordad: Finley no da puntada sin hilo.

Como no quiero seguirle el rollo y a modo de desobediencia, me apeo antes y hasta lo oigo resoplar. A la gente de dinero le gusta que le laman el culo y tener siervos. He aceptado su mierda de condiciones, pero va listo si cree que no voy a plantarle cara... o que no le tocaré los cojones con detalles a priori estúpidos que sé lo mucho que lo joroban.

—¿Gulfstream 650? —pregunto mirando el avión.

—Eh, sí —murmura, y frunce el ceño.

Es raro pillarlo fuera de juego, por eso añado:

—Siempre has odiado viajar en aviones comerciales y una siente curiosidad por los cacharros en los que me has llevado por el mundo

—suelto con cierta chulería.

Durante nuestro matrimonio, en el que yo era como la *Ciega, sordomuda* de Shakira (bruta, ciega, sordomuda, torpe, traste, testaruda), solo me percataba de lo guay, es decir, del lujo, de la ostentación y de que Finley era tan generoso como para compartirlo conmigo. ¡Ja! «Mierda envuelta en brillantina» sería una buena definición; por eso, ahora que sé cómo obtiene la pasta, me repatea.

—Chica lista —dice, y me hace un gesto para que suba delante.

No hace falta preguntar sobre mis pertenencias, estarán ya en la bodega del avión debidamente colocadas y revisadas. Incluso sé que tendrán algún que otro rastreador, por lo que las tiraré a la basura en cuanto me sea posible. «El problema —pienso mientras asciendo por la escalerilla— es que también me encontraré con el equipo de Finley, empezando por el cabrón de Steven y siguiendo por su asistente, Erika, que siempre me ha parecido como su madre, porque la buena señora, nunca adiviné su edad, es más seca que una uva pasa.» En uno de los muchos enfrentamientos que tuve con ella le pregunté si también, además de lamerle el culo a Finley, le compraba el papel higiénico y me fulminó con la mirada. Y es que, desde que la conocí, al poco de casarme, Erika se había esmerado por hacerme sentir incómoda metiéndose hasta en mi dormitorio.

No hablo de forma metafórica, pues una mañana la pillé husmeando entre mis cosas y la tuvimos morrocotuda, claro. Pero después supe que no había sido solo por curiosidad, sino por orden de Finley, quien, paranoico como el solo, quería asegurarse de que no escondía nada preocupante. En su momento no lo entendí y la buena señora se excusó diciendo que mi marido pretendía hacerme un regalo y quería saber qué tipo de ropa interior me gustaba. ¡Ja! Como si no me hubiera desnudado las suficientes veces como para saberlo de primera mano.

—Buenas tardes, señores Tremair —nos saluda la susodicha y creo, quizá esté exagerando, que está coladita por mi marido. Pues se lo regalo, con lazo rosa y todo. Que la diferencia de edad no sea un problema y me parece bien que ella le saque unos añitos. Además, no me extrañaría nada que Finley sedujera a mujeres de cualquier edad con tal de sacar rendimientos. Mi esposo carece de escrúpulos.

La fulmino con la mirada. Finley, que ha subido tras de mí, me coloca una mano en la espalda instándome a avanzar.

—Es un placer tenerla de vuelta —apostilla el cabrón de Steven hablándole a Finley, sin dirigirme la mirada, como si yo fuera un mueble—. Al final ha entrado en razón.

Eso se merece una peineta por todo lo alto. Y con dedicatoria.

Finley debe de advertirlos con la mirada de que no está el horno para bollos y sus secuaces se acomodan en los asientos delanteros del avión, dejándonos a nosotros los más cercanos al dormitorio.

Él me mira sabiendo que es inevitable pensar en la primera vez que subí a un avión privado, tras nuestra boda, y nada más anunciar el piloto que ya podíamos movernos libremente, nos encerramos en el dormitorio.

Eso es algo que repetimos en infinidad de ocasiones, porque yo no pensaba en otra cosa que en sentirme viva con sus caricias, experimentar sensaciones desconocidas que solo Finley conseguía y de paso satisfacerlo. Qué idiota puede llegar a ser una mujer enamorada, ¿verdad? Porque él tenía repuestos por ahí, amén de que dudo mucho que solo durmiera las noches que pasó fuera de casa por negocios.

Inevitablemente tengo una especie de *déjà-vu* y se me debe de notar en la cara porque Finley hace un gesto como si quisiera indicarme dónde está el dormitorio.

—No te hagas ilusiones —mascullo, y él se ríe sentándose frente a mí.

—Quizá la que no debería hacérselas eres tú —retruca sin perder el buen humor.

—¿Puedo sentarme allí? —pregunto y señalo los dos asientos que están más alejados y, por tanto, se destinan a personal de servicio o invitados.

—Deja de tocar la moral, no te va a servir de nada —murmura en respuesta.

Me abrocho el cinturón y espero a que despeguemos en silencio. Es lo mejor, así evitaré cabrearme más y de paso tendré tiempo para pensar en cómo ser la peor esposa del mundo. Finley no se merece menos.

—Debo reconocer que me lo has puesto difícil —comenta tras pasar un buen rato callados.

Yo evito mirarlo y prefiero hacerlo por la ventanilla, como si las nubes fueran de lo más interesante.

—Y también —prosigue— que lo más sencillo y económico

hubiera sido mandarte a paseo.

—Qué palabras tan románticas, Finley, tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer.

—Tu sarcasmo me excita, tenlo en cuenta porque vamos a pasar aquí metidos unas cuantas horas —replica seductor.

—Podrías haberme comprado un billete en un avión comercial —rebato.

—¿Y arriesgarme a que te despistes en algún aeropuerto y tardes una semana en llegar? —alega.

—Siempre me ha gustado disfrutar del viaje —replico, y tentada estoy de hacer un movimiento de esos erótico-peliculeros para comprobar si a Finley le afecta. Pero estoy tan desanimada que me limito a fruncir el ceño.

Además, para ello necesitaría ropa más adecuada, no estos vaqueros tan cutres que llevo.

—Aquí puedes hacerlo, aunque, conociéndote, harás todo lo posible para pasarlo mal. Allá tú.

—Es que esto de estar secuestrada me cabrea un poco, ¿sabes?

—Siena, deja de decir bobadas. Tenemos un acuerdo, beneficioso para ambos.

—Querrás decir un chantaje. Y en todo caso será beneficioso para ti —lo corrijo.

Me doy cuenta de que, a pesar de hablar en voz baja, todos se percatan de cada frase y, con el cariño que me tienen, me estoy luciendo. Sin querer les estoy dando más munición para que beatifiquen a Finley. De ahí que, para evitar más discusiones, masculle:

—Vayamos, si no te importa, al meollo de la cuestión.

—Descansa, ya hablaremos —me responde, y saca su iPad.

Y yo, comportándome de manera irracional, se lo quito de las manos y lo dejo en el asiento vacío que hay a mi lado.

—Si no quieres sexo, de alguna manera tendré que ganarme los diez millones —afirmo echándome hacia delante.

—¿Quién ha dicho que no quiero sexo? —inquiere más alto de lo prudente y, claro, se ha debido de enterar hasta el comandante.

—Grrr... —gruño frustrada—. Dime qué debo hacer. Y, por favor, que no sea ilegal.

—Tranquila, no infringirás la ley.

—Al grano, por favor.

Como nuestra conversación está siendo objeto de atención, Finley se pone en pie y sin muchos miramientos me agarra de la muñeca y tira de mí para que lo siga. Nos encerramos en el dormitorio y él se afloja la corbata; todavía lleva la que le regalé.

—Tu único trabajo será seguir casada conmigo —dice y sin preguntarme me sirve un botellín de agua.

—¿Solo? Uy, qué chollo —me guaseo.

—Acompañarme en algunos viajes, comportarte como una buena esposa en público, observar a la gente...

—Para, para... Lo de ser un llavero colgado de tu brazo lo entiendo, es lo que he hecho todos estos años a tu lado; sin embargo, lo de observar a la gente...

Finley se sienta y adopta una pose profesional mientras yo permanezco de pie, junto a la cama.

—Has sido y vas a seguir siendo para mí la mejor espía ciega... además de una excelente coartada.

¿Espía ciega? ¿Coartada? ¿Qué carajo dice este hombre?

—¡¿Cómo?!

—Querida, no te lo tomes a mal, pero ¿por qué pensabas que quería recuperarte?

Si me hubieran echado un jarro de agua helada por encima, me hubiera sentido mucho mejor. En el fondo una mantiene esa ridícula esperanza de que, para él, a pesar de todo, sea importante. Y si bien las tonterías celosas y posesivas que detesto hacen que me ponga a la defensiva, mi corazoncito gilipollas esperaba que todo este numerito significara que Finley, con todos sus defectos, al menos albergara algún sentimiento hacia mí.

No me he recuperado del mazazo, pero aun así consigo replicar:

—Yo no sé hacer eso. Te vas a gastar el dinero a lo tonto.

—Lo has estado haciendo todos estos años, a mi lado —afirma, y frunzo el ceño.

—¿Perdón?

—¿Crees que me importaba una mierda cuando volvíamos de alguna fiesta y me contabas todos los chismes de los invitados? O, cuando participabas en reuniones benéficas, ¿para qué quería saber yo quién aportaba más o menos? ¿Por qué necesitaba saber quién se gastaba una barbaridad en joyas o quién tenía amantes?

—Sigo sin entenderlo —digo en voz baja, y me dejo caer en la cama.

Prefiero mirar el techo en vez de mirarlo a él.

—Contigo a mi lado, nadie sospechaba. Eres culta, elegante, hablas idiomas y te desenvuelves como nadie en todos los ambientes. Eres observadora, tienes memoria privilegiada...

—Soy un jodido dechado de virtudes —comento con acritud.

—¿Sabes la de veces que me han sido útiles tus observaciones sobre la decoración de una casa en particular?

Reprimo las lágrimas porque, si bien descubrí sus mentiras hace un año, pensaba (qué gilipollas soy) que ya no podría hacerme más dolor. Y ahora descubro que, además de mentirme sobre sus negocios, me ha utilizado para sus chanchullos. Cuando le contaba qué había hecho y me escuchaba atento, yo pensaba, ingenua de mí, que le interesaban mis cosas, cuando en realidad solo almacenaba información.

—A veces la gente es reacia a hablar de sí misma, es desconfiada; sin embargo, contigo no lo eran —me explica, y detecto un tono cercano al de un profesor que ha puesto a prueba a su alumna.

—Porque soy buena persona...

—Y lista —añade, y es un piropo envenenado.

—Y gilipollas —sentencio yo porque es verdad.

—Acudías a fiestas en las que te mostraban sus cuadros de gran valor o te enterabas en los corrillos de cotorras de si el crío de dieciséis años había dejado preñada a su amiguita del instituto. Sabías qué libros tenía este o aquel en sus bibliotecas o si alguna señorona se buscaba un amante o cuándo se iban de viaje...

—A la gente rica le gusta presumir —reflexiono atando cabos.

—Exacto —me confirma.

—Y me diste un trabajo en tu empresa fantasma para que tuviera acceso a todavía más información.

—Sí, así es.

—¿Y por qué yo? —pregunto con amargura porque, cada vez que pienso «ya está, ya no puede causarme más daño o joder más mi autoestima», va y lo consigue.

—Joder, Siena, te elegí por tus cualidades —admite sin remordimientos.

Claro, ¿cómo iba a tenerlos? La gente como él no se para a

pensar, actúa y saca un beneficio.

—Te formé y te preparé para ello —prosigue—. No puedo renunciar a una inversión tan pronto.

—Como sigas diciéndome palabras tan bonitas, me vas a hacer llorar —murmuro controlando la respiración.

—Ya estás llorando —dice, y se acerca para abrazarme, aunque se lo impido.

Le doy la espalda.

—¿Y ahora a quién quieres que espíe? —inquiero con cierta mala leche.

—Descansa. Llegaremos a casa en unas horas y allí seguiremos hablando —dice en voz baja y comprensiva.

—A tu casa, no la mía —puntualizo.

—No seas quisquillosa.

—Eres un cabrón manipulador.

—Cierto —admite, y detecto cierto orgullo—. Pero este cabrón manipulador no solo te quiere porque seas útil.

—Ahórrate la compasión y no te aproveches de mis emociones, Finley —le advierto, ya que bastante jodida estoy ya.

—Deja de autocompadecerte y verás que mi oferta es estupenda.

—No vas a enredarme. Cumpliré mi parte del trato —prometo sin mirarlo porque no soy capaz—. Y si quieres follar, ya sabes, llama a una de tus otras mujeres. No me voy a cabrear.

Ni loca le doy semejante oportunidad.

—Tú te lo pierdes porque, admítelo, Siena, no has disfrutado, ni sentido ni experimentado con nadie lo que conmigo. Allá tú y tu maldito orgullo.

Tiene la desvergüenza de darme un beso en la cabeza antes de dejarme sola y hecha una mierda.

Una pieza más del puzle que encaja. Y de nuevo debo inclinarme ante la astucia de mi señor. Cuando, al año más o menos de estar casada, le comenté que me aburría sin nada que hacer, me propuso que lo ayudase en su negocio, diciéndome que yo podía ser una excelente relaciones públicas, así que acepté encantada porque me permitía estar más cerca de él (era una gilipollas enamorada) y, además, colaborar.

Atender a gente adinerada, caprichosa y sin criterio no era lo más estimulante, pero llevar el apellido Tremair me abría casi todas las

puertas. Además, muchos de los clientes pasaron a ser amistades, pues yo, sin saber que mi marido manejaba los hilos, me esmeraba por buscarles este o aquel producto absurdo y caro utilizando los contactos de la empresa de Finley. La cuadratura del círculo, sin duda, porque yo daba información sobre tal o cual persona, los empleados de Finley la registraban, me conseguían el producto, entraban en las casas para dejar la mercancía, yo me llevaba la medalla y el cliente confiaba más en mí.

Traducido: yo creía tener un futuro profesional gestionando artículos de lujo que importaba a través de la empresa y que vendía a precios desorbitados a gente adinerada y lo único que hacía era prepararle un informe a mi marido sobre los gustos, carencias y miserias de esos clientes porque, cuando vas a vender a los ricos, hay que escuchar sus tonterías (y dicen muchas) antes de que te firmen el cheque. Y, por supuesto, anotar datos. ¿Habéis hecho alguna vez la compra en un supermercado y después pedido que os la envíen a casa? ¿A que os preguntan horarios de entrega, teléfonos y demás? Pues aquello era igual. Por ejemplo, anotaba en la ficha cuándo un cliente iba a dejar la casa durante quince días porque íbamos a instalarle un suelo de mármol carísimo. Eso le daba a Finley la oportunidad de entrar en la propiedad y husmear a gusto.

Y todo, por supuesto, con la intención de agradar, de no llevar la contraria a un marido, por eso de que hay que renunciar a ciertas ambiciones personales cuando una se casa. Mierda de teoría...

—Joder... —mascullo con rabia e impotencia, sin poder contener las lágrimas.

Y sigo llorando cuando me tumbo en la cama e incluso golpeo la almohada. Finalmente me quedo dormida.

* * *

Menos mal que durante el resto del viaje he podido estar sola. Solo me ha interrumpido la asistente de vuelo para preguntarme si quería comer algo. Y para mi sorpresa, cuando le he pedido tortilla de patata, me ha dicho que sí tenía, que el señor Tremair había exigido en persona que se incluyera en el menú.

A diferencia del resto de los mortales, al llegar no me he visto obligada a pasar por el control de pasaportes ni mierdas legales. Así

que todo ha sido rápido. Y ya estoy en la que ha sido mi residencia durante nueve años. Y nada ha cambiado. Parece que fue ayer cuando salí escopetada con una pequeña bolsa de deporte dispuesta a huir.

Nos recibe Alvin, el mayordomo; sí, tenemos uno, y me pregunta como si nada (sin duda Finley lo ha aleccionado) si deseo algo y todo con una frialdad exasperante.

—No, gracias —le responde Finley, que lleva su maletín, del que no se separa ni para cagar.

—¿Y mis cosas?

—Tranquila, las traerán y ordenarán mañana.

—No quiero que nadie husmee en mi ropa. —Ya lo han hecho, pero hay que reafirmarse—. Y, por supuesto, no vamos a utilizar el mismo dormitorio.

Sin responder a ello, me lleva hasta el que compartíamos mientras estábamos casados y cierra la puerta de golpe.

—Mis empleados son discretos —afirma—; sin embargo, no voy a arriesgarme a que un comentario casual arruine mi coartada. La cama es lo suficientemente grande como para que te reprimas y no te abalances sobre mí cuando te despiertes cachonda —suelta con chulería.

—Mira, estoy hecha una mierda. No me apetece discutir. Mañana hablaremos —le espeto y me dirijo a lo que una persona normal denominaría spa, porque tener un baño de ochenta metros cuadrados siempre me pareció excesivo.

—Quítate de la cabeza la idea de ir a un cuarto de invitados, Siena —me advierte siguiéndome. Le hago una pedorreta—. No seas infantil.

—Pues espera y verás —sentencio, y le doy con la puerta en las narices.

Cuando salgo del spa me lo encuentro en su lado de la cama, acostado, en penumbra. Yo he tenido que tragarme el orgullo y coger del armario un camisón que juré no volver a usar cuando me fui, aunque por lo visto Finley se ha encargado de que toda mi ropa esté en perfecto estado dentro del vestidor. Incluso hay prendas nuevas.

Me cubro con el edredón y le doy la espalda. Como bien ha dicho, en esta cama dos no se rozan a no ser que se esfuercen.

—Buenas noches —murmura un tanto seco.

—No me despiertes hasta dentro de setenta y dos horas como

mínimo —le advierto.

—Lo lamento, no será posible. En dos días nos vamos de viaje.

—¡Si acabamos de llegar! —protesto, y solo por curiosidad miro por encima del hombro.

Finley está acostado boca arriba, con los brazos doblados bajo la cabeza, mirando al techo y el edredón cubriéndolo solo hasta la mitad de sus pectorales.

—Descansa unas horas —me recomienda.

—¿Y a dónde vamos a espiar? —inquiero con mala leche.

—A las Maldivas.

Capítulo 6

Diez años atrás
Resort privado, Islas Maldivas
17.15 horas

FINLEY

—¡Esto es de ensueño! —exclamó Siena nada más entrar al bungalow que había alquilado para pasar nuestra luna de miel. Ni siquiera esperó a que se marcharan los empleados del hotel que traían nuestro equipaje.

Me quedé de pie, apoyado en la puerta del dormitorio mirándola con una sonrisa en los labios. Intuía que, como al noventa y nueve por ciento de la gente, ciertos lujos a los que solo el uno por cierto tiene acceso la impresionarían y, sin duda, la distraerían. También disfruté, de alguna manera, proporcionándole aquellos lujos a los que yo ya ni prestaba atención y que con Siena al lado podrían volver a ser estimulantes.

Por supuesto, pasar aquellos días juntos supondría un estímulo extra para mí, ya que, por razones que me negaba a admitir, no la consideraba solo una mujer a la que follarme para satisfacer mis necesidades sexuales a la par que las empresariales. Ella se estaba convirtiendo en algo más importante desde el punto de vista emocional.

Que conste que nunca deseaba ninguna desgracia a ninguno de mis colaboradores; sin embargo, evitaba implicarme desde el plano personal. Respetaba su vida privada siempre y cuando no se mezclara con el trabajo.

Recrear el cuento de hadas fue algo tan sencillo como relativamente económico teniendo en cuenta que todo era una inversión a medio plazo. Había organizado operativos mucho más costosos y menos placenteros.

Casarme con ella había sido la guinda del pastel. No entraba en el plan inicial, pero, después de conocer a Siena y follármela en diferentes hoteles en los que la citaba y ella acudía sin rechistar, fui consciente de que atraerla como empleada usando el método habitual (un contrato, ganancias suculentas en menos de un año y la posibilidad de viajar) no funcionaría, pues estaba muy convencida de conseguir una plaza en la Escuela Diplomática. Tenía que surgir algo tan fuerte como imprevisto para que cambiara de opinión.

Así que elaboré un plan sencillo, empezando por volver a verla y seducirla de todas las maneras posibles. Con sexo, obviamente, pero también lujo. Lo último era cuestión de cuenta bancaria, y reservar suites de ensueño y villas privadas, enviarle regalos y demás gestos no supuso apenas gasto. Lo consideraba, como ya he dicho, una inversión.

Tiré de contactos para que sus calificaciones finales no fueran justas y además me aseguré de que no entrase en la Escuela Diplomática.

Respecto a seguir follándomela... Ahí sí tuve que ir con cuidado, pues no sería la primera vez que un hombre perdiera la cabeza por una mujer y es que Siena, desde su ingenuidad e inexperiencia, ponía a prueba todos mis límites. Y no me refiero a los físicos.

Había momentos de debilidad en los que, estando imbuido en un operativo, miraba la agenda para contar los días que faltaban hasta nuestro próximo encuentro... algo totalmente inusual en mí. Por eso procuraba, tras pasar un fin de semana con ella encerrados en un apartamento de alto standing, buscarme a otra mujer con la que follar y demostrarme a mí mismo que aquella joven de veintipocos no me afectaba. Aunque sí lo hacía.

Por eso, para evitar que después mi cabeza no estuviera pensando en la posibilidad de que ella estableciera una relación con otro tipo, recalculé el plan y decidí que nos casáramos. Además, tenerla como esposa, en ciertos ámbitos, me aportaba respetabilidad, pues a los hombres casados se los considera más de fiar. Id a solicitar un préstamo y comprobaréis mi teoría.

Solo cometí un error y fue utilizar mi verdadera identidad en el certificado de matrimonio. No podía, después de haberla conocido, inventarme una historia sobre otro nombre. Otra anomalía en mi vida, pues guardaba dos pasaportes más con sendas identidades que me

daban dos vidas extra, dos coartadas extra para realizar mis actividades.

Acepté casarme con ella en España porque le hacía ilusión que su familia y amigos estuvieran presentes. Con sus padres no tuve problema alguno, me acogieron como a un miembro más enseguida. Solo una persona se mostró disconforme con nuestra boda: su compañera de estudios.

Ya había investigado a la tal Andrea y vi que ambas provenían de familias humildes que hipotecaban cuanto tenían para dar una educación a sus hijas. Algo loable y respetable. Sin embargo, Andrea era un grano en el culo en lo que a consejos se refería.

Yo le estaba ofreciendo a Siena una vida de lujo y su amiga, en vez de alegrarse, se empeñaba en buscarle pegas. Intercepté varios mensajes y también escuché conversaciones telefónicas entre las dos.

La chica, para empezar, ponía en tela de juicio que fuera necesario casarse. En una de las muchas conversaciones le dijo:

—Joder, tía, ¿por qué no sigues follando con él y punto? Eres joven, tienes estudios y ¿te vas a convertir en la mujer de un ricachón diez años mayor que tú? Anda, no me jodas.

Sí, Andrea conjugaba el verbo *joder* todo el tiempo.

—Lo sé, pero es que Finley...

—Oye, piensa un poco, te lleva diez años. ¡Diez años! Si sigues con él cuando cumplas cuarenta, él ya será un cincuentón.

Qué hija de puta.

—Andrea, tú no lo entiendes, él es perfecto. En todos los sentidos.

Bendita la ingenuidad de Siena, de la que yo me aproveché, obviamente, y que por suerte venció todos los inconvenientes planteados por Andrea, la tocapelotas.

—Eso lo dices porque tiene dinero y un rabo mágico. Ya veremos si le funciona cuando cumpla los cincuenta.

Lo de rabo mágico me llegó al alma.

—Estoy decidida, de verdad. Agradezco que quieras darme otro punto de vista; sin embargo, estoy convencida de que Finley es el hombre de mi vida.

—Joder, tía, que te has pillado de un guiri...

—Habla bastante bien español, con un acento que me pone muy cachonda.

Eso lo descubrí la primera noche que pasamos juntos.

—¿Y por qué no esperas un año? En breve sale la convocatoria para la Escuela Diplomática, te presentas y, si no te seleccionan, pues vas y te casas con tu guiri. ¡No puedes abandonarlo todo por un hombre, eso no es bueno!

Si se hubiera dado la circunstancia, ya tenía controlado el asunto. Jamás la aceptarían en esa escuela.

—Cuando te enamores, entenderás cómo me siento.

—¿Qué tiene que ver el amor con la realidad, tía? —repuso con desconfianza—. Las mujeres se enamoran y no por ello lo dejan todo atrás. Persiguen sus metas. Si todas nos rendimos en cuanto aparece don perfecto, apañadas estamos.

—Es que...

—A ver, tía, ¿por qué tienes que cambiar tú por él? —planteó Andrea, intentando jorobarme los planes—. ¿Por qué renuncias a tus sueños y amoldas tu vida a la de un hombre? Al que, por cierto, no conoces lo suficiente.

—Yo lo quiero —se justificó Siena.

—¿Y por qué no es él quien modifica su vida por ti? Aunque, si me preguntas, eso tampoco me gusta, pues en el futuro te lo podría echar en cara.

Andrea destilaba demasiado cinismo y feminismo, así que me ocupé de ella. Con sus calificaciones, inferiores a las de Siena y sin padrinos que la auparan, tenía todas las papeletas para ser becaria y tardar al menos diez años en encontrar un trabajo medio decente. Así que hice dos llamadas y en menos de un mes ponía rumbo a Estonia para ocupar un importante puesto en una empresa energética.

Escuché, por supuesto, la conversación en la cual le contaba la buena noticia a Siena, asegurándome de que aceptaba el puesto y que no sospechaba sobre mis tejemanejes para conseguírselo.

Un problema menos.

Reservar unos días para la luna de miel, es decir, vacaciones, fue algo que sorprendió a mis colaboradores cercanos, pues hasta la fecha veraneaba en lugares en donde además de tumbarme al sol podía observar y obtener información. Incluso aprovechaba para aceptar las invitaciones de algunos clientes satisfechos que deseaban realizar nuevos encargos y hacer nuevos contactos.

Por eso el viaje a las Maldivas supuso una gran novedad, por varias razones. La principal rodaba como una croqueta por la cama

riéndose porque era enorme. Bueno, en teoría no me había traído trabajo. Entendí que follarme a mi esposa a base de bien podía resultar un buen entretenimiento.

—¿En qué piensas? —me preguntó mirándome con ojitos de enamorada.

Yo le tenía cariño, sí. Me importaba. No obstante, dudaba de que alguna vez aquellos sentimientos se volvieran más intensos. Hasta la fecha no me había enamorado de nadie y dudaba de que esa circunstancia me pasara. Y si finalmente ocurría, ya me ocuparía de evitarlo. De ahí que, en cuanto regresáramos, resultara imperativo organizarlo bien todo para que ella fuese rentable y no tuviera demasiado tiempo para pensar.

—En que no debería haber contratado ninguna actividad extra que implique salir del bungalow —respondí, y Siena arqueó una ceja, sin duda captando el matiz sexual de mis palabras.

Siena llevaba un pantalón vaquero corto deshilachado y un top azul arrugado después del viaje y de vestirnos apresuradamente tras follar en el dormitorio del avión, pero no me importó. Me pareció tan seductora y deseable como las mujeres que generalmente tenía alrededor, ataviadas con ropa cara y exclusiva.

Por supuesto ya me había encargado de que su guardarropa estuviera compuesto por prendas de diseñador, exclusivas, para que, cuando apareciera en público, destacara... una sorpresa que Siena descubriría a nuestro regreso.

Caminé despacio hasta la cama, dándole tiempo a que se fuera desnudando y excitando. Me gustaba contemplarla sin nada encima mientras yo permanecía de pie con la ropa puesta. Y por sus gestos y respiración, sabía que ella se ponía muy caliente al mostrarse tan sumisa. Aunque después sacaba las garras, como buena leona, había que incentivarla primero.

—Me pongo cachonda cuando me miras así —murmuró quedándose tumbada, con los brazos echados hacia atrás, poniéndome morritos y mostrándose jodidamente seductora.

—Lo sé.

Yo llevaba una camisa ligera y unos Dockers caqui, así que tardé lo indecible en soltar los botones mientras disfrutaba con su impaciencia.

—¿Vas a tardar mucho?

—Tócate, despacio, para animarme —le pedí que lo hiciera tal como le había enseñado.

Continuaba ruborizándose igual que la primera vez que la obligué a ello.

Habíamos quedado en un apartamento para pasar dos días tras estar sin vernos dos semanas y ella pensó que, nada más encontrarnos, la tiraría sobre la cama y me la follaría. Si bien era un plan cojonudo, nos encontrábamos en pleno «cortejo», por llamarlo de alguna forma, y lo mejor para mantener el interés era no comportarme como los tipos de su edad. Debía mostrarle otros caminos mucho más interesantes y, de paso, no aburrirme yo también porque para un polvo rápido siempre hay candidatas y salas vip de aeropuerto.

Siena comenzó a acariciarse los pezones y a gemir bajito. La camisa ya estaba tirada a los pies de la cama. Se mordió los labios y dirigió la mirada a mi entrepierna.

A veces sentía cierto temor a que ella, al ser diez años menor, se encaprichara de otro y me jodiera los planes; no solo los empresariales, sino los emocionales, porque, si bien no estaba enamorado de ella, me importaba lo suficiente como para mostrarme posesivo.

Era mi luna de miel y quería exprimirla a tope, así que aguanté todo lo que pude con los pantalones puestos hasta que ya no fui capaz de rechazar la invitación y caí de rodillas y la agarré de los tobillos para separarle las piernas todo cuanto era posible y llegar a su sexo.

—Hummm... Nadie lo hace como tú —jadeó en cuanto mi lengua entró en contacto con su piel.

La primera vez que le proporcioné un orgasmo con la boca me confesó que ningún tío antes había hecho algo tan increíble porque, como mucho, se acercaban un poco, dos o tres pasadas superficiales de lengua y, venga, a conformarte con eso.

—Lo sé, Siena —afirmé profundizando con la lengua porque, aunque todo aquello respondía a un plan bien trazado, nadie dijo que mientras se cumplían los objetivos ambos no pudiéramos disfrutar.

Además, por alguna extraña razón, me gustaba complacerla y saber que con ninguno antes había hecho lo que conmigo, pues me subía la autoestima. Innecesariamente, claro, porque yo era muy consciente de mis habilidades.

La lamí entera, a veces con calculada desidia para desesperarla y

que me suplicara entre gemidos que la follara, y otras de forma tan perfecta que se acercaba al clímax sin parar de alabar mi buen hacer.

Cuando supe que estaba a punto de correrse, decidí ir un paso más allá y le pedí que se diera la vuelta. Obedeció, sí, aunque frunció el ceño. Entonces me ocupé de su trasero.

Durante nuestros anteriores encuentros le había mostrado un variado muestrario de prácticas sexuales, pero había dejado fuera el sexo anal. Intuía que Siena no se mostraría muy animada si se lo proponía abiertamente y por eso preferí llevar a cabo una política de hechos consumados.

Además, había leído los mensajes que intercambiaba con Andrea en los que ambas comentaban sin tapujos su historial sexual, fantasías y demás. Una fuente inagotable de información para maniobrar sobre seguro.

Le metí dos dedos en el coño, desde atrás, para que se confiara y mantuviera la excitación. El otro objetivo era obtener la máxima lubricación, pues, si bien en mi maleta había lo necesario, no quería apartarme ni un segundo de aquella cama ni de aquel cuerpo.

Siena continuó gimiendo y, sin que yo se lo pidiera, levantó el culo de manera instintiva, lo cual me vino de perlas. Me coloqué de rodillas tras ella y retiré los dedos para que fuera mi polla la que disfrutara del calor y la humedad.

—Finley...

—Espera, no te corras, aguanta un poco —exigí sin darle los empellones que me pedía el cuerpo.

—Siempre dices lo mismo —protestó tensando cada músculo vaginal, lo cual me hizo más complicado llevar hasta el fin mis ideas.

Mientras la distraía penetrándola de forma convencional, comencé a estimular su ano con un dedo, que tenía pringoso de sus fluidos. Siena estaba tan cachonda que no protestó. Sí lo hizo cuando presioné hasta meterle el primer dedo, pero, como al mismo tiempo le di un par de azotes, ella no se apartó.

—Te gusta, ¿eh?

—Me gusta todo lo que me haces —confesó entre gemidos.

Era justo la respuesta que quería oír. Yo estaba a punto de reventar, pero aguanté; quería correrme en su culo, por lo que me retiré de su coño para situarme en su ano.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió con un deje de miedo.

—Acabas de decirme que te gusta todo, Siena —le recordé empujando un poco para que no albergara dudas de por dónde iba a follarla.

—No sé...

—Va a ocurrir —aseveré y otro empujón.

Ella reaccionó con un grito y haciendo amago de apartarse; sin embargo, yo la tenía bien sujeta de las caderas. Fui todo lo despacio que pude y, para que no le doliera demasiado, estimulé su clítoris sin descanso hasta que por fin se la metí al completo.

—¡Finley! —exclamó.

—Tranquila, ya sé que duele. Ahora bien, te garantizo que será increíble.

—No, por favor, no...

—Relájate, Siena y deja que ocurra...

La entendía, joder, claro que la entendía; no obstante, quería que lo experimentara y, ¡qué cojones!, yo deseaba follarme su culo.

Le costó aceptarlo, pues, a pesar de que yo iba con cuidado y los envites eran suaves, ella intentaba apartarse. La agarré del pelo y me incliné para susurrarle las palabras más sucias que conocía en español. Aquello surtió efecto y me confirmó que mi esposa, a pesar de su juventud, tenía un lado tan vicioso como el mío. Solo era cuestión de que aflorase... de lo cual yo me encargaría, pues tenerla sexualmente satisfecha resultaba primordial para evitar tentaciones como mirar a otros hombres.

Cuando se dio cuenta de que las molestias de la penetración anal eran una minucia en comparación con el placer, emitió una serie de jadeos tan escandalosos que me pusieron todavía más cachondo. Y seguramente a algún residente de los bungalows contiguos también.

Cuando se corrió, lo único que repetía era «Finley, sí, dame más fuerte, oh, joder, Finley, fóllame así...».

No tuve ningún reparo en complacerla.

Y tampoco durante el resto de nuestra luna de miel.

Capítulo 7

En la actualidad
Dormitorio del apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
15.10 horas

SIENA

Al despertarme soy consciente de que no he dormido en el colchón al que se le salen varios muelles y que el roñoso de mi casero debió de rescatar de un contenedor de basura tras haber estado expuesto a microbios de todo tipo.

Abro los ojos y a mi alrededor solo hay lujo... pero no ese de reforma rápida, sino el de verdad. Las paredes están recubiertas con papel pintado color crema en el que se aprecian unas delicadas filigranas de aire oriental que Finley trajo de uno de sus viajes y que, según me dijo se lo habían fabricado expresamente para él; los techos son altos, alrededor de tres metros y medio, y las puertas van en consonancia. Los muebles, de diseño exclusivo, minimalista, que yo escogí y que nunca supe lo que llegaron a costar... En resumen, dinero, dinero y más dinero. Y buen gusto también, pues a veces me llevaba las manos a la cabeza ante los caprichos de los ricos.

Sin embargo, a estas alturas ya no me impresiona. Quizá hay quien piense que, claro, ya no lo sé apreciar. Pues bien, he vivido el último año en una buhardilla cochambrosa y volvería allí sin dudarlo con tal de escapar de Finley, porque todo esto que me rodea no es más que una distracción, los barrotes de mi jaula. Y tardé mucho en darme cuenta de ello.

Al principio, cuando llegamos a este apartamento (o casoplón) ubicado en Manhattan, y aquí todo cuesta un riñón, me quedé impactada. ¿Cómo no hacerlo? Y más aún cuando Finley me entregó una tarjeta de crédito para que comprara, decorara o cambiara lo que me diera la gana, costara lo que costase. Yo, tonta perdida, me sentí

feliz, extasiada más bien, porque solo veía lo que nos han dicho que debemos ver: a un hombre que nos cuida y nos mantiene. Lo que nadie nos cuenta es que eso tiene una contrapartida y en mi caso no era más que ser la inversión de un tipo retorcido que, distrayéndome con sus migajas, sacaba beneficio.

Y ahora estoy, durante los dos próximos años, atada de nuevo a él, a sus tejemanejes y a sus decisiones porque, como siempre, mi opinión será irrelevante. A no ser que quiera cambiar la decoración.

Y ya las boutiques exclusivas, los eventos más glamurosos y el sexo no me distraen y sé qué hay detrás.

Como darle vueltas a eso desembocaría en un dolor de cabeza, me pongo algo cómodo y me dirijo a la cocina. Allí me encuentro, como no podía ser de otro modo, a Erika. Más que una asistente personal es un grano en el culo.

—El señor Tremair la espera en su despacho.

De reojo veo la hora en el reloj del horno y me quedo patidifusa. ¿Cuánto he dormido?

Lo que sí sé es que tengo hambre, por lo que replico:

—Antes comeré algo.

Nadie osa contradecir al amo y señor del castillo; sin embargo, bien puede esperar quince malditos minutos.

Cuando voy a abrir el frigorífico, Erika se me adelanta y pregunta con su falsa cortesía:

—¿Qué desea tomar, señora Tremair? Yo se lo preparo.

—No, gracias, yo me apaño.

Sin mucha delicadeza la aparto a un lado y, tras abrir una de las puertas, observo el contenido. Todo etiquetado, ordenado, sanísimo y carísimo.

El pastrami es lo primero que agarro. No me entusiasma, pero sé muy bien que lo compran en una de esas boutiques gourmet. Me preparo un bocadillo (aún sé dónde se guarda cada cosa en la cocina, porque Erika es una de esas personas ordenadas hasta el extremo) y me dirijo hacia el despacho de Finley.

La última vez que estuve en esa estancia fue como si una banda de peligrosos asesinos me estuviera acechando, pues yo quería salir escopetada y llevarme cuanta información pudiera porque descubrí quién era en realidad mi marido, lo que hacía y que, además, mantenía a otras dos esposas. Un polígamo acreditado, desde luego.

Pero, curiosamente, el recuerdo que me viene a la cabeza cuando armada de valor entro en el despacho y veo a Finley sentado en su escritorio concentrado en el ordenador, con camiseta negra, vaqueros y descalzo, es qué ocurrió sobre esa mesa dos días después de regresar de nuestra luna de miel.

Todo este batiburrillo de emociones es normal; eso sí, me joroba bastante, la verdad.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta con amabilidad sin despegar la vista de la pantalla, a pesar de que estoy segura de que ha detectado mi presencia mucho antes de entrar.

—Confusa, supongo —murmuro, y por fin se digna mirarme.

Finley arquea una ceja y yo me doy cuenta de que he debido de sonrojarme. Mierda, malditos recuerdos y maldita mesa de trabajo.

Se queda callado, despega la vista de su monitor para observarme. Yo doy un mordisco al bocadillo y procuro masticar despacio, como si nada me afectara, pero él, cabrón despiadado, pasa las manos por la superficie pulida y después se reclina en su sillón de gran jefe para esbozar una sonrisa que calificaría de provocadora.

—He dejado que descansaras —dice, y yo trago el bocado procurando no rememorar aquel día en el que quise ser una buena esposa y vine a decirle que yo sola me había encargado de prepararle la comida.

Lo encontré como ahora, con ropa informal, en apariencia relajado, hablando por teléfono.

—Lo cual te agradezco —respondo, y me muevo incómoda en la silla donde me he sentado, frente a él.

—¿Ocurre algo?

—Jet lag —miento.

—¿Segura? —insiste sin dejar de sonreír porque me conoce, cada maldita reacción de mi cuerpo, y sabe que no estoy pensando en nada inocente.

Cabrón.

—Sí —vuelvo a mentir.

Me acabo el bocadillo de pastrami, lamentando no haberme traído un botellín de agua, que me refrescaría en más de un sentido.

—Muy bien. ¿Nos metemos en faena?

Me ha sonado demasiado sexual, o a lo mejor mi cabeza sigue en el modo gilipollas de recién casada que quería dar una sorpresa a su

maridito y cuando irrumpió en el despacho, en vez de traerle las zapatillas, permitió que él, sin colgar el teléfono, le diera instrucciones como «siéntate en la mesa y abre las piernas».

Y ella (yo) las acató sin rechistar para que él, sin inmutarse, comenzara a meterle mano y excitarla. Y eso que tras la luna de miel yo pensaba que no volveríamos a follar al menos en un mes.

Vaya trajín que tuvimos en el bungalow de las Maldivas...

Cuando colgó el teléfono yo estaba tan cachonda que, en vez de pedirle que me follara, bajé de la mesa y me arrodillé. Como una posesa, le abrí el pantalón y comencé a chupársela de una forma tan voraz que Finley, normalmente tan controlado, no aguantó ni cinco minutos.

Por supuesto, cuando salimos de su despacho, la comida se había quedado fría.

—Ah, sí, lo de ganarme el sueldo sin recurrir a mis artes amatorias... —me burlo.

—Nadie ha dicho que no puedas utilizarlas —indica con suavidad.

—Venga, a quién tengo que observar.

Finley gira el monitor y pregunta:

—¿Lo conoces?

—¿Bromeas? Es Spencer Brown. Todo el mundo conoce al rey de las comedias románticas. Ya sé que algunas son una pastelada, un tanto trasnochadas y rayan el machismo, pero, a ver, tanto como para que lo investigues... Ah, bueno, te voy a dar un notición: es gay. ¿A que no lo sabías?

—Muy graciosa —replica molesto porque con los asuntos de trabajo no se bromea.

—¿Y qué pecado ha cometido?

Mi marido se pone en pie y se pasea delante de mis narices con su aspecto de chico malo; aunque ya pasa de los cuarenta, se conserva bien y apenas se le notan las canas al tener un tono de pelo trigueño.

—Que además de ser un pésimo actor, no es cien por cien gay y está chantajeando al propietario de una productora muy importante.

Frunzo el ceño.

—Explícate.

Antes de hablar, se acerca hasta quedarse tras de mí, se apoya en el respaldo de la silla e, inclinándose, dice:

—Nunca fue un actor reseñable, cierto, y hay ejemplos muy evidentes de ello.

—A porrillo —preciso yo.

—Exacto, pero a veces los mediocres triunfan, y eso hizo que lo contrataran para producciones de mayor presupuesto. Obtuvo resultados discretos que no llegaron a considerarse pérdidas. Y, bueno, nadie salió perjudicado.

—Vale, hasta ahí lo entiendo, pero ¿qué ha cambiado ahora?

—Brown, mediocre y ambicioso, no dudó en aprovecharse del tirón que suponía salir del armario. Cualquier ardid para aparecer en los medios. La jugada le salió bien hasta que...

—No me tengas en ascuas —murmuro, aunque lo que me molesta de verdad es tenerlo tan cerca, oler su perfume y que me hable con ese tono tan sugerente.

—Se buscó un amante adinerado... ni más ni menos que el propietario de la productora más potente del momento.

—Sigo sin ver el problema.

—Pues que el pobre desgraciado es ultraconservador, tiene mujer y cuatro hijos, y vota ya te imaginas a quién... pero por las noches le gustaba que lo enculase un actor famoso.

—¿Puedo tomar notas?

Finley se ríe y prosigue:

—Así que Brown ve la oportunidad de relanzar su carrera y a lo grande. Su amante pone la pasta y... ¿qué ocurre?

—Que es un fracaso en taquilla.

—Exacto. Pero ¿Brown acepta su mediocridad o insiste?

—Hombre, si se hubiera retirado en silencio a vivir del cuento y a encular a escondidas a su amante ultraconservador, seguro que no estarías tú por medio —apunto con toda lógica.

—Chica lista.

Finley por fin se aparta y vuelve a su sillón de gran jefe para continuar con la explicación.

—Tiene material comprometido sobre el dueño de la productora que no dudará en usar si no se le siguen financiando proyectos. El afectado, además de ser ultraconservador, quiere meter las narices en política...

—Y ya sabemos lo tiquismiquis que son en este país con los asuntillos sexuales de la gente —suelto, y Finley asiente.

—Están perdiendo mucho dinero porque Spencer Brown se ha venido arriba y no solo quiere protagonizar películas a todas luces ruinosas, sino también dirigirlas e incluso escribir los guiones.

—Y pensar que yo he tenido fantasías con él... —suspiro, y Finley arquea una ceja.

—Daba por hecho que te tenía bien servida.

Es mi oportunidad.

—Pues pensaste mal —afirmo mirándolo a los ojos.

—En fin, el caso es que, de salir a la luz todo ese material, causaría la ruina de un tipo importante, sin olvidar que salpicaría a un sector muy conservador.

—¿Por qué será que los más reaccionarios siempre tienen los mejores escándalos sexuales?

—Porque están reprimidos, Siena. Ahora bien, yo no los juzgo.

—Solo les cobras un pastón por limpiar su mierda.

—Así es. No emito juicios. Me la suda a quién se follen o a quién estafen.

—De acuerdo. ¿Y qué debo hacer yo?

—Ser la amante y agradecida esposa que, feliz por tenerme a su lado, disfruta de unos maravillosos días de vacaciones en un bonito complejo de las Maldivas para celebrar su décimo aniversario...

—Deja el tono de comedia romántica, das pena —lo corto para controlar un poco mis recuerdos o, al menos, que no me tapen la realidad—. ¿Por qué las Maldivas?

Allí pasamos nuestra luna de miel y sabe que eso me afectará. Seguro que no es casualidad, y quiero saber el motivo.

—Porque Brown ha reservado un bungalow, casualmente junto al que yo también he reservado, y de alguna manera conseguiremos establecer contacto.

—¿Quieres que nos cuente así por las buenas dónde esconde ese material tan comprometedor?

—Según mis informes, siempre lo lleva consigo. Es paranoico y no lo ha guardado en un banco ni se lo ha dejado a nadie.

—Tendrá copias, digo yo.

—No —responde categórico.

Me explica sin despeinarse que ya han entrado en su apartamento, dos veces, y registrado cada centímetro. También han tanteado a su pareja, un médico, por si tuviera algo que ver, pero por

lo visto vive en la inopia respecto a la verdadera naturaleza de Spencer. Escucharlo significa confirmar lo que tanto tiempo se ha esmerado en ocultar: que su empresa no se dedica a importar y exportar artículos de lujo.

—¿Y qué pinto yo en esto?

—Serás mi coartada. Nada más.

Me levanto y es mi turno de pasearme por el despacho mientras reflexiono acerca de todo el asunto.

—Cuando dices «agradecida esposa», ¿qué significa?

—Obviamente sexo; no obstante, como estás tan poco receptiva, me conformaré con paseos cogidos de la mano por la playa, cenas románticas y demás actitudes de parejita empalagosa.

—¿Y por qué te encargas tú en persona? Tienes muchos colaboradores.

—Porque llevamos tiempo tras de él y hemos fracasado.

—¿Por qué no contratas a una actriz que se haga pasar por tu mujer? O, ya puestos, llama a una de las que tienes por ahí escondidas.

Finley resopla.

—El día que te dignes escucharme te darás cuenta de lo absurda que eres. Ahora bien, de momento, centrémonos en la misión. Quiero que seas tú porque allí pasamos nuestra luna de miel y si hace falta llevaremos las jodidas fotos de nuestra boda y los días posteriores. ¿Queda claro?

—No, pero me aguanto. En fin, supongo que tendré que buscarme un vestuario adecuado para la función, ¿no?

—No hará falta, querida. Tus maletas con todo lo necesario están hechas. Nos vamos esta misma noche —sentencia.

Capítulo 8

En la actualidad
Bungalow del resort privado, Islas Maldivas
21.45 horas

FINLEY

Admito que volver aquí después de una década me produce una sensación que, si bien no llega a desconcertarme (son demasiados años entrenando para mantener bajo control las emociones), sí admitiré que me ha hecho pensar en momentos especiales más de lo deseable. Quizá, cuando organicé todo esto, en parte por negocios y en parte por recuperar a Siena (mi inversión), no conté con verme en cierto modo afectado.

Aquí pasamos la luna de miel y, aunque básicamente fueron días de sexo, me di cuenta de que sentía sincero afecto por Siena; algo que aumentó después, durante nuestra vida conyugal. Tuve ocasión de conocerla mejor, de escucharla y de relajarme junto a ella.

A diferencia de la primera vez, Siena no ha mostrado ningún entusiasmo. Nada de nada. Se ha limitado a murmurar «¡qué bonito!». Eso sí, ha sonado sarcástico a más no poder.

¿Podría haber sido más retorcido, alquilando de nuevo el bungalow en el que estuvimos tras nuestra boda, una forma como otra cualquiera de minar un poco su mala leche, joderla anímicamente, porque estoy seguro de que le afectaría mucho más que a mí? Sí, de haber sido posible. No obstante, desestimé la idea porque mi objetivo, Spencer Brown, se alojaba en otro complejo.

También, no lo negaré, para este operativo tenía a mi disposición a otras mujeres con las que mantener la coartada de la parejita empalagosa que celebra su aniversario. Y con toda probabilidad más profesionales: nada de berrinches, pedorretas, caras de enfado o recriminaciones como hace Siena en cuanto tiene oportunidad. Eso sí,

ha entendido que, si quiere tocarme los cojones, debe hacerlo cuando estemos solos, nada de tener público. Y en ello se ha esforzado en el vuelo privado que nos ha traído hasta aquí, mira que ha sido maleducada e impertinente. Eso sí, solo conmigo, ni una sola palabra desagradable con la tripulación. Yo he tenido la exclusiva de su mal humor.

Por si acaso, guardaba en casa, bajo llave, dos identidades más. Dos tipos con nombre y apellidos, familia, declaraciones de impuestos y hasta alguna multa de tráfico. Es lo que Siena descubrió por error, pues jamás pensé en contárselo.

El problema es que ella, en vez de exigir una explicación lógica, que la había, se largó sin esperar a que yo regresara de una misión que se complicó de tal modo que trastocó toda mi vida. Asumir su pérdida me incomodaba, aunque llegado el caso la hubiese aceptado; sin embargo, la información que consiguió era una amenaza. Al principio me pregunté cómo logró dar con el código de acceso, porque una combinación de doce dígitos alfanumérica que cambiaba cada mes por seguridad no es sencilla de adivinar. Luego, sentado en mi despacho, supe cómo lo había hecho... y es que cometí un error dejando esa llave magnética. Supongo que fui un jodido sentimental.

—Solo hay un dormitorio, querido —me dice saliendo a la terraza trasera, donde llevo un buen rato observando el entorno porque, a pesar de haber estudiado los planos del resort, me gusta hacer un reconocimiento in situ del terreno.

—Ya lo sé —murmuro mirando el alojamiento contiguo.

Tal como había previsto, desde nuestra terraza hay un primer plano del bungalow de Brown y viceversa, lo que me da la oportunidad de ser un buen vecino. En cambio, al otro lado sé quién está, alguien que busca más privacidad que nadie. No nos molestará.

—No quiero compartir la cama contigo —añade, y continúo sin mirarla—, así que te toca el sofá.

—Siena, querida, ni loco voy a destrozar mi espalda durmiendo en el sofá. Ahora bien, eres libre de hacerlo tú.

La oigo resoplar.

—¿Tan libre como he sido para elegir mi vestuario? —inquiere, y sé que este asunto le ha escocido. Pues que se acostumbre, las decisiones las tomo yo.

—Sí —contesto, pues no merece la pena inventar excusas.

A diferencia del pasado, ahora Siena está al tanto de algunas cosas; no de todas, pues aún reservo información sobre este trabajo y sobre mi vida que lo más probable es que nunca llegue a conocer. Si he decidido confiar en ella ha sido para que se vea obligada a responder y, de paso, tenerla controlada. Como decía un político con muy buen criterio: «Es mejor tener al indio dentro de la tienda meando hacia fuera que tenerlo fuera meando hacia dentro».

—Mira, Finley, entiendo que quieras hacer bien tu trabajo y seguir ganando millones y todo eso pasándote por el forro la ley y la ética. Sin embargo, yo no quiero ir vestida como una imbécil, con trapitos caros y que proyecten una imagen de mujer florero.

—Es tu papel —respondo, y me doy la vuelta.

Siena sostiene dos vestidos veraniegos, de tirantes. Ambos cuestan un dineral y dejan poco a la imaginación. Utilizar el cuerpo femenino para llamar la atención es algo básico en cualquier operativo. Funciona y ella ha de aceptarlo.

—Primero alabas mi inteligencia y luego la insultas con esto —dice.

—Vamos a tratar con un tipo superficial, acostumbrado a que le laman el culo y no solo en sentido literal, rodeado de gente atractiva. ¿No pretenderás aparecer con unos vaqueros rotos y una camiseta de mercadillo?

—Eso lo comprendo; a pesar de ello, me parece que estos trapitos —levanta los vestidos para dar énfasis a su discurso— son obscenos, y no lo digo porque tenga que usarlos sin sujetador.

—¿Ahora te has vuelto mojigata? Te recuerdo que siempre has tomado el sol sin la parte de arriba del biquini —alego y ella tira los vestidos al suelo.

—Porque es mi decisión, no la tuya.

Me cruzo de brazos, esta discusión carece de sentido.

—Ve a descansar, mañana tenemos cosas que hacer.

Siena se da media vuelta, dispuesta a seguir enfurruñada un buen rato más; allá ella. Sin embargo, le impido la retirada porque he visto de reojo cómo se encendía la luz de la terraza trasera del bungalow de Brown y doy por hecho que comienza el espectáculo.

—¿Qué haces? —sisea cuando la agarro de la cintura y la atraigo hacia mí para colocarnos en una posición adecuada.

—Calla y rodéame el cuello con los brazos —ordeno en voz baja.

—¿Desde cuándo te drogas, Finley? —replica con sorna.

—Haz lo que te digo.

Se da cuenta de que no es un capricho y obedece. Yo la sujeto de las caderas y ella aprovecha, al estar tan cerca el uno del otro, para decirme al oído:

—Las manos quietas, que van al pan.

Antes siempre me descojonaba con sus frases, ahora no tanto.

—Concéntrate y no te hagas ilusiones.

A pesar de su estúpida advertencia, la abrazo y pongo las manos donde me da la puta gana. Ella, con disimulo, intenta que no continúe. Incluso me clava las uñas en el hombro.

—Finley... —dice con los dientes apretados porque la abrazo con más fuerza e inclino la cabeza, como si la besara en el cuello.

También con disimulo, observo que, en efecto, uno de los ocupantes del bungalow está mirándonos. A veces da hasta pena ver lo previsible que es la gente y lo poco que hay que esforzarse para llamar la atención.

—No saques todavía las garras, querida —musito con aire divertido.

—Deja de sobarme el culo —protesta, y no solo estoy en ese punto, sino que además le levanto la falda del vestido para dejar sus muslos al aire.

—¿Has gemido? —inquiero con burla porque, si es así, esto va a ser más entretenido de lo que pensaba.

—No —miente, porque sé lo sensible que tiene la piel y más aún cuando se la acaricias con la yema de los dedos, de forma casi superficial.

Lo descubrí hace años, estando ella acostada boca abajo esperando a que me la follara lo más rápidamente posible tras haber estado separados durante casi un mes; sin embargo, yo siempre he sido proclive a disfrutar y a alargar el placer, por lo cual me entretuve un buen rato en recorrer con los labios y las puntas de los dedos cada recoveco de su piel y comprobar dónde era más sensible.

—Siena, ¿te estás poniendo cachonda? —pregunto porque noto cómo controla su respiración para que sea normal, o al menos lo intenta.

—No —vuelve a mentir—. El que se está viniendo arriba eres tú.

Sonrío acercando los labios a su piel porque, sí, qué cojones, me

puedo dejar llevar. Nadie dijo que no pudiera tirarme a mi mujer o, como mínimo, intentarlo.

—Siena... —susurro seductor tentando a la suerte— seguimos casados.

—No me lo recuerdes —masculla y, joder, a la mierda todo.

La beso, sin avisar, sin mirarla a los ojos y sin dejar de meterle mano.

Quizá por la sorpresa o porque lo desea pero es tan puñetera que no lo acepta, responde y deja de clavarme las uñas para enredar las manos en mi pelo.

Hostia, la echaba mucho de menos y mira que he intentado olvidarla con múltiples rollos, algunos por trabajo y otros por diversión. No obstante, ella es la única que logra en cierto modo desestabilizarme.

Le devoro la boca, ajeno a si seguimos teniendo público, me da igual. Puedo relajarme, lo de esta noche es a efectos de trabajo un tanteo, aunque a efectos personales es una oportunidad.

—Voy a follarte aquí mismo —siseo empujándola hasta la barandilla para tener un mejor punto de apoyo.

Y me doy cuenta de cómo la he extrañado porque hace más de un año que no la tocaba, en concreto desde el polvo que echamos en el lavabo del aeropuerto justo antes de que yo me marchara a cumplir con un trabajo en el que me jugaba mucho. Y no solo dinero.

Me la hubiera llevado de acompañante, pero no quería distracciones en un operativo que se desarrollaba en Camerún y tampoco exponerla a los peligros.

Como ya sé, Siena reacciona a mis caricias. Se deja llevar y me responde. No solo besándome, también me acaricia y se frota contra mi erección. Presiono un poco más, no voy a ser tan tonto de desaprovechar la ocasión.

—Me encanta cuando te derrites bajo mis caricias.

Y de repente se esfuma todo. Joder...

—Ni hablar —reacciona apartándome.

Está cachonda, sus pezones la delatan y además respira de forma entrecortada.

—Lo deseas tanto como yo.

—Puede —sisea, y noto su debate interno. Quiere echar un polvo conmigo; no es tonta y es consciente de que con ningún otro hombre

disfruta igual follando que conmigo.

—¿Y por qué te empeñas en rechazarme?

—Perdiste cualquier derecho conyugal el día que decidiste engañarme.

—Admite que esos dos tipos con los que te has enrollado en el último año te dejaron insatisfecha, no pasa nada.

Entrecierra los ojos. Acabo de admitir que la he vigilado; no todo el maldito tiempo, pues tardé en localizarla, pero sí el suficiente como para estar al tanto de sus andanzas.

—¿Te crees que eres el único hombre que sabe follar?

—Sí, soy el único que sabe follarte —puntualizo sin falsa modestia.

Me peino con los dedos y veo cómo intenta darme una réplica contundente. La admiro por eso (y por otras cosas), pero no quiero comenzar una discusión aquí, ahora, cuando es posible que tengamos testigos.

—Siena, compórtate.

Me jode tratarla como si fuera una niña díscola a la que meter en vereda y por eso su respuesta, además de una pedorreta, es:

—Buenas noches.

Se da media vuelta sin ni tan siquiera recoger los vestidos del suelo.

En fin, toca ducha y trabajos manuales porque me ha dejado con una erección de mil demonios.

Capítulo 9

Un año y pico atrás
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
00.30 horas

SIENA

Una nunca está preparada para las malas noticias; aunque las intuya, siempre se piensa que se está exagerando y es lo que presentí cuando, pasados treinta minutos de la medianoche, Alvin, nuestro impertérrito mayordomo, me avisó de que Steven, el abogado de Finley, había venido a casa. Conviene recalcar el término *impertérrito* porque, cuando le pregunté, como es lógico, si sucedía algo, se limitó a hacer un gesto de indiferencia.

Aquella visita resultaba extraña; al fin y al cabo, Steven me trataba como si yo fuera parte de la decoración, aunque estando mi marido delante disimulaba un poco; ahora bien, cuando por desgracia coincidíamos a solas, me despreciaba sin contemplaciones. La de veces que hizo comentarios desagradables o me provocó diciendo que yo era una mantenida y que Finley estaba conmigo por lástima...

No era normal que Steven se presentase a semejantes horas, y menos estando Finley de viaje de negocios, porque había dejado patente desde hacía años que me despreciaba (sentimiento mutuo) y nos evitábamos, pero lo cierto es que yo estaba preocupada, pues mi marido tendría que haber vuelto hacía tres días. Sabía que viajaba a Camerún para entrevistarse con un productor de maderas exóticas, ya que le habían encargado un proyecto que se iba a construir principalmente con ébano y quería hacer los tratos en persona, algo que resultaba de lo más razonable. Nunca me preocupaba, más allá de lo habitual, cuando me dejaba sola.

Durante sus viajes de negocios manteníamos el contacto. Solía llamarme (procurando respetar la diferencia horaria) para contarme

cómo le iba. A veces las comunicaciones era un asco; sin embargo, él insistía o al menos me hacía llegar mensajes de que todo iba bien.

—Siena, siento las horas, discúlpame —dijo Steven acercándose para darme un beso en la mejilla.

Aquel hombre siempre me daba cierto repelús y más aún después de haber oído sus repugnantes opiniones sobre temas políticos. Era racista, desagradable y elitista, además de un abogado despiadado al que no le importaba manipular a quien fuera menester para lograr sus objetivos. Por eso, teniendo en cuenta que nos evitábamos, me quedé a cuadros con su tono y su actitud. Que se mostrara cercano a la empatía me puso en guardia.

—No pasa nada —murmuré, y procuré sonreír hasta que nos acomodamos en el salón y él me miró de una manera que me hizo temer lo peor.

—Necesito una copa para reunir el valor y hablar contigo —comenzó a decir, y, no sé, su tono tan preocupado me puso los pelos de punta.

Tras servirle un whisky me senté lo más alejada posible de él esperando a que de una vez me dijese qué había ocurrido.

—Por favor, Steven...

—Verás, Siena, respecto a Finley...

—¡¿Qué?! —le grité—. ¡¿Qué?!

—Hemos perdido el contacto con él —anunció en voz baja, y parecía cabreado—. Eso ha pasado por ir a un país de mierda, algo que le advertí.

Sus comentarios estaban fuera de lugar, aunque no se lo comenté.

—¿Y dónde está?

—No lo sabemos, Siena.

—¿Cómo no lo vais a saber? ¡Llamad al hotel, joder! —estallé.

—No es tan sencillo, cálmate.

Algo estaba ocurriendo, algo que se me escapaba. Un viaje de negocios se le podía alargar o complicar, pero no hasta el punto de hacerlo desaparecer. A no ser que...

—¿Lo han secuestrado? —aventuré con un hilo de voz porque, si bien Finley viajaba con un equipo de seguridad cuando visitaba países complicados, nada era infalible.

—Más o menos.

—Steven, por favor, déjate de rodeos. ¡¿Dónde está mi marido?!

—le pregunté a gritos poniéndome en pie, incapaz de controlar mis nervios.

En vez de responder, sacó de su maletín un sobre cerrado que me tendió.

—Son instrucciones —me dijo, y no comprendí.

—¿Perdón?

—Finley no está en viaje de negocios.

Parpadeé.

—¿Cómo que no?

—Verás, Siena...

Escuché perpleja a Steven contarme que la empresa de mi marido no solo se dedicaba a importar y exportar artículos de lujo, que esa parte del negocio era más bien una tapadera y que sus verdaderos clientes contrataban servicios más «especializados», un eufemismo de mierda que me descolocó.

A cada palabra, además de dolerme como si fuera una espina, negaba con la cabeza. Me hablaba de un hombre que yo no conocía, aquel a quien se refería no era Finley.

Lo peor todavía estaba por llegar.

—Siempre que sale de viaje, Finley deja estas disposiciones para que tú puedas actuar.

—¿No va a volver?

Negó con la cabeza.

—Lo más probable es que no.

—¡Antes me has dicho que habéis perdido el contacto, joder! —chillé con los ojos llenos de lágrimas.

Me importaba una mierda que Finley me hubiera mentido, quería que regresara. Si tenía que ajustar cuentas con él, quería hacerlo a la cara. Gritarle y exigirle que me contara la verdad, esa que su abogado mencionaba como de pasada, sin hablar del todo claro.

—La única información que hemos obtenido es que... —Se detuvo y vi que por primera vez algo le afectaba—. Ha sido interceptado por unos guerrilleros...

—¡Cielo santo!

—... que no suelen hacer prisioneros —apostilló, y entendí perfectamente qué significaba aquello. Sin embargo, mi cabeza no lo admitió y repliqué:

—¿Por qué no piden un rescate? Finley tiene suficientes recursos

como para pagar lo que haga falta.

—El dinero no es el problema, sino lo que estaba haciendo allí...

—¡¿Y qué carajo estaba haciendo?! —gruñí como si la explicación que acababa de darme Steven fuera el pésimo argumento de una película de acción. No conseguía encajar todas las piezas, me costaba horrores conciliar la imagen que yo tenía de Finley con la que su abogado me estaba describiendo.

Steven apuró el whisky como si fuera agua y se puso en pie además de responder con evasivas, lo cual me enervó. Se limitó a mirarme de manera condescendiente y a añadir:

—Siena, vete a dormir. Descansa y mañana lo verás todo con mayor claridad —me recomendó con una desquiciante condescendencia.

—¿Que me vaya a dormir?

—Es lo más sensato.

—¿Mi marido está desaparecido y pretendes que me acueste como si tal cosa? ¿Qué clase de amigo eres tú?

—Alguien que tiene que ocuparse de todo —sentenció tan tranquilo a pesar de que yo estaba histérica.

Me señaló el sobre y se despidió. En aquella ocasión no permití ni que se acercara para besarme la mejilla. Otro gesto hipócrita. Alvin, el mayordomo, tan malditamente eficiente, me preguntó al verme tan alterada si deseaba un té o algo y lo mandé al cuerno. Tanta pachorra me desquició.

Agarré de malos modos el puto sobre y me fui al dormitorio. Temblaba porque ni en un millón de años hubiese imaginado aquel desenlace. Nunca se me había pasado por la cabeza que Finley hiciera otra cosa que negocios. Ni una sola señal me había hecho sospechar. No obstante, de repente una se enteraba de que su marido andaba por ahí haciendo a saber qué, pues la explicación de Steven estaba llena de lagunas e incoherencias. La confusión fue absoluta. Y si el abogado lo había mencionado, es que algo ocurría. Sin duda ambos me habían mantenido en la inopia hasta que la situación ya no se sostenía.

De camino al dormitorio, sentí la mirada desapasionada de Alvin, que murmuró «Buenas noches, señora Tremair» y a quien yo mandé mentalmente al infierno.

Me senté en la cama consciente de que conciliar el sueño sería imposible. Aun así, acabé tumbándome solo para poder llorar hasta

quedarme seca, con el sobre en las manos, arrugado, incapaz de abrirlo.

Una nunca piensa que va a tener que pasar por un trance como aquel. Un marido relativamente joven desaparecido y con demasiadas incógnitas. Pero si bien era necesario ocuparme de trámites legales y demás, no fui capaz de reaccionar. Cuando creía que ya no podía llorar más, las lágrimas de nuevo me inundaban los ojos.

En algún momento de la noche me dormí, supongo que el cuerpo desconectó permitiéndome un leve respiro. Me desperté hecha un ovillo sobre la cama y con la ropa de la noche anterior puesta. Ah, y el sobre entre mis manos.

A pesar del dolor de cabeza que me noqueaba y del estupor que aún sentía porque la conversación con Steven no había sido una pesadilla, me incorporé y por fin abrí el maldito sobre.

Dentro solo encontré una hoja de papel y reconocí de inmediato la caligrafía de Finley. Con un nudo en la garganta y de nuevo lagrimones cayéndome por las mejillas, comencé a leer.

> Siena, antes de iniciar un viaje sin que me acompañes, redacto una carta. A mi vuelta la destruyo, así que, si esta ha llegado a tus manos, es que algo ha salido mal.
> No es el momento de dar explicaciones, no hay tiempo para ello.
> Vuelve a tu país, ¡ya! En menos de veinticuatro horas debes salir de Estados Unidos. Un vuelo con destino a un aeropuerto español está reservado.
> Todo está listo, Steven se encargará de tu bienestar y a tu llegada a España un empleado de confianza te entregará otro sobre con el resto de las instrucciones. Reúnete con tu familia y permanece con ella hasta nuevo aviso.
> Si pasado un tiempo no lo recibes, procura pasar página. A tu nombre hay dinero suficiente como para que puedas vivir con tranquilidad el resto de tu vida.
> No hables de esto con nadie y, por favor, no pierdas ni un minuto en buscar respuestas. Llegado el caso, las recibirás.
> F.

Ni un «te quiero» ni un «te echaré de menos», nada, ni una alusión a nuestra vida en común. Me daba órdenes sin más... como si fuera una empleada. Nada de referencias personales. Y no solo eso: además me echaba, me mandaba con mi familia.

Y daba por hecho que yo acataría las instrucciones sin rechistar.

Me limpié las lágrimas con el bajo de la camiseta y hasta me soné los mocos. Por las palabras de Finley se intuía peligro. Él había

desaparecido y era evidente que por algún motivo turbio. ¿Me estaba protegiendo o eliminándome de su vida?

En ambos casos la conclusión fue la misma: ni hablar. Yo no iba a largarme sin saber qué le había pasado y quién era en realidad mi marido.

Steven debía de estar esperando mi llamada para activar el plan, pero se iba a quedar con las ganas.

Aún dolida, ojerosa y sin saber muy bien qué camino tomar, salí del dormitorio y fui directa al despacho de Finley. Si quería respuestas era sin duda el primer sitio donde empezar a buscarlas... aunque sin tener ni pajolera idea de qué encontraría o de si estaba preparada para asumir la verdad.

Aquello no me detuvo.

Capítulo 10

En la actualidad
Bungalow del resort privado, Islas Maldivas
09.25 horas

FINLEY

Solo por pura cabezonería ha dormido en el sofá. Aquí todo es de primera calidad; ahora bien, los sofás nunca fueron diseñados para descansar. Me he levantado en dos ocasiones para verla y, sí, ahí seguía, hecha un ovillo en una postura incómoda de cojones. Tentado he estado de cogerla en brazos y llevarla a la cama; sin embargo, en el último segundo me he contenido. Y, como un imbécil, en vez de actuar, me he quedado contemplándola y reflexionando acerca de si todo esto ha sido tan buena idea como me pareció al principio; cuando descubrí dónde estaba y, dolido, empecé a planear la forma de darle una lección en primera instancia y, en segunda, recuperarla.

Además de hacer un gran esfuerzo por no llevarla en brazos a la cama (lo que hubiera desembocado en una pelea), también he tenido que concentrarme para regresar al dormitorio y no seguir mirándola embobado. Porque no me puedo permitir el lujo de que mis emociones tomen el control, y menos estando Siena involucrada.

No sé qué pasará hoy, solo confío en que ella entre en razón y no haga lo mismo de anoche: tras nuestro interludio nocturno, Siena se dio una ducha y, por lo que tardó, deduzco que además se masturbó y yo me quedé esperando a que acabara para hacer lo mismo... incluyendo la ducha.

Después me acosté, algo más relajado, y le recordé que se estaba comportando como una niñata. Ella me levantó el dedo corazón y acto seguido, regalándome una sonrisa ladina, me mandó a la mierda. Bueno, no le di mayor importancia, pues a pesar de su obstinación al menos pude constatar que aún reacciona a mi contacto y que será

cuestión de tiempo que, uno, lo admita y, dos, sucumba.

De momento nos centraremos en el operativo.

Como marido atento que soy, he pedido que nos sirvan el desayuno en la terraza; de nuevo quiero representar un papel. Siena está eligiendo biquini y pareo porque vamos a pasar el día relajados... solo dejándonos ver, sin interactuar. No hay que forzar la situación.

Según mis informadores, nuestro objetivo también busca privacidad, pues no quiere que fans plastas interrumpan su descanso, de ahí que haya que esperar a que surja el momento adecuado para establecer contacto.

Por fin aparece y lleva un conjunto negro, muy favorecedor, que me hace sentir momentáneamente inquieto, porque la mano de uno jamás será tan excitante como hundirse bien profundo en el cuerpo de una mujer, en concreto en el de una que me mira como si yo fuera el anticristo.

—Buenos días —la saludo procurando no sonar sarcástico—. ¿Has dormido bien, querida?

—De puta madre —farfulla.

—Esa boca, cielo —la regaño con cierto humor—. Y modera tu entusiasmo.

Se sirve un café y a continuación unta una tostada. Le da el primer mordisco y me señala con el cuchillo que ha usado para la mantequilla.

—Tengo que comentarte alguna que otra cosilla sobre este trabajo de mierda que me obligas a hacer.

—Nos hemos levantado con el diccionario de ordinarieces actualizado, por lo que veo —murmuro y, a pesar de que ya he tomado un café, me sirvo otro.

—Yo tengo que ir con biquinis y pareos enseñando la merienda y tú, con unas bermudas y un polo pijo.

—¿No esperarías un pantalón para ir a la nieve y gorro de lana? —Sé por dónde va y por eso sonrío como si no hubiera entendido la cuestión. No me apetece discutir con ella, pero al menos me entretengo y así me habla con algo más que monosílabos o palabras malsonantes, porque de esas tiene un repertorio vastísimo.

—Finley, ¿no te parece muy machista?

—No hacen biquinis de mi talla.

—Al menos, para compensar, ponte un bañador-tanga de esos de

Speedo, bien apretadito, para equilibrar.

Me río entre dientes, acabo el café y cojo la tableta que tengo a un lado antes de responder:

—Si te enseño mi merienda, a lo mejor eres incapaz de resistirte.

Se atraganta y consigue gruñir:

—Qué más quisieras.

—Sin olvidar que hemos venido a trabajar, no a pasarlo bien.

—Anoche no opinabas lo mismo —me espeta y se unta otra tostada.

—Anoche estabas cachonda —afirmo, y se sonroja levemente, lo que evidencia que sí, que le afecta mi cercanía y que está recurriendo a toda su fuerza de voluntad para resistirse. Será cuestión de un par de días que admita la realidad y deje de dormir en el sofá.

—Ya me encargué yo del asunto.

—Lo sé, yo solo te hacía un favor.

—¡Ja! ¿Y tú qué?

—Siena, no intentes jugar conmigo y acaba el desayuno —le digo procurando que no suene a orden, que se me encabrona más.

—¿Qué planes tenemos para hoy? —inquiere de mala gana.

Su brusco cambio de tema me hace gracia. De momento contestaré.

—Tengo que llevarte de la mano hasta la playa, embadurnarte de crema y ser un marido maravilloso.

No contesta a eso y se bebe su café.

Cuando por fin está lista tras sus gafas de sol enormes, algo que yo no incluí en el equipaje (el cual supervisé personalmente porque no me fiaba de ella e hice bien), por lo que es evidente que ha traído por su cuenta, me sonríe de forma falsa y por fin salimos del bungalow.

—Operación parejita empalagosa en marcha —comenta, y me sonríe de manera radiante. Cualquiera que nos vea se creerá esta charada; una pena que ya no me sonría con sinceridad como antes.

—Mejor dejémoslo en Operación no digas tonterías —replico, y la cojo de la mano.

Lo cierto es que el complejo es una pasada. Cuesta una cantidad indecente, pero merece la pena. Para empezar, por la privacidad. Aquí es imposible que se cuele gente a hacerse selfis o a molestar a los famosos que lo visitan... salvo que aparezcan nuevos ricos sin educación alguna, situación que por desgracia ocurre más veces de las

que uno se piensa. Por lo general los huéspedes suelen ser megamillonarios de esos que jamás salen en medios de comunicación; si acaso alguno de ellos los dirigen. El que de vez en cuando se hospeden actores, cantantes o gente conocida es solo porque buscan lo mismo: privacidad y lujo. Y porque a la dirección del complejo le conviene que algún famoso hable de las instalaciones en su círculo de amistades.

La empresa que gestiona este complejo jamás gasta dinero en publicidad, prefiere gastarlo en satisfacer los caprichos de los huéspedes; claro que después las facturas reflejan muy bien el servicio prestado.

En mi caso, puedo permitirme pagar la estancia sin problemas, aunque lo repercutiré en la factura por mis servicios cuando acabe el operativo.

Nos dirigimos a la playa privada. Tal como he dicho, me comporto cual marido atento y vamos cogidos de la mano. Siena camina con elegancia subida en unas sandalias de cuña que le hacen unas piernas todavía más esbeltas, aunque no alcanza mi altura. Se ha puesto un pareo multicolor sobre el biquini negro y sonríe de forma forzada mientras va a mi lado.

Llegamos a la zona de las tumbonas y como es lógico tenemos dos reservadas, bajo una cubierta de paja, además de servicio personalizado, cualquier tipo de bebida o comida, productos cosméticos seleccionados (rellené al hacer la reserva mis preferencias, así como posibles alergias, para evitar problemas).

Nada más llegar se presenta un camarero y nos pregunta si deseamos tomar algo.

Yo le pido una botella de agua con gas y mucho hielo (evito beber alcohol cuando trabajo) y ella un cóctel que le ha sugerido el empleado.

—¿Lleva alcohol? —pregunto y Siena, parapetada tras sus gafas de sol, sé que me ha fulminado con la mirada.

—No, señor —me responde y le hago un gesto de asentimiento para que lo sirva.

—Basta de controlarme —sisea y deja el pareo a un lado de malos modos.

—Siena, trabajas para mí, yo dicto las reglas —le recuerdo, y de reojo veo cómo tuerce el gesto.

—¿Tengo nómina? —replica con retintín.

—No.

—Pues entonces no es trabajo —repone una vez servidos y tumbados bajo el toldo—. Y tú no eres mi jefe.

Mejor no discuto ahora los términos del acuerdo, aunque se los tendré que recordar después, en privado. Por si no le ha quedado claro.

Yo me hubiera traído la tableta para responder correos, pero se supone que estoy con mi mujer de aniversario de bodas y no quedaría muy creíble que le hiciera más caso a un dispositivo electrónico que a ella, pues soy un marido muy atento. Aunque verla ahí tumbada me hace pensar en cosas poco decentes que debo reprimir, pues, si bien no estamos en una playa rodeados de gente, sí hay que comportarse.

—¿Eres mi jefe o no? —insiste al ver que no le he respondido y sé que el único propósito es cabrearme.

—Depende de cómo se mire —murmuro observándola de reojo.

El biquini negro es anodino se mire por donde se mire; ahora bien, sobre el cuerpo de Siena adquiere un matiz muy peligroso. Quizá la mezcla de un diseño conservador, aburrido incluso, le da un cariz morboso al llevarlo ella.

O quizá (espero que no) me afecte demasiado verla así sabiendo que vencer sus ganas de tocarme los cojones (rechazo) va a ser una ardua tarea.

Siena sigue sin quitarse las gafas de sol, aunque sé que me controla.

—Bonito bañador... —comenta en voz baja refiriéndose al que llevo— aunque, insisto, ya que te conservas bien para haber pasado de los cuarenta y teniendo en cuenta que tu objetivo va a vela y a motor...

—¿A vela y a motor?

Siena a veces, con sus expresiones, me desconcierta. Yo hablo español sin problemas; sin embargo, hay giros y sobre todo refranes (cuando visité por primera vez su pueblo creí que hablaban otro idioma) que me descolocan.

—Galletero.

—¿Cómo dices?

—Gay y hetero. Que le gusta todo, vamos —me aclara.

—Eso parece, sí.

—De ahí que un bañador apretadito sería lo más acertado —concluye.

Sonrío a pesar de todo. En mi equipaje he puesto ropa digamos convencional y eso incluye el típico bañador de hombre ancho y azul marino.

—Sí, conozco la teoría de «la merienda» —digo con sarcasmo manteniendo la sonrisa porque, a pesar de que ella me está tocando la moral, cualquiera que nos observe sacará la conclusión de que somos un matrimonio haciéndose confidencias y pasando un rato agradable.

—¿Y cómo es que viene a un país como este con su novio? Aquí no creo que puedan dar rienda suelta a la pasión —aduce con un tono burlón.

—Veo que has hecho los deberes.

—Por supuesto.

—Supongo que, mientras no abandonen el resort y paguen su estancia, como con todos los ricos, harán la vista gorda.

—Como siempre.

—Nosotros sí podemos dar rienda suelta a la pasión —la provoco.

Se muerde el labio, maldita sea, y termina diciendo:

—No insistas, Finley.

Como no hay mucho movimiento en la playa, nuestro objetivo aún no ha aparecido y me resulta aburrido contemplar solo el paisaje y ver a Siena acostada en la tumbona tomando el sol, me dedico en repasar mentalmente detalles, aunque me cuesta mantener la concentración. Quizá debería meterme un par de cubitos de hielo dentro del bañador, pues, aun sin hacer nada, me excita.

No sé el tiempo que permanecemos así, tumbados, en silencio, pero yo empiezo a inquietarme. Cambio de posición en la tumbona y evito mirarla, sobre todo cuando se acuesta boca abajo y tengo una excelente perspectiva de su culo.

Esto se me va a hacer eterno.

—¿A dónde vas? —me pregunta cuando me incorporo, harto de no hacer nada y de pensar en lo más antierótico del mundo para que no se me ponga dura.

Joder, es que prefiero mil veces operativos con mujeres a las que contrato; me las tiro si quiero y después no pienso en ellas.

—A refrescarme —mascullo y camino decidido hacia el mar.

Hacer ejercicio me relajará... o eso intentaré.

Aprovecho para nadar y sacar la mala hostia que me produce la insatisfacción sexual y más aún cuando intuyo que no va a resolverse hoy mismo. Siena, tan cabrona, quizá me mantenga en este estado para verme sufrir. Es su forma de devolverme el golpe, de joderme.

Mientras nuestro matrimonio funcionaba, este problema no surgía. Intentaba ser fiel en un sentido estricto del término. Es decir, no me follaba a otra por capricho. En mi negocio a veces no queda más remedio que recurrir a la seducción para llegar a ciertas personas y procuraba mantenerme en la fase del tonteo sin pasar a mayores, aunque en algunas ocasiones me fue imposible. Tampoco me atormentaba la culpabilidad cuando regresaba a casa; no tenía sentido y procuraba compensar a Siena de todas las maneras posibles.

Por eso en estos momentos, mientras procuro agotar mis fuerzas nadando, me pregunto si seré capaz de aguantar la tensión sexual que existe entre nosotros. Ella es consciente, obviamente, y creo que la va a utilizar en mi contra. La admiro por eso, yo haría lo mismo.

Cuando creo que ya he hecho suficiente ejercicio, me quedo disfrutando del mar y miro en dirección a las tumbonas, allí donde he dejado a Siena.... y, si los ojos no me engañan, veo a mi mujer de pie hablando con dos tipos. Al estar ellos de espaldas no los reconozco; ahora bien, tengo mis sospechas.

Procuro que no se me note cierto cabreo, al fin y al cabo a ningún hombre le gusta que ronden a su mujer, y por eso camino despacio hacia las tumbonas... y según me voy acercando, confirmo mis sospechas.

Nada más llegar junto a ellos, rodeo la cintura de Siena y le planto un beso rápido en los labios. Gesto posesivo donde los haya. Lo que no sé es si estoy actuando o no.

—Hola, cariño —la saludo y ella, con disimulo, me pellizca el trasero porque la estoy empapando.

—Hola, Finley —contesta forzando la sonrisa—. Te presento a mi salvador y a su amigo. —«¿Su salvador? ¿Qué coño está diciendo?»—. Él es Joe Carson y es médico.

En teoría me importa una mierda el tipo, quien me interesa es el actor, que permanece al lado, al parecer encantado con no ser el protagonista.

—Siena ha sufrido un pequeño desvanecimiento —me comenta, y frunzo el ceño, por lo que el tipo se apresura a añadir—. No parece

nada serio, será por el calor y la humedad.

—Ay, qué tonta —exclama Siena con tono frívolo. Yo sigo sujetándola de la cintura—. Es que me he expuesto demasiado al sol sin protección.

—De todas formas, estaría más tranquilo si te viera un médico —intervengo yo con actitud sobreprotectora.

—Si quieres, Siena... —sugiere el tipo—. A veces esos mareos pueden ser más serios de lo que parecen.

—No, no quiero abusar. Estás de vacaciones —aduce ella y, como no la suelto, me da otro pellizco en el culo—. Por cierto, qué maleducada soy: te presento a Spencer, su amigo, él también me ha ayudado.

—Ha sido un placer, Siena —responde el actor con una sonrisa de anuncio.

Yo le estrecho la mano por obligación.

—Gracias por todo, chicos —les digo a ver si se largan, y me entero de qué ha ocurrido en mi ausencia.

El actor y su rollete/amigo se despiden de Siena con una sonrisa y, cuando por fin están lo bastante lejos, la suelto y pregunto:

—¿De qué coño vas?

—Hago mi trabajo, para eso pagas —me espeta, y se tumba como si nada.

Agarro de malos modos una toalla y me seco la cara y el pelo para no seguir goteando como un perro mojado.

—No tienes que hacer nada si antes no lo he planificado —sentencio muy serio—. No voy a correr riesgos.

—Deja de hablarme en plan agente secreto, que me largo al bungalow, ¿de acuerdo? Surgió la oportunidad y gilipollas no soy, Finley.

Sin estar muy convencido de su explicación, no insisto. Pese a todo, más tarde, en privado, le recordaré cuáles son sus funciones, entre las que no está, por supuesto, tomar decisiones sin antes consensuarlas conmigo.

Joder, es que debe ser así y Siena no va a estropear esta misión. No solo he invertido mucho dinero, sino que también me juego el prestigio. Y, llegado el caso, podría volverse todo en mi contra, ya que el cliente no es de los que toleran fracasos y yo sé demasiado como para largarme sin más.

—¿De verdad te has mareado? —pregunto al cabo de unos minutos al darme cuenta de que, debido a la ofuscación, ni siquiera me he preocupado por ella.

Me fulmina con la mirada.

—Gracias por preguntar, ya veo cuáles son tus prioridades —arguye con ironía.

—Responde, ¿te has mareado o no?

—No —niega con sequedad.

—¿Segura?

—¿Desde cuándo te preocupas por mi salud?

—Aunque no lo creas, desde siempre, joder —mascullo porque es bien cierto.

—De momento ya he socializado con ellos. Y para que sea más creíble, a Spencer lo he ignorado. Deberías darme las gracias y no ponerte en plan marido celoso porque me ronden otros hombres.

«Y eso que aún no se ha quitado la parte de arriba del biquini», pienso.

—Soy un marido celoso que vigila a su mujer —afirmo, y Siena resopla—. Es la imagen que quiero dar, no te confundas.

Para torturarme, porque de otro modo no se entiende, se quita el sujetador del biquini y me lo tira encima.

—Si tú puedes salir del agua como el puto James Bond luciendo abdominales, yo puedo enseñar las tetas.

—¿Es un piropo? —retruco porque ha sonado muy sarcástico y, por supuesto, me divierte que me haya estado vigilando.

Ya tengo claro que le importo y que sin duda me desea. La cuestión es en qué grado de cabezonería se encuentra y cuánto tardará en, como dicen en su pueblo, bajarse del burro.

—¿Me das crema, cariño?

Capítulo 11

En la actualidad
Restaurante en la playa, Islas Maldivas
22.45 horas

SIENA

Tras dos días de tira y afloja en privado y de matrimonio empalagoso en público, he conseguido que Spencer y Joe cenen con nosotros.

Por supuesto Finley se ha puesto en plan dictatorial; al parecer solo él sabe planificar operativos. Y es cierto, pero no me voy a quedar callada y soportar sus constantes órdenes. Si al menos fuera un poco diplomático e hiciera sugerencias...

Pues no, su ironía y mala leche al decirme qué puedo o no hacer me tiene de los nervios. Bueno, también estoy irritada por tenerlo tan cerca. El bungalow es amplio, ostentoso, y aun así soporto cada vez menos verlo y no solo porque Finley (astuto y cabronazo como el solo) me lance miradas, haga gestos o comentarios con segundas y terceras intenciones; mi irritabilidad es producto de mi cada vez menos fuerza de voluntad.

Por eso, aunque me jorobe participar de buen grado en este operativo, pues no me he reprimido al expresar mi opinión al respecto sobre salvarle el culo a un hipócrita, he seguido adelante y admito que me he distraído un poco. Siempre y cuando las manos de Finley estuvieran lejos de mi cuerpo.

Aproveché, a pesar de las objeciones de Finley, que coincidimos en la playa con ellos, y mi desmayo (fingido) provocó que el médico que Joe lleva dentro se interesara por mí, dándome la oportunidad de charlar de otras cosas.

Finley ha aceptado la situación, un poco a regañadientes pues él tenía otro plan, pero tonto no es. Y se agradece, previo sermón sobre su autoridad y mi escasa capacidad para seguir una sencilla orden,

pues sabe ver las ocasiones cuando se presentan.

Y yo agradezco poder salir con otras personas y respirar porque cada vez se me hace más difícil resistirme a Finley. No me acosa ni me acorrala para dominarme, es mucho peor con sus comentarios subidos de tono o cargados de doble intención. Y ya lo de las demostraciones de afecto en público me tiene loca, porque pasear por la playa de noche cogidos de la mano, detenernos cuando nos ve alguien y besarnos, es sin duda la mejor forma de hacer lo incorrecto.

Esta película en la que me hallo inmersa va a acabar con mis nervios y encima me paso las noches en vela porque el sofá es incómodo. Sin embargo, me resisto a compartir cama.

Ojo, Finley no es de los que te acorralan con actitud dominante a no ser que haya constatado que eso es lo que una quiere. Se le da de fábula interpretar los gestos de su oponente y, claro, las mujeres no son una excepción. Si a eso le sumas su indudable atractivo, pues una tiene las de perder. Cuando se da un chapuzón, a pesar de su insulso bañador azul marino (si lo llego a saber le compro uno tipo slip bien apretado), más de una y de uno se lo come con los ojos. Entre sus admiradoras me incluyo. Menos mal que de momento mis pensamientos lascivos no los he verbalizado.

De ahí mi empeño en limitar nuestra cercanía a las apariciones públicas. Claro que eso supone desahogarme en la ducha porque el muy cabrón ha registrado mi equipaje y no encuentro mi vibrador por ninguna parte.

En estos momentos camino de vuelta a la mesa tras pasar por el aseo. Los malditos tacones de doce centímetros conseguirán que me parta la crisma si no ando con cuidado. Y lo que es seguro es que me dolerá la espalda. Pero Finley los ha seleccionado para que los lleve esta noche junto con un vestido color crema, ligero y semitransparente. Joder, me siento como la típica mujer cebo. Y él tan pancho con unos pantalones de vestir grises y camisa blanca.

Si después se le antoja el paseíto por la playa, yo caminaré descalza. Se ponga como se ponga.

—¿Todo bien? —dice Finley levantándose para apartarme la silla.

—¿Aún te sientes mareada? —interviene Joe, ya que he utilizado esa excusa para ir al lavabo, pues la de retocarme el maquillaje me parecía muy trillada. Además, si creo cierta preocupación, se interesarán por mí y eso ayudará a seguir relacionándonos.

—Un poco, este clima me afecta. —Me abanico y bebo agua—. O quizá...

Finley me mira fijamente. Está mosca porque odia que lo pillen fuera de juego.

Para darle más dramatismo al asunto, con la servilleta me limpio unas lágrimas inexistentes. Eso atrae la atención de Spencer y de Joe, pero sobre todo de mi marido.

—¿Podrías estar embarazada? —pregunta finalmente Joe, que como médico ha sido el más espabilado atando cabos.

Inspiro hondo, cuento hasta cinco para crear expectación y murmuro apesadumbrada:

—Ojalá.

La cara de mi marido no tiene precio. Si bien lo he pillado desprevenido, ha sabido recomponerse con rapidez.

—¿Te has hecho un test? —continúa indagando Joe, y niego con la cabeza—. ¿Por qué?

Este es mi momento, para jorobar un poco a Finley y encima ganarme la compasión de nuestros acompañantes. Luego mi marido se mosqueará, claro, pero que se aguante, que no voy a seguir como una corderita mansa sus indicaciones.

¿Alguna vez he pensado en la maternidad? Pues unas cuantas veces. ¿Y lo hablé con Finley? Por supuesto. ¿Y qué hizo él? Darme largas alegando que aún era pronto cuando en realidad ocultaba su verdadera condición, como otras tantas cosas.

—No —contesto compungida—. Para no llevarme otra decepción.

Finley reacciona y me coge de la mano en señal de apoyo.

—¿Lleváis tiempo buscándolo? —inquiere Spencer más por quedar bien que por verdadero interés.

La pregunta es un topicazo, pero, oye, ya que me ha dado pie...

—Sí —respondo.

—No está siendo fácil —tercia Finley.

Eso no me gusta, como siempre quiere darle la vuelta a la tortilla, así que añado acercándome a mi marido para mostrarme comprensiva.

—Finley tiene problemas para... —me detengo ahí, y enseguida todos piensan lo mismo, que mi marido no funciona—. Oh, lo siento, he hablado más de la cuenta.

Nadie dice nada, en especial porque son hombres y, claro, se crea de alguna manera una especie de solidaridad masculina.

—Hoy en día hay grandes avances en métodos de reproducción asistida —indica Joe con amabilidad.

—Pero es un tratamiento tan... —murmuro afligida.

—Lo solucionaremos —murmura a su vez el aludido y sé que después tendremos una discusión a cuenta de esta conversación.

¿Sinceramente? Me da igual porque, si él puede utilizarme como reclamo, yo se la devuelvo apuntando a su virilidad. Que aprenda a no menospreciarme.

Y por si alguien quiere saberlo, aunque los espermatozoides de Finley fueran los únicos disponibles, no tendría descendencia con él. Claro que para eso antes se tendría que reconectar los cables.

Como es evidente que el tema es serio y no muy animado, Joe propone que nos despidamos y que nos encontremos mañana de nuevo para hacer buceo. Yo soy una entusiasta de esa actividad desde que lo hice por primera vez en nuestra luna de miel; sin embargo, Finley aprovecha para jorobarme:

—Querida, aún no sabemos tu estado, tendrás que quedarte en el bungalow. ¿No es así, Joe? —pregunta buscando la aprobación del médico.

—Me temo que tu marido tiene razón —confirma Joe con un tono condescendiente que me jode, la verdad.

Nos despedimos de Spencer, que sigue siendo un secundario (de momento) en todo esto, y de Joe. Finley propone un paseo nocturno por la playa, de camino a nuestro bungalow*;* no obstante, lo mando a freír espárragos y, a pesar de los taconazos, camino con rapidez por encima del entarimado que conecta la playa privada con cada espacio privado.

Finley camina a mi lado y, sabedor de que nos pueden estar mirando, me coge de la mano. Al hacerlo, andamos más despacio y, si bien mi intención es llegar cuanto antes y quitarme el disfraz (y los tacones), él me detiene en una zona donde hay menos iluminación y susurra:

—¿Estás embarazada?

No me ha gustado el tono, por lo que me veo obligada a espetar:

—¿Importa?

—Joder, Siena. Claro que importa.

—Siempre he querido tener hijos —admito, y él se peina con los dedos porque este tema es muy delicado—. Y tú me engañaste.

Durante años me hiciste tomar anticonceptivos y después me enteré de que eran innecesarios.

Entre las muchas mentiras que descubrí sobre Finley cuando accedí a sus archivos privados está el asunto de que se había hecho la vasectomía dos años antes de conocerme.

—¿Estás o no preñada? —insiste.

—Es asunto mío, así que...

Conociéndolo, lo averiguará mañana sin falta, pero de momento que rumie durante la noche.

—Sabes que debo estar al corriente de todo.

—¿También de mi ciclo reproductivo?

—Como comprenderás, si estás preñada... —No hace falta que incluya en la frase «de otro»— tendré que hacer cambios.

—Que te zurzan.

Me lleva de la mano, ahora con mayor brusquedad, lo que hace que me tambalee un poco porque las tablas de madera y mis tacones no se llevan bien. Esta noche no hay insinuaciones, miradas o gestos seductores.

A pocos metros de llegar a nuestro destino, nos cruzamos con una pareja que va cogida de la mano. Se nota que no fingen. Él nos saluda con un escueto «buenas noches» y ella con una sonrisa. Entonces lo reconozco y me detengo en seco.

—¡Me caigo muerta! —exclamo y Finley me mira como si me faltaran varios tornillos—. ¿Ese no es Patrick Baker? ¿El actor que hasta hizo una porno?

—Vaya, no conocía tu inclinación por ciertos géneros cinematográficos —murmura con sorna.

—Pues tengo que conseguir un autógrafo como sea —afirmo.

—No, no lo harás porque ese tío no es el actor, sino su hermano gemelo. Owen Boston, banquero. Un tipo de lo más discreto y celoso de su privacidad. ¿Entendido?

—No me regañes como si fuera una cría —protesto y mando a tomar por el culo la imagen de parejita empalagosa al caminar deprisa hacia nuestro alojamiento sin mostrarme cariñosa con mi maridito.

—Esta noche estás imposible —se queja siguiéndome.

Cuando llegamos al bungalow me suelta y primero se asegura de que no hay nadie que pueda oírnos para luego pasar a increparme:

—A ver, explícame por qué cojones te inventas esta película

sobre embarazos.

Me dejo caer en el sofá y me descalzo.

—Tengo los pies molidos.

Finley se acerca, se sienta a mi lado y me agarra de un tobillo para que coloque la pierna en su regazo. Está cabreado, sí, pero comienza a masajearme el pie.

—¿Mejor?

—Sí —susurro.

—Venga, explícame qué te pasa para que te comportes como una imbécil. Y, para colmo, pones en entredicho mi virilidad.

—Oh, por favor, no seas tan susceptible —digo, y cierro los ojos dispuesta a disfrutar del masaje—. Además, mira el lado positivo: se han puesto de tu lado. Solidaridad masculina.

—Ya.

—Escucha: gracias a mi película, hoy hemos cenado con ellos y mañana vas a bucear, lo cual te da la oportunidad de seguir ganándote su confianza.

—El objetivo es Brown, no su novio médico —me recuerda, y me hace un gesto para que levante la otra pierna.

—Ya lo sé... Oh, joder, qué delicia... —ronroneo porque me está dando un masaje alucinante presionando los puntos clave para que me alivie el dolor y además crear una sensación placentera.

—Siena, a partir de mañana, limítate a representar tu papel.

—¿Engatusar a Brown?

—Chica lista.

—Pues creo que te equivocas. ¿No te das cuenta de lo callado que está? Algo me dice que no se fía de nadie.

—También puede ser que, como famoso de turno, esté harto de todo y necesite nuevos estímulos.

—Pues nada, tírale los tejos —lo provoco.

—Si supiera que eso iba a funcionar, no lo dudaría.

Me enderezo de repente.

—¿Qué quieres decir?

—No finjas escandalizarte —me espeta, y presiona un punto estratégico de la planta de mi pie—. Sé lo mucho que te excita ver a dos tíos enrollándose.

—Pero nunca te he visto a ti... con otro hombre...

Capítulo 12

Ocho años atrás
Suite del hotel Mandarin Oriental, París
20.50 horas

FINLEY

No era mi primera estancia en París por negocios. Ni sería la última. Había demasiado ricachón que pasaba parte del año en la ciudad y me veía obligado a atenderlos. En anteriores ocasiones había viajado solo y después me reunía con los colaboradores en el destino; sin embargo, esa vez decidí que Siena me acompañara porque mis obligaciones no revestían peligro, sino más bien todo lo contrario. Se trataba de unas negociaciones a priori simples, que me dejarían tiempo para atender a mi mujer, a quien nunca estaba de más dedicar ciertas atenciones para que no se sintiera desplazada y pensara en lo que no debía.

Además, me apetecía tenerla cerca y no desaproveché la oportunidad. Por otra parte, Siena siempre se desenvolvía con elegancia y profesionalidad. Tenerla a mi lado, además de ser un activo a la hora de llevar a cabo negocios porque una esposa da respetabilidad, por supuesto representaba el innegable placer de poder disfrutar juntos de unas pequeñas vacaciones.

Ella seguía ajena a mi verdadera actividad y, aunque al principio pensé que me resultaría difícil mantener mi doble vida, lo cierto era que Siena se estaba adaptando muy bien y nuestro matrimonio funcionaba. Por ello, aprovechando que se acercaba nuestro segundo aniversario, decidí que viniera conmigo y darle otra sorpresa: hacer una escala en su localidad natal, a la cual no habíamos regresado desde nuestra boda, pues sabía, por las frecuentes llamadas a sus padres y los mensajes que enviaba, lo mucho que los echaba de menos... y no era cuestión de que Siena se pusiera melancólica y acabara haciendo una tontería como regresar a su país una temporada.

Por ese motivo pasamos una semana en su pueblo, disfrutando del entorno familiar y, sí, aburriéndome un poco porque desde el primer día que puse un pie allí no logré entender aquella forma de vida. En Pardueles (me costaba hasta pronunciar el nombre) no existía la privacidad. Y no solo por el hecho de que nadie cerraba con llave las puertas, sino porque, veinticuatro horas después de llegar, todo el mundo conocía la vida y milagros de los recién llegados. Y, si no tenían claro algún detalle, no dudaban en preguntar sin pudor alguno. No obstante, había merecido la pena por ver a Siena junto a los suyos, cómo se trataban, los abrazos, besos, bromas, risas... Nada que ver con mi familia, a la que por cierto ni echaba de menos. Ser hijo único no es malo; con todo, ser el único hijo de Don S. Hans siempre fue diferente.

A veces Siena me preguntaba por mi familia, algo lógico; en esas ocasiones desviaba la conversación porque no quería ni acordarme de Saguenay, provincia de Quebec, donde nací y me crie y donde aún vivían mis padres, a pesar de su insistencia. Me decía que podríamos ir alguna vez. La entendía, para ella la familia era un pilar fundamental porque había crecido en un entorno afectuoso y pensaba que también podía establecer lazos con su familia política. Pues bien, aquello no iba a suceder porque yo prefería que lo ignorase todo de mí, incluyendo mi lugar de origen. Solo le había dicho que había nacido en Canadá, nada de dar más detalles. En el apartamento no había fotos ni recuerdo alguno de mi vida allí; de ese modo Siena no tendría pista alguna que seguir. Y mis documentos personales estaban a buen recaudo.

—¡Sigo alucinando en colores! —exclamó Siena sacándome de mis pensamientos tras examinar la suite del Mandarin Oriental—. Esto debe de costar un huevo y la yema del otro.

Esa expresión me hizo reír y asentí porque pillé el concepto.

—Para ti, siempre lo mejor —murmuré en respuesta.

Gastar dinero con ella no me importaba; es más, me aseguraba de que estuviera rodeada de lujo. Había aprendido hacía mucho que a una mujer no se le regatea porque, de hacerlo, surgirían problemas, y más siendo la esposa. Además, Siena no era muy derrochadora; gastaba con cabeza y a veces me sorprendía de lo barato que era mantenerla. Cierto que yo la consideraba una inversión y que poco a poco daba sus frutos, y eso que su potencial iría en aumento, pero no

estaba de más considerar todos los aspectos.

—Finley... —musitó sonriéndome— me mimas demasiado.

No me pasó por alto el tono insinuante. Me encantaba que fuera Siena quien se insinuara primero, nada de ser yo siempre quien iniciase el contacto. Guardaba alguna sorpresa más para ella. Y estaba en el dormitorio dentro de una funda.

—Pues te voy a mimar mucho más —dije acercándome.

La sujeté de la cintura y la atraje hacia mí. Siempre era un placer besarla, sobre todo por lo receptiva que se mostraba. Cuando las cosas, tras muchos besos y manoseos, se pusieron interesantes, me di cuenta de que íbamos mal de tiempo, así que, a pesar de sus pucheros, la llevé hasta el dormitorio y abrí el armario.

—Esta noche es muy especial —murmuré acariciándole la espalda, pues me coloqué tras ella—. Quiero que luzcas espectacular.

—¿Es una reunión de negocios? —me preguntó con toda la lógica, pues cuando estas eran relevantes me gustaba tenerla cerca, y no solo por el hecho de que otros tipos la desearan y me envidiaran, sino porque sabía muy bien cómo desenvolverse y apartar a otras mujeres, sin ofender, en caso de ser necesario.

Llevar del brazo a la esposa era la forma más elegante de evitar conflictos. Una teoría que había comprobado hacía mucho, pues, si me acompañaba una amiga o una colaboradora (disfrazada de chica tonta), las demás no se molestaban ni en disimular.

—Algo parecido —respondí porque aquella noche iba a ser una sorpresa y una prueba—. Ábrelo y dime qué te parece.

Sacó la funda del armario y contuvo la respiración al ver el logotipo dorado grabado. Deslizó la cremallera despacio revelando poco a poco un impresionante vestido de color cereza metalizado.

—¡Oh, Finley! —exclamó con un hilo de voz, ensimismada.

Sorprendiéndome, la verdad, primero se acercó para darme un beso y después se colocó frente a un espejo con el vestido encima de la ropa que llevaba puesta, algo que contrastaba, pues Siena evitaba prendas caras y sofisticadas; prefería vaqueros, sudaderas y deportivas. Solo usaba zapatos de tacón cuando acudía a citas concretas y porque antes se informaba del tipo de evento.

—¿Te gusta? —Fue una pregunta retórica.

Yo lo sabía porque, al llegar al hotel, se había fijado en un escaparate de Versace y admirado el vestido. Yo solo había tenido que

hacer una llamada.

—¿Tres mil novecientos sesenta euros? —dijo casi asustada al leer la etiqueta, y ahogué un juramento, pues se suponía que en la tienda debían borrar el precio.

—Olvídate de eso y pruébatelo —sugerí tratando de desviar la atención, ya que sabía que, en cuanto lo tuviera puesto, se olvidaría del importe.

Siena se deshizo de su pantalón vaquero negro y su sudadera gris, mostrándome sus curvas y un sencillo conjunto de lencería negro sin adorno alguno, pese a que yo encargaba personalmente en las mejores tiendas prendas íntimas caras y sugerentes. Aunque después me daba igual qué prendas cubrían su cuerpo, pues en lo único que pensaba era en arrancárselas. Lamenté en silencio que fuéramos mal de tiempo, aunque después tendríamos nuestra sesión de sexo.

—Joder, ¡es increíble! —exclamó sin disimular su entusiasmo, y asentí.

Increíble era quedarse muy corto. Estaba fabulosa. Iba a arrasar en la fiesta a la que estábamos invitados.

—Termina de arreglarte, esta noche vamos a salir.

—Vale —accedió cantarina.

Yo me di una ducha rápida y me cambié de traje. Prescindí de la corbata y revisé el correo electrónico para comprobar que nuestro pase de acceso a la fiesta hubiese llegado.

Y es que, para asistir a la fiesta de un ruso paranoico, había que pasar varios controles. La velada se celebraba en el *penthouse* del hotel y como mucho íbamos a ser unos treinta invitados. Nada de dispositivos móviles o armas ocultas, pues sus guardaespaldas nos cachearían. Incluso revisaban relojes y joyas escaneándolos.

—Estoy lista —anunció.

Estuve a punto de mandar a la mierda a un cliente importante por ella.

El vestido le sentaba de puta madre, pero había algo más y era ella misma. Más de un invitado o invitada se la comería con los ojos. Yo solo necesitaba que hiciera su trabajo. Es decir, hablar con todo el mundo, relacionarse... y que después me hablara de los cotilleos, por si alguno era relevante, algo que ocurría siempre. La gente soltaba la lengua en las fiestas, con alcohol de por medio, ante una cara bonita.

* * *

—¿Es necesario? —me preguntó Siena en voz baja cuando un gorila se acercó, y, tras cachearme, hizo lo propio con ella.

—Me temo que sí —respondí, y palpó a Siena concienzudamente, incluso entre las piernas.

—¡Oye, esas manos! —se quejó.

Le enseñé, para que se apartara de ella, nuestra invitación digital. La leyó con su dispositivo y, tras comprobar que todo estaba en orden, me entregó una bolsa de terciopelo (aunque el interior era de material aislante) para que depositara el móvil. Siena tuvo que dejar su bolso.

—¿Y si necesito un tampón? —le espetó al tipo, que contestó con sequedad:

—En el aseo encontrará todo lo necesario, señora.

—Qué previsores —murmuró con sarcasmo.

El gorila dijo algo por el pinganillo y nos hizo un gesto para que subiéramos al ascensor, donde otro gorila, menos corpulento, nos esperaba para conducirnos hasta el *penthouse*. En todo momento llevé a Siena cogida de la mano.

Yo conocía la paranoia del anfitrión y, a pesar de que me jodía ser cacheado por sus hombres de seguridad, entendía a la perfección el protocolo. De ninguna manera podía infiltrarse alguien y tomar imágenes. Que hubiera rumores sobre las fiestas a las que solo gente adinerada y con escasa ética acudía era llevadero, porque, mientras no existieran pruebas, solo serían especulaciones.

El lujo nos rodeaba y, si bien yo estaba acostumbrado, a ella le seguía sorprendiendo. Me hacía comentarios en voz baja y yo sonreía porque había llegado un punto en mi vida en el que ya ni apreciaba determinadas cosas y a través de los ojos de Siena volvía a fijarme.

De fondo sonaba *Suspicius mind*, porque el ruso era fanático de Elvis, así que durante la velada escucharíamos unos cuantos éxitos más del Rey del Rock. Enseguida nos ofrecieron bebidas y, si hubiésemos querido, todo tipo de complementos. En fiestas como aquella no se escatimaba en nada. Tras saludar a una invitada de forma rápida (famosilla inmadura que encandilaba a adolescentes con vídeos estúpidos y a la que pagaban por estar allí aunque no podía publicar nada en sus redes) y a otro tipo con el que en el pasado había hecho negocios pero con el que prefería no repetir, me dirigí hasta el

anfitrión, todo el tiempo con Siena a mi lado y siendo consciente de las miradas que despertaba. Sí, yo también hubiera babeado al ver a una mujer semejante. Sentí cierto orgullo. Por supuesto, más de un asistente iba a especular sobre mi acompañante hasta descubrir que no era una mujer cualquiera, sino mi esposa. Para ello resultaba fundamental que el anfitrión conociera aquel detalle e informara al resto.

—Tremair, viejo amigo, ¡por fin te dignas venir a una de mis fiestas! —me saludó Kozlov, un cabronazo que después de años trabajando para el KGB decidió que era más rentable vender secretos antes y, después de la caída de la Unión Soviética a todo aquel que quisiera pagarlos (y había muchos compradores), se aseguró el porvenir, se retiró a vivir de las rentas y de más secretos que guardaba como salvoconducto.

El problema es que, si bien le gustaba el lujo, era medianamente discreto, pero sus dos hijos no y, claro, surgían los contratiempos.

—Ya sabes, asuntos de trabajo —me disculpé y le estreché la mano.

De inmediato se fijó en Siena, quien, a mi lado, permanecía callada.

—¿Y quién es esta preciosidad? —preguntó dejando implícito que era una acompañante de pago.

En fiestas como aquella era lo más habitual.

—Te presento a mi esposa, Siena.

Kozlov arqueó una ceja. Impresionar a aquel cabrón era difícil, y lo conseguí.

—Encantada —murmuró ella con su diplomacia innata.

—Debo decir, Tremair, que no te imaginaba bajo el yugo del matrimonio —afirmó con sarcasmo.

Yo supe leer entre líneas, porque, debido a mi trabajo, era complicado mantener una relación. Kozlov lo sabía de primera mano. Y casi todos los hombres que acudían a fiestas como aquella, en caso de estar casados, terminaban follándose a las prostitutas de categoría que cualquier anfitrión contrataba con tal de agasajar a sus invitados.

Siena sonrió, sin soltarse de mi mano porque era lo que se esperaba de ella, y dijo:

—Una fiesta preciosa, le agradezco la invitación.

—Y dime, Tremair, ¿cómo está tu padre? Hace una eternidad que

no sé nada de ese mamón.

Mantuve la compostura; no me apetecía hablar con nadie de mi padre y menos estando Siena delante, aunque entendía que al anfitrión le interesase la cuestión, pues habían sido «enemigos» durante años, aunque se respetaban.

—Supongo que bien —respondí sin querer dar más detalles.

—Cómo me gustaría charlar con él de los viejos tiempos —añadió con un deje de nostalgia—. Ahora, con la mierda de los móviles, se ha perdido el oficio.

—Le daré recuerdos cuando lo vea —dije consciente de que era bastante improbable que ocurriera.

Si visitaba Saguenay, sería por ver mi madre y sería una estancia corta, sabiendo de antemano que mi padre no estaría cerca.

—Bueno, disfrutad de la fiesta —nos deseó Kozlov, aunque compuso una mueca, ya que yo no disfrutaría del buen servicio de las camareras (o si lo quisiese, como muchos, de los camareros), puesto que iba acompañado—. Luego quiero hablar contigo, Tremair.

Significaba «a solas», evidentemente, e intuí el motivo. De nuevo uno de sus hijos la había cagado... o los dos; no le daban más que disgustos que le causaban pérdidas y lo obligaban a pedir favores.

Deambulamos por la fiesta y disfrutamos de la mejor comida y bebida. Siena, discreta siempre, esperó a que estuviéramos a solas, tras una larga ronda de conversaciones insustanciales, para hablar de lo que yo no quería.

—Nunca mencionas a tus padres.

—Rompí mi relación con ellos hace tiempo.

—¿Una infancia problemática?

No me faltó nada desde el punto de vista económico; sin embargo, crecí con una madre preocupada solo por su marido y un padre que viajaba casi todo el mes. Luego supe bien cuál era el motivo de sus largas ausencias, porque al regresar siempre intentaba que yo siguiera sus pasos y para ello nada mejor que ponerme a prueba.

Pruebas que, si no superaba, conllevaban miradas de desprecio. En el universo de Don S. Hans nunca había sitio para la mediocridad.

—No —respondí con sequedad, y añadí utilizando una mentira—, más bien aburrida.

Conociendo la de Siena, rodeada de los suyos y con afecto a raudales, entendía que le costase comprender mi postura. De ahí que

fuera necesario distraerla.

Y, por suerte, el hijo de Kozlov, un niñato de treinta años que se creía el rey del mambo (de hecho hacía seis meses que gracias a mis contactos lo sacamos de una prisión colombiana), empezó a meter mano a una de las camareras sin molestarse en llevarla hasta la zona apartada en donde podía follar con algo más de discreción.

La chica, obviamente, sabía que estaba allí para algo más que llevar bandejas y, claro, no opuso resistencia. Enseguida se convirtieron en el foco de atención. Y, como era de esperar, algunos invitados lo imitaron, incluyendo al anfitrión, ya que hizo un gesto para que una chica se le acercara. Al instante comenzó a sobarle las tetas y la mujer disimuló la cara de asco. No había tenido suerte y debía satisfacer al más viejo; claro que no se podía negar.

En fiestas como aquella estaba permitido todo, menos hablar de ello fuera del círculo más íntimo, así que miré de reojo a Siena, la cual respiraba de forma más agitada... y todo porque un camarero acariciaba sin disimulo a un invitado.

Yo sabía que todo empezaría a descontrolarse en unos minutos, así que llevé a Siena de la mano hasta un lugar más apartado, por si alguien aún no se había enterado de nuestra relación e intentaba seducirla. Lo más sensato era poder observarlo todo sin ser objeto de atención; tener una buena perspectiva de todo sin que, llegado el momento, se sintiera incómoda, porque yo no desaprovecharía la oportunidad de jugar un poco.

Llevé a Siena a una esquina de la terraza y me coloqué tras ella. El camarero ya se estaba arrodillando delante de un invitado para hacerle una mamada. Al verlo, me incliné hacia ella, sabiendo que aquello le intrigaba, para susurrarle:

—¿Qué opinas?

—Esto no se parece en nada a las fiestas universitarias —musitó confirmándome lo que ya intuía, que se estaba excitando y, por supuesto, que sentía curiosidad por comprobar hasta qué punto se desmadraría la fiesta.

—No, la verdad es que no...

Hablábamos en susurros, ella pendiente de todo cuanto ocurría a su alrededor. Yo ya estaba curado de espanto, incluso a veces me aburría aquel despliegue de vulgaridad, porque las fiestas se organizaban en hoteles de lujo, pero los invitados se comportaban

como la gente corriente, incluso peor.

Estuvimos así unos minutos, yo sujetándola de la cintura, a su espalda, notando cómo se ponía cada vez más cachonda. Era una buena oportunidad y no lo dudé. Como el vestido tenía una abertura, deslicé la mano y enseguida sentí el tacto de la piel de su muslo. Siena dio un respingo y se movió en un vano intento para que no continuara.

—¿Te pone cachonda ver a dos hombres juntos?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

Mientras el camarero, arrodillado, se la chupaba con descaro al tipo, yo aparté a un lado el finísimo tanga y le metí un dedo. Sentí cómo Siena se estremecía de arriba abajo y cómo me clavaba las uñas en el brazo con el que le rodeaba la cintura para mantenerla sujeta y pegada a mí.

La encontré tan mojada que hasta me dio cierta pena y empecé a masturbarla en serio. Ella intentaba controlar su respiración, que nada la delatase; sin embargo, fracasaba una y otra vez a medida que se acercaba al clímax.

—Vas a correrte delante de toda esta gente —murmuré, y me di cuenta de que, a pesar de sus reparos, aquello le gustaba—. Y después, cuando acabe con unos asuntos, volveremos a nuestra suite.

—Vale... —jadeó.

—Nada más entrar, te arrodillarás y me comerás la polla como te he enseñado... —susurré en tono imperativo.

Al principio le costó coger el ritmo; como a muchas mujeres inexpertas, se la metía en la boca y agarraba la base para sacudirla. Puede que a algunos aquello les gustase. No era mi caso, yo prefería algo más elaborado y la instruí.

—Pero... pero... ¿y si se mancha el vestido?

—A la mierda el vestido.

Moví los dedos con rapidez y precisión. La sujeté cuando se reclinó sobre mí al correrse. Me di cuenta de que alguien nos observaba. No fuimos tan discretos como había imaginado. Kozlov, mientras sobaba a otra de las camareras, no nos quitaba el ojo de encima.

Que me viera con una o con otra follando no me importaba, porque en definitiva era una de tantas. La cuestión era que Siena sí me importaba y eso, de cara al futuro, podía suponer un punto débil. Un

punto de presión para que en un momento dado me viera obligado a hacer algo que no deseaba.

Me percaté de mi error cuando crucé la mirada con Kozlov. Él era de la vieja escuela, de los que no dudaban en utilizar a quien fuera para sacar adelante sus propósitos.

En aquel momento supe que lo mejor era mantener a Siena alejada de cabrones como Kozlov y, ya puestos, como mi padre, y volver a plan original: ella debía ser una esposa útil desde la ignorancia.

Capítulo 13

En la actualidad
Dormitorio del bungalow, Islas Maldivas
17.15 horas

SIENA

—Esto es vida, joder —digo seguido de un suspiro, estirándome en la cama tras una de esas siestas vergonzosas en las que te caduca hasta el colchón.

Hacía una eternidad que no dormía la siesta y, ya puestos, que no dormía tan bien.

Y es que esta mañana, cuando a primera hora Finley se ha ido a hacer cosas de «hombres» con Joe y Spencer, me ha faltado tiempo para saltar del sofá y meterme en la cama. El alojamiento es de lujo, pero el sofá es una mierda; tengo la espalda hecha un asco. A ver, mi orgullo también ha puesto su granito de arena a la hora de destrozármela; no obstante, pese a los inconvenientes, me siento bien porque no he sucumbido y en las miradas de Finley noto cómo de alguna manera él está esperando a que claudique. Me reta, sin palabras, a que explote y yo, no sin dificultad, aguanto. ¿Cuánto? Pues ya se verá.

Después me he tocado las narices en la terraza trasera, contemplando el paisaje y desayunando tan pancha. Nada de actuar y, por supuesto, me he dado el capricho de pedir alguna que otra cosilla poco o nada sana. Estoy un poco (bastante) harta con el marcaje al que me somete Finley... desde la ropa a mi alimentación... es un agobio.

He tenido tiempo para pensar y no he sido capaz de llegar a ninguna conclusión coherente. Y es que sigo sin fiarme ni un pelo de mi marido y de sus intenciones. No me cuadra nada. Y es lógico porque nunca me ha dicho la verdad, o al menos no sin antes

comprobar que lo beneficiaba. Su retorcida forma de actuar hace que deba estar todo el tiempo alerta. Por suerte hoy he disfrutado de horas para mí, sin el disfraz, sin las sonrisas falsas o los gestos de parejita empalagosa.

Esto se me va a hacer muy cuesta arriba porque, cada minuto que pasamos juntos y Finley se comporta de manera atenta, seductora y educada, mi jodido subconsciente tiende a olvidarse de la clase de hombre con la que he estado casada y con el que, por desgracia, voy a seguir estándolo una temporadita más.

Sé que no tiene escrúpulos y en su cuestionable escala de valores lo más importante es él mismo y sus negocios. Nada es sagrado, ni siquiera su familia. Me ocultó, pese a que le pregunté directa o indirectamente, quiénes eran sus padres. Si lo descubrí fue porque entré en sus archivos.

Una de las carpetas a las que accedí de su ordenador me llamó la atención porque, en vez de tener como identificador una numeración/fecha se leía «Saguenay». No me sonaba de nada, así que lo puse en el buscador y supe que se trataba de una ciudad canadiense. A pesar de los nervios —cada cosa de la que me enteraba de la vida de Finley me ponía los pelos de punta—, abrí el archivo y vi fotos, multitud de ellas en las que aparecía una familia compuesta por un tipo sospechosamente parecido a mi marido, una mujer y un niño... o un adolescente al que reconocí. ¿Por qué no quería que conociera a sus padres?

¿Tal vez se avergonzaba de mí? No, aquella no era la explicación porque lo había acompañado a infinidad de eventos y jamás noté que se sintiera mal por tenerme a su lado; es más, llegó a presumir de esposa. Sí, lo sé, todo se debía a una estrategia; sin embargo, no era el motivo.

No encontré respuesta a esa pregunta, lo que sí hallé fueron documentos, un certificado de matrimonio, una partida de nacimiento, en los cuales se mencionaba a un tal Don S. Hans y a una tal Constance Tremair.

Hasta ahí era hasta cierto modo normal. Lo más llamativo fue otro documento en él. A Don S. Hans se lo relacionaba con la CIA. Además de llevarme las manos a la cabeza, vi que Finley había ingresado en la misma agencia, apadrinado por su padre, con apenas veinte años, trabajando como agente júnior hasta cumplir los

veinticinco. Fue entonces cuando decidió abandonar el puesto y establecerse por su cuenta.

Lo curioso es que, pese a romper la relación con sus padres (algo que deduje porque ya no había más fotos en las que apareciera Finley), seguía obteniendo información sobre ellos. Su dirección actual en Saguenay, por ejemplo.

Si el padre había sido agente de la CIA, lo más probable era que, lejos de recibirme con los brazos abiertos, me hubiera investigado. ¿Os acordáis de Robert de Niro en *Los padres de ella?* Pues bien, algo parecido. No obstante, lo hice, me arriesgué, pero sin que Finley lo supiera, y es evidente que no habla con su familia pues no sabían nada.

No sé por qué justo ahora me pongo a pensar en la familia de Finley, definitivamente estoy sumida en un cacao emocional de los gordos. Y es que a veces tienen razón quienes opinan que se vive más feliz en la ignorancia. El problema es que yo descubrí demasiados trapos sucios de gente importante, que pagaba una fortuna a mi marido para que les limpiara la mierda. Las palabras *ética* y *decencia* desde luego no las conocían. Y a estas alturas es poco probable ya que pueda hacerme la tonta. Y para más inri estoy ayudando (bajo coacción, que conste) a que otro ricachón se vaya de rositas.

¿Quién me iba a decir cuando salí de Pardueles con diecisiete años para estudiar Relaciones Internacionales que acabaría metida en estos fregados?

Porque, si me duelen las mentiras de Finley, más me duele ocultar a mi familia la verdad. A ellos, que desde el primer día, cuando se lo presenté, lo trataron como a uno más.

—Qué jodida estoy, de verdad —murmuro mirando el ventilador del techo.

Cierro los ojos. En algún momento deberé abandonar la cama y hacer algo productivo como pintarme las uñas de los pies. ¿Se ha notado el sarcasmo? Pero cuando estoy a punto de incorporarme, oigo el suave crujido de las tablas de la pasarela de madera.

Ya no me da tiempo a escabullirme y fingir que estaba leyendo o algo así. Finley entra en el bungalow y viene directo hacia el dormitorio.

—Qué poca fuerza de voluntad —comenta con burla, y yo abro un ojo para observarlo ahí de pie, con su ropa deportiva y su actitud

chulesca/dueño del mundo, la cual no abandona nunca.

—No sé de qué me hablas —replico haciéndome la tonta y pienso «¡Qué guapo está con ese atuendo. Lástima que sea un mentiroso!».

—Proclamaste a los cuatro vientos que no dormirías en la cama.

—Proclamé a los cuatro vientos que no dormiría en la cama *contigo* —puntualizo, y Finley sonríe.

Él se sienta en uno de los sillones y me mira, lo que me pone nerviosa. Y no solo porque esté hecha un adefesio sin peinar ni maquillar y con una camiseta arrugada. Ah, y el esmalte de las uñas sin retocar, que no he dado un palo al agua.

—¿Te lo has pasado bien haciendo cosas de machotes? —pregunto porque odio sus silencios acompañados de miradas que no sé cómo interpretar. Vale, sí, quiere sexo pero también algo más y eso es precisamente lo que me inquieta.

—¿Cosas de machotes? —repite de buen humor.

—Sí, eso he dicho.

Me quedo sentada en la cama, apoyada en el cabecero esperando a que responda.

—Sí, he hecho cosas de machotes como practicar buceo, fumar puros, beber no sé qué mierda de licor y hablar. Y tú, ¿a qué has dedicado el tiempo?

—A pensar por qué abandonaste la CIA.

A favor de mi marido hay que decir que encaja los golpes con deportividad. Por dentro a lo mejor está a punto de estallar; sin embargo, es un maestro del control. Sus sonrisas ladeadas, por ejemplo, son un arma muy poderosa que utiliza con el fin de intimidarte y de paso ganar esos preciosos segundos que necesita para reorganizar sus pensamientos y así replicar y dar la puntilla.

—Porque había demasiado burócrata cretino y sin criterio que esperaba resultados sin ensuciarse las manos y encima con un salario de mierda —responde.

—Debe de ser la primera vez que me contestas sin esquivar la cuestión —comento arqueando una ceja porque esperaba evasivas.

—Y la última —afirma con tono seco.

—Bueno, eso está por ver —murmuro con lógica, pues ahora ya no está obligado a guardar tantos secretos conmigo.

Ambos sabemos que yo metí, y bien además, las narices en sus asuntos.

—Y aparte de perder el tiempo en cosas innecesarias... —ya estaba tardando en lanzarme el dardo— ¿has hecho algo productivo?

—Iba a pintarme las uñas de los pies; ahora bien, como no me has dicho si esta noche vamos a representar el papel de parejita empalagosa en público o en privado, pues he esperado a que regresaras.

—Muy graciosa —dice, y se incorpora para ir hasta el armario y sacar ropa—. En todo caso, te recuerdo que deberías estar siempre lista para la función.

Cuando veo que sostiene una percha de la que cuelga un vestido blanco, largo tipo ibicenco, me sale la vena «toca huevos».

—Te va a quedar monísimo, Finley. Vas a ser el más guapo de la velada. Un triunfo asegurado.

—Seguimos con el festival del humor, por lo que veo —replica, y lo deja sobre la cama.

—¿Y tú qué te vas a poner? —pregunto para chincharlo un poco más.

—Esta noche hay una pequeña fiesta en el salón principal, algo informal. Y, tranquila, ya tengo elegido mi «modelito».

Y con esas palabras se mete en el baño.

* * *

—Esto de ser mujer florero es un poco estresante —comento en voz baja mientras hacemos el paripé. Es decir: sonreír agarraditos de la mano, dar sorbitos, hablar con turistas egocéntricos y vigilar a Spencer. Esto último al menos tiene algo de gracia porque el tipo es agradable de mirar, no en vano ha protagonizado películas románticas en las que interpretaba el galán que enamora a la chica y a todo el mundo.

—No te quejes tanto.

El objeto de nuestra vigilancia está firmando autógrafos, algo extraño porque, según Finley (y mi marido no es de los que dejan cabos sueltos), esto no iba a pasar; aquí los huéspedes, además de dinero, tienen buen gusto, pero por lo visto se cuelan fans. Lo curioso es que a Spencer parece gustarle, no se enfurruña cual estrella acosada. O sea, que lo de pasar desapercibido debe de ser un cuento chino. Joe, mientras, habla/tontea con un tipo.

—¿No se supone que aquí hay intimidad para los famosos? —inquiero en voz baja.

—Por lo visto a este imbécil le gusta alimentar su ego en cualquier circunstancia. Ya verás como hay huéspedes que se quejan.

—Lo dudo, porque son también huéspedes y pagan una fortuna. Es lo que tiene el dinero, abre todas las puertas —reflexiono.

—Por desgracia, así es.

Observamos unos minutos la escena y, como veo que va a durar un rato más porque Spencer acepta hacerse selfis, empiezo a cansarme.

—¿Hago ya de fan gilipollas o espero un poco? —le pregunto al jefe de operaciones y Finley resopla. Mis bromas no le gustan nada de nada porque el sentido del humor no se aplica al operativo.

—Compórtate —me advierte y me pone la mano en la espalda desnuda, aprovechando para recorrerme la columna en sentido descendente. Algo innecesario.

Cómo me gustaría hacerle una pedorreta cual niña insolente.

Sin embargo, la opción de mostrarme incómoda o desobediente no se contempla, así que mantengo la sonrisita de mujer florero encantada con las atenciones de su maridito mimoso. Qué engañadas hemos estado muchas pensando que eso es bueno cuando en realidad nos controlaban.

Como la fiesta, en la que suena bachata y otros ritmos latinos, es informal no hay mesas, sino amplios mostradores para que te pongas hasta el culo de comer y beber (sobre todo de esto último y así perder inhibiciones y bailar, aunque sea mal). Algunos ya están en ello. Y yo, que tampoco tengo mucha hambre porque me he pasado el día vegetando, decido tocarle la moral a Finley.

—Ahora vuelvo.

Lo dejo con la palabra en la boca y sin tiempo para reaccionar y camino hasta Spencer. Este al verme sonríe y, pese a que aún tiene que hacerse alguna que otra foto con sus admiradores, lo interrumpo con voz suave, tipo fan educada:

—Me debes un baile.

El actor asiente y, tras disculparse con una señora especialmente plasta, me tiende la mano y me lleva hasta la tarima central. Suena *Propuesta indecente,* de Romeo Santos, un dato irrelevante, supongo. Lo que no resulta tan irrelevante es la mirada de Finley. Me vigila, hasta

ahí puede considerarse lógico; sin embargo, me da la sensación de que no le gusta que mueva las caderas y me acerque demasiado a otro. A ver, que es el ritmo que marca la bachata, no yo. Y Spencer sabe moverse, aunque también creo que acariciarme la espalda se sale un poco de lo normal.

Al estar tan cerca de él, me fijo en un detalle: el colgante que lleva. Es muy sencillo y quizá hasta tosco; además, me parece demasiado grande y barato. Para un tipo como Spencer que lleva relojes de treinta mil o más, un colgante en forma de colmillo de acero inoxidable y cordoncillo de cuero, de esos típicos de mercadillo, es chocante.

Si él me ha tocado la espalda sin permiso, yo me tomaré la libertad de indagar. Así que, como si fuera una cabeza hueca atraída por las joyas, acaricio el colgante y murmuro:

—Qué original.

Enseguida noto la mano de Spencer agarrándome de la muñeca para apartarme.

—Es un recuerdo de familia.

Ha mentido, su tono seco no es propio de alguien que rememora algo. No sé, yo hubiera reaccionado de otro modo. Cuando hay una historia detrás de un objeto, la gente tiende a ponerse sentimental y a hablar de ello incluso hasta resultar plasta. Y Spencer, además de no compartir ni una sola palabra más conmigo, ha dejado de moverse con gracia, como si tuviera prisa por deshacerse de mí.

Creo que he metido la pata, porque, cuando acaba la canción, Spencer, en vez de mostrarse seductor y sonriente, me deja plantada en medio de la tarima que hace las veces de pista de baile, y si bien no soy el centro de atención, sí me siento ridícula. Pero alguien viene a mi rescate. Ojo, yo no necesito un caballero dispuesto a todo por mí; ahora bien, al tratarse de Joe pues me dejo llevar.

Mientras me muevo con Joe al ritmo de *Bachatica,* busco con la mirada a Finley y no lo veo por ningún lado.

—¿Ocurre algo? —me pregunta Joe al verme fruncir el ceño—. ¿Te he pisado?

—Oh, no —canturreo—, es que estaba pensando en...

—¿En Spencer? —sugiere y noto algo raro que merece la pena averiguar.

La pregunta tiene toda su lógica: es el famoso, las mujeres lo

persiguen y yo me he comportado como una fan de manual; no obstante, creo que es bueno llevarse bien con Joe, así que nada mejor que interesarme por el amante.

—No, ¿por qué?

—Lleva unos días imposible —confiesa.

—¿Está enfermo?

—Creo que nuestra relación no tiene futuro.

«Ay, amigo —pienso ante su tono de pena—, poco o nada puedo decir para ayudarte.»

—Bah, no puede ser, se os ve felices.

Mentira cochina. Al actor se lo ve interesado en tener un perrito faldero y al médico, enamorado hasta las trancas.

—Lo he visto contigo, quiere seducirte...

Me río y niego con la cabeza.

—Eso son tonterías.

—Créeme, lo conozco bien. No sería la primera vez...

Uy, uy, uy, que aquí hay tomate y al por mayor.

Bailar con cierta gracia y mantener una conversación es complicado, así que, cuando acaba la canción, le propongo a Joe ir a un sitio más tranquilo. Que conste, se ha comportado como un señor, no me ha sobado ni mirado las tetas.

Y baila bien, no para ir a un concurso, aunque sí para resultar una pareja agradable, como ha sido el caso.

Vuelvo a buscar con la mirada a Finley, y nada, ni rastro. A saber dónde se esconde o qué está haciendo. Lo más probable es que se haya escabullido para contactar con alguno de sus acólitos; él los llama siempre *asociados* o *colaboradores*.

Joe y yo nos quedamos en una zona más tranquila y él, de nuevo haciendo gala de su educación, me sirve un zumo creyendo que puedo estar embarazada. Bueno, no vamos a sacarlo de su error.

—Creo que Spencer solo me utiliza —se lamenta, y yo pongo cara de «¿qué me vas a contar que no sepa?»—. Ahora presumir de ser gay te da caché y trabajo y él... bueno, quiere aprovechar eso.

—¿Lo has hablado con él? —La pregunta es una soberana estupidez porque bien sé que, cuando una parte de la pareja quiere joderlo todo, las conversaciones son absurdas. Pero algo tendré que decirle para que esto no sea un monólogo sobre sus cuitas amorosas.

Hay que ver, los gais tienen los mismos problemas que los

heteros.

—No tiene tiempo más que para su carrera —responde en el mismo tono abatido—. Y yo entiendo que su profesión sea importante, que conste. Sin embargo, ya no hay confianza entre nosotros. Spencer...

«Te ha puesto los cuernos en más de una ocasión», pienso.

—Todas las parejas afrontan crisis.

—Ya no hay complicidad como al principio —continúa lamentándose, y por su expresión noto que lo está llevando fatal, que su sensibilidad le impide reaccionar y mandar a paseo a su novio. Previa patada en el culo, por supuesto.

—A veces nos ponemos en lo peor —musito, y le doy un apretón en el brazo a modo de apoyo. Las palabras son huecas, pero algo he de decir.

—Lo he perdonado unas cuantas veces, Siena —admite y, de verdad, cada vez me siento más cercana a este hombre, aunque su dependencia emocional sea una losa.

Yo pasé por lo mismo.

—¿Habéis buscado ayuda?

—No, Spencer se niega. Alega que no tenemos problemas y que soy yo, dice que me lo tomo todo a la tremenda y que me gusta el drama. Pero te aseguro que no es cierto. Joder, que lo pillé un día con una ex en nuestra cama.

En eso Finley es más espabilado, tiene otras esposas a miles de kilómetros. Jamás sería tan descuidado como para dejarse pillar.

—¿Y qué vas a hacer?

Joe se pasa la mano por la cabeza. Creo que está a punto de llorar y, maldita sea, me afecta más de lo prudente, pues en teoría solo intento ganarme su confianza, no ser su paño de lágrimas, porque yo soy la menos indicada para dar consejos sobre amantes traidores.

—Este viaje no ha servido de nada, él solo pretende descansar unos días y después se irá a preparar la producción de su próximo trabajo.

—Debe de ser difícil gestionar tanta fama.

—Eso no me preocupa, cuando lo conocí ya era un actor con miles de seguidoras... El problema es otro.

Ay, ay, ay, que llegamos al meollo de la cuestión. Me siento una asquerosa aprovechándome de los sentimientos de Joe; su novio lo

traiciona y yo ejerzo de falsa amiga.

—Sé que tiene algo con uno de los directivos del estudio —añade, y respira profundamente.

—A veces las apariencias engañan...

Joe niega con la cabeza. Vaya mierda de frase que le he soltado, pero es que no se me ocurre nada más.

—Lo sé a ciencia cierta —asevera—. Creo que voy a abandonarlo, antes de que me deje tirado.

Le cojo la mano en señal de apoyo. Es duro por lo que está pasando. Y en estos casos no hay palabras de ayuda ni consejos válidos.

—A lo mejor son solo sospechas, Joe.

Ya, claro, y los cerdos vuelan en primavera. Este pobre ha soportado carros y carretas, y lo que le queda aún.

—He escuchado sus conversaciones. Spencer esta vez va a por todas y no va a detenerse ni por mí ni por nadie.

—¿Qué quieres decir?

Joe desvía la mirada. Sabe que está hablando más de la cuenta. No obstante, estamos llegando al quid de la cuestión y me siento miserable por aprovecharme de un tipo que lo está pasando fatal.

—Spencer está chantajeando al dueño de los estudios.

Algo que Finley me dijo... debe de tener material muy fuerte para hacerlo.

—¿Seguro? ¿No será que están negociando?

Otra vez soltando estupideces, me estoy luciendo. Joe me mira y sonríe con pena, como si yo fuera una pobre mujer tan ingenua que no está al tanto de las maldades de este mundo.

—Es un chantaje puro y duro —afirma avergonzado—. Nunca pensé que fuera tan cruel... tan despiadado. Cuando nos conocimos era muy diferente, pero el éxito y la ambición lo han cambiado.

—A ver, Joe, esas son acusaciones muy serias. Además, en el mundo del artisteo hay muchos egos que chocan...

Hay demasiada mierda debajo de la alfombra y de vez en cuando toca ventilar, y, claro, mierda para quien esté cerca. Es una teoría que hasta conocer los tejemanejes de Finley y sus clientes no me hubiera ni planteado. Me ha tocado el papel de chica comprensiva y lo hago lo mejor que puedo, ¿vale?

—No debería hablar de esto con nadie...

Me odio por lo que voy a hacer.

—Dame un abrazo, anda.

Es un gesto en apariencia inocuo; en cambio, está destinado a que Joe se relaje y siga largando. El refrán «dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición» resume bien mi comportamiento.

Joe se deja querer. Esta noche no voy a presionar más. De sus palabras se deduce que la información que posee Finley es cierta. No sé de qué me extraño, mi marido no da puntada sin hilo.

—Gracias, Siena —dice abrazándome fuerte—. Es un consuelo hablar con alguien que me entiende.

Te entiendo más de lo que me gustaría.

—Gracias a ti.

Regresamos a la zona más concurrida. Spencer sigue en su salsa con los fans, Joe se queda en un segundo plano, callado y con aspecto abatido, pero el actor ni repara en él. Yo me acerco a Finley, que, al verme, se despide con rapidez de un camarero. Vaya, qué topicazo, tiene a un acólito infiltrado entre el personal.

—¿Bailamos? —me pregunta cuando me sitúo junto a él.

—Lo siento, tu ADN anglosajón es incompatible con bailar salsa —replico, y Finley se ríe.

—Pues bien que has movido el culo con Spencer y con Joe.

—¿Celoso?

—Intrigado —susurra con aire seductor.

Empieza a sonar un hit que todo quisqui conoce: *Valió la pena*. Así que me toca demostrar que mi ADN latino está por encima del anglosajón. Y como yo intuía, mi ADN gana por goleada. He de decir que Finley se muestra competente, pero, para que me entendáis, él baila bien; sin embargo...

Utilizaré una comparación para explicarme. Un buen vibrador te deja satisfecha, no falla, siempre te proporciona un orgasmo. Va a piñón fijo. Ahora bien, nada que ver con alcanzar el clímax en los brazos de un buen amante. Pues eso, que mi marido baila aceptablemente, pero no impresiona.

—Te veo muy suelta —dice al acabar la canción, manteniéndome bien sujeta, en un alarde demostrativo de hombre que marca a la hembra (yo).

Comienza a sonar *Bailando salsa* y, claro, no me contengo, me

suelto de Finley y, al son de Mecano, me desato del todo en la pista, sin preocuparme de nada más que del ritmo.

Capítulo 14

En la actualidad
Playa privada del resort, Islas Maldivas
23.50 horas

FINLEY

Reconozco que hoy, además de trabajar, me he divertido.

Desde luego ahora mismo firmaba para que esto se repitiera con más asiduidad. No obstante, sé que es una excepción.

Siena y yo hemos bailado y, bueno, hasta ella ha admitido que no se me da tan mal y eso que los ritmos latinos nunca me han entusiasmado. Se podría decir que me he visto obligado a lanzarme a la pista y defender mi ADN anglosajón, como ella ha dicho, aunque me temo que, si hiciera un exhaustivo examen a mi árbol genealógico, encontraría de todo un poco, como la mayoría de la gente. Así que bailar bachata, salsa o lo que cojones sea eso que ha sonado esta noche ha sido una forma de mezclarme con el resto y de paso bailar con Siena y demostrar que somos la parejita feliz... a pesar de su arrebato, cuando me ha dejado pasmado a mí y a toda la concurrencia bailando completamente desatada. Y digo *pasmado* aunque más adecuado sería *loco*, pero no de celos, sino de algo más curioso: una especie de orgullo masculino porque sé que he despertado la envidia de muchos, ya que imaginan que después a solas seré el único que disfrutaré de cada movimiento sensual con el que nos ha obsequiado en la pista. Una lástima que Siena se empeñe en dormir en el sofá.

Para evitar que los asistentes se pusieran aún más cachondos, de nuevo he recurrido al papel de hombre posesivo y me he acercado a Siena para bailar de nuevo juntos. Ella no ha dejado de tararear la letra, algo así como que «la vida es un carnaval» y que Celia Cruz (no sé quién es) tiene toda la razón. Supongo que para ponerme más cardíaco y de paso al resto, pues hemos sido el centro de atención,

incluyendo a Spencer, que no nos ha quitado el ojo de encima. Desea a Siena, lo sé. Y si se tratara de otra mujer no dudaría en ofrecérsela; sin remordimiento alguno. Ahora bien, con mi esposa jugaré las cartas de otro modo. No os rasguéis las vestiduras, esto funciona así. Desde hace mucho sé que no es cuestión de si algo me gusta o no, se trata de rentabilizar cada oportunidad.

—¿Cuándo has aprendido tú a bailar así? —me ha preguntado Siena.

—Por ahí —he respondido sin dar detalles.

Lo que Siena no sabe es que, durante mis primeros años como agente, no solo estudié perfiles psicológicos, geografía, creencias religiosas, geopolítica e idiomas. También hice cursos que pueden parecer ridículos, sobre costumbres, ritos y, sí, una de las materias era música. No solo como cultura popular, sino para saber moverme (nunca mejor dicho) en ciertos ambientes. Nada da más el cante que una persona haciendo el ridículo en medio de una fiesta intentando seguir un ritmo que no conoce. Para eso están las bodas, donde tras beber gratis los invitados pierden el decoro.

—¿Se ha acabado por hoy la función? —me pregunta deteniéndose ya fuera del alcance de la mirada de la mayoría de los invitados al sarao. Además, el alcohol ya ha hecho sus efectos y algunos no reconocerían ni a su madre.

Alguno que otro ha aprovechado para escabullirse con su pareja o con el ligue de turno o la acompañante de pago y pasarlo bien en un rincón de la playa. No los culpo. Hasta Siena me ha comentado en voz baja el caso de un tipo entrado en años y carnes que no soltaba a la chica que tenía al lado por si esta recobraba la sensatez y lo abandonaba... o por si se acercaba al actor, como otras mujeres. A punto he estado de decirle a Siena que el tipo en cuestión es un alto cargo del Vaticano y ella, una jovencísima estudiante. Antes de llegar sabía perfectamente si íbamos a compartir estancia con alguien relevante; no iba a ser tan estúpido de dejar ese dato al azar.

La pena es que mi objetivo, Spencer, tras comerse con los ojos a Siena, se ha retirado antes de tiempo a su bungalow. Como seguirlo hubiera sido una temeridad, he optado por quedarme con Siena un rato más en la fiesta y que uno de mis colaboradores se ocupara de controlarlo.

—Depende —murmuro, y ella se apoya en mi brazo para

inclinarse y desatarse las sandalias. Acto seguido me las tiende y dice:

—Toma, haz algo útil. Yo, por esta noche, ya no puedo más.

De mil amores las lanzaría por ahí; es cierto, le están machacando los pies. Una cosa es tenerla controlada y otra muy distinta que sufra lesiones... aunque le hacen unas piernas magníficas. Lástima que después, en el bungalow, no pueda ser lo único que lleve puesto mientras follamos.

—¿Te lo has pasado bien? —le digo al retomar la marcha y procurando abandonar pensamientos libidinosos con Siena y el calzado.

Una pareja se está dando el lote de manera escandalosa, lo que hace que me desvíe un poco del sendero, ya que no me apetece porno casero. Es algo que perdió la gracia hace mucho.

—Pse, depende de cómo se mire —contesta con desdén.

Su falta de entusiasmo es sin duda una forma velada de protesta.

—No has pasado de bailar —indico con suavidad; no quiero que se lo tome como un reproche.

—Me has vigilado todo el tiempo —arguye, y no me avergüenzo por ello—, ¿verdad? Seguro que ya tienes en la cabeza un informe de cada canción o de cada paso de baile.

Sonrío, sus réplicas tienen cierta gracia.

—Sabes muy bien que no es así. Nunca he sido un marido posesivo.

—No, claro que no. Has sido uno mezquino y taimado que me controlaba dándome una falsa sensación de libertad y todo ello envuelto con un bonito lazo, también llamado dinero.

—Oh, por favor. Deja de pelear, Siena. No sacas nada.

—Y tú deja de hablarme en tono condescendiente —me replica, e intuyo pelea—. Ya sé que tienes la sartén por el mago y yo soy tan solo un peón más. Como uno de tus acólitos que te acompañan en esta misión y que no veré nunca.

—Son colaboradores, Siena —la corrijo—. Y si mantenemos las distancias es por seguridad.

—Ah, sí —resopla con sarcasmo.

—Me preocupa tu seguridad —insisto porque le cuesta entenderlo.

—Bonito eufemismo para ocultar la verdad.

—¿Y qué verdad es esa?

—Que siempre lo controlas todo, te amparas en un supuesto peligro para que yo no tenga ni un milímetro de margen —me suelta y noto su resentimiento.

Como no estoy por la labor de discutir y arruinar la noche, y aunque me gustaría saber de qué ha hablado primero Spencer (entre manoseo y manoseo) y después con Joe, decido que desviaré la atención para que sea ella misma quien saque el tema. Algo me dice que, a pesar de sus reticencias a colaborar, este trabajo le gusta, le estimula (cosa que yo tengo muy clara desde hace tiempo) e intuyo que disfrutaría restregándome en las narices que ha obtenido información valiosa.

—Espera un segundo —digo en voz baja, y me detengo.

Continúo con sus sandalias colgadas de la mano. Estamos en una zona poco iluminada.

—¿Qué pasa ahora?

—Creo que tenemos testigos —miento a medias.

He notado que alguien está utilizando el mismo camino que nosotros bien porque regresa a su bungalow, bien porque quiere intimidad. Da igual, yo aprovecharé el momento.

—Yo no veo a nadie —murmura.

—Calla y rodéame el cuello con los brazos.

—Finley... —protesta.

Dejo caer las sandalias y le rodeo la cintura con un brazo para atraerla hacia mí. Hubo un tiempo en el que, nada más tocarla, ella se derretía al instante. Ahora tarda un poco más y finge ser indiferente, aunque yo sé que reacciona de igual forma. Y por supuesto, intenta zafarse, así que le susurro:

—Compórtate, que tenemos público.

La advertencia parece funcionar y Siena se deja abrazar. Hay poca luz, cualquiera que pase imaginará que somos una parejita mimosa, aunque no sabrá cuál de todas las que están en el resort. Pero ese detalle ella no lo sabe y, para que continúe en la inopia, decido aprovecharme de la situación y besarla.

Primero detrás de la oreja, en un punto muy sensible. A Siena se le escapa un pequeño gemido, sin duda producto de su obsesión por fingirse inmune a mí. Da igual, yo prosigo.

Al llevar la espalda descubierta, le acaricio la columna vertebral, despacio, de manera muy superficial para que se vaya moldeando y

dejando llevar. Desde la primera vez que la toqué supe que era muy receptiva y sobre todo muy sensual. Siena no es de esas mujeres que exageran sus reacciones solo para quedar bien, de ahí que ahora sea tan estimulante seducirla, porque intenta comportarse de manera contraria a su verdadera naturaleza. Ocultar sus deseos se le da fatal.

—¿No deberíamos volver al bungalow? —musita casi, y he aquí la clave, jadeante.

Quiero que lo esté mucho más, hoy no me apetece lidiar con su rechazo.

—Démosles un poco más de espectáculo.

—Siempre has sido un pervertido —me acusa, y no detecto enfado, sino más bien ganas de unirse a mí.

Ahora toca disfrutar de sus labios, lo cual hago a conciencia. Podría besarla con suavidad, que se fuera derritiendo; no obstante, conociéndola y para derribar su obcecación, nada mejor de avasallarla. Lo que viene siendo una política de hechos consumados.

Besar a Siena y que ella responda, como ocurre en estos instantes, es una auténtica pasada. De ahí que, a pesar de que al acercarme a ella y seducirla mis objetivos fueran otros, termine por aceptar que también la quería a mi lado en el terreno personal. Y esta misión es sin duda una buena ocasión para recuperarla.

Decirle que la quiero o que la añoro no funciona, la conozco muy bien y, sí, lo intenté cuando descubrí su paradero. Está demasiado resentida, por eso nada mejor que recurrir a la acción hasta que ella misma se dé cuenta de algo irrefutable: estamos hechos el uno para el otro.

—Finley, esto no es teatro —susurra presionando sobre mi entrepierna, donde obviamente muestro mi interés.

—¿Si confieso que tus caricias me afectan más de lo prudente... pasarás la noche conmigo?

—Vamos a pasar la noche juntos, por obligación —bromea.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No —responde de forma categórica.

Vuelvo a besarla y, en vez de acariciarle la espalda, meto una mano debajo del vestido hasta llegar a su tanga (blanco casi transparente, tan sexy que cuando lo elegí del catálogo de lencería casi me corrí en los pantalones al imaginarlo sobre su cuerpo) y le acaricio el monte de Venus, presiono un poco hacia abajo aguantando

las ganas de arrancárselo de un zarpazo.

Responde a mis avances, gime y deja que la acaricie entre las piernas. Encontrarla mojada no es una sorpresa, sino una maldita prueba de que está cachonda y quiere follar tanto como yo.

Le meto dos dedos de golpe, con brusquedad, y ella me clava las uñas en el hombro. Reacciono igual que un purasangre en una carrera decisiva cuando se le da con la fusta porque, a través de la fina camisa, lo noto y, si a eso se le suman las ganas y el deseo... pues es evidente que no hay marcha atrás.

Me da igual si nos sorprenden follando en la playa, incluso si algún turista gilipollas nos graba (algo que dudo y, si llegara a suceder, me encargaría de romperle no solo el móvil, sino los dientes). Siena está a punto de correrse, lo percibo y lo disfruto.

Los dos dedos pasan a ser tres y sus gemidos dejan de ser superficiales. Llega incluso a morderme el cuello y a agarrarse a mí como si le fuera la vida en ello.

La beso, con fuerza, absorbiendo cada jadeo y deseando ver cómo se estremece entre mis brazos... algo que he echado de menos.

A punto estoy de decirle, mientras le meto los dedos con precisión porque conozco su cuerpo, que de buena gana me arrodillaba y le comía el coño aquí mismo. Sin embargo, prefiero no arriesgarme a que despierte de esta especie de frenesí.

Siena mueve las caderas al ritmo que le marco con la mano, busca la máxima fricción y yo se la proporciono hasta que emite un último gemido casi lastimero y se corre.

La abrazo y nos quedamos así, quietos, hasta que ella se recupera. Entonces se aparta de manera brusca y, a pesar de que no hay mucha luz, puedo imaginar su mirada.

—Si piensas que proporcionándome un orgasmo vas a conseguir que folle contigo, lo llevas clarinete, Finley. —Me jode bastante que utilice estas expresiones tan chulescas—. Además, me lo debes, por hurgar en mi maleta y quitarme mis juguetes.

Se agacha, coge las sandalias y, sin esperarme, comienza a andar en dirección al bungalow. Resoplo. Joder, qué difícil me lo está poniendo esta mujer.

Contaba con su obstinación, al fin y al cabo todas cuando se sienten heridas (con o sin razón) reaccionan de forma parecida; no obstante, creo que en el caso de Siena ya está exagerando.

La sigo (qué remedio) y cuando llegamos al bungalow me espeta:

—Esta noche te jodes y duermes en el sofá.

Se encierra en el dormitorio y yo, que no estoy dispuesto a tanta estupidez ni a jorobarme la espalda, entro tras ella y con toda la parsimonia que me permite tener la polla a punto de reventar y mis años de experiencia, me siento en la cama y comienzo a desnudarme.

—Lo llevas clarinete —replico usando sus propias palabras.

—Finley...

—¿Sí, querida? —pregunto con tono indiferente.

—No vas a dormir aquí.

—¿Es una promesa?

—Deja de hacerte el gracioso, ¿de acuerdo?

Me quedo solo con la ropa interior, ella se percata de mi estado y desvía la mirada. Si no fuera tan testaruda, nos lo pasaríamos de puta madre.

—Y tú de tocarme los cojones —repongo, y acto seguido le sonrío —. Rectifico: puedes tocármelos, siempre y cuando sea con un poquito de cariño.

—Vete a tomar... ¡viento!

Se mete al aseo y da un portazo.

Bueno, tampoco vamos a montar un drama. Yo me acuesto tan pancho y dejo su lado libre, por si decide abandonar esa maldita cabezonería y no seguir destrozándose la espalda en el sofá.

Se está dando una ducha, algo que debería hacer yo porque, al fin y al cabo, aún sigo excitado y no veo muchas expectativas favorables.

Siena reaparece con el pelo goteando, cara de pocos amigos y una de mis camisetas marcando sus curvas. Menos mal que no es blanca, si no, se le transparentaría todo. Aunque mi imaginación hace el resto.

Doy unos golpecitos sobre el colchón y ella me pone cara de desagrado aunque termina claudicando. Se acuesta, dándome la espalda.

—Sabes que compartir cama no significa follar —le digo con voz sugerente, y ella me hace una pedorreta.

—Ya, pero tú no eres de fiar y utilizarías hasta a tu madre con tal de sacar beneficio.

—Probablemente —murmuro pese a que jamás recurriría a ella, pues bastante aguantó con mi padre para que encima el hijo le vaya

con el mismo cuento. Sigue creyendo que dejé la CIA para montar un negocio de exportaciones e importaciones de lujo y que me va estupendamente.

No la voy a ver tanto como debiera, sobre todo porque mi padre, ahora jubilado, está casi siempre con ella. Pero sí procuro llamarla a menudo. Si las circunstancias hubieran sido otras, estoy convencido de que mi madre y Siena habrían hecho buenas migas.

—¿La razón de no querer que durmamos juntos es porque tienes miedo de hablar en sueños y revelar algo que me ocultas?

Siena se da la vuelta para mirarme achicando los ojos y, además, me levanta el dedo corazón.

—Tú eres quien guarda secretos, Finley, así que ándate con ojo.

—Razón de más para intentar sonsacármelos —la provoco.

—Ya sé lo suficiente de ti como para odiarte, no necesito más argumentos.

—Te conformas con muy poco —añado en el mismo tono.

—Buenas noches —masculla.

—Serán para ti, que te has quedado satisfecha —contesto, y apago la luz.

Me quedo acostado boca arriba, respirando despacio hasta relajarme.

Ella se mueve, cambia de postura, resopla, tira de la sábana, dobla la pierna, la vuelve a estirar... Salta a la vista que no es capaz de conciliar el sueño y, a decir verdad, yo tampoco. Pero como el único método para lograrlo que se me ocurre ahora mismo a Siena no le convence, pues nos quedaremos quietos y en algún momento antes del amanecer el cuerpo tomará el control y acabaremos dormidos.

—¿Alguna vez me has querido? —pregunta de repente.

Joder, no es una pregunta trampa, es mucho más que eso. ¿Que si la he querido? La respuesta probablemente sea tan evidente como sencilla y explique que, a pesar de todo los problemas que me causó su huida con información sensible, no haya tomado medidas (tal como me recomendó Steven que hiciera para recuperar los archivos y además deshacerme de Siena). Tampoco soy capaz de olvidar los momentos que he vivido junto a ella, o lo impaciente que estaba durante las misiones porque solo pensaba en regresar...

—Siena...

—Vale, esa es justo la respuesta que esperaba de ti —farfulla, y

noto el dolor y la desilusión en su tono.

Me giro para abrazarla, pero ella me rechaza.

«Joder —pienso—, no se puede ser más idiota. Hubiera bastado con decirle una cursilada, algo trillado pero eficaz como "por supuesto que te he querido" y de paso aprovechar para añadir que la sigo queriendo porque es la puta verdad.»

Siena no es, ni ha sido nunca, consciente de todos los sentimientos que ha despertado en mí, los cuales no son precisamente muy recomendables en tipos como yo, que debemos mantener la cabeza fría y evitar distracciones.

La he querido y la quiero más de lo prudente, como cuando, tras celebrar nuestro quinto aniversario, dejé colgada a una clienta por volver a casa antes de lo previsto y organizarle un fin de semana sorpresa, pues Siena se había ido a visitar a su familia.

Capítulo 15

Cuatro años y medio atrás
Casa familiar de Siena, Pardueles, España
11.35 horas

SIENA

Me daba un poco de vergüenza llegar al pueblo conduciendo un cochazo. Era de alquiler, sí, pero un vehículo desconocido siempre llama allí la atención y, si además es un Mercedes clase S nuevecito, las especulaciones están servidas.

Las fuerzas vivas de Pardueles no descansarían hasta averiguar cada detalle, por lo que se presentarían en casa de mis padres a indagar sin mucho disimulo.

Yo me había marchado del pueblo montada en el Nissan de mi hermano, que fue quien me llevó cuando decidí estudiar una carrera, decisión apoyada por mi familia al completo y, aunque no me lo quisieron decir, sé que los tres hicieron muchos números para que yo cumpliera mi sueño.

Nunca se me olvidará la frase que me dijo Romeo cuando se despidió tras dejarme instalada en el piso de estudiante: «Vas a ser la primera universitaria de la familia y eso compensa todo, hermanita».

Ay, Romeo, es que una chica no puede tener un hermano mejor ni en sueños.

La razón de que usara aquel coche y no otro más modesto fue porque en el aeropuerto, en la zona de vuelos de primera clase, me estaba esperando un tipo con un cartelito y mi nombre para entregarme las llaves del Mercedes.

Bueno, en el cartelito se leía «Señora Tremair», algo que le reprochaba y explicaba a Finley constantemente. Él no entendía que en mi país las mujeres no quisiéramos llevar el apellido del marido y yo siempre le repetía: «Ya tengo el mío propio».

Le había advertido a Finley que nada de chófer, pues habría choteo en Pardueles si llegaba acompañada. Pero mi marido se pasó por el forro lo de «un coche de alquiler discreto». Supongo que, si hubiera sido Erika, su fiel empleada, la encargada de hacer la reserva, me hubiera esperado un Seat Panda de primera generación.

Aparqué junto a la verja de la casa donde había crecido con la esperanza de entrar sin tener que saludar a las vecinas. Pese a las precauciones, antes de que hubiera agarrado la manija de la cancela, ya me habían reconocido.

—Tú eres la hija de la Fermina, ¿verdad? —me preguntaron, y yo asentí con una sonrisa.

En Pardueles existían tradiciones, como la de «fichar» a todo el mundo, que no se perdían. La vecina avisaría al resto del pueblo de mi llegada y otros detalles (inventados o no).

—¿Mamá? —Entré sin necesidad de usar la llave porque en el pueblo no se cerraba nunca, a no ser que te fueras a la capital a vivir, y encontré a mi madre sentada en el salón frente al portátil riéndose.

—¡Siena! —exclamó, y se levantó para abrazarme.

Bueno, las madres nunca abrazan cuando llevan tiempo sin ver a sus hijas, las achuchan, las besuquean, las zarandean... y todo durante los minutos que ellas consideran oportunos.

Y las hijas nunca protestamos y nos agarramos como si de nuevo tuviéramos cinco años y nos hubiésemos raspado la rodilla al aprender a montar en bici. Como dice ese refrán: «Madre e hija usan la misma camisa».

—¿Qué hacías con el ordenador? —le pregunté extrañada.

Era mi hermano el que llevaba las cuentas de la familia, el tema de las tierras, los gastos y demás.

—Es que las del grupo de informática me han mandado unos vídeos divertidísimos, hija. ¡Cómo nos lo pasamos en las clases, un despiporre!

Me explicó que el ayuntamiento había organizado un taller de informática para todos los del pueblo que quisieran apuntarse y que estaban aprendiendo una barbaridad.

—¿Romeo sabe que le utilizas su portátil? —le planteé porque mi hermano era muy suyo con sus cosas.

—Compramos uno nuevo por su cumpleaños y me quedé yo con el viejo.

Nos pusimos al día con varios chismes más sobre el pueblo y los cotilleos de Pardueles. Luego fue mi turno de contarle cómo me iba en Manhattan y con Finley. Pero noté que mi madre estaba rara porque en otras ocasiones no dejaba de hacerme preguntas sobre mi marido y apenas se interesó por él.

No le di mayor importancia.

A la hora de comer, charlábamos con unas cuantas amigas y cotillas del pueblo, informadas previamente de mi llegada, sobre cosas sin importancia... o al menos aquello es lo que parecía, pues las señoras con cierta edad eran expertas en hacerte las preguntas erróneas para que confesaras la verdad, una técnica muy depurada que solo en pequeñas poblaciones como Pardueles se llevaba a cabo. Un ejemplo: sospechaban que no tenías hijos, así que la pregunta era «¿Qué tal está tu niño el mayor?».

Y, claro, caías en la trampa al responder de forma inmediata «¡No tengo hijos!» o también «No es niño, es niña».

De cualquier forma, obtenían la información que buscaban.

Aproveché para reunirme con mis amigas de toda la vida, con las que había crecido e ido en autobús al cole. Y ellas me contaron chismes mucho más jugosos sobre sí mismas o sobre la gente del pueblo. Juntarnos en la tasca y pasar un rato con Eva María (el primer amor de Romeo) y con Thais fue genial: las echaba mucho de menos.

Cuando regresé a casa vi que aún pululaba por allí alguna cotilla moviendo el hocico (en el pueblo una no curioseaba a palo seco, siempre se servía algo de picar y de beber) y a punto estuve de ser grosera y echarla, pero se presentó alguien que me dejó a cuadros y no solo a mí.

El susodicho apareció conduciendo el tractor, el mismo que Romeo insistía en que pocos eran capaces de manejar por su complejidad. Ahora bien, lo importante no era que mi hermano le dejase su tractor, sino que mi marido, el que se suponía estaba de viaje de negocios, se encontrara allí.

—Hola, Siena —me saludó sonriente al bajarse del vehículo con aspecto rural, dado que, en vez de uno de sus carísimos trajes o de su ropa de diseño, llevaba puestos unos pantalones cargo caquis, botas y una sudadera azul que pertenecía a mi hermano, pues llevaba serigrafiado el nombre del pueblo junto con el escudo.

—¿Solo le dices eso? —intervino Romeo y movió las cejas.

—¿Ese buen mozo es tu marido? —preguntó una de las metiches y mi madre, tras confirmarle que así era, se deshizo de ella.

Miré a mi hermano, todo aquello me parecía sospechoso, y me puse aún más nerviosa porque daba la sensación de que todos estaban en el ajo... incluido mi padre, que llegó justo en ese instante para darle la clásica palmada en la espalda a Finley.

—¿Qué estáis tramando?

—Anda, ve un rato con tu marido —me dijo mi padre y, aunque sonó patriarcal que te cagas, tampoco iba a cuestionarlo.

Mis padres y hermano se metieron en casa, dejándome a solas con Finley.

—Se supone que deberías saltar a mis brazos y gritar que estás encantada, sorprendida y yo qué sé cuántas cosas más, presa de la emoción y entusiasmada con verme.

—Finley... —murmuré y, sí, me lancé a sus brazos.

No fui consciente de que estábamos llamando la atención, porque en Pardueles aquellas demostraciones públicas de afecto tan peliculeras eran sin duda munición para cotilleos, pero me dio igual.

De haber sido posible, sin duda Finley y yo nos hubiéramos ido a echar uno rapidito (como a veces hacíamos en el aseo de un aeropuerto); en cambio, fuimos prudentes y entramos en casa.

Desde que les presenté a Finley, mis padres lo trataron como a uno más, así que pasamos una tarde estupenda escuchando (a veces horrorizada) batallitas familiares. Finley se interesaba, preguntaba y, claro, eso a mis padres les encantaba, pues podían explayarse. Hasta que llegó el turno de explicar por qué a mi hermano lo llamaron Romeo y a mí, Siena.

—Fue en nuestra luna de miel —explicó mi madre algo sonrojada —. Habíamos contratado un viaje por Italia...

—De esos que te llevan como al ganado, de aquí para allá, en los que chupas horas y horas de autobús —puntualizó mi padre.

Hubo risas y una mirada cómplice entre mis padres porque, cuando se casaron, no disponían de tanto dinero como para una luna de miel idílica. Aunque aprovecharon bien el viaje. Después entraron en asuntos más íntimos y, claro, Romeo y yo resoplamos abochornados pues, mencionar cómo y dónde fuimos concebidos, siempre daba reparo.

—Una de las paradas fue Verona... —prosiguió mi madre, y se

detuvo.

Era bonito ver cómo enseguida mi padre le cogía de la mano y se miraban, algo que los había visto hacer cientos de veces, desde pequeña, sin comprender el significado. De adolescente, me molestaba, me parecía cursi.

—Y cuando supe que estaba embarazada...

—Echamos cuentas y... —finalizó mi padre.

—Fermina, es una historia preciosa —comentó Finley, siempre amable, y me miró.

—Ya, bueno, no veas qué choteo tuve que aguantar en el colegio con la tontería de Romeo —protestó mi hermano y con razón, porque los críos suelen ser (inducidos por sus progenitores) bastante cabrones.

—Si llegas a ser chica, te hubieras llamado Verona, imagino —dijo Finley haciéndonos reír, aunque, por cómo asintió mi padre, me di cuenta de que había dado en el clavo.

Y, claro, llegó el turno de hablar de mí...

* * *

Finley, ayudado por mi hermano, había acondicionado un antiguo refugio de pastores en desuso. Se las había ingeniado para meter un enorme colchón hinchable, sábanas extrasuaves y dos edredones de plumas para no pasar frío, además de comida como para una boda y también una enorme cubitera con varias botellas de cava, que al final dejamos fuera, ya que al encender el fuego no tenía sentido.

Mi marido había preparado todo aquello para darme una sorpresa y yo me sonrojé hasta la raíz del pelo cuando delante de mis padres me informó de que pasaríamos la noche en la cabaña. Quedaba implícito que el propósito no era admirar un cielo estrellado, sin contaminación lumínica... algo que también hicimos envueltos en edredones. Así que a última hora de la tarde, subidos en el todoterreno de mi padre, nos dirigimos campo a través hasta el refugio de pastores.

—¿Finley?

—Dime —respondió más pendiente de conducir que de mí.

—En estos sitios no hay agua corriente ni electricidad, lo sabes, ¿verdad? —lo informé y él frunció el ceño.

—Algo he oído...

No quise aguarle la fiesta, y de paso estropearlo todo, diciéndole por ejemplo que para aliviar ciertas necesidades fisiológicas se utilizaba una azada. Ya lo averiguaría por sí mismo. Sin olvidar que la idea era pasar una noche romántica.

Cuando nos bajamos del vehículo observé la cabaña. Yo conocía el lugar, por supuesto; sin embargo, estar allí con Finley resultaba estimulante.

—¿Sabes? Mis amigas y yo solíamos venir hasta aquí, paseando, para fumar un canuto, tomar algo o hablar de nuestras cosas. Especialmente de chicos —comenté al llegar.

Finley me sonrió con picardía y adujo:

—Hoy no vas a hablar de chicos, vas a jugar con uno.

—Tú eres un hombre hecho y derecho —repliqué y, como me sentía atrevida, aproveché que él iba delante y le di un buen azote en el culo. Los pantalones cargo le sentaban estupendamente.

—¿Conque esas tenemos?

Dejó a un lado la bolsa con las cuatro cosillas de aseo imprescindibles y se lanzó a por mí. Estaba anocheciendo y en aquella cabaña la corriente eléctrica era una utopía, y tampoco había ventanas, así que la poca luz procedía de la que se filtraba a través de las ranuras de los tablones unidos que hacían las veces de puerta. Y en cuanto anocheciera, estaríamos en la oscuridad absoluta.

No fue así, pues entre las cosas que habían llevado, estaba una lámpara de led de baterías. Menos mal. Si mi hermano le hubiera prestado el generador de gasoil, toda la comarca hubiese conocido nuestra ubicación, además de haber arruinado el escenario.

Finley me tumbó en el colchón hinchable y enseguida lo tuve encima, aprisionándome y buscando mis labios para devorarlos como solo él era capaz de hacer... y de paso poner en estado de alerta cada terminación nerviosa.

Se notaban las ganas de estar juntos, de tocarnos y de mil cosas más que solo son posibles en la intimidad.

—Dime la verdad, venías aquí con tu novio de turno para darte el lote —me provocó mientras se ocupaba de quitarme la ropa.

—En el pueblo no tuve novios, esperé hasta irme a la universidad —confesé y era cierto, pues resultaba complicado ya que nos conocíamos todos y éramos más amigos que otra cosa.

—Tu hermano dice que hay mucha tradición por aquí de ir al

pajar a darse un revolcón —prosiguió indagando.

—Ah, bueno, pero en mi caso fue casi imposible —repuse riéndome porque ya me tenía casi desnuda y estábamos perdiendo el tiempo hablando.

—¿Por qué?

—Romeo, como cualquier hermano, siempre ha sido protector, sin olvidar que el pajar o cochera de mis padres está justo al lado de la casa... Finley...

No pude continuar, puesto que él me había separado las piernas y comenzado a besar en la parte superior. Yo eché los brazos hacia atrás y sentí el tacto áspero del adobe mientras se me encogían los dedos de los pies, sin duda impaciente por la que se avecinaba.

Abrí aún más las piernas, invitándolo a que hiciera conmigo cuanto quisiera, pese a que a veces me resistía por el simple placer de escuchar sus órdenes. Finley me tenía a su merced y por ello no dudó en atormentarme con sus labios. Se entretuvo recorriendo la sensible piel del interior de mis muslos, acercándose a mi sexo pero sin tocarme como yo ansiaba.

Como era de esperar, yo protesté y lo insté a ir más rápido, a ser más preciso; sin embargo, él me amenazó con hacerlo aún peor, así que me quedé tumbada sobre aquel colchón hinchable en medio del campo mientras mi marido jugaba a su antojo con mi cuerpo y con mi deseo.

Había sido el primero con el que el sexo oral había adquirido su prestigio, el primero que había sabido hacerme disfrutar y llegar a lo más alto... razón de más para que lo dejase a su aire. No obstante, yo estaba en un grado de excitación que me resultaba insoportable aquella espera, a mi modo de ver innecesaria.

—Finley...

Cada vez que con la punta de la lengua me rozaba el clítoris yo gemía de manera vergonzosa, algo que a él le encantaba porque me animaba a repetir. Cuando me introducía un dedo por detrás, le tiraba del pelo y chillaba su nombre.

—Joder, estás desatada... —murmuró divertido mientras yo arqueaba todo el cuerpo a medida que él me llevaba al clímax.

—Fóllame —añadí en un intento de que abandonara sus perversas técnicas de sexo oral y me penetrara.

—Antes quiero que te corras en mi boca, Siena. Vamos, hazlo...

Su tono seductor y exigente me excitaba. Mucho. Finley conocía cada punto sensible de mi piel (algunos los había descubierto él) y también aquellos que no tanto, por ello sabía como nadie llevarme al límite.

Yo tenía la boca seca de tanto jadear y suplicar. Él no aflojaba, me mantenía tensa, cachonda y, sobre todo, expectante. Con la boca presionaba el clítoris, y con los dedos me penetraba por ambos lados.

—Vamos, Siena —canturreaba mientras yo me retorcía como si estuviera poseída—, córrete.

Obedecí encantada, claro. Nadie en su sano juicio se hubiese negado a acatar una orden semejante. Llegué al clímax y Finley, en vez de apartarse, continuó lamiéndome a pesar de que yo estaba muy sensible y necesitaba cierta distancia.

Cuando mi respiración se estaba regularizando más o menos, sentí el roce de su pelo a medida que gateaba por mi cuerpo. Buscó mi boca y yo, completamente entregada, lo besé y lo abracé.

—¿Qué puedo hacer por ti? —pregunté risueña.

—Aprovechando que estamos en el campo, hagamos algo primitivo, animal... —susurró junto a mi boca.

—¿Por ejemplo?

Me colocó a cuatro patas y me pidió que cerrase los ojos. Noté que se bajaba del colchón. Regresó enseguida y noté algo frío en el culo. Supe que en la bolsa que había traído no solo llevaba los cepillos de dientes.

Respiré hondo, sabía que Finley quería sexo anal. Él había sido el primero con quien lo había hecho y, si bien al principio no me gustaba, después me volví tan adicta como mi marido.

—Mi pequeña viciosilla —murmuró mientras me preparaba con el lubricante y sus dedos.

No le costó mucho, yo lo deseaba, incluso deseaba más complacerlo y, por eso, enseguida me penetró por detrás. Tal como había insinuado, Finley se comportó de manera brusca, primitiva. Incluso hasta hacerme daño, porque me colocó la mano en el cuello, obligándome a apoyar la mejilla sobre el colchón y todo ejerciendo una presión excesiva.

A veces hasta yo misma me preguntaba, una vez que me relajaba y dejaba atrás la modorra sexual, cómo era posible aquello. No era virgen cuando conocí a mi marido, pero, a su lado, los tíos con los que

había estado eran unos inútiles. Y además mi propio comportamiento era mucho más atrevido. Por eso hasta sentía cierto pánico y fue mucho después cuando le puse nombre a aquella sensación: dependencia.

En su momento pensé que aquello era lo que siempre había deseado. Un hombre atento, que me proporcionaba orgasmos en medio del campo o en un hotel de lujo, que me mantenía como a una reina y que, además, se llevaba bien con mi familia.

El pack completo.

No obstante, todo (incluida yo) formaba parte de un plan.

Fue complicado quitarme la venda y durante varios años viví una mentira, muy lujosa y muy cómoda, eso sí.

Aquel día, en aquella cabaña, yo fui feliz, engañada y feliz.

—Siena... —susurró al cabo de un buen rato, cuando yo pensaba que estaba dormido.

Estaba acurrucada sobre su pecho, incapaz de conciliar el sueño porque aquello era tan perfecto que, como una gilipollas enamorada, pensé que, si me dormía, al despertar todo se habría desvanecido.

—¿Sí?

—Así que te llamas Siena porque tus padres fueron a celebrar su aniversario de boda a esa ciudad y echaron un polvo...

—No deberían haberlo contado. Romeo y yo lo pasamos fatal cuando lo mencionan —dije en voz baja, y aproveché para darle un beso en el pecho, a la altura del corazón.

Finley respondió peinándome con los dedos.

—Estoy pensando... ¿por qué no les regalas a tus padres el viaje a Italia que siempre han querido hacer?

Capítulo 16

Un año y pico atrás
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
10.50 horas

SIENA

Entrar en el despacho de Finley sin estar él en casa era algo que nunca hacía. Siempre me pareció algo así como invadir su espacio personal. Cuanto estaba, no me importaba sorprenderlo allí.

Por eso aquella mañana, con la maldita carta arrugada en las manos, me senté en su sillón, miré la superficie de cristal y acero, y volví a derrumbarme. En casos similares, la razón no funciona porque sabe la verdad y no quieres escucharla. No dejaba de repetirme que solo era una prueba, que Finley quería ponerme en un aprieto.

Pero la carta, como si fuera una burla, estaba delante, arrugada y hecha un asco; un cruel recordatorio de la realidad.

Todo estaba ordenado, y su portátil cerrado en un lado del escritorio, junto a la foto en blanco y negro de nuestra boda. El despacho era un lugar de trabajo, bastante aséptico y caro. Finley no regateaba, algo que durante mucho tiempo yo observé en silencio, temiendo que, si decía algo en voz alta sobre el precio, me llamasen paleta.

Mientras observaba el despacho, fue inevitable recordar los momentos y sensaciones que allí había experimentado junto a él. Momentos intensos, excitantes, felices... los típicos de una ingenua soñadora. Ahora bien, no podía despistarme, en la carta decía muy claro que debía largarme del país y eso significaba que el tiempo iba en mi contra.

La camiseta que llevaba puesta estaba hecha un asco tras haberme limpiado los mocos y dormido con ella, y pese a ello volví a utilizarla como pañuelo. Con la nariz más o menos limpia y los ojos

aún llorosos, me incliné para inspeccionar los cajones. En el primero solo encontré útiles de escritorio, nada relevante. Fui a por los dos siguientes y me los encontré cerrados. Los examiné con atención porque no se veía cerradura alguna.

Me puse en pie y comencé a mirar en la estantería, en donde básicamente había libros (que también miré) y fotos... pero ni una llave, ni una nota... nada. Agarré la foto de nuestra boda y, como una niña asustada, me senté en el suelo, bajo la mesa, por si en la parte de atrás veía algo, pero tampoco tuve éxito.

Llorar no era una opción, así que, a pesar de mis nervios, de la incertidumbre, de la sensación de que lo estaba haciéndolo todo mal, me quedé allí abrazada a la maldita foto. Por suerte nadie del servicio se atrevió a molestarme, y eso que oía sus pasos.

Entonces tuve una especie de idea... estúpida, claro, pero ¿en las pelis no se escondía siempre la información dentro del marco o tras una imagen con significado? Un significado, por supuesto, que solo es relevante para los protagonistas. Bueno, no tenía nada que perder. Salí del escondite y quité la tapa trasera que sujetaba todo el conjunto y saqué el cartón hasta llegar a la foto. Mi gozo en un pozo. Acaricié el papel fotográfico, por si se apreciaba alguna rugosidad. También examiné las letras impresas y llegué a la triste conclusión de que no significaban nada, eran las marcas de la tienda donde se imprimieron las fotos.

Agarré con rabia el precioso marco dispuesta a estrellarlo contra la pared; una chiquillada que no hubiese servido de nada, ni tan siquiera para aplacar mi frustración. Cuando iba a lanzarlo, de lo nerviosa que estaba se me cayó al suelo, bajo la mesa. Me agaché soltando el típico «¡joder!» para recogerlo y vi que se iluminaba una luz en un lateral, junto a la cajonera.

Me quedé igual que un animal deslumbrado por los focos de un coche en una carretera secundaria cuando es de noche. Fruncí el ceño porque me dije que aquello era producto de mi imaginación. Miré el marco, nada del otro mundo. Un diseño minimalista en acero pulido y unas simples estrías a modo de adorno. Si no supiera que había sido un regalo de Steven comprado en una exclusiva boutique, hubiese pensado que era el típico portarretratos de un bazar cualquiera.

La desesperación te hace cometer estupideces, como pensar que el marco era la llave, y por eso me metí debajo de la mesa con él y lo

moví en todas las direcciones, incluso haciendo círculos, hasta que de nuevo vi la luz. Como una niña pequeña, pasé el portarretratos como unas veinte veces... para comprobar que, sí, efectivamente se encendía la luz. Y entonces llegué a una conclusión que me hizo sentir idiota pero que lo explicaba todo.

Me senté en el sillón, me incliné con el marco metálico en la mano y, nada más encenderse la luz, tiré del primer cajón cerrado y ¡bingo! Pude abrirlo. Finley había instalado cerraduras invisibles en su escritorio.

Y la maldita foto había estado ahí, todo el tiempo, burlándose de mí.

Yo que pensaba que era algo importante, en el sentido personal, y solo era una forma tan descarada como ofensiva de despistar. ¿Quién iba a fijarse en una foto de boda? Pues yo, porque me dolía saber que la sonrisa que había capturado la cámara, al menos la mía, era sincera. Mi boda fue de ensueño y había puesto tanta ilusión que me hizo sentir como lo que era: una niñata.

Dejé de hacer el tonto con el portarretratos y empecé a examinar el contenido del cajón. Nada de documentos, tan solo dos cajas de madera (por suerte sin llave). Las coloqué sobre la mesa y, al levantar la tapa de la primera, vi unas cuantas tarjetas de plástico con un chip RFID. En cada una estaba escrita con rotulador una palabra distinta: «FAMILIA», «TRABAJO», «CASA», «ELLA», «PROBLEMAS»... También había un lector para acoplar al ordenador. En la segunda caja encontré un disco duro y, claro, no pude resistirme.

Encendí el portátil de Finley y, al hacerlo, vi algo que ya sabía, que tenía configurados dos usuarios. Elegí el que pedía clave, obviamente. Conecté el lector de tarjetas RFID y empecé a pasarlas hasta que una desbloqueó el acceso. La guardé por si acaso. Después conecté el disco duro.

Aparecieron un sinfín de archivos. Me dije que analizar aquella información me llevaría días, incluso meses. Abrí el primero. Codificado. Pues nada, a pasar las tarjetas; al ir probando me di cuenta de un detalle... lo escrito a mano en el plástico tenía que guardar relación con el nombre del archivo, o de otro modo carecía de sentido. Así que busqué papel y un boli mientras leía. Configuré una tabla para ver dónde surgían las coincidencias.

Al leer con atención el nombre de los archivos vi uno que me

llamó mucho la atención: «Siena». Quizá estaba siendo una paranoica y solo se trababa de fotos. ¿Quién no guardaba en su portátil las fotos de su pareja? Lo abrí y para que me diera acceso pasé la tarjeta con la leyenda «FAMILIA»; nada, no me dejó seguir. Probé con «ELLA» y accedí. Encontré un montón de información que me empezó a preocupar porque Finley tenía mis expedientes académicos, fotos (una cantidad enorme) de mucho antes de conocerme y de mis padres, datos de mi familia y su situación económica, incluyendo declaraciones de la renta. También había fotos de gente de Pardueles con quienes me relacionaba habitualmente, así como informes sobre mí que leí con un nudo en el estómago porque en ellos descubrí que alguien me había estado vigilando y me describía como una chica inteligente, sin afiliación política clara, de familia trabajadora y con grandes posibilidades.

¿Qué clase de broma era aquella?

Seguí revisando archivos durante horas y cada uno que abría me parecía peor que el anterior. Finley, a quien yo consideraba el hombre de mi vida, no era más que un cabrón que me había utilizado. En sus archivos leí documentos sobre todos mis viajes, sobre mis amistades, e incluso tuve que ahogar un grito de rabia al comprobar cómo se había deshecho de Andrea, enviándola lejos para que no interfiriese en los planes que él había trazado. Hallé documentos con las transcripciones de nuestras llamadas, cruce de mensajes entre mi amiga y yo... Todo, lo sabía todo sobre mí y mi entorno. Se había casado conmigo después de seleccionarme entre varias candidatas. Y después, sin que yo lo supiera, le había sido útil. Allí, en el puto disco duro estaba todo. Y eso que solo había accedido a la carpeta «Siena».

Me di cuenta de que no podía permanecer más tiempo en esa casa, bajo aquella mentira. Tenía que huir, pero irme con las manos vacías era de gilipollas, pues la información siempre me resultaría útil, aunque solo fuera para comprobar la clase de cabrón que era Finley, así que me fui corriendo al dormitorio y busqué las memorias USB y las tarjetas donde pudiera trasladar cuanta más información y regresé al despacho, dispuesta a copiar todo lo que me fuera posible.

Abrí archivos al tuntún, los decodifiqué con la oportuna tarjeta RFID y los almacené en las memorias. No disponía de almacenamiento suficiente; ahora bien, sí logré bastante para tenerme «entretenida» con las maquinaciones del que consideraba el amor de mi vida, y es

que desde aquel momento supe que jamás confiaría de nuevo en ningún hombre.

Después recogí el despacho y dejé el marco de fotos de nuevo montado en su sitio, aunque escribí por detrás de la foto «Que te jodan». Una especie de estúpida venganza, pues con toda probabilidad ni se fijaría.

Con las memorias USB, fui corriendo al dormitorio, metí algo de ropa, mi pasaporte, el portátil, dinero y cuatro cosas más en una bolsa de viaje y llamé a Steven. Casi vomito mientras hablaba con él. Fingí ser una chica obediente y dispuesta a seguir las instrucciones porque quería descubrir hasta dónde había sido capaz de llegar Finley.

Steven, cómo no, se mostró encantado de que por fin entrara en razón. De hecho me dijo: «Es lo mejor que puedes hacer, olvidar tu vida aquí».

Quedó claro que librarse de mí le suponía un alivio, pues llevaba tiempo, en concreto desde que me conoció, intentando meter cizaña para que Finley se divorciara.

Enseguida me envió un coche con chófer para llevarme al aeropuerto. Por fortuna no me acompañó, aunque sospeché que el conductor estaba vigilándome.

Una vez en la terminal, le di esquinazo por si tenía órdenes de revisar mi equipaje antes de que cogiera el vuelo y encontraba los USB, pues ya estaba paranoica y me subí al avión. Rumbo a España.

Como se me había indicado, no avisé a nadie de mi llegada. Tras pasar el control de pasaportes, vi que alguien me esperaba. Tragué saliva y continué comportándome como una buena chica obediente para no llamar la atención. Deduje sin esfuerzo que Steven había enviado a alguien. Una mujer vestida con un traje gris me entregó una tableta y se despidió.

—¡Hasta luego, bonita! —le dije a su espalda con cierta chulería porque ni me había saludado. Era evidente que sabía quién era yo.

Tuve claro que me vigilaban, así que no hice movimientos extraños; fui a una cafetería y encendí la tableta mientras masticaba un trozo de tortilla de patata (con las ganas que tenía de comerme una y lo mala que estaba). Abrí la aplicación de correo electrónico y encontré varios mensajes, pero ninguno de Finley. En uno había una reserva de hotel y los datos de una cuenta bancaria a mi nombre que ni me molesté en mirar porque no buscaba dinero, sino respuestas.

Otro mensaje, también impersonal, me indicaba que procurara ser discreta y que en breve me llegaría la dirección del apartamento donde debía instalarme.

—Y una mierda —murmuré.

En la bolsa de viaje portaba información que debía examinar, así que, en vez de seguir las instrucciones, tiré el móvil a una papelera, llevé la tableta a objetos perdidos y salí cagando leches del aeropuerto.

Como no tenía claro dónde alojarme, busqué algo barato, una pensión, y allí que me instalé... con mis cuatro cosas, la desilusión y una bolsa con algo de comida que había comprado en un supermercado cercano.

Conecté impaciente mi portátil a la red y después, sentada en una cama estrecha y con el colchón hecho una porquería, me dispuse a revisar los archivos.

Si ya se me había revuelto el estómago al comprobar hasta qué punto Finley había manejado los hilos, cuando vi a qué se dedicaba en realidad, tentada estuve de llevar aquello a la policía; no obstante, me di cuenta enseguida de que era un arrebato estúpido... primero porque estaba en otro país y, segundo, porque los clientes de mi marido eran tipos muy importantes. Había ayudado a tapar escándalos de todo tipo. Había informes sobre espionaje industrial y robo de patentes; otros sobre escarceos sexuales de hombres casados que presumían de felicidad conyugal y que organizaban orgías en cualquier parte del mundo con menores involucrados; fiestas en las que políticos de todas las ideologías se desmadraban y gastaban con cargo a los presupuestos del Estado; ejecutivos que maquillaban cuentas para cobrar bonificaciones, engañando a los inversores; corporaciones que mostraban pérdidas para evadir impuestos y recibir ayudas públicas; acuerdos entre empresas que burlaban leyes internacionales; artistas o deportistas famosos ocultando escándalos de muchos tipos; traficantes conocidos a nivel mundial que se pasaban por el forro las órdenes de arresto; altos cargos eclesiásticos financiando partidos políticos...

Un compendio de delitos que me dejó patidifusa. Si ya cuando veía uno de esos reportajes de La 2 sobre narcotráfico, minas ilegales o cualquier otra aberración me quedaba en estado de shock, leer los informes redactados por Finley me hizo llorar.

La lista de delitos, tapados con dinero, parecía infinita y el dolor

de cabeza que tenía yo iba por el mismo camino. Me quedaban muchos documentos por leer; sin embargo, apagué el ordenador e intenté dormir, pues, si quería pensar con un poco de claridad, necesitaba descansar.

Capítulo 17

En la actualidad
Playa privada del resort, Islas Maldivas
17.35 horas

FINLEY

Llevo un buen rato sin despegarme del teléfono, pendiente de Siena porque se ha largado esta mañana temprano con el pretexto de ir al spa a relajarse. Es la excusa que me ha puesto y yo, como un gilipollas, no he comprobado la veracidad de sus palabras. He confiado en ella y me la ha jugado. Sé que no ha sido así y por eso estoy que me subo por las paredes, preocupado y encerrado en el bungalow, pues no era plan ir por todo el complejo preguntando por ella y dar que hablar. El numerito de pareja empalagosa se nos puede ir a la mierda si de repente me ven como alma en pena porque se me ha escapado mi esposa.

Y si encima llegan rumores de que la han visto con otro, a tomar por el culo todo. Y mira que le he repetido a Siena que debe atenerse al plan, nada de improvisar. Pues bien, en cuanto ve la oportunidad, me desafía.

Y si ese desafío se limita al ámbito personal, soy capaz de manejarlo, aunque me joda. Es más, hasta me divierten en cierto modo sus rabietas, que intentan provocarme o que entremos en debates dialécticos. Al menos me hace saber que no le soy indiferente. No obstante, con asuntos de trabajo soy inflexible. De ahí mi cabreo.

Por fin oigo el ruido característico de alguien caminando por la pasarela de madera (es mejor sistema y más barato que un detector de movimiento) y acto seguido se abre la puerta.

—¿De dónde vienes? —le espeto sin dejar de observarla. Lleva un vestido playero azul claro debajo del cual se adivina el biquini negro, el pelo recogido en una coleta y cara de pocos amigos.

—Del spa —me responde con desparpajo y sé que miente.

Hago un esfuerzo por no gritar y recurro al sarcasmo.

—¿Había spa en el yate que ha alquilado ese cretino?

Siena achica la mirada y se cruza de brazos.

—¿Me has estado espiando?

—Por supuesto —admito y me acerco a ella porque no voy a permitirle que se ponga chula, se encierre en el aseo y me mande al carajo.

Llevo todo el puto día esperando a que aparezca y, pese a saber dónde estaba, hay partes que no he controlado, como cuando ese imbécil de Spencer ha cerrado la puerta de su camarote, impidiendo a la tripulación saber qué ocurría... y es que entre los empleados estaba uno de mis colaboradores.

—Lo admites así, ¿sin más? —me gruñe, y la agarro del brazo porque sé que quiere dar por zanjada la discusión.

—Sí. Y ahora vas a explicarme por qué cojones te has quedado a solas con él, Siena —pregunto levantando la voz más de lo razonable.

—Porque soy mayor de edad y quería enrollarme con un famoso. ¿Te sirve la respuesta?

Inspiro hondo, tengo que templar los nervios.

—No me provoques intentando ponerme celoso —le advierto—. No funciona.

—Ah, ¿no? —repone con tono de burla e inmediatamente hace una mueca, como si estuviera cansada o molesta—. Y yo que me había hecho ilusiones con eso de tener un maridito posesivo...

—Tu maridito no tiene edad para esas gilipolleces —arguyo, aunque, sí, maldita sea, me enerva verla con otro.

—No hemos follado, si tanto te preocupa. —Esboza una sonrisa que calificaría de mala leche.

«Menos mal», estoy a punto de decir, porque han pasado demasiado tiempo a solas en el camarote del yate, el suficiente como para darse un par de revolcones.

—¿Querías acostarte con él?

—Hummm... puede.

—¿Y vas a volver a intentarlo?

—Depende.

—Siena... —pronuncio su nombre en tono de clara advertencia.

—No, no voy a follar con él porque los tríos ya no me gustan y en

su cama seríamos tres: él, su enorme ego y yo.

«Gracias a Dios», pienso y por estúpido que parezca me siento mejor. Pero ella se encarga de echarme un jarro de agua helada al añadir:

—Solo quería besar a una estrella de cine.

Sé que solo pretende sacarme de mis casillas, ponerme en el disparador, por eso es mejor hacerle ver de una condenada vez qué se cuece aquí, por si aún no está al tanto.

—¿Qué parte de «limítate a hacer lo que te digo» no entiendes?

—Perdón por ser corta de entendederas —se burla.

—Joder, que Brown es peligroso.

La miro fijamente. Está rabiosa porque lleva muy mal lo de acatar órdenes (antes era mucho más fácil) y al mismo tiempo creo que es consciente de que se puede meter en un lío... o que ya se ha metido en uno bien grande.

—¿Me permites que antes de seguir me tome algo para el dolor de cabeza? —me pregunta, y vuelve a hacer una mueca.

—¿Qué te ocurre?

—Tantas horas acompañada por un ser egocéntrico hablándome de sus batallitas, éxitos y proyectos me ha puesto la cabeza como un bombo —confiesa frotándose las sienes.

—¿Te ha hablado de su próxima película?

—Pues sí y vaya horror —dice poniendo cara de espanto—. Es insufrible lo rayado que está.

—Algo de lo que ya te había advertido —le recuerdo, y ella me fulmina con la mirada.

—Dame una pastilla, anda, que no puedo más.

La suelto para ir hasta el neceser y traerle un analgésico, aunque, antes de dárselo, conociendo los métodos de Brown, pregunto:

—¿Has comido o bebido algo en el yate?

Observo sus pupilas y detecto que las tiene más dilatadas de lo normal.

—Sí... aunque... —arruga el morro— me ha sentado mal...

—Joder... —mascullo y sin muchos miramientos la llevo hasta la cama—. Ese hijo de puta te ha echado algo en la bebida.

—¡¿Cómo?!

—Lo que oyes —afirmo sin enmascarar la verdad—. Así que es mejor que te acuestes e intentes descansar, para que tu organismo

depure.

—Finley... no creo que...

—Se ha fijado en ti, Siena. Va a llevarte a la cama, con o sin tu colaboración.

—Yo iba a colaborar, bueno, un poquito, para hacernos amigos y eso —admite y siento lo mismo que si me hubieran dado una patada en los huevos—, lo que pasa es que me he mareado y...

Se sonroja, cierra los ojos y yo procuro no soltar la retahíla de palabrotas que me vienen a la mente.

—Cuando me ha besado...

—¿Sí?

—Me han entrado ganas de vomitar —añade, y entiendo su apuro —. He quedado como una paleta.

—Lo que has quedado es como una gilipollas que engaña a su marido en pleno viaje de aniversario, jodiendo de paso nuestra coartada —puntualizo, y Siena al menos tiene la decencia de asentir.

—Tenías razón, Spencer va a vela y a motor —admite en voz baja.

—Va a lo que le conviene —puntualizo con sequedad.

Como sé que está hecha polvo, me acuesto a su lado y dejo que se acurruque contra mi pecho. Por suerte no protesta ni dice bobadas para quedarse sola. Un avance.

—¿Dónde estaba Joe?

—Han discutido. Lo va a dejar, aunque Spencer no quiere porque su novio le suministra los fármacos a los que está enganchado.

—¿Cómo demonios has averiguado eso?

—Tras el paseíto y la vomitona en el yate, me ha llevado a su bungalow y, cuando he ido al aseo, he aprovechado para cotillear en su neceser —me informa en voz baja—. Se pone hasta el culo de anfetas.

—Tomo nota —murmuro y le masajeo el cuero cabelludo.

Me gustaría acariciarla y proporcionarle mucho más placer que el de un masaje, pero sé que no debo forzar la situación... sin olvidar que le duele la cabeza.

Nos quedamos acostados, en silencio. En momentos como este pienso en los errores cometidos, en mi matrimonio y en si existe una forma mejor de convencerla. Ella es especial, eso lo sé muy bien desde hace años y acaba de demostrármelo con su intuición, aunque me joda

el hecho de que ese cabrón haya intentado abusar de ella. Un motivo más para que Spencer Brown sea historia y deje de acaparar focos. El público lo agradecerá.

Dejando al margen sus cualidades profesionales, es la cercanía, la sensación de bienestar que experimento con esta mujer. Con ninguna he llegado a sentirme igual. Y, sí, también la necesidad de protegerla. Sé que Siena se rebelaría si compartiese con ella semejantes pensamientos. Por eso lo mejor es permanecer callado, abrazándola y dejando que se recupere de la mierda que ha tomado.

Espero que, además de darse cuenta del peligro, empiece a comprender por qué es tan importante seguir mis normas. En ningún momento he pensado en exponerla demasiado, para eso tengo a los colaboradores mejor entrenados y pagados. Siena es solo, aunque suene de puta pena, un complemento, un reclamo.

Y es que a media mañana, cuando uno de mis colaboradores me ha dicho que mi mujer se subía a un yate, he tenido que contenerme para no presentarme en el embarcadero y montar un buen espectáculo típico de marido celoso. He dado orden de que la vigilasen, pero ese malnacido de Spencer no es tonto y se las ha arreglado para quedarse a solas con ella y, además, drogarla. No es la primera vez que lo hace porque está acostumbrado a salirse con la suya.

Que Siena me haya mentido diciéndome que tenía reservada una sesión en el spa es lo de menos, la cuestión es que ha querido actuar por su cuenta. Y lo que es peor: sin medir las consecuencias. Porque, además de su salud, me preocupa ella y no quiero (aunque suene posesivo y anticuado) que otro la toque. Ya bastante aguanté con los bailecitos.

—Creo que sé dónde guarda la información que buscas —comenta al cabo de un rato sacándome de mis pensamientos, los cuales, aunque parezca extraño, no dedico al cien por cien a esta misión.

—¿Hummm?

—Te he dicho que...

—Calla —la interrumpo—. Ya hablaremos de eso más tarde, cuando estés mejor.

—¿Dónde está Finley el controlador, obseso del trabajo, y qué has hecho con él? —repone haciéndome sonreír.

—¿Te sorprende el hecho de que me preocupe por ti?

—Sí, y mucho además. Porque el Finley que yo conozco no desperdicia una oportunidad para sonsacar información. Lo primero para ti siempre ha sido tu trabajo. Y no finjas que no ha sido así.

—Te equivocas, lo primero siempre has sido tú —replico convencido sin dejar de abrazarla y disfrutando de estar aquí con ella, acostados, relajados, aunque a Siena le cueste creerlo.

—Finley, que nos conocemos, ¿por qué te empeñas en fingir? —me rebate, e intenta apartarse.

No se lo permito.

—Crees que lo sabes todo de mí y no es cierto, querida.

—Ahora es cuando me cuentas una milonga sobre que has cambiado, que has visto la luz... y unas cuantas memeces más. Ahórratelas, ¿vale?

—Quien debe ver la luz eres tú —murmuro.

—Ya, claro... Yo te he chantajeado para que pases por el aro, yo te he mentido, yo te he puesto los cuernos... ¿Sigo?

—Nunca te he sido infiel —miento porque es necesario; además, nunca lo fui de forma deliberada. Si seduje a alguna mujer fue solo por conveniencia y porque no quedaba más remedio. Claro que es un asunto difícil para que ella lo comprenda.

Siena se aparta, perdiendo el contacto. Me doy cuenta de que está a punto de llorar y me jode bastante que sigamos en esta dinámica de recriminaciones.

Levanta la mano y dice:

—¡Cuéntaselo a mi mano!

Acto seguido, pese al dolor de cabeza que tiene, se levanta de la cama y se encierra en el baño. Justo lo que quería evitar. El portazo que da suena igual que si me hubiera arreado una bofetada.

Me quedo tumbado en la cama, boca arriba, intentando encontrar un modo para hacerle entender de una vez que no soy el cabrón (o al menos no tanto) que ella cree.

Capítulo 18

Tres años atrás
Comedor privado del hotel Mandarin Oriental, París
19.15 horas

FINLEY

Siempre he sido de llevar una agenda organizada, aunque en mi trabajo había que saber encajar los imprevistos. Como suele decirse, los problemas nunca avisan, de ahí que en cada encargo analizara con mi equipo posibles vías alternativas a la hora de abordar un objetivo.

Uno de los primeros mandamientos era tener el máximo de frentes cubiertos y lo llevaba a rajatabla. No hay nada peor que que te pillen con la guardia baja. El exceso de confianza hace que la cagues. No importa el tiempo que uno lleve metido en esto, siempre ha de realizar las mismas comprobaciones. Un error, por estúpido que parezca, puede mandar al traste la operación más planificada.

Ahora bien, un buen agente sabe cómo aprovecharse de un imprevisto y sacar partido de una circunstancia que a priori se presentaba, sino como adversa, sí como ambigua.

Encontrarme con mi cuñado en París era una posibilidad entre un millón, pero había ocurrido. Y no dudé en arrimar el ascua a mi sardina... otro de los dichos que había oído en el pueblo de Siena y que me venía muy bien para esa situación.

—Esto de cenar tan pronto es una cabronada, luego me voy a morir de hambre —protestó mientras examinaba la carta.

—Es cuestión de costumbres —murmuré.

—Pues es una costumbre ridícula, que conste —se quejó, aunque Romeo no era de los que montaban un pollo por circunstancias desfavorables. Era listo y sabía adaptarse. Un rasgo que compartía con su hermana y que yo apreciaba.

—Por cierto, ¿qué tal tu viaje de negocios?

—De puta pena —respondió con una mueca—. Menos mal que me ha quedado tiempo para hacer algo de turismo.

Por la mañana, mientras me registraba en el hotel, me lo había encontrado por casualidad. Romeo se alojaba allí, pese al elevado coste de la habitación, porque habían organizado unas jornadas en París sobre nuevas técnicas agrícolas y viajaba a gastos pagados. Saber por qué Romeo estaba en la capital francesa me pareció primordial. Por fortuna, él mismo me lo comentó al encontrarnos; de no haber sido así, lo habría investigado.

—No hay más que imbéciles de traje diciéndonos cómo debemos cultivar las tierras. ¿Te lo puedes creer?

Sí, claro que me lo creía. Conocía a muchos que, para justificar sueldazos a cargo del erario europeo, organizaban encuentros como aquel y se llevaban un buen pellizco y después contactaban con periodistas afines para que la opinión pública pensara que se gastaba bien el dinero.

—Y encima —prosiguió Romeo— en su puta vida han visto un tractor y no distinguen el trigo de la cebada.

—Yo tampoco soy capaz de diferenciarlos —alegué con una sonrisa.

—Pues es bien sencillo...

Me dio los detalles y, bueno, lo escuché fingiendo que me interesaba, aunque lo cierto es que era una información irrelevante para mí, pero me dije que me quedaría con lo más importante. Nunca estaba de más aprender y, llegado el caso, uno nunca sabía qué podría resultarle útil.

—Por cierto, ¿por qué no te acompaña Siena? —me preguntó tras su explicación.

—Tenía planes y ha preferido quedarse en casa —mentí; no merecía la pena dar detalles.

—Me hubiera gustado verla. Hablamos todas las semanas por teléfono, aunque no es lo mismo.

—Lo sé —dije, pues estaba al tanto de sus largas charlas familiares, algo que me sorprendía porque yo jamás había hablado durante tres horas con mis padres.

—Pues la próxima vez que venga contigo, joder, que allí está muy sola.

—Como se trata de un viaje relámpago de negocios, mejor

solucionarlo cuanto antes para volver con ella.

Mi razonamiento lo dejó satisfecho, así que Romeo, tras cumplir como hermano protector, pasó a charlar de otros temas más superficiales. Yo miraba con disimulo el reloj, pues estaba invitado a una reunión un tanto particular, una excusa para que hombres adinerados follaran con chicas aspirantes a modelo, y para que mujeres con cuentas bancarias abultadas follaran con chicos aspirantes a cualquier cosa. Traducido: gente con dinero pagando a gente que lo necesitaba a cambio de sexo.

La cuestión no era si yo quería tirarme a alguna de esas chicas; no, no quería. Sin embargo, entre las invitadas había una vieja amiga, diseñadora de cara a la galería, con la que tenía que hablar porque iba a pasarme información.

El problema era que le iba la marcha, a lo grande. No se privaba de nada. Para eso ganaba millones vendiendo trapitos a incautas que querían imitar a las celebrities. Trapitos que por cierto ni diseñaba, pues solo ponía la imagen; eso me traía sin cuidado, ya que me parecía bien que con su pasta hiciera cuanto la venía en gana. Ahora bien, si las cosas se torcían, sacar a la luz sus chanchullos filtrándolos a la prensa era una especie de salvoconducto.

El asunto es que en anteriores encuentros habíamos acabado en una suite de lujo follando sin miramientos. Y aquella noche yo no estaba por la labor de tirármela... ni a ella ni a quien invitase, porque a Lisa le gustaba todo, en especial que otra mujer estuviera presente.

En todo caso, como suele pasar a veces, la solución se presentó de manera inesperada. Mi cuñado, que yo supiera, no tenía pareja y seguro que no hacía ascos a pasar una noche entretenida con todos los gastos pagados.

Así pues, le envié un mensaje a la diseñadora para que se reuniera con nosotros en el comedor privado y tantear un poco el terreno. Quería ver si surgía algún tipo de chispa entre Lisa y Romeo.

Quizá debí haberle comentado algo, prepararlo de alguna manera para que mi cuñado no sacara conclusiones perjudiciales para mí, como dudar acerca de si yo conocía a Lisa por negocios o bien por asuntos más íntimos. No obstante, preferí, conociéndola, que ella se presentara, pues al verme acompañado de otro hombre no dudaría en tantear el terreno, dejándome tranquilo, porque a Lisa le gustaba demasiado la variedad.

La diseñadora entró al reservado vestida para matar, de un infarto, porque lo primero que pensé es «¿Cómo se sujeta ese vestido?». Lo más probable es que Romeo pensara lo contrario, cómo podía quitárselo.

Hice las presentaciones y me dediqué a observar. Lisa se mostró intrigada porque no esperaba encontrarme con alguien y, además, el contraste entre Romeo y yo era evidente... y no solo desde el punto de vista físico, pues él era moreno y vestía de forma más corriente. En todo caso, yo sabía que a Lisa le gustaba bastante lo racial y en eso el hermano de mi mujer iba sobrado. En realidad era una mezcla de chico de campo (que exageraba cuando le convenía) y de tipo que, a pesar de no tener estudios superiores, al menos viajaba, procuraba conocer otras formas de ver la vida y siempre se mostraba interesado en aprender.

Cuando Lisa se disculpó para ir al aseo (yo sabía que además de retocarse el maquillaje se metería una raya), Romeo me preguntó:

—A ver, puede que estas moderneces me pillen desentrenado... —Me reí porque mi cuñado era más listo que el hambre y no se le escapaba nada—. Tu amiguita... ¿quiere tema o solo me toma el pelo?

—Quiere tema —le confirmé muy serio, y él me miró fijamente.

Romeo se quedó callado, reflexionando. Me arriesgué en cierto modo a que él pensara que yo conocía de primera mano de lo que era capaz la diseñadora. Fue un error, pero defenderme antes de que él ni tan siquiera insinuara que ya me la había tirado me pareció aún más peligroso.

Por suerte mi cuñado no estableció conexiones y preguntó ceñudo:

—Joder... ¿y qué hago?

Estuve a punto de decirle: hacerme un favor muy grande.

—Comprar condones.

Nos echamos a reír. Hablar de aquellos asuntos podría haber resultado complicado; al fin y al cabo yo estaba casado con Siena y, si a él le daba por imaginar que yo, durante mis viajes de negocios, tonteaba, dejarían de recibirme con tanto cariño en la familia.

—No hace falta, siempre viajo con todo lo necesario.

—Como debe ser —sentencié.

—Que nunca se sabe —apostilló.

Lisa regresó sonriente y nos dijo:

—¿Subimos al ático a tomar una copa?

Traduje de inmediato su propuesta, pretendía montárselo con los dos. Sin embargo, como no quería arrojarla a los brazos de mi cuñado de manera tan evidente, accedí con la idea de escabullirme a la menor oportunidad.

Romeo entró tras ella, sin duda más predispuesto que yo a divertirse, algo de lo que ya se había percatado Lisa, así que primero le sirvió a él la bebida. Después puso música y se balanceó delante de nosotros al ritmo de *You know I'm no good,* dejando que su vestido mostrara algo que yo ya había visto y tocado.

Romeo lo haría en breve, liberándome de la obligación, pues prefería meneármela pensando en el cuerpo de Siena.

No me importó. Mi interés en la diseñadora era muy diferente, pero, para evitar que ella se mosquease (tenía tendencia a ello cuando se le llevaba la contraria), fingí cierto interés y hasta sonreí, como si el bailecito me pusiera cachondo. Aunque no era así, pues hubiera preferido estar con Siena y que ella me bailase cualquier canción.

—Ahora vuelvo —canturreó Lisa cuando se cansó de bailar y, en cuanto estuvimos a solas, Romeo se acercó para decirme en voz baja:

—Creo que ahora es cuando deberías largarte.

Probé la bebida e hice una mueca, odiaba el vodka mezclado con refresco.

—¿Serás capaz de apañártelas?

—Joder, pues claro —replicó casi ofendido por mi comentario, pero yo sabía muy bien cómo se las gastaba Lisa.

¿Pude advertirlo? Obviamente sí, aunque hacerlo hubiese supuesto desvelar más de la cuenta y, ya que Romeo estaba tan dispuesto a divertirse, mejor no adelantarle acontecimientos.

—Pues nada, ¡suerte!

Mi cuñado me levantó el dedo corazón a modo de despedida y salí con la máxima discreción para no alertar a la diseñadora de mi marcha y que se cogiera un berrinche, algo de lo que era muy capaz.

Si le había hecho ese comentario no era para tocarle la moral. Yo no conocía los pormenores de las artes amatorias de Romeo, pero sí las inclinaciones de Lisa, que, como presuponía, se tornarían bastante agresivas teniendo en cuenta su afición a mezclar sustancias con alcohol.

Yo regresé a mi suite y miré la hora. Hice un cálculo rápido de la

diferencia horaria mientras me duchaba y después me serví un buen licor y me tumbé en la cama para llamar a Siena.

No me respondió, lo cual era extraño, pero insistí hasta que por fin atendió la llamada.

—¿Por qué no contestabas?

—Porque estaba reunida con una clienta que se va a dejar un dineral comprando un lote de muebles antiguos restaurados para su nueva casa —adujo en un tono pedante, y sonreí aliviado.

Preferiría no haber sonado tan impaciente; sin embargo, cuando estaba de viaje, de alguna manera quería saber que todo en casa iba perfecto.

—¿Finley? —murmuró porque me había quedado callado.

—Sí, aquí estoy.

—¿Sigues en París?

Siempre que me era posible le indicaba el verdadero destino de mi viaje.

—En el mismo hotel de siempre —le respondí con aire seductor porque ella había estado allí conmigo y seguro que le vendrían a la cabeza recuerdos de lo más intensos.

—Ah... —suspiró.

—Me gustaría que estuvieras aquí, conmigo —admití, y al hacerlo me di cuenta de hasta qué punto la echaba de menos—. Ahora bien, me tengo que conformar con tu hermano.

—¿Romeo?

—El mismo.

Le conté cómo habíamos coincidido y hasta ella se sorprendió, pues no sabía nada del viaje de su hermano. También le conté que habíamos cenado juntos y dejé lo mejor para el final. Siena se echó a reír.

—¿Así que le has buscado un rollo?

Por suerte se lo planteé de una forma en la que ella no sacara otra conclusión, como que por ejemplo yo a veces quedaba con otras mujeres. No siempre acababa en la cama con ellas, pero en alguna ocasión sí... algo que cada vez detestaba más y evitaba.

—Ya ves, soy así de generoso.

—¿Y no te has buscado algo para ti?

Ahí estaba, la pregunta en cierto modo lógica.

—Si te soy sincero, problemas para encontrar compañía no

tendría. No obstante, prefiero estar aquí, en mi suite, solo. —Hice una pausa—. Hablando contigo.

Dije solo «compañía» y omití «femenina».

Oí su respiración a través de la línea, sin duda analizando mis palabras. Eran cien por cien ciertas pero, al haberlas pronunciado con un tono tan íntimo, ella murmuró:

—Lo sé, Finley. Sé muy bien la admiración que despiertas en las mujeres.

—Es un cumplido un tanto extraño —comenté porque detecté un deje de ironía.

—Es la verdad, que tengo ojos en la cara —añadió, y sonreí.

Los celos siempre me habían parecido la peor forma de comportamiento en una relación; en cambio, sentí una ridícula satisfacción al oír aquellas palabras.

—Siena, estoy pensando en ti. Solo en ti —aseveré en voz baja, e inspiré hondo mientras cambiaba de postura en la cama y me quedaba acostado boca arriba.

Había pasado demasiadas noches en impersonales habitaciones de lujo de hotel (solo o acompañado) sin importarme nada y sabía que aún me quedaban unas cuantas más antes de retirarme. Y para soportar aquello había recurrido a cualquier cosa para que la estancia fuera lo más llevadera posible. Y, sí, las mujeres fueron durante un tiempo una manera de hacerlo; otra era el alcohol, y también había coqueteado con las drogas... y a veces mezclado las tres. Noches en las que todo se desmadraba dentro de unos ciertos límites porque esas mujeres tenían solo billete de ida o, como mucho, resultaban útiles. A veces era sencillo matar dos pájaros de un tiro y a la mañana siguiente subirse a un avión con los deberes hechos y las necesidades sexuales cubiertas. La consigna era no involucrarme emocionalmente. Odiaba quedarme durante horas despierto, con la televisión encendida para no sentirme asquerosamente solo. Y después de conocer a Siena odiaba no tenerla junto a mí.

—¿De verdad? —inquirió con cautela.

—Sí —afirmé—. No te haces una idea de lo mucho que me gustaría tenerte a mi lado. Tengo que conformarme con pensar en ti.

—Yo también pienso en ti, en ciertos momentos.

—Siena... —bajé el tono hasta adoptar uno sensual para que ella notara el matiz—¿pretendes excitarme?

Muchas de esas noches, en las que nada me llamaba suficientemente la atención como para salir de mi suite o invitar a alguien a ella, pensaba en si lo más acertado era contarle la verdad a mi mujer. Mandar a la mierda los secretos y confiar en ella. Pero, tras darle vueltas (a veces sobrio, otras no tanto), llegaba a la conclusión de que Siena no entendería muchas de las acciones que llevaba a cabo.

—Sí, quiero saber qué se te pasa por la cabeza.

—¿Te gustaría saber exactamente qué pienso? —le propuse con la idea de que la conversación no terminase tocando temas sensibles y porque escuchar su voz me ponía cachondo.

—Sí, por favor.

—¿Dónde estás?

—En la oficina.

Había alquilado un local en la planta baja del mismo edificio donde vivíamos como tapadera de la empresa de importaciones y exportaciones de artículos de lujo y para que Siena tuviera algo que hacer, además de asistir a fiestas, cócteles y otros saraos en donde obtener información (cotilleos) que luego me contaba. El alquiler y el mantenimiento no eran baratos; aun así, la inversión merecía la pena porque desgravaba de cara a los impuestos y además disponía de un lugar de negocios respetable. Le planteé la posibilidad de atender a algunos de nuestros clientes y le pareció una idea genial. Era una distracción que estaba resultando lucrativa, pues Siena era muy buena en los negocios porque tenía una capacidad increíble para aguantar las estupideces de la gente adinerada.

—Ve a mi despacho y cierra con llave —ordené, ya que Siena trabajaba en un cubículo, a la vista de otros dos empleados de suma confianza a los que las horas de oficina les servían de tapadera y que la protegían por si surgían problemas... y no era plan que observaran sus reacciones en cuanto yo empezara a desgranar mis pensamientos.

—Vale —aceptó en voz baja.

Esperé con impaciencia a que me respondiera. Dejé el altavoz activado y me levanté para prepararme otra copa.

—¿Finley?

—Aquí estoy —murmuré poniéndome cómodo en la cama.

Mientras daba un sorbo, miré de reojo mi polla.

—Ya estoy en tu despacho.

Los archivos peligrosos los había puesto a buen recaudo en el de

casa, codificados y bien escondidos, de ahí que no sintiera ningún temor a que Siena pudiera ver algo inapropiado.

—Ahora pon música.

—¿Música?

—Sí, para que no puedan oír tus gemidos. —Me reí.

La oí reír a su vez y acto seguido obedeció. A Siena le encantaban los boleros, así que no me extrañó que eligiera *No sé por qué te quiero.*

—Quizá debería poner algo más... cañero.

—Da igual, Siena —musité, y respiré hondo. Dejé sobre la mesilla el vaso de licor, me tumbé, cerré los ojos y dejé que mis pensamientos más obscenos tomaran el control—. Si estuvieras aquí, derramaría sobre tu coño el licor más caro del minibar para después lamerlo gota a gota. —Capté el primer gemido, aún bastante delicado.

—¿El más caro?

En más de una ocasión notaba cómo ella se mordía la lengua ante el coste de algunos artículos, sin duda una reacción lógica teniendo en cuenta que no provenía de una familia adinerada.

—Sí, el más caro —musité dejando implícito que Siena se merecía lo mejor y que el precio no importaba.

—Hummm...

—Tú separarías las piernas, susurrarías mi nombre una y otra vez para suplicarme que parase.

—Hummm...

—Aunque en realidad me obligarías a seguir hasta alcanzar el primer orgasmo —afirmé sin dudar, pues conocía cada reacción de su cuerpo, amén de los murmullos de placer que oía a través del teléfono.

—Finley, ¿cuándo vuelves? —preguntó, y noté que ya estaba cachonda.

—No te dejaría ni coger aliento: nada más correrte, te colocaría de rodillas y sería tu turno de disfrutar del licor sobre mi cuerpo. Y como ocurre siempre que te follo la boca, terminarías masturbándote; ahora bien, sería un poco cruel y no te lo permitiría.

—¿Por qué? —jadeó.

—Para tenerte desesperada —admití encantado con la idea, tanto que comencé a meneármela.

—Finley... no puedes decirme estas cosas estando tan lejos. ¿Imaginas cómo estoy ahora? —protestó con muy poca vehemencia, lo cual significaba que estaba muy caliente y quería llegar hasta el final.

Perfecto, yo era de la misma opinión.

Proseguí desgranándole mis pensamientos, a cada cual más subido de tono. Oía su respiración agitada y le pregunté si se estaba tocando y me confesó que sí, que estaba masturbándose en mi sillón de oficina. La reacción fue soltar más vulgaridades (que en cuanto me reuniera con Siena haría efectivas) al tiempo que apretaba mi polla porque yo estaba a punto de correrme.

—Quiero que me digas lo mojada que estás...

Toc, toc...

Unos golpes en la puerta me hicieron soltar un juramento. No necesitaba una puta interrupción, así que ignoré que habían llamado y volví a la conversación con Siena y a meneármela. No obstante, quienquiera que fuese insistió y cada vez con más fuerza, aporreando incluso, así que le pedí a mi mujer que esperase un segundo, que estaban llamando.

Me cubrí con el albornoz y me até el cinturón con rabia mientras caminaba descalzo hasta la puerta. Me iban a oír.

—Joder, ¿qué estabas haciendo para tardar tanto en abrir? —me espetó Romeo, y, sin esperar a que lo invitara, se coló en mi suite.

Me froté la cara con ambas manos, aquello no podía estar pasando.

—Mejor no preguntes —mascullé.

Mi cuñado fue al minibar y sacó un refresco. Me miró tras beberse al menos la mitad y dijo:

—Da igual, no me lo cuentes. Prefiero no saberlo —añadió, y se dejó caer en uno de los sofás. Percibí su cabreo.

—Ahora vuelvo —gruñí tras agarrar de malos modos el teléfono e ir al baño para explicarle a Siena la situación.

Ella se echó a reír y al final me contagió. Pese a que Romeo nos había jodido la sesión de sexo a distancia, la cosa tenía bastante gracia.

—¿Qué haces en mi suite? —le pregunté a mi cuñado.

Quedaba implícito el resto de la cuestión, es decir, que yo lo había dejado con Lisa y que ambos parecían entenderse.

—Tenía que hablar con alguien... de lo que me ha pasado con esa amiguita tuya.

Resoplé y me rendí a la evidencia. Le hice un gesto para que prosiguiera.

—¿Y?

—A ver cómo te lo cuento...

—Sé breve, por favor —le pedí.

—Todo iba bastante bien; tu amiguita es lanzada, sabe lo que quiere. Eso me parece perfecto, pero cuando estaba... ejem, arrodillada a punto de... ejem, ya sabes, me ha quitado el cinturón y después me ha pedido que la atice.

—¿Eso te parece raro?

—A priori no, ¿vale? Y me he puesto a darle zurriagazos, con cariño, para no causarle dolor. Y va la tía y me dice que no sea mariquita, que le dé con ganas.

—Romeo, hay gente que disfruta con esas cosas —le indiqué con paciencia.

Lisa era de esas personas que perdían el control. No era placer, a veces terminaba hasta en un hospital (privado y discreto) para que le curasen las heridas.

—Ya lo sé, joder; no obstante, cuando en un descuido le he dado con la hebilla y ha sangrado, pues me he asustado y he parado. Entonces va y me espeta que siga, que quiere sufrir, que eso le pone mucho.

—¿Y qué has hecho?

—Negarme, claro. ¿Qué coño querías que hiciese? —replicó.

—A Lisa le gusta el sexo extremo —le dije, y Romeo negó con la cabeza.

—Eso no es extremo, eso es estar mal de la puta cabeza, y encima se ha levantado y se ha puesto a esnifar. Joder, qué asco. Con eso sí que no puedo. Así que me he abrochado los pantalones y me he largado. Que la folle otro, yo paso de hacerlo con tías colocadas.

Escuché aquello sin inmutarme.

—¿Y no podrías haber esperado hasta mañana para contármelo?

—Estás solo, ¿qué más te da?

No quise explicarle que prefería prescindir de su compañía y que, además, por haber dejado plantada a Lisa y sus perversiones, yo tendría algún problema para que la diseñadora me pasara la información. Pero como no iba a discutir con Romeo y la suite era grande, al final nos quedamos los dos, tomamos unas copas y estrechamos nuestros lazos familiares.

Ah, y charlamos un rato con Siena de cosas para todos los

públicos.

Capítulo 19

En la actualidad
Playa privada del resort, Islas Maldivas
21.40 horas

SIENA

Bailar con Finley en plan parejita pegajosa resulta una actividad de riesgo. No me voy a romper un tobillo (pese a los taconazos), dudo que nos asalten unos terroristas (hay mucho ricachón con guardaespaldas) o que nos caiga un rayo. El único peligro podría ser una gastroenteritis (cero glamour) o, peor aún, que yo terminase por admitir que deseo a mi marido.

En la fiesta de esta noche la música elegida es la típica de salón de baile. El DJ se ha traído la discografía de los *crooners* más conocidos. Suena *Just in time* en la voz de Tony Bennett, y aunque Finley me toca, digamos, de forma «normal» mientras bailamos es imposible pasar por alto que siento cada roce de sus dedos en la espalda. Me excita y me hace desear lo que, si cedo a sus insinuaciones, podría tener.

Me repito que debo ser fuerte, no sucumbir, pero llevamos aquí varios días, conviviendo, besuqueándonos para que la gente nos vea, soltando insinuaciones, provocándonos con miradas que en otro tiempo (ahora también, aunque lo disimulo) hacían que mis bragas se evaporasen porque, por mucho que niegue la evidencia, no soy de piedra. Y encima estoy segura al noventa y nueve coma nueve por ciento de que él está al tanto de mis esfuerzos por no sucumbir. Como suele decirse, me está dando cuerda para que yo solita me la ponga al cuello.

Sé que Finley no haría alarde de su logro; es taimado y preferiría no conformarse con ganar una batalla pudiendo lograr una aplastante e incontestable victoria. Y tengo un orgullo que satisfacer, aunque eso

vaya en detrimento de otras cosillas que satisfacer porque mis alivios en la ducha son como la comida rápida: un parche.

Termina la canción y el suplicio, y nos acercamos a tomar un cóctel. Yo no debería beber más, pero lo hago. De esa manera, si termino por hacer alguna estupidez como follar con Finley, podré sentirme mejor al echarle la culpa al alcohol.

Y de paso mando un aviso a navegantes: no estoy embarazada.

—Esta noche estás rara —me susurra Finley más pendiente de lo que ocurre con los invitados que de mí. No lo culpo, aunque me jode.

—Estoy harta, que no es lo mismo —replico, y mantengo la sonrisa.

—¿Vas a compartir conmigo el motivo?

—No, mejor no.

—Vale.

Me da la sensación de que él también está hasta la peineta de esta situación. Y no me refiero solo al trabajo, ya que Spencer, tras quedar yo como una gilipollas que vomita, nos ha estado esquivando y se ha buscado otra presa. Así que debo propiciar el modo de volver a coincidir con él y el único camino es su rollete, Joe. Lo que ocurre es que este, al estar de bajón, tampoco es muy proclive a socializar.

Todo se está yendo al garete y eso a Finley lo pone de mal humor, y eso, sumado a nuestra situación personal, pues nos está pasando factura.

—Ahora vuelvo —informo a Finley sin darle más explicación.

Spencer está solo, mirando su móvil, y es una ocasión propicia (o no, ya lo veremos) para acercarme.

Camino con más o menos seguridad hacia el tipo y, cuando me ve, sonríe de manera educada pero no muy amable.

—Hola, Siena —me saluda, y noto su tono desabrido.

Ahora toca ser una cabeza hueca. Vamos a ello.

—Quiero pedirte disculpas —digo, y le pongo ojitos.

—No veo el motivo.

—Estoy tan avergonzada por lo que pasó...

Pestañeo, carita de niña buena/tonta, me acaricio con sutileza el borde del escote (vestido ligero color coral que no me permite llevar sujetador), suspiro...

Me siento estúpida, ¿qué le vamos a hacer?

Solo me falta morderme el labio y dejar que mi delantera haga el

resto, pero eso lo dejaremos como último recurso, de momento no arqueo la espalda. ¿Debería haberme traído un abanico para llamar más su atención cual dama boba?

—No le des más vueltas —responde y tengo la sensación de que quiere deshacerse de mí porque ya tiene echado el ojo a otra. Y es que hay donde elegir.

—Me gustaría... —darte una patada en los huevos; no, mejor dos — hablar contigo, a solas.

Soy consciente de que Finley nos vigila y que estará pensando lo peor, que soy una inconsciente.

—¿Y tu marido?

—Hemos discutido —confieso y hasta me limpio una lágrima imaginaria—, necesito un amigo con el que hablar...

Spencer, como zorro que es, ve la oportunidad que el otro día perdió al ponerme yo a vomitar, así que sonríe (ahora con más interés) y me hace un gesto para que lo siga.

No hace falta ir muy lejos para conseguir intimidad: a pocos metros de donde se celebra la fiesta está el acceso a la playa privada, donde la luz es más tenue. Se sigue oyendo la música; eso sí, a un volumen más bajo, lo cual crea el ambiente perfecto para un encuentro íntimo. Con lo bonita que es *Fly me to the moon* en la voz de Sinatra y yo con este idiota delante.

Spencer hace el primer movimiento, aprovecha que se me han soltado algunos mechones del recogido para tocarme. Yo mantengo la sonrisa de fan/devota incondicional y mientras él plantea el siguiente movimiento yo miro su colgante. Memorizo cada recoveco y confirmo lo que vi la anterior vez que tuve la desgracia de estar tan cerca: la ranura en la parte superior. Debe de ser, si la intuición no me falla, el punto por donde se abre.

—Te deseo, Siena... —musita, y se inclina para rozarme la oreja con los labios.

Yo no, me das repelús.

—Hummm...

—Desde el primer día.

Qué diálogo tan cutre, como el de sus películas pastelosas.

Lo dejo hacer y, para comprobar mis teorías, me pego a él y le rodeo el cuello con la mano. De esa manera tanteo el cierre del colgante. De seguir así, me besará y, claro, no se conformará y

entonces me habré metido en un lío de tres pares de narices.

—Yo también te deseo... —miento, y suspiro cual mujer que ha caído bajo su hechizo.

Tras tantear el cierre y aprovechando que él se ha pegado a mí, intento tocar el colgante en forma de colmillo que lleva; lo consigo pero enseguida bajo la mano para posarla sobre su pecho y que no se percate de mis verdaderas intenciones.

Esto empieza a complicarse, no quiero llegar a un punto en el que tener que rechazarlo, pues de hacerlo se acabaría cualquier posibilidad de acercarme a él. Así que de algún modo he de pararle los pies sin que se sienta ofendido... que ya sabemos lo subidito que tiene el ego y de lo que es capaz para conseguir satisfacer sus caprichos. ¡Ah!, sin olvidar el ramillete de fans que pululan a su alrededor.

Ofertas no le van a faltar.

Entonces, cuando busco en mi cabeza una excusa aceptable, oímos pasos. Eso hace que Spencer deje de besuquearme/babearme.

—Pero este no es el lugar... tu marido anda cerca.

¿A que suena a guion de peli?

—Tienes razón, lo siento. Me he dejado llevar.

Creo haber respondido de la forma más acertada y cuando Spencer da un paso atrás y me mira, noto que se ha tragado el cuento. También noto, mirando de reojo su entrepierna, que convencerlo es fácil porque se ha empalmado.

—No te preocupes. Ahora vuelve con él, ya buscaremos la manera.

Se inclina para darme un beso y yo hago de tripas corazón. Respondo con el entusiasmo que considero justo y hasta emito un leve gemido.

Me deja sola, cual galán de peli barata, creyéndose irresistible. Yo, por si acaso, espero un ratito canturreando *You make me feel so young*, que la voz de Ella Fitzgerald siempre ayuda a pensar en positivo.

No ha acabado la canción cuando me preguntan:

—¿Momentos románticos a la orilla del mar?

—Oh, sí —contesto sin darme la vuelta porque reconocería en cualquier circunstancia la voz de Finley con su matiz sarcástico.

Percibo su presencia a mi espalda, yo sigo tarareando la letra. Lo ignoro deliberadamente con la esperanza de que haga algo. Hasta me

parecería bien si me regañara por mi comportamiento.

Sin embargo, Finley, en vez de cuestionar mis actos, me abraza desde atrás y susurra:

—Dime que tus tonterías han servido para algo.

—Es la forma más retorcida de indagar que he oído alguna vez —replico.

—Siena, si te digo que no quiero verte a solas con ese cabrón, te enfadas, así que prefiero ver la parte positiva —me susurra.

A veces (o casi siempre) Finley elige las palabras adecuadas para que me crea que en verdad se preocupa por mí. Y sería tan fácil confiar en él como lo hacía antes.

—A lo mejor sí me gusta Spencer —comento para contradecirlo.

—Tú no lo soportas —afirma sin titubear y, pese a emplear un tono informal, da la impresión de que le joroba que me acerque a otros. Aunque lo cierto es bien distinto. Le joroba perder el control y, como es más listo que el hambre, intenta camelarme con su actuación de marido celoso.

—Eso no puedes saberlo.

—Además de decírmelo, tu lenguaje corporal es evidente.

—Ah, se me olvidaba que eres experto en esas cosas —comento con acritud.

—Lo soy y él puede que también. Ándate con ojo —me advierte.

—Será mejor que volvamos a la fiesta.

—Me importa una mierda la fiesta, joder. Solo quiero saber qué ha pasado entre Spencer y tú.

Me giro para encararlo.

—Oye, nada de numeritos de celos, ¿estamos?

—Pues entonces dime por qué te has largado delante de todos, dejándome como un gilipollas, para estar a solas en un rinconcito con ese idiota.

Ahora tengo la oportunidad de torturarlo, de joderlo un poco, por ser prepotente y manipulador, mentiroso e infiel. No obstante, hacerlo significaría que soy igual que él. Y ya bastante bilis tengo que tragar por dejar que un actor famoso y mediocre me haya tocado.

—Es su colgante —murmuro, y me aparto poniéndome de espaldas para que ni me roce.

—¿De qué hablas?

Inspiro para aligerar un poco la tensión. Cuando creo que estoy

preparada para enfrentarme a Finley, me giro despacio. Él está ahí, con las manos en los bolsillos, mirándome de una manera que no sabría interpretar ni aunque me fuera la vida en ello. Y yo, maldita sea, me doy cuenta de lo débil que soy porque así, en penumbra, junto al mar, lo único que quiero es mandar a paseo mis principios.

—¿De qué coño hablas? —insiste, y con ese tono se carga un precioso instante en el que estoy a punto de pedirle que me bese.

—El colgante que lleva Spencer. Tiene que ser ahí donde guarda esa información que tanto buscas —le revelo.

De inmediato Finley frunce el ceño porque le cuesta un poco asimilar mis palabras.

—Explícate.

Una no puede estar enfadada mientras suena *I'm your man*, porque la voz de Bublé invita a muchas cosas y la letra de la canción a unas cuantas más.

«Deja de ser tan asquerosamente profesional», pienso.

—Como habrás imaginado, he tenido la oportunidad de estar cerca de él —empiezo a decir, sabiendo que a lo mejor no le hace mucha gracia y, como no reacciona, y pese a ser un comportamiento pueril, añado—: Muy cerca.

—Me hago una idea —dice sin emoción.

—He dejado que me toque, para distraerlo, y yo he aprovechado para palpar el colgante que lleva. Tiene una pequeña ranura, que a simple vista parece parte del diseño; sin embargo, me da la sensación de que es por donde se abre.

—Sí que te ha cundido el acercamiento, sí.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que recurra a mis artes de seducción para obtener resultados?

—Siena...

—Tengo entendido que tú eres un maestro en eso —le espeto porque su tonito de advertencia se lo puede meter por donde le quepa.

Finley se acerca y, en vez de regañarme, como era de esperar, me abraza. Yo intento separarme de él, aunque me tiene bien sujeta. Sin hacerme daño, pero con firmeza.

—Escucha, no me hace ni puta gracia que ese cabrón te toque, creo que ya te lo he dicho por activa y por pasiva. Y ahora, por favor, vámonos al bungalow, allí hablaremos con más tranquilidad.

Regresamos a la fiesta, no con intención de quedarnos, sino de

despedirnos de la gente no sin antes dar muestras de nuestro «amor empalagoso», del que es testigo Spencer... lo que me induce a pensar que, además de gilipollas, es poco original, pues personifica ese absurdo estereotipo del cazador, es decir, el que birla la presa a un oponente.

Después caminamos uno junto al otro, en silencio, sin apenas rozarnos. Cuando pasamos por delante del bungalow que ocupan Joe y Spencer, vemos luz, así que es fácil sacar la conclusión de que, mientras el actor está por ahí pululando, el pobre Joe se queda solo con su mal de amores.

—Espera un momento —le pido a Finley.

Llamo con suavidad a la puerta y espero. Se oye el crujir de la madera y Joe me abre. Apesta a alcohol; vaya tajada que lleva.

—Hola —balbucea y se agarra al marco para mantenerse de pie —. No esperaba visita y menos de la zorra que se quiere tirar a mi novio.

Finley, a mi espalda, se acerca dispuesto, seguramente, a defender mi honor. Yo, con el fin de evitar males mayores, le hago un gesto para que no intervenga.

—Joe, eso no es así...

—¡Ja! So puta, que te fuiste con Spencer en el yate y me lo contaron todo.

—Escucha...

—¡Te acercaste a mí fingiendo interesarte por mis problemas y solo era para asegurarte de que podías tirarte a un famoso! —me grita, haciendo más evidente su borrachera.

—Joe...

—Vete a la mierda —me espeta, y acto seguido cierra de un portazo.

—Ahora todo el mundo sabe que intentas engañarme con ese imbécil —comenta Finley cuando retomamos el camino hacia nuestro bungalow.

—Eso no ayuda —protesto.

—No, claro que no ayuda el que tú, por tu cuenta, decidas actuar.

—Ahórrate el «te lo dije» o no respondo —gruño.

Una vez dentro, cerramos y Finley se va a por algo de beber. Sé que en cierto modo tiene razón; no obstante, me jode que encima Joe, un dependiente emocional de libro (como yo hasta no hace mucho), se

enfade. Y por si fuera poco, tengo a un marido actuando como el típico celoso. Ah, y no se vayan todavía, que aún hay más. Con toda probabilidad, la gente que se aloja aquí está al tanto de mi tonteo con Spencer.

Traducido: soy una arpía manipuladora que se acerca a un hombre y engaña a su marido. Me estoy luciendo. ¿A que sí?

—Hay algo que no me cuadra —reflexiono en voz alta—. En el yate, aparte de la tripulación, en la que estaba uno de tus esbirros, no había nadie más. Dudo que los empleados se vayan de la lengua, porque aquí se paga un fortunón por la estancia...

—Sí, Siena, Spencer es el bocazas que ha ido pregonando tu interés por él —me confirma.

—Gilipollas y presuntuoso —me lamento—. Lo tiene todo.

—Y cabrón peligroso, que no se te olvide.

—Te creo, los de vuestra especie os reconocéis, claro —mascullo, y él niega con la cabeza.

—No me compares con ese imbécil.

—Mis disculpas —replico—. Porque tú lo superas en el arte de manipular. A tu lado Spencer es un simple aprendiz.

Me dejo caer en el sofá, dándome cuenta de lo idiota que soy y lo cabronazo que es el actor. Finley me agarra de la mano, tira de mí y dice:

—Venga, a la cama. Ponte cómoda, que tenemos mucho de que hablar.

—¿Por qué a veces te odio y a veces no? —pregunto, y él sonríe de medio lado aunque no responde.

A pesar de que el cuerpo me pide dejarme caer y ni desvestirme, me ocupo del necesario trámite en el aseo. Mientras me lavo los dientes es inevitable que en la cabeza giren una y otra vez todos los pensamientos y que estos, en vez de conducirme a un razonamiento medianamente lógico, se enreden de una manera que me desespere. Y por encima del cacao mental está el asunto que más confusa me tiene: mis sentimientos hacia Finley. ¿Dónde narices está el botón de reset? Porque ahora mismo lo agradecería, la verdad. Empezar de cero. Bonita mierda de frase porque es imposible.

Cuando estoy dándome crema para hidratar la piel, que con tanto maquillaje se me va a quedar hecha un asco, Finley entra y pregunta:

—¿Todo bien?

—No, nada va bien —farfullo, y salgo del cuarto de baño.

Mosqueada conmigo misma y lo más probable es que con el mundo entero (con o sin razón), me siento en la cama y espero a que Finley regrese. Que yo tenga la cabeza hecha un lío no significa que deba hacer mal las cosas, así que lo primero es acabar con el asunto Spencer.

—Te preguntaría en qué piensas, pero temo que no me vaya a gustar la respuesta —confiesa cuando se sienta a mi lado en la cama.

Se ha dado una ducha rápida, lleva solo los bóxers y está jodidamente atractivo. Eso no ayuda.

Ah, comparto cama por razones que solo un fisioterapeuta entendería, no hay más motivos, malpensados.

—Pues no, no te va a gustar. Así que vamos al meollo de la cuestión —replico o, más bien, refunfuño.

—¿Tu innegable atracción hacia mí, la cual te empeñas en controlar? —bromea.

Lo fulmino con la mirada y él sonríe.

—No, querido. El meollo de la cuestión es que, cuanto antes acabemos con esto, mejor, así tus posibilidades de ser un cornudo disminuirán.

—¿Sabes? Te conozco, y dudo mucho que termines follando con Brown —asevera y, de verdad, qué por el culo da el que tenga razón.

—Podría hacer un esfuerzo —me obstino consciente de que esta conversación es absurda.

—Está bien, puesto que te empeñas en decir tonterías, dejemos el tema. Y, sí, vamos al meollo de la cuestión. Cuéntamelo todo.

Finley se cruza de brazos y adopta su aire más profesional.

—Como te he dicho antes, tiene que ser el colgante.

—Es una posibilidad, ya que hemos registrado su apartamento a conciencia, dos veces. Y también hemos accedido a su ordenador.

—Mejor no pregunto cómo podéis hacer eso —murmuro.

A favor de Finley hay que decir que me escucha. Quizá mi teoría sea una puta mierda pinchada en un palo; sin embargo, él no la descarta de buenas a primeras. Por supuesto sabe que para llegar a este punto he estado demasiado cerca de Spencer y no disimula su desagrado.

—Bueno, organizaré algo... —comenta tras analizar mi información.

—A ver, vaya por delante que yo soy una novata en el difícil arte de robar información —Finley me mira con una expresión divertida—, por eso creo que lo mejor es darle el cambiazo. Conseguir la información y devolverle el colgante limpio.

—Siena, esa es una teoría cojonuda, pero...

—Siempre hay un pero.

—Exacto. ¿Cómo conseguimos dar el cambiazo si no se lo quita ni para cagar? —plantea la cuestión con toda la lógica—. El único que podría ayudar es Joe, pero ahora mismo eres su enemiga número uno.

—¿Y mientras duerme? Le echáis algo en la bebida, cae redondo y...

—Habría que eliminar primero a su novio.

—¿Y si está conmigo a solas? —propongo.

—No vas a estar de nuevo a solas con él, me opongo. Además, sospecharía.

—Sé cuidarme sola, Finley —alego y él, por prudencia, se muerde la lengua.

Es una frase con segundas porque me he cuidado durante un año, esquivando sus maniobras y aceptando trabajos de mierda para subsistir. Ah, y viviendo (malviviendo) en una buhardilla asquerosa.

—No le des más vueltas, ya se me ocurrirá algo.

—Eso ha sonado condescendiente que te cagas —le replico, y él se encoge de hombros.

—A no ser que tengas algo más de lo que hablar conmigo, y ya que te empeñas en desaprovechar este entorno de lujo... Buenas noches, querida.

Y con toda la parsimonia del mundo, se acerca y me da un beso en la frente. Acto seguido, apaga la luz y se acuesta, dejándome con ganas de tocarle la moral. Bueno, también con ganas de tocarle algo más, aunque me joda admitirlo.

Capítulo 20

Tres años atrás
Hotel Ritz Carlton, Potsdamer Platz, 3, Berlín
19.15 horas

FINLEY

—Deberías irte —le dije a Helga, mi «esposa».

Tenía una reunión con ella para saber cómo le iba (por cortesía) y si se había adaptado bien a su vida, pues al principio me confesó que le estaba costando más de lo que pensaba en un principio. Y mira que yo le había explicado al detalle cómo sería una vez que adoptara otra identidad. Seguía desconfiando de la mayoría de la gente; claro que tampoco ayudaba su alto nivel de vida, algo que yo le recordaba una y otra vez, pues nada atraía más la atención que la ostentación y por tal motivo insistía en que podía darse todo tipo de caprichos en una villa apartada, en el sur de Europa; pero no, ella prefería las grandes capitales y los hoteles de lujo.

No tenía por qué reunirme con ella en persona; sin embargo, ya que por otros asuntos había viajado hasta Berlín, no me costaba nada... y de paso evitaba que Helga, por una de esas estupideces que en ocasiones hace la gente por captar el interés, sintiera ganas de hablar con quien no debía.

El caso es que eso supuso un gran error por mi parte, pues Helga había insistido en subir a mi habitación y después, con la excusa de recordar viejos tiempos y demás, habíamos acabado en la cama. ¿Pude haberla rechazado? Sí, por supuesto, no me apuntó con una pistola en la sien para follar con ella. Si cedí a sus insinuaciones fue porque, por una parte, quería deshacerme de Helga cuanto antes y negándome solo hubiese conseguido que se mostrase más insistente, y por otro lado estaba una cuestión que me reconcomía por dentro y era que curiosamente no deseaba a otra que no fuera Siena y en un alarde de

idiotez decidí probarme a mí mismo que era capaz de follar con otra y sacarme de la cabeza la estúpida teoría de que, a veces, tras estar con una mujer (Siena en mi caso), ya no te excitas con ninguna otra.

Una teoría de la que yo siempre me había reído y que puse en tela de juicio cientos de veces, burlándome de aquellos que presumían de ser fieles a su pareja. ¿Toda la vida con la misma mujer? Si hubiera tenido que responder antes de conocer a Siena, sin duda la contestación habría sido «¿Es eso posible?». Como suele decirse, me había caído con todo el equipo, pues Helga se había tenido que esforzar sobremanera para que yo acabara empalmándome... algo que me asqueaba, por lo cual confiaba en que se largara cuanto antes. A pesar de mis continuas indirectas tras haber follado, ella se estaba haciendo la remolona, desnuda, provocándome para una segunda ronda.

—Sinceramente, antes eras mucho más interesante, Nigel —susurró mostrándome su escultural cuerpo, ya que en su día fue aspirante a modelo y, además de cuidarse, no dudaba en retocarse cuanto fuera preciso.

—Lo mismo digo —repuse en un intento de bajarle los humos. Cierto que era magnífica en la cama y fuera de ella, pero ni de lejos tan interesante como Siena.

Ella me conocía por aquel nombre, Nigel, desde que nos casamos, hacía ya más de diez años. No fue una boda por amor, sino por salvarle el culo... como una forma de devolverle el favor y crearle una nueva identidad utilizando mi pasaporte alemán.

Cuando la conocí, ella era la amante de un traficante de armas egipcio al que un competidor quería quitarse de en medio. Y para ello recurrió a mí. Buscamos su punto débil y aquel era Helga (por aquel entonces se llamaba Senka, ya que había nacido en Serbia). Pese a que la tenía vigilada, como buen millonario que dobla la edad a su amante, le permitía despilfarrar dinero en las mejores boutiques europeas y de esa manera entramos en contacto con ella. No fue difícil, pues si bien estaba rodeada de lujos, también estaba harta de ser la puta de un cincuentón calvo, posesivo y vengativo. Por aquel entonces yo aún no estaba casado con Siena, así que, sin remordimiento alguno y como ya había hecho en otras ocasiones, la seduje y convencí para que me ayudara pasándome información sobre las actividades de su amante. Aquello nos permitió joderle los

suficientes negocios para que mi cliente se hiciera con el control.

—Helga, es tarde y tengo una cita de negocios —le recordé, y me levanté de la cama porque, al no dar resultado la exhibición de su cuerpo, intentó tocarme y yo no quería ni que me rozase.

—¿No vas a permitir que me duche antes?

—En tu suite —la cual yo pagaba— tienes un estupendo cuarto de baño.

—Oh, por favor, cuando te comportas de esa manera tan distante y fría me molesta, porque yo te recuerdo mucho más caliente e intenso.

—Los tiempos cambian —dije de forma displicente.

—Mojaba las bragas cuando sabía que había quedado contigo —insistió pensando erróneamente que tal confesión me excitaría de nuevo.

Ya debería haberse dado cuenta de lo mucho que me había costado la primera vez.

—Se hace tarde.

—Pero esa actitud también me hace pensar...

—Helga, no tengo ganas de hablar —la corté tajante para que dejase de divagar y se largara de una puta vez.

—Hay otra, ¿verdad?

Sí, la había; no obstante, era primordial que no lo supiera.

—En plural —puntualicé—, muchas otras.

Ella negó con la cabeza.

—Si eso fuera cierto, no te hubieras mostrado tan desapasionado. Follar contigo era una experiencia memorable y hoy ha sido decepcionante —afirmó, y por fin se dignó abandonar la cama; claro que, en vez de vestirse, se paseó desnuda por la suite hasta su bolso para sacar el tabaco.

—Con el dinero del que dispones en tu cuenta bancaria —cuenta que yo controlaba y mantenía generosamente—, puedes buscarte toda la diversión que te apetezca.

—Ya lo hago; sin embargo, a veces una prefiere recordar buenos momentos.

—¿Y qué pasa con tu último amante? —pregunté pese a que tenía toda la información sobre el joven de veinticinco años que se follaba con regularidad y al que pagaba todos los caprichos.

Helga se encogió de hombros.

—No negaré que me tiene entretenida, aunque... todavía le falta mucho para estar a tu altura.

Miré el reloj sin demasiado disimulo y ella sonrió.

—Hacerme la pelota no funcionará —le advertí.

A cualquier otro, aquel halago, además de subirle la autoestima, lo hubiese empujado a cambiar de opinión y volver a follar; no obstante, conmigo tales piropos significaban perder el tiempo, pues solo si los pronunciaba Siena me los tomaba en serio.

Echarla de la habitación no era solo por librarme de ella y buscar un modo de no sentirme culpable, sino porque tenía una cita, para cenar y ni más ni menos que con mi cuñado.

Romeo estaba de viaje (otra vez) con la excusa de comprar material agrícola. Yo sabía que, si tanto le interesaba determinado fabricante alemán, en España disponía de una eficaz red comercial. Sin embargo, este aprovechaba para hacer turismo. Yo, que mantenía el contacto con él, le había indicado que coincidiríamos en Berlín, así que le propuse que podíamos vernos.

—Helga, ya hemos hablado todo lo que teníamos que hablar y, sí, recordado los viejos tiempos —insistí porque ella seguía sin intención de irse y cabreándome.

—Yo me he quedado con ganas de más.

—Por mucho que te exhibas, no voy a cambiar de opinión. Ah, y por si te lo preguntas, mi cita de esta noche es un hombre, así que ni te molestes en seguirme.

—En fin, Nigel, tendré que buscarme un buen semental, es evidente que la edad no perdona —me espetó, y apagó el cigarrillo en el marco de la ventana y después lo dejó caer al suelo.

—Si te das prisa, a lo mejor encuentras uno en el bar del hotel.

Esperé a que se metiera en el cuarto de baño para recoger la colilla y tirarla a la basura, además de abrir la ventana para que se ventilase la estancia. El problema era que hacía un frío que te congelaba las pelotas y yo las tenía al aire.

Me puse los pantalones y, justo cuando recogía la camisa del suelo, llamaron a la puerta. Cerré la del dormitorio y me acerqué a la principal de la suite. La abrí pensando en cómo deshacerme de Romeo, porque era la única persona con la que había quedado, cuando me encontré a Siena, con una sonrisa traviesa y vestida con un traje de chaqueta y falda tan serio que si bien a priori estaba diseñado

para desincentivar, me revolucionó por completo.

—Servicio de habitaciones —canturreó.

Mi reacción fue penosa, pues pregunté:

—¿Qué haces tú aquí?

Y ni siquiera la besé y mucho menos me aparté para dejarla pasar. La razón era obvia, Helga estaba en la ducha y en cualquier momento aparecería, y, conociéndola, seguro que sin nada encima, como mucho su colgante.

Una catástrofe imposible de minimizar.

Siena, en lugar de molestarse por mi tono, dio un paso adelante, colocó una mano sobre mi pecho desnudo, transmitiéndome en el acto su calor, y en vez de preguntar cómo era que a aquellas horas yo estuviera con semejantes pintas, susurró:

—Te echaba de menos.

Joder, joder, joder.

Y no contenta con aquel seductor susurro, deslizó la mano hacia abajo, hasta mi entrepierna, que tampoco mostraba síntomas de alegría por su visita. Y es que menos de una hora antes estaba follando con una mujer y ni siquiera me había duchado.

Debía hacer algo, rápido y que no pusiera en peligro mi verdadero matrimonio, el que me importaba de verdad.

—¿Cómo has dado con mi paradero?

—Revisé tu agenda —confesó con una sonrisilla traviesa. Menos mal que se refería a la agenda de la empresa, no a la real—. Ah, y por si te lo preguntas, antes de venir, me he encargado de hablar con la dirección y prolongar la estancia. Se mostraron encantados cuando los llamé. —«Cojonudo, ha sido previsora», pensé—. Podemos pasar aquí el Fin de Año, juntos...

—Vale. Me parece una idea genial —dije con aplomo, acostumbrado a buscar salidas rápidas en situaciones potencialmente complicadas o que podían llegar a serlo—. ¿Te has registrado ya?

—He dejado la maleta en la recepción y he subido directamente a verte —contestó, e intentó besarme. Yo me aparté, seguíamos junto a la puerta.

—Pues baja, regístrate y vuelve con la maleta —le ordené, pero ella hizo un puchero.

—Para lo que tengo en mente, no necesito el equipaje...

Como una profesional, se subió la falda mostrándome primero la

blonda de las medias, seguido de las tiras del liguero, y cuando subió un poco más, observé su sexo desnudo y depilado.

Joder, joder, joder.

—... solo te necesito a ti.

—Siena...

—Te deseo, Finley. En el avión no he dejado de fantasear con esto...

—Siena... —musité mientras pensaba a toda velocidad la manera de salir de aquella situación sin joder mi matrimonio.

Ella se había esforzado para sorprenderme y yo con otra mujer en la cama. ¡Mierda! Qué puta mala suerte. Y encima había pronunciado mi nombre.

—El sexo a distancia está bien, no me quejo, pero prefiero el tradicional... —susurró con picardía.

—Escucha, por favor. Hazme caso, aquí son muy cuadriculados con el tema de los registros. Vamos a hacer las cosas bien, ¿de acuerdo? Apenas tardarás diez minutos y evitaremos problemas en el hotel.

—¿Y qué son diez minutos...?

Lejos de convencerla, porque lo cierto es que mi argumento era pobre de cojones, ella se mantuvo en sus trece y consiguió colarse en la suite. Yo había dejado (menos mal) la puerta del dormitorio cerrada, pero solo era cuestión de tiempo (minutos) que Helga apareciera. Y entonces mi matrimonio se iría al garete.

Siena se humedeció los labios y antes de que pudiera impedírselo me besó. Hostias, me di cuenta de cómo la había echado de menos y de la monumental estupidez que había hecho al dejarme liar por Helga.

—Tengo tantas ganas de estar contigo... —ronroneó.

—Y yo, Siena...

Menos mal que ella, no sé por qué, dijo:

—Ahora vuelvo... —Se dio media vuelta, meneando su trasero, y añadió—: Voy a recepción, a ocuparme de los trámites, y cuando regrese...

—¿Sí?

—Nos encerraremos aquí... para ya me entiendes —dispuso, y asentí como pude porque la idea era cojonuda, salvo por una cosa, o más bien por una persona.

No hizo falta que completara la frase.

En cuanto se marchó fui directo al dormitorio, donde me encontré a Helga a medio vestir.

—Ha sido precioso —se burló.

—Fuera —le ordené controlando la rabia y señalando la puerta.

—Así que por fin una mujer te ha puesto de rodillas —afirmó sin saber hasta qué punto era cierto porque ni yo mismo lo admitía.

—Vístete, Helga. Joder.

—Oh, por favor, se te nota demasiado la impaciencia, Nigel.

Fui consciente de que pronunciaba mi «nombre» con cierto tono; sin duda había escuchado el verdadero en boca de Siena.

—Teniendo en cuenta lo que cobra... —comenté dejando implícito que Siena era una puta de lujo.

—¿Y has llamado a otra teniéndome gratis? —replicó.

—Me gusta la novedad, Helga.

Frunció el ceño y por fortuna continuó vistiéndose. Pasaban los minutos, tenía que deshacerme de ella.

—Me has dicho que tenías una cita con un hombre —me recordó con la intención de pillarme fuera de juego.

—A mis clientes siempre les ofrezco lo mejor, lo más caro —afirmé sin titubear.

—Eso parece...

Me acerqué para subirle la cremallera del vestido.

—Pero no me gusta que me intenten manipular. ¿Queda claro?

Le pasé el bolso, asegurándome de que tenía dentro todo, y ella murmuró:

—¿Es una amenaza?

—Sí —asentí, y Helga, mejor que nadie, sabía que, si me tocaba los huevos, en menos de una semana acabarían con ella. Dar un chivatazo sobre su nueva identidad era sencillo, y aunque su examante, el traficante de armas egipcio, ya estaba muerto (cosas de las mafias y las lealtades), todavía quedaban por ahí quienes se la tenían jurada a una tal Senka a la que sus cambios estéticos (se había operado) le habían cambiado ligeramente la expresión, pero no lo suficiente como para no reconocerla.

Por fin se largó (tras intentar besarme a modo de despedida). Me quedaban pocos minutos. Primero busqué el puto condón y, aunque era algo que nunca debía hacerse, lo tiré por el retrete. Abrí las

ventanas para que no quedase ni resto de su olor (incluyendo el del tabaco) y revisé la cama por si se le había ocurrido dejar alguna prenda.

De todas formas tampoco pensaba acostarme con Siena en aquella cama y, ya puestos, en aquella habitación. Mi esposa, la verdadera, iba a volver en breve, así que me metí a la ducha, que duró apenas tres minutos, me vestí como alma que lleva el diablo y mandé un mensaje a Romeo; mi cuñado podía sacarme de aquel embrollo. Le pedí que acudiera cuanto antes; de esa manera, si Siena se empeñaba en ponerse cariñosa, nos interrumpiría.

Mi esposa, la única a la que consideraba como tal, apareció por suerte veinte minutos más tarde, así que al menos tuve tiempo de respirar, aunque el alivio fue efímero, ya que, nada más entrar en la suite, se me lanzó a los brazos para besarme.

—No te haces una idea de lo cachonda que estoy —gimió mientras se restregaba sin pudor, algo que siempre me encantaba pero que, dabas las circunstancias, no me parecía apropiado.

—Algo he notado —repuse intentando que se calmara sin que se sintiera molesta, para enmascarar de algún modo mi rechazo.

Sin embargo, ella venía con todas las armas, dispuesta a seducirme y, pese a mi moderado interés, al cabo de unos minutos se estaba arrodillando a mis pies. Me pasé la mano por la cara. No me lo podía creer y menos aún cuando me abrió la cremallera y buscó dentro de mis pantalones.

—Vaya, te veo un poco bajo de forma —comentó risueña—. Tendré que esmerarme más de lo que imaginaba.

—Siena...

Intenté apartarme, sin ser brusco; aun así, ella se las ingenió para meterse mi polla en la boca y comenzar a chupármela. Respiré profundamente maldiciendo en silencio a mi cuñado por tardar tanto en aparecer.

—Así es como te gusta, ¿verdad? —preguntó con su tono más erótico mientras me devoraba la polla y yo, sintiéndome culpable y al mismo tiempo el puto amo, le acaricié el cabello pensando que era un cabrón afortunado y que, de algún modo, Siena se merecía que al menos le fuera fiel.

—Joder, sí —mascullé y, sin poder (querer) evitarlo, comencé a mover las caderas para follarme su tentadora boca.

Aquello hizo que Siena gimiera y se volviera más voraz, succionándome con precisión y llevándome al punto de no retorno.

Toc, toc.

Oí los golpes en la puerta y solté un exabrupto.

—Sigue... —le ordené a Siena porque no iba a parar entonces.

Volvieron a llamar y, como debido al ímpetu de mi mujer nos encontrábamos junto a la puerta de la suite, se oyó:

—Abre, joder.

—¿Romeo? —preguntó en voz baja Siena y asentí.

Como si le hubieran echado un cubo de agua helada, ella se apartó de inmediato, dejándome con un recalentón de mil demonios, y se apresuró a recolocarse la ropa, pese a que era yo quien debía hacerlo.

Una vez medio presentable, abrí la puerta y me encontré con mi cuñado.

—Eres un cagaprisas y después tardas en abrir. ¿Qué carajo estabas haciendo? —me soltó impaciente.

—Tengo una sorpresa —anuncié.

—¿Alguna amiguita rara a la que seducir?

«Joder, qué bocazas», pensé porque, en nuestros encuentros ocasionales, coincidíamos con mujeres que sí, efectivamente, él se encargaba de seducir dejándome a mí tranquilo.

—¡Sorpresa! —exclamó Siena.

—La hostia, ¿qué haces tú aquí? —exclamó Romeo.

—Estropearos los planes, por lo visto —adujo ella con aire burlón.

—Anda, ven aquí.

Los dos se dieron un fuerte abrazo y Siena me miró por encima del hombro de su hermano. Una mirada que interpreté cómo «tienes mucho que contarme».

Después (menos mal) bajamos al restaurante y aproveché, mientras los dos conversaban, para pedir al hotel que me cambiaran de habitación. Como era de esperar, no pusieron pega alguna, por lo que, cuando dimos por finalizada la velada, nos instalamos en otra suite donde me sentí mucho más a gusto y con ganas de celebrar la inesperada aparición de Siena.

Y donde ella me la chupó hasta el final.

Capítulo 21

En la actualidad
Bungalow, Islas Maldivas
09.50 horas

SIENA

Finley se está comportando como un cretino dictador, aunque, si lo pienso bien, ¿existe o ha existido algún dictador que no sea un cretino?

La razón es que él y su equipo (dos personas a las que no conozco porque quiere mantenerlas al margen, pero a las que menciona) no encuentran el modo de acercarse lo suficiente a Spencer para quitarle el collar. Darle el cambiazo, como propuse yo, no es factible, ya que conseguir una réplica exacta supone demasiado tiempo.

Y a esta gente, la falta de ideas, por lo visto, les causa un estrés de tres pares, porque hay que ver lo insoportable que está Finley.

Yo, por mi parte, he intentado acercarme a Joe con la esperanza de que recapacite y vea que no soy una robanovios; sin embargo, se ha obcecado y no hay manera. Para él soy lo peor, una zorra, y, claro, eso limita mis opciones. Me jode, porque siempre se echa la culpa al amante. Me dan ganas de decirle «Oye, guapetón, que es tu novio quien te la va pegando por ahí; llámalo de todo a él y no me insultes a mí».

Aunque intuyo que, uno, no lo va a hacer y, dos, y lo peor, a Spencer parece divertirle porque, además de mentir como un bellaco, no deja de coquetear conmigo y por desgracia cada vez con más descaro. Menos mal que estamos rodeados de otros huéspedes y además Finley ha decidido ponerse en plan marido controlador. Y eso, en vez de ayudar, hace que Spencer se muestre más decidido a seducirme... por esa estupidez tan masculina del hombre que caza en coto ajeno y otras teorías gilipollas y retrógradas.

Y luego está la situación personal entre Finley y yo. Convivir con él, desde el punto de vista doméstico, no resulta complicado, pues es un hombre ordenado y no va dejando los bóxers sucios por ahí tirados para que te den ganas de vomitar antes del desayuno. El problema está en el lado emocional; en este aspecto hay mucha tela que cortar. La frase que resumiría la situación es «vivo sin vivir en mí»; así, tal cual.

Cuando la tensión derivada del operativo se junta con la privada, él aprovecha para lanzarme indirectas sexuales (otras veces resultan ser cien por cien directas) que yo rechazo con más o menos vehemencia. Y no resulta sencillo porque sé de primera mano lo que es alcanzar un par de orgasmos seguidos a consecuencia de las artes amatorias de Finley. Será un mentiroso, pero en el tema follar no se le puede poner ni una sola pega. Por eso acabo en la ducha, masturbándome, y si bien consigo alcanzar el clímax, lo cierto es que he de admitirlo: no es lo mismo. Y él, maldita sea, lo sabe. Y se aprovecha de ello, pues anoche, por ejemplo, tras nuestro paseo romántico/actuación llena de besuqueos y caricias, me fui directa al aseo y él, todo chulo, me preguntó:

—¿Puedo mirar mientras te masturbas? Prometo no intervenir.

Mi respuesta fue levantarle el dedo corazón y cerrar de un portazo, aunque, sí, me hubiera encantado tener público (solo a él) y que, además de mirarme, murmurase obscenidades y, ya puestos a fantasear, que no cumpliera su promesa e interviniera.

Por eso, cuando salí del cuarto de baño al cabo de quince minutos, él me esperaba en la cama, con una sonrisilla de «sé lo que has hecho» y otro de sus mordaces comentarios: «¿Satisfecha?».

Lo mandé a paseo y me acosté, pensando en que a lo mejor yo soy idiota y debería aprovecharme de él, es decir, verlo como una polla con ojos. No obstante, como me conozco y, lo más importarte, lo conozco a él, estoy al noventa y nueve por ciento segura de que, de sucumbir a sus insinuaciones, además de polvos increíbles, después me quedaría (valga la redundancia) hecha polvo porque Finley no desperdiciaría la oportunidad de manipularme y, con lo hábil que es, yo tardaría demasiado tiempo en darme cuenta y entonces volveríamos a la casilla de salida.

Y lo más alucinante de todo es que él se quedaría tan pancho, sin un maldito remordimiento, y yo me sentiría una mierda.

Mis juguetes sexuales siguen desaparecidos y aquí, en este complejo de lujo, te ofrecen artículos caros y exclusivos, pero un simple vibrador no, lo cual me hace pensar en poner una reclamación.

Ahora mismo estamos en el bungalow, él concentrado en su portátil y yo, en la tumbona con el ebook en las manos incapaz de leer. Necesito una distracción y, como pinchar a Finley no me apetece, pues es imprescindible cierta agilidad mental y yo estoy un poco espesa, reviso de nuevo los libros disponibles a ver si encuentro algo que me estimule. Por suerte, cuando ya he revisado dos veces la lista de títulos, mi móvil emite un pitido. Tengo un mensaje de Andrea:

¿Tienes un ratito? Necesito hablar.

Claro, me aburro. Llámame.

Enseguida lo hace y respondo.

—¿Qué hace una ejecutiva adicta al trabajo como tú a media mañana hablando con una amiga?

Andrea no conoce el cien por cien de todo lo que me pasó. No quise meterla en problemas o que Finley fuera en su busca para intentar chantajearme. Con mi amiga hice lo mismo que con mi familia: mantenerla al margen. Solo le conté que nos iban mal las cosas y que me separaba un tiempo.

Ella dijo al conocer la noticia: «Mucho has tardado en vez la luz», y yo casi me eché a llorar.

—Ja, ja, ja. Las ex de hombres ricos y maduritos sois la bomba —replica con sarcasmo.

—Si yo te contara...

—Vale, luego me das la chapa con tus problemas —dice con desdén—. Ahora necesito hablar con alguien de confianza.

—A ver, ¿qué líos tienes? —pregunto, y miro de reojo por si Finley está pegando la oreja. No, sigue a lo suyo.

Ocultarle la conversación es perder el tiempo, pues, si quiere, tiene acceso a mis llamadas... pero, oye, me hace ilusión y, si quiere saber de qué hablo con mi amiga, que se lo curre un poco.

—Estoy embarazada.

Se me cae el teléfono de la impresión.

—¿Perdón? —exclamo tras recuperar el móvil.

—Sí, yo dije lo mismo cuando me lo confirmaron.

Durante mucho tiempo yo le hablé de mis deseos de ser madre y de cómo se lo había propuesto a Finley, quien me seguía recomendando (obligando) a tomar anticonceptivos, pese a que el muy cabrón se había hecho la vasectomía. Lo descubrí en sus archivos, porque era un manipulador, pero uno ordenado y metódico.

Andrea siempre me decía que, de momento, no entraba en sus planes, que poco a poco se había hecho un hueco en la empresa energética y hasta conseguir llegar a lo más alto no se planteaba tener familia... sin olvidar que tampoco buscaba candidatos a pareja estable.

—Muy entusiasmada no te noto —comento con cautela.

—Pues no, joder. Y menos porque... Vas a pensar que soy un pendón *desorejao*.

—Lo eres, aunque por otros motivos —convengo para ver si con la broma se anima un poco.

—Soy una descarriada —añade.

—¡No seas antigua! —le recrimino—. Eso da igual. ¿No sabes quién es el padre? ¿Y?

—Oye, sí, sé quién es, y ese es el puto problema.

—Perdona, no te sigo.

—Me he liado con mi vecino; bueno, liarme, liarme... me lo follé un viernes tras una semana de mierda y tensión a partes iguales —admite Andrea y percibo a través del teléfono su malestar.

Resoplo. Andrea me ha contado en multitud de ocasiones que su vecino es el típico niño rico que no da un palo al agua y que es insufrible. Han tenido sus encontronazos y, mira, al final, se enrollaron. No la critico, más bien la entiendo porque pasar tanto tiempo fuera de su país hace que una busque cercanía, sin importar las consecuencias.

—Deduzco que no se lo has dicho ni tienes intención de hacerlo.

—Has dado en el clavo —reconoce.

—¿Y por qué?

—Porque seguramente no siga adelante con el embarazo. Así que no merece la pena decírselo —contesta y percibo cierta indecisión.

—Andrea, cariño... hagas lo que hagas, estaré de tu parte. Lo sabes, ¿verdad?

—Cómo me gustaría que estuvieras aquí conmigo, Siena.

—Créeme, me encantaría.

—Bueno, al menos me he desahogado un poco. Venga, ahora

cuéntame cómo te va a ti.

—A ver por dónde empiezo...

Le hago un resumen, ya no merece la pena escatimar detalles, de en qué ando metida (sin dar nombres). Tampoco me callo algo que le concierne y es que tiene ese trabajo en Estonia porque Finley movió los hilos para separarnos. Por supuesto le menciono (pese a que el susodicho ya no está tan pendiente de su portátil) que me he visto obligada a viajar a las Maldivas. Y ya, como me siento desatada, confieso que esto de ser mujer florero es un asco.

—Joder, qué peliculón me acabas de contar —comenta—. ¿Y tu exmarido anda cerca?

—Qué más quisiera, por lo de ex, digo.

—Traducido: que sigue controlándote, para no variar.

—Exacto. Está a pocos metros, aparentemente concentrado en sus cosas, aunque sin dejar de vigilarme.

—Joder, nena, tu exmarido es la hostia. Ya me olía yo algo...

Mi amiga no deja de hacer hincapié en lo de exmarido.

—Andrea, no veo el momento de acabar con esto...

—Pues te queda un buen rato —dice con ironía—. Pero la cuestión es: ¿lo sigues queriendo?

Miro al aludido, ahí tan guapo, tan despeinado, tan irresistible, descalzo, con su camisa blanca arrugada y pantalones cortos de cuadros (sí, de cuadros, ¿qué pasa?) y tan profesional. La respuesta es tan obvia como dolorosa.

—Sí.

—Pues entonces estás jodida.

—Gracias por tu diagnóstico —mascullo.

—Espera, que aún hay más. Creo que él también te quiere.

—No me jodas, Andrea —la interrumpo—. Que tú, precisamente tú, afirmes algo semejante es para mear y no echar gota.

—Deja que desarrolle la teoría, ¿vale? —me espeta, y gruño.

¿Y si Finley ha contactado con Andrea para sobornarla? Ya sé que a priori es una teoría descabellada, aunque, conociendo a mi marido, todo es posible, porque a lo mejor hasta ha averiguado antes que yo el hecho de que mi amiga está embarazada y, claro, esa información vale mucho a la hora de presionar.

No me culpéis por mi paranoia.

—No me va a gustar, seguro —farfullo a la espera de escuchar la

teoría.

—Mira, tu maridito el cuarentón con dinero te quiere, pero, y he aquí el fondo del asunto, lo hace de una forma digamos... antigua, machista y sobre todo prepotente.

—Hummm...

—Porque cree que esa es la forma de querer, no entiende que haya otra. ¿Me sigues?

—Más o menos.

—Para muchos hombres conquistar a una mujer es controlarla y para ello utilizan, para empezar, sus recursos económicos. Por supuesto es una manipulación psicológica que la víctima no detecta hasta que es demasiado tarde...

—Así es —admito con pesar.

—No nos olvidemos de que el sexo, algo obvio, también es un arma...

—Muy poderosa —termino yo la frase.

—Y, claro, algunas caen con todo el equipo.

—Vaya, gracias. Da gusto escuchar cosas así.

—No seas pejiguera, Siena. La cuestión es que él hace lo que piensa que debe hacer porque cree, erróneamente sin duda, que, si pierde el control sobre la situación, sobre ti, todo se irá a la mierda —me explica.

—No vas desencaminada... —reflexiono.

—Es lo que les han enseñado y es lo que hacen para que nadie los critique.

—Pero, si es al revés, si una mujer con posibles controla a un hombre con su dinero...

—El cuento cambia, evidentemente. Porque él no tiene el control y eso, amiga mía, es la base de todo.

—Todo se reduce a llevar la batuta.

—Exacto —sentencia Andrea.

—En conclusión —mascullo—, ¿qué hago?

—A ver, perdonarlo así, a lo tonto, va a ser que no —responde ella—. Hacerlo sufrir es tentador; ahora bien, tú no tienes la malicia que hace falta para putearlo hasta dejarlo cagando y sin papel.

—Eso es cierto —reconozco, y sonrío.

—Él es quien debe entender que su forma de querer no es buena, es tóxica. Y que, cuando lo haga, no se irá todo a la mierda.

—Pues espera sentada —apunto con ironía.

—En ese caso, sí se irá todo a la mierda porque te perderá —apostilla Andrea.

—¿Se lo explico a ver si se entera?

—No, no te esfuerces, no lo hará. Los hombres como él, acostumbrados a manejar el cotarro, siempre buscarán modos de disimular, que te creas que han cambiado, pese a que en el fondo sigan siendo los mismos e incluso, llegado el caso, cuando ven el peligro, afinen más sus artes de control.

—Entonces no hay esperanza —comento tristemente, y miro al protagonista de esta interesante conversación, que ha cerrado su portátil y se acerca hacia mí.

—La única opción es o bien una revelación divina, y ambas sabemos que eso es muy improbable y menos aún siendo ateas como somos, o bien que vea las orejas al lobo de verdad, nada de un susto, que se cague —expone mi amiga.

—Me da que ninguna de las dos opciones es factible.

—Saluda a Andrea de mi parte —suelta Finley sentándose en la tumbona de al lado.

Y ella, que lo oye, replica:

—Dile que lo folle un pez.

—Dice que te manda un saludo, también.

—Ella no ha dicho eso. —Finley se echa a reír, y añade acercándose al auricular—: Ojalá consigas el doble de lo que tú deseas para mí.

—Me cae como el culo, pero es gracioso el *jodío*.

—Bueno, gracias por todo, guapa, sobre todo por tu teoría —le digo a Andrea—. Y llámame en cuanto tomes una decisión. Por favor, no quiero que te sientas sola.

—Lo haré, Siena. Te quiero, guapi.

—Enternecedor —comenta Finley cuando finalizo la llamada.

—Claro, como no tienes amigos, te resulta imposible entender nuestra relación —replico con idea de lanzarle una pulla.

—No tengo muy claro si Andrea es una amiga o una enemiga. A saber qué consejos te da —me rebate suspicaz.

—De momento no me ha recomendado que te mande a tomar por el culo.

Finley arquea una ceja, ¿quizá sorprendido?

—Eso ya lo has hecho tú solita —me recuerda con una sonrisilla cínica—, aunque sin mucho éxito.

Sé que, cada vez que entramos en estos debates dialécticos, él se las ingenia para sacarme de quicio, así que mejor me callo. Porque Finley siempre tiene la sartén por el mango y porque, me joroba reconocerlo, es más hábil con las réplicas.

—Y dime, después de estar ahí concentrado en tu ordenador, ¿ya has dominado medio mundo o se te resiste? —inquiero, y Finley arquea una ceja de nuevo.

—Podríamos dominarlo juntos —propone con voz seductora.

—Eso es de alguna peli de James Bond, seguro —me guaseo, y él reprime una sonrisa.

—Lo más probable. En fin, vamos a dejar de lanzarnos pullas y centrémonos en el quid de la cuestión.

—Lo intentaré.

—Buena chica.

—No seas condescendiente —protesto.

—He estado trazando un plan para que podamos robarle el collar a Brown, suponiendo, claro, que tu intuición sea cierta.

—Si no lo fuera, ni te molestarías en considerarlo —retruco.

—Cierto —admite, y se pone cómodo en la tumbona contigua, lo cual hace que pueda mirarlo de reojo—. Así que, de algún modo, y pese a que la idea me repugna, tienes que ser el cebo.

—¿Te repugna porque tienes problemas de conciencia o por tu lado de marido celoso? —inquiero.

—En otra ocasión te responderé. Como iba diciendo, él quiere llevarte a la cama, factor que juega a nuestro favor; por tanto, mañana, durante el baile que hay después de la cena...

—Todos los días hay un maldito baile —lo interrumpo al acordarme de la tortura que sufren mis pies.

—... de algún modo tendremos que birlarle el colgante —prosigue como si yo no hubiera hablado—. Tú no puedes hacerlo bajo ningún concepto, pues serías la sospechosa número uno, así que tendremos que organizar una distracción, como se ha hecho toda la vida.

—¿Un apagón, por ejemplo?

—No, un camarero torpe y una acompañante igual de torpe.

Capítulo 22

Un año y pico atrás
Hotel Akwa Palace, Duala, Camerún
18.50 horas

FINLEY

Decir que se ensañaron conmigo era un eufemismo, pensaba mientras me miraba al espejo tras darme un merecido baño, ya que me habían tenido veinte putos días encerrado en un maldito zulo sin poder asearme, obligado a hacer mis necesidades en un cubo que solo vaciaban una vez al día y encima me daban una comida asquerosa que mis tripas no aguantaban.

Y por si aquella tortura no les parecía suficiente, para volverme loco, en mitad de la noche me sacaban a dar un paseo y aprovechaban para darme de hostias. También, si notaban que dormía durante el día más de dos horas, empezaban a montar barullo. Cualquier cosa para desquiciarme de tal modo que atacase y así tener una excusa para volver a darme de hostias. Yo sabía muy bien que la alteración del sueño es un arma muy poderosa.

¿El propósito? Supuse que, además de divertirse o pasar el rato hasta que llegara el cabrón que había ordenado secuestrarme, también pretendían dejarme trastornado. Lo que sí tenía claro es que no era por dinero, sino más bien por venganza.

Había sido contratado por un magnate de los medios de comunicación para sacar de Camerún sana y salva a una hija díscola (más bien gilipollas) que se había enredado con un supuesto empresario (guaperas y muy listo) que, tras engatusarla, se la había llevado al país africano para divertirse y sacarle la pasta al padre.

Y todo con la complicidad de ella.

Repito, la inmadurez mezclada con la estupidez y todo aderezado con el dinero. Una combinación infalible para joderse la vida y, de

paso, jodérmela a mí.

Nada nuevo en familias acaudaladas con una fachada respetable y mucha mierda de puertas para dentro. Mi misión en el operativo era muy simple: esperar en el hotel a que mis dos subordinados la trajeran y ocuparme de subirla en un avión privado (fletado por el padre) para asegurarme de que no se volvía a descarriar.

La idea era distraer la atención del cabronazo que la había embaucado, sin mucho esfuerzo a juzgar por cómo se relacionaban, pero aquella era la versión del padre y me traía sin cuidado; lo importante era completar el operativo.

La pareja encargada de llevar a cabo la misión de campo estaba formada por una mujer —que acojonaba al más valiente con su aspecto andrógeno y su uno ochenta de estatura— y su marido, nativo, ambos profesionales, disciplinados y eficientes, con los que ya había tenido el placer de trabajar.

Se trataba de una misión sencilla, a priori, claro, porque la hija gilipollas del magnate y su novio se alojaban en un apartamento de lujo cercano al Akwa Palace. La idea, tras estudiar sus movimientos, era esperar a que ella estuviera sola, entrar, llevárnosla y a casa. Pues bien, pasaban los días y el cabrón del novio, quizá sospechando, no la dejaba ni a sol ni a sombra, así que yo, impaciente y sin otra cosa que hacer que esperar, decidí aventurarme por las calles, con el único objetivo de matar el tiempo. Aunque en realidad, pese a haberlo planificado ya, me entretuve recorriendo las diferentes rutas desde el hotel hasta el aeropuerto.

Así, en caso de problemas (porque, como bien es sabido, estos nunca avisan), podría utilizar una vía de escape alternativa. De ahí que, pese a las advertencias de mi guardaespaldas, me aventurara a circular por zonas poco recomendables, dando rodeos que podían parecer ridículos, y sin llevar escolta.

Un exceso de confianza que pagué caro.

Los días pasaban, el operativo no avanzaba y, si bien el aumento de costes por continuar en el país no suponía preocupación alguna, todos empezábamos a inquietarnos.

Permanecer inactivo crispa los nervios y es cuando se pueden cometer errores.

Cada noche pensaba en lo mismo, en volver a casa, algo que antes no me preocupaba mucho. Cierto era que tanto hotel (por muy

de lujo que fuera) terminaba por cansar; sin embargo, al no tener a nadie en casa esperando, me resultaba más llevadero ir de un lugar a otro.

Durante los primeros años de matrimonio me fue más fácil viajar, engañar a Siena y regresar como el marido empresario perfecto. No obstante, poco a poco iba menguando mi capacidad para fingir delante de ella. Y después de aquel incidente en Berlín, ya me resultaba insoportable la idea de follarme a otra con fines mercantiles... y por supuesto el estar alejado de mi esposa. Y eso que Siena me lo ponía realmente fácil. No me cuestionaba cuando le informaba de que debía salir de viaje; como mucho me preguntaba el lugar de destino y me decía que me iba a echar de menos una barbaridad. También me deseaba suerte y que volviera pronto.

Una esposa perfecta.

Por eso, a medida que celebrábamos aniversarios de boda, empecé a reducir mis viajes. Si al principio lo hacía cada mes, después del cuarto año ya eran la mitad... hasta ese último, en el que solo tenía pensado involucrarme en persona en tres ocasiones.

Había tejido una red de colaboradores por todo el mundo, bien pagados e instruidos, para llevar a cabo los encargos. Y desde la oficina/tapadera podía negociar los costes sin problemas o, como había hecho ya, rechazar algunos trabajos porque con Siena al frente de la empresa de importaciones y exportaciones estaba ganando mucho dinero... sin olvidar que ella, además, me proporcionaba muchísima y valiosa información de los clientes adinerados con los que se codeaba. Y, al ser todo un círculo, cuanto más satisfacías a ricachones proporcionándoles caprichos caros y absurdos, más te recomendaban y más te invitaban a saraos. Y Siena se desenvolvía de puta madre. Incluso había llegado a establecer amistad con personas tan celosas de su privacidad que me sorprendía hasta yo. Y como era lógico, yo aprovechaba esos contactos.

Por eso, aquella tarde, cuando conseguí llegar al hotel, tras huir de mis captores, me planteé seriamente variar el rumbo de mi vida y dejar a un lado los riesgos.

Escapar había resultado casi imposible, pues, además de las heridas físicas, estaba desorientado por las innumerables interrupciones en mi sueño. Sabían lo que hacían. Porque para joderle la vida a una persona no hay que apalearla, sino impedir que duerma.

Tras una noche sacándome como a un perro, incluso empleaban correas para ello, me dejaron caer en el zulo, cansado y con los pies magullados. Oí cómo uno de los dos vigilantes se quejaba de que llevaba varios días sin ver a su novia y que, como yo estaba hecho una puta mierda, no haría una estupidez como intentar escapar. Bien cierto, o al menos la teoría así era. Por eso desestimé inicialmente la posibilidad de huir; sin embargo, me di cuenta, pese al aturdimiento, de que difícilmente se me volvería a presentar una situación igual de propicia.

Así que miré alrededor, el triste zulo, y la única arma que vi fue el cubo donde hacía mis necesidades y que estaba lleno. Una guarrada, en efecto, pero lo agarré y me situé junto a la puerta para llamar al vigilante, quien por supuesto me mandó a la mierda. Insistí hasta que abrió la maltrecha puerta y, nada más tener su cara a la vista, le lancé el contenido del cubo. Maldijo y, al quedarse en parte sin visibilidad, aproveché para arrearle con la base y le acerté en la nariz. Repetí el movimiento y di en su mejilla. No paré, una y otra vez le asesté golpes con el cubo hasta que cayó al suelo y, entonces, le quité el arma, sucia, rezando para que fuera útil.

Mis fosas nasales, a pesar de haber tenido que soportar aquella inmundicia durante días, hicieron su trabajo y tuve que concentrarme para no vomitar. El tiempo jugaba en mi contra y no era posible parar ni un segundo. Por si aquel infeliz despertaba, me aseguré de que no ocurriera. Le desaté las botas y me las puse. Me quedaban pequeñas, pero sirvieron para pisar con ganas la tráquea de aquel hijo de puta hasta ahogarlo.

Limpié el arma como pude y abandoné el zulo. Tenía que ubicarme para encontrar el camino de vuelta, a ser posible utilizando el recorrido menos peligroso y más rápido.

Una vez en el exterior hice un veloz examen visual. Estaba jodido. No había otra construcción o una carretera cercana. Así que no me quedó otra que moverme. Parecía un pirado, todo lleno de mugre, la ropa hecha un asco y caminando como si tuviera alfileres en las botas que me apretaban como su puta madre.

Y por si no llamaba lo suficiente la atención con mi aspecto, encima llevaba el arma, un fusil cutre, que me daba el aspecto de un guerrillero en horas bajas.

Me tocó caminar un buen tramo, maldiciendo en todo momento

las dichosas botas que, además de apretar como unas hijas de puta, provocaban que las ampollas y las llagas me hicieran más daño. Por fin vi algo parecido a una casa y sin dudarlo fui a pedir ayuda. Me arriesgué a que al verme de aquella guisa pensaran que era un mercenario y quisieran retenerme para sacar tajada. En cambio, me topé con dos ancianas que, si bien se asustaron al principio temiendo que las lesionara o les robara, accedieron a ayudarme porque les prometí un buen pellizco. Inexplicablemente, me creyeron, pese a que no llevaba encima nada de valor (siempre que salía de misión dejaba mis objetos personales, incluyendo mi anillo de casado, junto con el pasaporte y dinero en el hotel). Me encargaría de que a las dos señoras les llegara lo acordado más un extra.

Fui muy generoso con ambas y les solucioné la vida.

Conseguí un cubo de agua no muy limpia que me tiré por encima de la cabeza, una destartalada bicicleta y las indicaciones para dirigirme a Duala. Me costó más de hora y media llegar al hotel, al que accedí por la zona de carga, para no llamar la atención por si alguien vigilaba.

Cuando por fin me sentí a salvo en mi habitación, ni me molesté en asearme, lo primero era contactar con Siena. Era un riesgo, pues, tras mi desaparición, Steven habría puesto en marcha el plan que había diseñado. Lo más lógico hubiera sido contactar con mi abogado, hacerle saber que estaba vivo, pero yo solo quería hablar con Siena.

Tuve que esperar cinco horribles minutos a que mi móvil tuviera carga suficiente y marqué ansioso por hablar con ella. Mientras esperaba a que se estableciera la conexión, preparé una buena excusa, pues mi mujer me habría dado por muerto y habría recibido la carta. Pensé que más adelante le contaría la verdad (o al menos gran parte) sobre mis actividades.

Me saltó el puto mensaje de la operadora diciéndome que estaba apagado. Insistí con rabia y no tuve éxito, así que contacté con Steven y nada más descolgar dije:

—Tengo la rueda de repuesto baja de presión.

Unos instantes de jodido silencio hasta que mi abogado habló.

—¡Joder, Finley! ¿De verdad eres tú? —me respondió, y le repetí, por si acaso, la contraseña.

Antes de cada viaje establecíamos unos códigos de seguridad, por si me veía obligado a llamar bajo coacción o solicitar ayuda... o, en el

mejor de los casos, para decir con una frase estúpida que estaba a salvo.

—El mismo. Ya te pondré al corriente de todo, lo importante ahora es Siena. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¡¿Cómo que no lo sabes?! —grité.

—Le entregué, tal como siempre me habías ordenado, las instrucciones tras tu desaparición. Tardó más de lo previsto en obedecer y sé que tomó un vuelo a su país...

Su tono me hizo sospechar.

—Habla claro, joder —le exigí mientras me deshacía de la ropa y me dirigía al aseo para darme una merecida ducha.

—Tenemos constancia de que llegó a España; sin embargo, le perdimos la pista...

—¡¿Cómo?!

—Tiró el móvil en una papelera —me contó—. Y dejó la tableta en objetos perdidos del aeropuerto.

—Me cago en la... —maldije.

—No hubo forma de seguirle la pista —se justificó.

—¿Y su familia?

—No contactó con ellos, pues los vigilamos.

—Joder...

—Finley, escucha: ¿qué importa dónde esté? Te cree muerto y, si lo miras con objetividad, eso te conviene. Casarte con ella fue una estupidez, y lo sabes, amigo mío. Nunca te fíes de las latinas —dijo con ese tono tan gilipollas que a veces me enervaba.

—No es latina, es europea —lo corregí conteniendo una retahíla de exabruptos porque mi abogado, como muchos, metían a todos en el mismo saco.

—¿Y no es lo mismo? —replicó con aire guasón.

—Y, en el supuesto caso de que fuera latina, ¿qué coño importaría?

—Esa gente no es buena, no te fíes nunca —afirmó, pero no era el momento de debatir sobre aquello.

—Haz lo imposible por localizarla, ¿estamos? —ordené.

—Búscate a otra, Finley —me aconsejó—. Te recomiendo a la hija de...

—Encuéntrala —sentencié, y corté la llamada.

Envié un rápido mensaje a mis colaboradores en Camerún informándoles de mi paradero y recibí la respuesta a los cinco segundos diciéndome que ellos sí habían cumplido su parte de la misión y que, por tanto, la heredera gilipollas ya estaba rumbo a su casa.

Fue un alivio, claro, porque al menos algo había salido bien. Ya solo faltaba averiguar quién me había tendido una trampa y devolverle el golpe con intereses, por descontado.

Me duché a conciencia y con el agua tan caliente como pude resistir. Me froté con la esponja unas cuantas veces, pensando que la mugre se me había incrustado en la piel y que no desaparecería con una ducha convencional. De haber tenido un estropajo, lo habría usado. Después me ocupé yo mismo de desinfectar los cortes y las ampollas.

Tardaría unos días en estar presentable para regresar, en los que no dejé de marcar una y otra vez el número de Siena. Al final, desesperado, contacté con Romeo, que no se sorprendió, más allá de que fuera tarde, por mi llamada.

Y eso me hizo sospechar... ¿A mi cuñado nadie le había dicho que yo había muerto?

Después de charlar un rato como si nada, Romeo dijo:

—Oye, cuñado, tengo que hacerte una consulta, personal, ¿vale? Que no salga de aquí...

Yo sabía por dónde iban los tiros y sonreí.

—Si te refieres a cierta modelo, la respuesta es sí, ella también me ha preguntado por ti.

Oí lo que viene siendo el típico suspiro masculino que significa «¡joder, qué alivio!». Y es que Romeo había pasado una noche con una modelo (que yo le había presentado en uno de esos viajes en los que coincidíamos) y desde entonces no se habían vuelto a ver debido a los compromisos profesionales de ella y él estaba dispuesto a viajar a donde fuera para estar juntos. La cuestión era si ella quería volver a verlo y, sí, yo lo sabía de primera mano.

Aunque, debido a la creciente popularidad de la chica, había que ser muy precavidos y, por tal motivo, mi cuñado mantenía la discreción, amén de que no era amigo de ir aireando sus líos amorosos, que los tenía, obviamente. Y por supuesto ella no iba a arriesgarse a que su carrera se frenara si se sabía que tenía un amante

como Romeo, sin ningún tipo de «padrino» mediático, pues la agencia que la representaba le buscaba «novios» adecuados para llegar a ser aún más popular y conseguir más contratos y de mejor cuantía. En cualquier momento aparecerían fotos «robadas» de ella acompañada de un futbolista o un actor en el apogeo de sus vidas profesionales.

De ahí las dudas de Romeo, porque le resultaba difícil de creer que una mujer así, en primer lugar, se hubiera fijado en él y, en segundo, quisiera repetir.

—¡Hostias, no me jodas! —exclamó, y por primera vez en días sonreí.

—A ver, llámala primero, ¿de acuerdo? —le aconsejé, y decidí que, tras apañar su escarceo sexual con una cotizada modelo, algo que le agradecía pues Romeo me servía como ayudante sin saberlo para mantener contenta a alguna que otra, yo también tenía derecho a arreglar mis asuntos.

—¿Responderá? —inquirió escéptico—. Es que no quedamos en nada. Me dio su número, pero fíjate que he llegado a pensar que es falso.

Yo no tendría ningún problema para conseguir aquel número de teléfono y por eso le indiqué que se lo confirmaría en cuanto me fuera posible. Propiciar un romance entre la famosa modelo y él me hizo sentir mejor. Algo simple y bueno, que al menos a alguien le fueran bien los asuntos amorosos.

—Por cierto, ¿cuánto hace que no hablas con tu hermana? —pregunté tras hacer sentir mejor a mi cuñado al darle esperanzas fundadas.

—Pues... no sé... ¿tres días? —respondió dubitativo—. Llamó diciendo que estaba de viaje por negocios y no le pregunté más.

—Ah, vale. ¿Y te dijo a dónde había ido?

—Si no lo sabes tú que eres su marido... —se guaseó.

—Eso ha sonado a tipo controlador, algo que evito si me es posible —dije consciente de que siempre había tenido controlada la ubicación de Siena, sus movimientos y con quién se relacionaba.

—Era broma, joder —contestó riéndose.

—¿Sabes dónde está o no? —insistí manteniendo a duras penas a raya la impaciencia.

—Ni pajolera idea, tío. ¿Y por qué me preguntas a mí?

—Es que no me responde al móvil —alegué.

—Llama a su amiga, a Andrea, ya sabes que se lo cuentan todo.

—No me tiene mucho aprecio —admití.

—Pues es una tía de puta madre.

—No lo dudo —mascullé, porque si algo tenía la amiga de Siena eran ganas de tocarme los huevos a la menor oportunidad. Aunque, si no quedaba más remedio, recurriría a ella.

—Siena y tú, ¿estáis de mal rollo o qué?

—Sí, algo así —mentí porque era una explicación bastante creíble.

—Oye, eres mi cuñado favorito, no la cagues con mi hermana o atente a las consecuencias —me amenazó muy serio.

—Soy tu único cuñado —lo corregí—. Y tranquilo, tu hermana es lo primero para mí.

Aquella afirmación era cien por cien veraz y por eso, tras despedirme de Romeo, medité, tumbado en la cama, la forma de contarle a Siena quién era yo en realidad de tal modo que, además de asumirlo, no saliera escopetada y me dejara plantado.

Así pues, confiando en que aún estuviera en su país, busqué un vuelo a España, con la idea de recuperarla. Ahora bien, antes debía averiguar quién cojones me había tendido una trampa y, de paso, curar mis heridas.

Dos días después de mi huida, aún con magulladuras y una gastroenteritis, en colaboración con mi equipo, encontramos al hijo de puta que había ordenado secuestrarme. No era otro que el novio cabrón de la gilipollas adinerada. Se había olido la tostada, sospechando (y con razón) que papá millonario no iba a soltar dinero así como así y que habría contratado a alguien para recuperar a la niña; había intentado cubrirse las espaldas a mi costa. No sé cómo, averiguó que yo formaba parte del operativo (seguramente alguien del hotel me vendió) y buscó a quienes me retuvieron para que, en caso de no obtener el botín esperado, yo sirviera de punto de presión.

Lo que aquel cabronazo no sabía era que en operativos de aquel calibre se seguía adelante sin importar quién cayera; no se negociaba, no se daba marcha atrás. Si alguien del equipo causaba baja, era irrelevante. Y mis colaboradores lo sabían y por tanto actuaron en consecuencia, completando la misión.

El que yo escapara había sido un golpe de suerte.

Cuando pillamos por banda a aquel desgraciado, le dimos una

master class avanzada y rápida de cómo no se debe joder a nadie, empezando por mí.

Así que, resueltos mis asuntos en Camerún, cogí un vuelo para España y, una vez allí, llamé a Steven para ver si ya había localizado a Siena. Nada, ni rastro de ella. Me tocó inventar una excusa que justificara mi estado (les dije que había tenido un accidente de tráfico) para pasar por Pardueles y visitar a mis suegros. Ellos tampoco estaban al corriente del paradero de Siena. No quise asustarlos y mentí diciéndoles que yo estaba de paso y había aprovechado para saludar.

Así que organicé el regreso a casa, no me quedaba más remedio, dispuesto a recurrir a quien hiciera falta (y había mucha gente que me debía favores) para localizar a Siena.

Llamé a Andrea nada más aterrizar y me sorprendió en primer lugar que me atendiera y, en segundo, que no supiera nada del paradero de su amiga. Mi mujer le había enviado un mensaje desde un número oculto diciéndole que estaba bien, que no se preocupara y poco más, lo cual me inquietó todavía más.

Sin embargo, no hice más llamadas porque, en cuanto puse un pie en mi despacho, me di cuenta de que alguien había estado husmeando allí. Me senté y me quedé quieto para ir analizando cada detalle.

¿Quizá Steven, por precaución, había accedido a mis archivos? Lo descarté enseguida, pues él era tan condenadamente metódico como yo. Yo lo era no porque fuera una manía, sino porque de esa forma me resultaba más sencillo saber qué había cambiado o perder menos el tiempo buscando algo. De ahí que, nada más acomodarme en el sillón, lo supiera.

Y no había sido un descuido del servicio. Erika se aseguraba hasta resultar obsesiva de que todo estuviera tal como yo lo dejaba. Y Alvin siempre supervisaba al personal que enviaba la empresa de limpieza mientras realizaban sus labores allí.

Para empezar, el portarretratos no estaba en su sitio, sino tirado de malas maneras sobre la mesa. Lo cogí y miré la imagen de mi boda. No hacía falta preguntar quién había sido. Ninguno de mis colaboradores se hubiese atrevido a tocar nada, incluso si la noticia de mi muerte hubiera llegado. Solo Steven, y tras verificarla a conciencia, habría accedido a mis archivos y con instrucciones claras de destruirlos.

No me hizo falta acercar el marco al dispositivo de apertura, porque yo tenía otro instalado en el móvil y, al desbloquear la cerradura electrónica, la aplicación me informó de la última fecha y hora en la que se había abierto.

Y sabía muy bien que yo no estaba en casa en aquel momento.

Capítulo 23

En la actualidad
A orillas de la playa privada del resort, Islas Maldivas
20.25 horas

SIENA

—Como me vuelvas a preguntar si estoy lista, te clavo un tacón en las pelotas —siseo sin soltarme del brazo de Finley porque estos *stilettos* no fueron diseñados para caminar por una pasarela de madera a no ser que una quiera torcerse el tobillo. Y es que mi marido, tan previsor y tan técnico, solo ha elegido taconazos para mis apariciones estelares. Y digo yo: ¿tan malo sería llevar unas sandalias de tacón bajo o unas cuñas que me dieran más estabilidad al caminar y menos dolor de piernas al terminar mi jornada laboral?

Y, de todas formas, ¿quién fue el lumbreras a quien se le ocurrió que siempre hay que poner tablones de madera junto a la playa? ¿No puede ser algo más práctico? Y otro detalle tonto: ¿cómo va a salvar el mundo la heroína si lleva zapatos con los que es imposible echar a correr? Bah, da igual, estoy desvariando, producto de los nervios, porque los tacones imposibles son matadores, el vestido plateado me marca los lunares y llevo maquillaje hasta en el corazón (esto se lo pido prestado a Mónica Naranjo).

No obstante, lo que me tiene atacada de los nervios es el sinfín de instrucciones que Finley me ha dado... o, mejor dicho, me ha repetido hasta la saciedad. Pese a que él se ha dado cuenta de que en más de una ocasión ni le prestaba atención, seguía y seguía dándome la chapa. Como si yo tuviera problemas cognitivos y no captara la idea a la primera.

—Hasta la fecha, nunca he tenido problemas cognitivos —le he replicado, cansada de que me repitiera tantas veces lo mismo.

La actuación de esta noche está milimetrada y, si me salgo del

guion, todo se va a la mierda, pues hemos sabido que Spencer se larga mañana. Vale, eso lo entiendo, pero considero innecesaria tanta turra.

—A ver, querida —dice Finley con un tono tan sereno que resulta odioso, y además detiene el paseo antes de llegar a la sala del resort donde se celebra la fiesta de esta noche, en concreto una dedicada a la música disco de los setenta y ochenta, de ahí mi maquillaje exagerado —, esto no es una reunión de gilipollas con dinero, es un operativo.

—Hay gilipollas con dinero —puntualizo porque he observado a los huéspedes y, madre mía, qué plastas son casi todos con sus exigencias al personal del complejo.

No se puede protestar, como ha hecho esta mañana una pedorra requeteoperada, porque las toallas que cubren las tumbonas son azules y tú las habías pedido fucsias, a juego con tu biquini. Tócate los cojones, pues la chica de la piscina ha tenido que ir a buscar unas toallas para que la gilipollas estuviera a gusto.

Y luego están quienes piden chorradas a todo volumen para destacar, como el imbécil que ha pedido al camarero no sé qué marca de agua mineral y no se la han servido. Lo dicho, gilipollas al por mayor.

—Claro que los hay, pero esos no nos importan.

—No me hables como si fuera idiota —protesto.

Resoplo y, ya que intuyo otro momento aleccionador, aprovecho para quitarme los taconazos y así le doy un respiro a mis pobres pies, que buena falta les hace.

—Pues céntrate —insiste sin rastro de amabilidad.

Ahora delante tengo a Finley el tipo duro, no el cariñoso ni seductor.

—Me sé de memoria cada paso —le recuerdo—. Y respira, que no me voy a salir del guion.

Esto último a lo mejor no es del todo cierto. Vale, sé que debo acercarme a Spencer, hablar con él, dejar que se entusiasme, y lo siento por Finley, sus secuaces y sus planes, pero no voy a dejar que me toque. Ni un pelo.

Finley frunce el ceño, mis palabras no le dan confianza. Se muestra precavido y, bueno, lo entiendo, él está más versado en operativos.

Y yo, lo admito, estoy desesperada por marcharme de aquí. Creo que a partir de ahora las Maldivas serán territorio vedado. Y mira que

esto es bonito a rabiar.

Por desgracia, ya estamos a pocos metros del sarao y he de subirme de nuevo a los tacones.

Vamos allá...

Suena *Never can say goodbye* y, mira, me apetece bailar; es una forma de relajarme y de paso atraer miradas, a ser posible la de cierto actor, aunque, la verdad, para arrimarse y compartir un momento íntimo un bolero sería más apropiado.

Sin querer me viene a la cabeza aquella velada en la que Finley me sorprendió, presentándose en casa unos días antes de lo previsto y organizando una cena íntima para dos (había echado al servicio) y, antes de disfrutar de la buena comida, bailamos bien acaramelados mientras Luis Miguel cantaba *Contigo aprendí.* Acabé derretida en los brazos de Finley y con las bragas empapadas (perdón por la vulgaridad). Y aunque ahora sé que todo formaba parte de su plan para tenerme enamorada perdida y ciega (que viene siendo lo mismo), fue una de las noches más maravillosas de mi vida.

—¿Qué te apetece beber? —me pregunta acercándose mientras yo muevo las caderas con contención, tampoco voy a desmelenarme, pese a que me apetece una barbaridad dejarme llevar.

—Algo fuerte.

—Zumo de granada —susurra, y añade en el mismo tono—: Y no muevas tanto el culo, que me desconcentras.

Lo miro y parpadeo. Lo que menos esperaba es que hiciera un comentario sexual en medio de este tinglado tan supermegaimportante. Que no se me olvide luego preguntarle cómo ha llamado al operativo, por curiosidad más que otra cosa.

Finley se va a por las bebidas sin darme opción a decirle que, si echa un poco de alcohol en el zumo, mucho mejor. Sé que no lo hará, por eso de no beber alcohol estando de servicio. Supongo que después me permitirá hacerlo para olvidar. Y si no me lo permite, al cuerno, lo haré igual.

Ya sé que cogerse un pedo del quince es inmaduro se mire por donde se mire; sin embargo, de alguna manera tendré que pasar la última noche antes de que por fin nos marchemos de aquí.

Diviso al objetivo (ya hablo como Finley), el cual está charlando con una admiradora que debe de rondar los sesenta y, por tanto, no le interesa. También anda cerca Joe, ignorándome, claro, pues después

de llamarme de todo menos bonita, ni me mira, pero curiosamente se ha acercado a Finley para hablar con él. Esto no estaba en el guion.

Bueno, yo concentrada. Empieza a sonar *Never gonna give you up* y sigo a lo mío, es decir, dejarme ver con elegancia, bailando de forma sensual o contenida para no parecer chabacana (palabras de Finley) y, sí, Spencer ya no me quita ojo de encima.

Mi marido no se despega de Joe. Hummm... ¿Su objetivo es neutralizar al novio celoso?

Según el plan que me han grabado a fuego, debo llevarlo junto a la salida de emergencia, donde esperan los compinches de mi marido. Sigo sin saber quiénes son, porque en teoría es mejor para no distraerme y aprovechar el factor sorpresa y que mi reacción sea espontánea. Paranoias de agente secreto, yo no tengo nada que ver.

—Hola —susurra Spencer acercándose, ya que por fin se ha librado de la fan plasta para bailar junto a mí y, no contento con arrimar cebolleta, me tararea la letra al oído.

Será un baboso; ahora bien, no desafina. Todo hay que decirlo.

—Hola —le respondo sensual y, si no estuviera prohibido fumar, me comportaría como una de aquellas icónicas artistas de cine que sabían engatusar a cualquiera exhalando humo.

Bailamos un rato, golpe de cadera por aquí, sonrisa por allá, toque de culo por acullá... vamos, lo de siempre. Y Finley, que sigue de charleta con Joe. Jopeta, que ese no era el plan.

Como la idea no es quemar calorías en la pista de baile, finjo estar acalorada y le pido a Spencer (con voz sumisa y seductora) que vayamos a tomar algo y de ahí a la puerta de emergencia. Un ardid para que él piense que quiero intimidad.

Él pide una marca de whisky impronunciable y yo, que no quiero parecer demasiado pava, le pregunto cuando ya ha dado un sorbo:

—¿Me dejas probar?

Esto es un truco más viejo que el hilo negro, beber por el mismo lado que lo ha hecho él, un poco asqueroso si se mira desde el punto de vista higiénico, pero muy efectivo porque Spencer sonríe y, como buen tipo alfa, dice:

—Cuidado, que es muy fuerte.

Claro, como si yo no hubiera probado nunca un licor fuerte. Estoy por decirle que durante mi época universitaria aprobé la asignatura de «beber garrafón y no acabar en Urgencias», aunque no

fui la primera de mi promoción, lo admito, y estoy desentrenada.

—Delicioso —murmuro, y es cierto.

Nos miramos, yo sonrío coqueta; él, como un lobo que quiere merendarme. Es el momento de dejar los principios en el armario y fingir ser una imbécil. Vamos allá.

—He oído que te marchas mañana...

—Por trabajo, sí.

«Eso, mira mi escote, tonto del culo.»

—Una pena...

—La dura vida del artista...

«Hombre, dura, dura, tampoco, que nadas en millones con la mierda de películas que haces.»

—Spencer, yo... —musito, y me sitúo bien cerca, como una mujer ansiosa por que la lleven a la cama, como si no pudiéramos ir solas—. No quiero desaprovechar esta oportunidad.

Ya está, ya lo he dicho. Ahora solo me queda esperar que él se trague el anzuelo.

—¿Y qué propones?

Me muerdo el labio inferior, ¿por qué este gesto los pone tan cachondos?, y parpadeo.

—Pasar la noche juntos.

Vaya eufemismo, ¿eh? No hay ninguno que aguante toda la noche. Finley estuvo cerca, cuatro intensas rondas de sexo desenfrenado antes del amanecer, que me dejaron alucinada, pero no fue solo por la satisfacción sexual, sino por lo que significaron para mí. Por esa maldita conexión que siempre surgía entre ambos y que al parecer solo sentía yo.

—¿Dónde?

Trago saliva.

Siguiente fase.

—En tu cabaña...

Mira a la sala, seguro que quiere tener controlado a Joe, para que no interrumpa. Y yo, que hago lo mismo, veo a Finley. Casi me da un «pumba» no porque sigan hablando, sino porque parecen muy acaramelados. Sí, eso he dicho, están ahí, tonteando, y la sorpresa no es solo porque esto esté fuera del plan, sino porque me lleva a una inquietante reflexión: ¿Finley está dispuesto a todo con tal de sacar una misión adelante?

Espera, borra los signos de interrogación: Finley está dispuesto a todo (incluyendo enrollarse con un tío) para sacar una misión adelante.

—Joder... —mascullo, y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Spencer sonríe, sin duda es un buen entretenimiento para su novio y así dejar el camino despejado.

Me hace un gesto para que lo acompañe, pero, siguiendo el plan, alego:

—No quiero que nos vean todos salir juntos, mejor por allí.

Le señalo la salida de emergencia y, como todo tonto del culo que está a punto de follar sin mucho esfuerzo, acepta la sugerencia.

Nos acercamos al punto convenido y nada más presionar la barra antipánico que desbloquea la puerta, se apagan las luces. Yo me quedo desconcertada, porque el plan era que alguien (un secuaz de Finley) tropezara con él y le quitara el collar. El clásico robo del descuido, como cuando te birlan la cartera en una aglomeración.

Las luces se encienden de nuevo, apenas han sido veinte segundos, y entonces miro a Spencer, quien, curiosamente, frunce el ceño por la interrupción, pero sigue llevando el colgante.

No sé qué hacer, esto no estaba previsto. ¿Y si el plan se ha ido a la mierda y yo me tengo que acostar con este tipo para que no sospeche?

—Señoras y señores —anuncia el DJ por los altavoces—, solo ha sido un pequeño fallo. Sigan disfrutando de la velada.

Empieza a sonar *Last dance* y, bueno, a ver qué carajo hago yo. Desmayarme o fingir un repentino dolor de cabeza queda descartado. Aunque los pies me están matando.

—¿Nos vamos? —pregunta Spencer.

Mierda, mierda, mierda.

—¿Señora Tremair? —interrumpe un camarero de sonrisa deslumbrante y cuerpo de infarto.

Odio que me llamen así, pero doy por hecho que su aparición no es casual. Y también que no es un camarero cualquiera.

—¿Sí?

—¿Me acompaña, por favor?

—Lárgate —le espeta Spencer, y el camarero lo ignora, fijando su atención en mí.

—Ya está listo el comedor privado que ha reservado su esposo —anuncia con una profesionalidad deslumbrante.

—¿Perdón? —inquiero porque no sé ni por dónde me da el aire.

—Es una sorpresa —explica sonriéndome—. Como celebran su aniversario de boda...

Vale, ya conozco a uno de los acólitos de Finley, el cual, por cierto, se comporta como si fuera el mejor camarero del mundo, acostumbrado a lidiar con esposas a punto de ser infieles y actores egocéntricos.

—¿Aniversario de boda? —repite Spencer.

Yo asiento y, de verdad, es para sentirse una gilipollas de manual.

—¿Me acompaña? —insiste el camarero.

Miro a Spencer. Frunce el ceño, se le ha jodido el polvo pero yo tengo que arreglar esto, así que digo:

—¿Sería tan amable de decirle a mi marido que voy enseguida, por favor?

Un camarero no debe contradecir a una clienta, por lo que se aleja, dejándome a solas con un actor cabreado.

—Lo siento tanto, yo no sabía que... —balbuceo porque es cierto, ando más perdida que un daltónico con el cubo de Rubik.

—Déjalo —dice de malos modos—. Y vete con él.

—De verdad, yo... puedo inventarme una excusa.

—Mejor no.

Sin darme opción a réplica y mirándome como si fuera gilipollas (así es como me siento), da media vuelta y se larga. Estoy segura de que encontrará a alguien con quien echar un polvo y, si no hay suerte, le queda Joe como último recurso.

«Vaya mierda de misión», pienso y no me da tiempo a autocompadecerme porque el camarero vuelve a mi lado.

—Señora Tremair, por favor.

—Ya voy —respondo un poco impertinente. Cuando comienzo a caminar a su lado, le pregunto—: ¿Cuánto te paga Finley? Porque de camarero no ganarás mucho.

Él tiene el descaro de sonreír.

—Nos están esperando.

La respuesta que esperaba. No insisto, es evidente que están aleccionados.

Pasamos por delante de algunos invitados, veo a Spencer tan pancho tontear con otra invitada. Qué poco le ha durado el disgusto. Esta noche folla, seguro.

Llegamos a una zona del complejo que no tenía controlada porque ¿quién pone un pie en las cocinas? Atravesamos las puertas dobles y llegamos a una sala que parece más la trastienda de una carnicería que un comedor privado.

—Hola, querido —saludo a Finley, que está tan tranquilo apoyado en la encimera de acero inoxidable con ese aire tan indolente que antes me excitaba. Ahora me saca de quicio. Y, sí, también me excita un poquito. Solo un poquito.

Vale, me habéis pillado, me pone muy cachonda. En cambio, hay otro asunto que me tortura (aparte de los tacones) y es que he fallado. Seguro que Finley, al ver que Spencer me iba a llevar al huerto, ha frenado en seco todo esto. Yo tengo ganas de llorar, no solo porque hemos fracasado, sino porque me siento estúpida.

—Anda, ven aquí —susurra, y el tipo que se ha hecho pasar por camarero se retira con discreción y cierra la puerta sin apenas hacer ruido.

Como no doy ni un paso en su dirección (no solo porque tengo los pies hechos migas), Finley viene hasta mí y me abraza. De una forma sencilla, amable y reconfortante, porque lo necesito.

—La he cagado —murmuro—. Aunque no ha sido culpa solo mía. Tú no has estado en tu puesto...

—Calla... —me interrumpe en voz baja sin soltarme.

—Sin paños calientes, ¿de acuerdo? Ha salido todo como el culo. No seas condescendiente —le pido.

—Todo ha salido perfecto —me dice bajito tras permanecer abrazados un buen rato.

—¿Perdón? —replico apartándome para mirarlo a los ojos.

Finley sonríe y me acaricia la mejilla antes de añadir:

—Mira...

Me muestra el puño y, cuando lo abre, despacio para dar emoción al asunto... ahí está, el colgante de Spencer.

—Pero... ¿cómo?

—Gracias a ti ha sido posible.

Sin comprender por dónde me da el aire, Finley se guarda el colgante en el bolsillo y después acuna mi rostro.

—¿Qué estás diciendo?

No me responde, se inclina y me besa. Y yo, confusa, puede que por la tensión, los nervios, el estar junto a él o yo qué sé, le respondo y me dejo llevar. Quizá por necesidad, que no se me olvide.

Me besa y yo no solo se lo permito, además me vuelvo más agresiva, y Finley, que no es tonto, va a aprovechar la oportunidad.

Y es que esto de resistirse día tras días resulta demasiado agotador y masturbarse en la bañera ya no me satisface tanto. Por eso me dejo llevar, que me toque por encima del vestido sabiendo que en cuanto alcance mi piel estaré perdida. Se me escapa un gemido cuando noto sus labios en el cuello poniendo en pie de guerra mis terminaciones nerviosas.

Vuelve a besarme y yo deslizo la mano hacia abajo hasta palpar por encima de su bragueta y comprobar lo duro que está. Me muerde el labio inferior cuando hago presión al tiempo que baja una de las tiras del vestido para que mi pecho quede al aire.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que me chupe el pezón, incluso enredo los dedos en su pelo para que se muestre más voraz.

—Siena... joder, Siena... —masculla entre susurros de lo más eróticos antes de volver a besarme en la boca, manteniendo las manos en mi rostro.

Es inevitable que a la memoria acudan los pensamientos más sensuales, ya que, en esos días en los que yo vivía en la ignorancia dentro de un matrimonio de mentira, él se esforzaba por satisfacerme sexualmente y no nos importaba escabullirnos de una cena o una reunión para acabar follando en los aseos o en el garaje, o donde nos fuera posible.

Capítulo 24

Cinco años atrás
Suite del Palazzo Parigi Hotel
18.45 horas

SIENA

Nunca me atreví a preguntarle cuánto ganaba exactamente. Tremair Import & Export facturaba cantidades desorbitadas a clientes caprichosos, pero aun así a veces me costaba entender cómo podíamos costearnos tantos lujos porque los proveedores tampoco eran baratos. La contabilidad de la empresa la llevaba uno de los tipos que había en la oficina y Finley siempre me decía que no me preocupase por aquel asunto.

Yo intentaba tirarle un poco de la lengua, aunque siempre obtenía respuestas vagas o el consabido «No se preocupe, señora Tremair, su marido revisa todas las cuentas y da el visto bueno».

Al principio no le daba mayor importancia; sin embargo, a medida que pasaba el tiempo resultaba inevitable cuestionar el ritmo de vida que llevábamos. Pero Finley también recurría a vaguedades con tal de no decirme cuál era nuestra situación financiera.

Hubo más de una ocasión en la que me preparé para lo peor, pues no era del todo extraño que un tipo adinerado se quedara en la ruina de un día para otro. Y, por tal motivo, intentaba gastar lo menos posible en mí misma o en cuestiones domésticas.

Aquello supuso alguna que otra pelea con Erika, pues ella acostumbraba a encargar todo lo necesario para la casa en los establecimientos más exclusivos y, por ende, caros.

Cuando ella le iba con el cuento a Finley, este después me decía:

—¿Para qué discutes con Erika? Deja que haga su trabajo, que para eso le pago, y no te preocupes por asuntos domésticos.

Cada vez me sentía más desplazada en aquel apartamento, pues,

cuando él estaba fuera, el servicio se comportaba con cortesía y poco más. De ahí que agradeciera el poder irme de viaje.

Finley tenía muchos compromisos en el extranjero, algo lógico, pero no siempre me invitaba a acompañarlo; por eso, cuando me lo pedía, yo tardaba bien poco en hacer la maleta y seguirlo. A su lado, además de lujos, estaba descubriendo un sinfín de ciudades y conociendo a muchas personas. No todas me caían bien y debía soportar charlas insufribles, pero él estaba allí conmigo y, en cuanto nos era posible, nos escabullíamos.

Aquella noche teníamos una recepción organizada por una empresa de accesorios de baño. A priori un producto poco glamuroso. No obstante, la cuestión era que se dedicaba a fabricar los accesorios bajo demanda, con diseño exclusivo, único, y por supuesto con los materiales más caros. La empresa de Finley ya había trabajado con anterioridad con ellos, motivo por el que nos habían invitado a la fiesta y, según mi marido, con todos los gastos pagados.

Yo seguía alucinando con todo cuanto me rodeaba e incluso hacía fotos que enviaba a Andrea o a mis padres para que fliparan en estéreo igual que yo.

Había pillado a Finley, en más de una ocasión, de pie, apoyado con cierto aire indolente, mirándome con media sonrisa. Y yo sintiéndome una niña a quien dan más regalos de los que ha pedido.

—Deberías ir arreglándote para la velada de esta noche —dijo sin acercarse pese a que yo estaba tumbada en la enorme cama, recién salida de la ducha, con la toalla cubriéndome más bien poco.

—Es que estoy alucinando en colores —murmuré, y, como la cría ingenua que era, rodé a un lado y a otro de la cama, haciendo la croqueta.

—Y yo también —añadió, y sonó tan seductor que me mordí el labio, invitándolo a unirse a mí.

—Finley... —lo llamé en voz baja, insinuante.

—No quiero llegar tarde —adujo y se dio media vuelta, dejándome un tanto patidifusa, pues por norma general nunca rechazaba una invitación tan evidente para follar.

Lo dijo tan serio que no tuve más opción que prepararme. Tanto si acudía sola como acompañada de Finley a eventos de postín, me esmeraba con el maquillaje, el vestuario o cualquier detalle. No quería bajo ningún concepto que mi marido se sintiera molesto por oír

cualquier cosa sobre mí. Las personas adineradas siempre han tendido a ser crueles y, como por lo visto su elitismo las empujaba a comentar cualquier asunto, encontrar un blanco con quien cebarse era habitual. De ahí que yo pusiera tanto empeño.

Con el tiempo llegué a la conclusión de que aquel afán por satisfacer a Finley en cualquier aspecto no era sino otro síntoma más de lo ciega, ingenua y estúpida que era yo por culpa de una educación emocional un tanto cuestionable.

Para la ocasión disponía de un vestido largo color azul Prusia, escote asimétrico y zapatos forrados en el mismo color. Finley apareció con un traje gris plomo, camisa negra y sin corbata.

—¿Y si salimos por nuestra cuenta en vez de ir a la fiesta? —propuse, porque a veces tanto fiestón de gente pudiente o que fingía serlo resultaba agotador, pues exigía mantener las formas demasiado tiempo.

—Lo siento, es un compromiso ineludible —respondió, y se acercó para darme un beso en la nuca.

Era habitual que me agarrara de la mano, algo que me encantaba, aunque después vi que no era sino un gesto más de posesividad. Pero en aquel momento, como en tantos otros, me parecía tan romántico...

La fiesta se celebraba en el mismo hotel, así que tardamos bien poco en hacer acto de presencia. Finley, como siempre, saludó a varias personas y me presentó con orgullo a sus conocidos. Siempre alucinaba con la cantidad de gente que mi marido conocía allá por donde íbamos. Y yo, bien adiestrada, sonreía, estrechaba manos, hablaba de tonterías, me mordía la lengua al oír gilipolleces, bebía con moderación y esperaba ansiosa el único momento que merecía la pena de aquellos saraos: bailar con él. Eran los únicos minutos que me hacían sentir bien.

Tuve que esperar al menos hora y cuarto para que acabase la ronda de saludos y conversaciones chorras antes de que Finley, con su sonrisa seductora y su mirada patentada, se excusara ante unos conocidos para llevarme a la pista. Sonaba *Smooth operator,* pero, aunque hubiera sonado *Paquito el Chocolatero* cantada por King África, yo me hubiera sentido igual de agradecida.

Cuando la canción estaba a punto de acabar, Finley me susurró:

—Ya no aguanto más.

Parecía cabreado y no entendí cuál era el motivo, pues la velada

iba discurriendo como muchas otras y, a pesar de haber más parejas en la zona de baile, nadie nos había empujado ni molestado.

—¿Qué ocurre?

—Reúnete conmigo en las escaleras de emergencia, en cinco minutos.

Me dio una orden y un beso, antes de sacarme de la pista y dejarme sola junto a la barra del bar. ¿Cinco minutos? Algo serio sucedía y me puse nerviosa. Pedí una tónica al camarero y miré la sala. Nada fuera de lugar.

—Qué raro...

—¿Decía? —inquirió el camarero al oírme.

—Nada, cosas mías.

Finley ya no estaba a la vista y entonces, más preocupada aún, localicé la salida de emergencia confiando en que no hubiera más y yo metiera la pata.

Me dirigí hacia allí, caminando con aparente serenidad, y empujé la puerta. Me asomé con cautela y vi que estaba bastante oscuro, pese a lo cual avancé teniendo cuidado para no romperme la crisma con los zapatos de tacón. Nada más cerrarse la puerta a mi espalda, alguien tiró de mí. Noté cómo me sujetaban desde atrás, impidiéndome cualquier movimiento, y sentí cierto pánico hasta que oí una voz conocida y seductora:

—Esto va a ser un visto y no visto porque no soy capaz de aguantar ni un minuto más.

Me mordió en el hombro y suspiré, pues aquellos arrebatos sexuales de Finley me volvían loca. Además, al estar tras de mí, notaba su erección.

—¿Y qué propones? —repliqué mientras se frotaba contra mi culo.

—Aquí, ahora, en las escaleras de emergencia y volver a la fiesta medianamente satisfecho para aguantar antes de encerrarnos en la suite y follarte como quiero de verdad.

—¿Aquí? —repetí controlando el primer gemido, ya que, además de frotarse, Finley estaba presionando con la mano sobre mi entrepierna.

—Eso he dicho. Agárrate a la barandilla y ofréceme tu trasero —ordenó empujándome para que adoptara la postura.

—Un segundo, ¿y si alguien nos ve?

—Siena, por aquí es difícil que aparezca alguien. —Nada más decirlo captamos el sonido de unas pisadas por encima de nuestras cabezas—. Joder...

—Vamos al garaje —propuse, ya que me apetecía tanto o más que a él follar de aquella manera, tan imprevista, arriesgada y erótica; sin embargo, sabía que aventurarse a ser sorprendidos podía causar problemas.

—De acuerdo.

Descendimos con rapidez pese a mis tacones, los cuales repicaban en los peldaños metálicos igual que si fuéramos pregonando nuestras intenciones. Accedimos al sótano, donde la poca luz de los indicadores de emergencia nos daba mayor privacidad, y buscamos un rincón entre dos vehículos de alta gama, pero me quedé inmóvil frente a uno espectacular, de esos que solo se ven a la salida de los campos de fútbol conducidos por futbolistas que no han cumplido los treinta.

—¿Qué haces? —inquirió Finley tirando de mí.

—Qué preciosidad —murmuré acariciando la chapa como si fuera la piel de un amante.

—Es un Bentley Flying —dijo él y volvió a tirar de mí para llevarme al rincón más oscuro, a lo que yo me resistí, no porque quisiera dejar a medias lo que habíamos empezado, sino porque era la primera vez que veía un carrazo como aquel.

—Espera un segundo...

Creyéndome la protagonista de un anuncio de coches, recorrí con la mano todo el lateral y, cuando llegué a la manija de la puerta trasera, tiré solo por hacer el tonto y me llevé una sorpresa alucinante, porque se abrió.

—Siena, joder... —masculló Finley.

—¿Te imaginas hacerlo aquí, como en *Titanic*?

—¿Qué dices?

—Sí, hombre, la escena esa en la que Rose y Jack se lo montan dentro de un coche que hay en la bodega del *Titanic,* empañan los cristales y dejan las huellas de sus manos —le expliqué, y puso cara rara.

—No he visto *Titanic,* pero creo que acaba mal —repuso.

—Venga, hagámoslo aquí dentro.

—Si quieres, alquilo uno igual para darnos el capricho —propuso.

—Eso no es arriesgado —repliqué, y me subí el vestido hasta

mostrarle el tanga.

Como él no terminaba de decidirse, me senté en el asiento trasero, dejando las piernas fuera y bien a la vista. Y no solo eso, también comencé a acariciarme las tetas por encima del vestido.

—Siena... —Resopló evidenciando sus ganas y su cautela.

—Finley... —musité mimosa, y me humedecí los labios. Una invitación muy descarada—. ¿Me vas a dejar así... tan... excitada...?

—Maldita sea —masculló—. Déjame entrar.

Nos metimos en el amplio asiento trasero del Bentley y cerramos la portezuela para que se apagara la luz interior. De aquella forma obteníamos privacidad y creábamos un ambiente más sensual. Finley se sentó en medio y se desabrochó los pantalones con rapidez antes de agarrarse la polla para que yo me subiera a horcajadas, pero, con el vestido que llevaba, me resultó complicado y tuvo que ayudarme para que me deshiciera del tanga.

Enseguida me acomodé sobre él y lo sentí dentro, ya que no había necesidad de prolongar los preliminares. Yo estaba cachonda y él, empalmado. Solo existía un camino y comencé a montarlo con brío. Finley me sujetó de las caderas para que el contacto fuera el mayor posible. Los gemidos de ambos fueron intensificándose al igual que nuestras ganas de alcanzar el clímax. En un momento dado, él me bajó la parte delantera del vestido para poder mordisquearme los pezones y causarme aquel ramalazo de dolor que tanto me gustaba. Yo enredé las manos en su pelo y mantuve su cabeza bien pegada a mis tetas para que me hiciera cuanto quisiera.

—La hostia, Siena... —jadeó.

—Me encanta cuando me follas así —repliqué yo igual de jadeante.

Ambos éramos conscientes de que íbamos desatados y que en breve acabaríamos y, sí, la tentación de alargar un poco más aquel fantástico polvo se me pasó por la cabeza; sin embargo, resultaba igual de tentador correrse con rapidez.

Las manos de Finley guiando mis movimientos de cadera y sus empujes desde abajo, metiéndomela con fuerza y profundamente, hicieron que me corriera y que en apenas treinta segundos él se uniera a mí.

Nos miramos a los ojos y, pese a la oscuridad, me sentí tan tan amada que se me escapó una lágrima. Follar con Finley era estupendo,

inigualable incluso, pero la parte física era tan buena por la conexión que surgía entre ambos... o al menos es lo que yo pensaba.

Me besó, acunando mi rostro, hasta que nos relajamos del todo y nos separamos.

—Esto solo ha sido un aperitivo —me susurró.

—Lo sé —dije sonriéndole porque después, cuando llegáramos a nuestra suite, follaríamos de nuevo. Quizá con igual intensidad, pero seguro que más duradero.

Él fue el primero en salir del Bentley y adecentar su ropa. Yo me subí a la parte delantera y después me incliné para localizar el tanga. Con la mano acaricié la moqueta, aunque no encontré la prenda.

—¿Qué haces? —preguntó él impaciente, ya listo para marcharnos.

—No encuentro mi tanga —respondí agachada en una postura casi imposible y apurada porque, pasados los efectos de la excitación, empezaba a inquietarme.

Que nos pillaran follando era cuestionable a los ojos de la gente, pero que nos sorprendieran en un coche que no era el nuestro ya resultaría un escándalo.

—Joder...

Finley abrió la otra puerta trasera y comenzamos la frenética búsqueda.

Y nada, no aparecía.

—¿Dónde narices se ha metido? —pregunté frunciendo el ceño.

—Es un tanga, patas no tiene, maldita sea —farfulló mientras se pasaba a la parte delantera a buscarlo. Tampoco apareció, así que, a pesar de mis reparos, tuve que mentalizarme de ir por ahí sin ropa interior.

Finley, antes de irnos, limpió con su pañuelo las manijas y otras superficies que habíamos tocado. Utilizamos de nuevo las escaleras de emergencia para llegar a la sala donde se celebraba la fiesta y justo antes de entrar él gruñó:

—No sé si voy a poder soportar esto sabiendo que estás con el coño al aire.

Me reí, claro, y le di un beso rápido.

—Tranquilo, nadie lo sabrá y después será todo tuyo.

Una vez en la sala, me disculpé para ir al aseo, quería retocarme y asearme. Al entrar en los espaciosos baños me encontré a un par de

chicas esnifando entre risas. Saltaba a la vista que eran acompañantes de lujo. Me ofrecieron una raya y les di las gracias al tiempo que declinaba su oferta. Una cosa era beber licor de garrafón en la universidad (por cuestiones monetarias, obviamente) y otra probar la coca, más que nada porque al garrafón nadie se enganchaba... sin olvidar que es infinitamente más barato.

Finley, cuando follábamos de improviso, se cuidaba de no dejarme marcas evidentes, al menos no visibles, lo cual facilitó que pudiera recomponer un poco mi aspecto. Otra cosa muy diferente era el cosquilleo en mi sexo, y encima sin tanga.

Regresé al sarao y localicé a Finley hablando con una pareja con la que parecía tener bastante complicidad. Me acerqué y enseguida me rodeó la cintura con un brazo y me presentó. Siempre percibía cierto orgullo en su tono cuando decía:

—Ella es Siena, mi encantadora esposa.

Una fórmula muy cortés de hacerlo, de eso no cabía duda. Y bien supe después que solo estaba siendo correcto y manteniendo una fachada delante de mí.

Continué fingiendo que aquellas personas eran interesantes hasta que, cuando estaba disfrutando de una copa de champán, oí:

—¿Has visto el impresionante Bentley que se ha comprado el cardenal Espósito?

Me quedé clavada en el sitio.

—Joder cómo está el clero —añadió otro tipo con sorna—. Un Bentley Flying nada menos.

Y yo, que había bebido un sorbo para aligerar la garganta seca, escupí al atragantarme con la bebida, lo cual desembocó en que fuera el centro de atención.

Finley, más profesional, me dio unos golpecitos en la espalda para que recuperase la respiración normal. La velada siguió su curso y, para que todos vieran que estaba perfecta y de paso poder hablar sin ser escuchados, mi marido me llevó a la pista de baile cuando sonaba *Killing me softly*.

—Relájate —susurró mientras nos mecíamos al ritmo de la música.

—Para ti es fácil decirlo. Si encuentran el tanga, me moriré de vergüenza.

—¿Y cómo van a saber que es tuyo? —preguntó con aire

divertido.

—Por el ADN, Finley —repuse muy seria, y eso hizo que se mostrara aún más divertido.

—Qué exagerada eres. —Noté su mano sobre mi trasero acariciándome de una forma que solo se podía calificar como de imprudente. Incluso recorrió con el dedo la separación de mis nalgas, donde supuestamente tendría que estar la tira del tanga—. Pero si te quedas más tranquila, me ocuparé del asunto.

En aquel momento, bailando con él una canción lenta, rodeados de gente adinerada (con acompañantes de lujo, claro) y, por tanto, incapaz de analizar con nitidez sus palabras, yo me sentí segura sin comprender el verdadero alcance de «me ocuparé del asunto».

Capítulo 25

En la actualidad
Sala anexa al almacén, edificio principal del resort,
Islas Maldivas
22.35 horas

FINLEY

Mientras recorro la suave piel de su escote con los labios y oigo sus gemidos me doy perfecta cuenta de que Siena no es consciente de la sexualidad que rezuma y de cómo me afecta.

O sí se da cuenta, joder, aunque no es consciente del potencial, por lo que eso me salva de no caer de rodillas. Y a punto estoy de suplicar cada maldita noche durmiendo a su lado o de hablar más de la cuenta.

Ha sido una noche extraña, satisfactoria desde el punto de vista laboral, pero sé que para Siena semejante tensión resulta perjudicial. No está habituada a ella. Y con todo, ha superado mis expectativas.

Cuando me he acercado para abrazarla, la única intención era reconfortarla, transmitirle mi apoyo y que se sintiera mejor. Sin embargo, como me ocurre siempre que la toco, pierdo parte del control y ya, cuando uno mis labios a los suyos, me vuelvo avaricioso y quiero más.

Sé que está cachonda y lo demuestra con sus gemidos y manoseándome por encima del pantalón; de inmediato me vienen a la cabeza recuerdos imborrables sobre lo que Siena, si se lo propone, es capaz de hacerme con las manos y con la boca.

No nos encontramos en el lugar más propicio para follar; no obstante, teniendo en cuenta las circunstancias, la encimera de acero inoxidable es tan buena como cualquier otra superficie, así que empujo con decisión a Siena, sin dejar de besarla y tocarla, hasta que nos topamos con el mueble y una vez allí susurro:

—Necesito follarte...

Ella me aprieta la polla por encima del pantalón y gime contra mis labios. Joder, no se hace una idea de cuánto la deseo. Podría haberme tirado a cualquiera de las loros que pululan por el resort (he recibido ofertas elocuentes); ahora bien, pese a las reiteradas negativas de Siena, no he caído en la tentación. Y eso que no le debo fidelidad y que en otros tiempos ni me lo hubiera planteado.

Dejo de tocarle el culo y la sujeto de la cintura con la intención de elevarla lo suficiente como para sentarla en la encimera. Entonces oigo el ruido inconfundible de unos pasos seguidos del chirrido característico de una puerta, lo que hace que Siena alce la mirada y la expresión de sus ojos no me gusta nada.

—Maldita sea, he estado a punto de ceder —dice entre jadeos, frunce el ceño y me empuja para que deje de tocarla.

—Joder —farfullo sin poder contenerme, inspiro hondo con la vaga intención de asumir la situación y, al no conseguirlo, doy un golpe en la encimera y exclamo—: ¡Joder!

Ella, con rapidez, se coloca bien el vestido. No sé quién será el hijo de puta que ronda por ahí, pero me ha puteado bien. Dudo que sea uno de mis colaboradores, saben muy bien cómo mantenerse en un segundo plano hasta que yo indique lo contrario... salvo que se trate de una emergencia, obviamente.

—Me descubro ante ti, Finley —dice conteniendo su frustración, y soy consciente del debate interno que la tiene descolocada. Me desea pero hace todo lo posible por negarlo. Más de una vez oigo sus gemidos en la ducha mientras se masturba.

—Ahora no es el momento de tus paranoias —le espeto controlando mi propia frustración.

—He estado a punto de sucumbir a tus artimañas de seductor barato.

—¿Barato? —mascullo fulminándola con la mirada—. Me ofendes, este sitio no es precisamente un motel de carretera —replico con sorna.

—Puede que utilices el envoltorio más ostentoso que tu dinero ganado con cuestionables medios puede pagar, no lo dudo. Aunque te adelanto que en el fondo eres igual que tantos otros.

—No me compares —digo, y me peino con los dedos—. Lo deseas tanto como yo. No te estoy engañando.

—¿No? ¿De verdad? —se guasea.

—Vas a pensar mal de todos modos.

—Me refiero a tu vil maniobra de despiste —puntualiza, y da unos pasos para mantenerse fuera de mi alcance.

—Creo que me he perdido, querida. No estaba despistándote, pretendía follar contigo. La diferencia es evidente, ¿no te parece?

—Ya, claro, y yo me chupo el dedo.

—Preferiría que me chupases la polla —alego, y ella gruñe.

Ya debería saber que las batallas dialécticas no me suponen ningún problema y que por lo general ella las pierde. Bien es cierto que replica con vehemencia, lo cual por lo general me entretiene.

Esta noche no.

—Tu intención es clara: además de echar un polvo, pretendes que no haga preguntas —afirma, y añade utilizando un tono de burla—: Pobrecita Siena, vamos a darle un caramelito como premio porque la hemos utilizado, aunque nosotros, los machotes, hemos hecho el trabajo serio.

—Cómo te gusta el melodrama —suelto, y, si bien sigo empalmado, porque discutir con ella me produce este efecto, de alguna manera tengo que parar esta tontería de conversación—. Y para que lo sepas, tu colaboración ha sido fundamental.

—No seas condescendiente —arguye—. Solo he sido un adorno, un peón sin voz ni voto. Eso sí, te has gastado una pasta adornándome, porque este modelito tiene que costar un huevo y la yema del otro.

—A ver, Siena, métetelo en la cabeza: tu cometido es seguir mis instrucciones —le recuerdo.

—Algo que he hecho al pie de la letra. Lo que me joroba es que tú y tus secuaces me habéis mentido, vuestro plan era otro.

Me pellizco el puente de la nariz antes de hablar.

—Era lo mejor, por si… —Estoy a punto de decirle «por si te equivocabas», pero sé que eso la cabreará más, por lo que reconduzco la explicación—: Por si algo se complicaba.

—¿Por si surgía algún peligro?

—En efecto —corroboro.

—Ya… ¿y no se supone que tus secuaces me estaban protegiendo?

Ya sabía yo que no iba a resultar sencillo.

—Es lo habitual en estos casos. No le des más vueltas.

Frunce el ceño, está casi convencida. No obstante, sé que es perspicaz y espabilada, así que le dará más vueltas al asunto.

—Lo que pasa es que no te fiabas de mí.

«No al cien por cien», pienso.

—Sí, he confiado en ti —miento a medias, claro.

—¡Ja! —se burla, y me muestra el dedo corazón—. Me sigues tomando por imbécil, Finley. Lo has organizado todo a mis espaldas, pero, mira, me la refanfinfla. Si al final has conseguido tu objetivo, eso significa que esto se ha acabado.

—El operativo siempre es lo primero —afirmo, y Siena me hace una pedorreta.

—¿Y cómo habéis dado el cambiazo? Se suponía que no era posible conseguir una reproducción del colgante en tan poco tiempo.

Esa excusa le di, así que ahora toca adornar la verdad.

—Tuvimos un golpe de suerte, conseguimos que nos la terminaran a tiempo.

—¿Y por qué no me informaste? —inquiere.

—La idea era que tú parecieras inocente en todo momento. Imagina que ese imbécil se hubiese dado cuenta cuando fueras a robarle el colgante y te pillara con las manos en la masa. ¿Cómo te podría haber salvado yo? Tal como lo hemos hecho, si la persona que ha dado el cambiazo hubiera fallado, tú seguirías siendo inocente y Spencer jamás podría ir a por ti.

—O sea, que he tenido que soportar las babas de ese idiota para ser una simple marioneta —replica, y percibo su dolor.

Lo que dice es cierto; sin embargo, no voy a admitirlo.

—Ver cómo te tocaba ha sido una mierda, Siena. Créeme, ganas de partirle la cara no me han faltado.

—Ya, claro, machito peleón al rescate. Que no falte la absurda posesividad, como si eso lo explicara todo.

Niego con la cabeza.

—En teoría es un detalle que las mujeres suelen agradecer.

—Algunas preferimos la sinceridad, fíjate qué raras somos —me rebate con chulería y, lo siento, me es imposible no sonreír.

—No cambies nunca —le pido, y ella me mira desconfiada.

—Otra vez lo has vuelto a hacer. O me seduces o me das coba para eludir la cuestión —me reprocha, y no le falta razón.

—Anda, siéntate, que luego te quejas de dolor de pies.

—Y con motivo, estos tacones son un martirio.

Saco el móvil y envío un mensaje a mi colaborador para que se acerque. Está al tanto de todo, así que podré hablar del trabajo sin cortapisas.

—El camarero cañón —lo saluda Siena cuando entra.

—Hola, Ben —lo saludo yo.

—Aquí está el ordenador del cliente para comenzar la transmisión —indica Ben dejándomelo delante. Siena me mira sin comprender, por lo que le explico—: Es un procedimiento estándar, para asegurarse de que no hay filtraciones.

—¿Fuiste tú el del cambiazo? —le pregunta a Ben, y le hago un gesto para que responda.

—Sí.

—Buen trabajo —lo felicita ella.

Saco el colgante y extraigo la memoria.

—Gracias, señora Tremair.

Sé que a Siena le gusta muy poco que la llamen así (no entiendo por qué), pero en esta ocasión no protesta, se limita a sonreír a mi colaborador.

Mientras se enciende el ordenador, Ben y ella hablan de cosas sin importancia, aunque me doy cuenta de que Siena intenta sonsacarlo. La admiro, de verdad; ahora bien, él está entrenado para dar rodeos y no decir nada.

Ni siquiera me fijo en la diferencia horaria, pues el cliente quiere resultados, así que enseguida se establece la conexión. Ben se encarga de que Siena no esté en el plano y así yo pueda hablar.

No hace falta entrar en detalles, todos sabemos de qué va esto, así que, tras unas frases de fría cortesía, conecto la memoria al portátil. En pantalla aparecen un sinfín de archivos, eso sí, codificados, algo de lo que se encargarán los informáticos del cliente... y los míos, pues no voy a ser tan tonto como para no echar un vistazo.

El cliente me da las gracias de forma seca, escueta, y me confirma que antes de una hora estará transferido todo el dinero a mi cuenta. Me pide que destruya el dispositivo delante de la *webcam* y lo hago sin dudar, machacándolo con un cenicero de cristal que me pasa Ben hasta que queda inservible. Corto la conexión y apago el portátil, que le entrego a Ben para que se encargue de devolverlo.

Cuando Siena y yo nos quedamos a solas, ella pregunta

frunciendo el ceño:

—¿No ibas a echar una miradita a los sucios secretitos de un pez gordo?

—Te mueres de ganas por saber qué hay, ¿verdad?

—Hombre, teniendo en cuenta mi contribución a este trabajo, qué menos. Pero ya veo que el dinero manda y nos quedaremos con las dudas.

—Anda, volvamos al bungalow —propongo, y sonrío.

Ella no sabe, como tampoco Ben ni el cliente, que antes me he encargado de hacer una copia.

De camino, vemos cómo la fiesta sigue en pleno apogeo y nos cruzamos con un Joe borracho que insulta a Siena. No le doy opción a repetir sus palabras cargadas de odio y lo agarro de la pechera para advertirle:

—Si vuelves a insultar a mi mujer, tendrás problemas.

—Suéltalo, Finley. ¿No ves que está dolido por lo que le ha hecho Spencer? —intercede Siena tirando de mi brazo para que afloje la presión.

—Pues que se joda —replico, y Joe, además de tambalearse, hace unos ruidos extraños antes de vomitarme encima—. ¡Joder, qué puto asco!

Me aparto como si el hombre fuera radiactivo y, de verdad, no sé qué hacer porque tengo la ropa salpicada de vómito. Tocarlo es asqueroso.

—¿Estás bien? —le pregunta Siena ayudándolo a sentarse.

—Oye, cariño, ¿no deberías preocuparte de mí? —pregunto con sorna.

—Lo siento —lloriquea Joe avergonzado, aunque sigue mirando a Siena con rencor.

—Venga, no pasa nada. Te llevamos a tu bungalow —propone ella resuelta, como si fuera una buena samaritana.

—Ni hablar —me opongo con firmeza—. Que se busque la vida.

—Ayúdame —exige ella para que lo sujete del brazo y entre los dos lo arrastremos.

Mascullando todo mi mejor repertorio de exabruptos, ayudo al tipo que, además de insultar a mi mujer, me ha vomitado encima (no sé cuál de las dos acciones es peor) a caminar de mala manera hasta llevarlo a su cabaña. Siena, como si le fuera la vida en ello, se encarga

de acostarlo en la cama cuando yo lo hubiera dejado tirado en el porche.

—Trae algún analgésico de su neceser y agua, para que, cuando se despierte, pueda tomarlos.

—No me jodas... —protesto mirando al hombre hecho un guiñapo sobre la cama.

—Husmea un poco en sus cosas si quieres —sugiere—. Para que te sientas mejor.

La idea no me desagrada y voy al cuarto de baño. Tal como me había dicho Siena, aquí hay pastillas a mansalva, algunas difíciles de conseguir si no tienes receta y un médico de confianza. Como cualquier información es buena, hago fotos con el móvil de todo, incluyendo las etiquetas en las que se lee claramente quién es el paciente y su contenido.

Después, algo más contento por este bonus, regreso junto a Siena y veo cómo se ha encargado de desnudar a Joe y arroparlo.

—Conmigo no eres tan atenta —le digo, y dejo las pastillas en la mesilla.

—Nunca te he visto borracho, supongo que esa faceta la dejas para tus otras esposas.

—Vámonos, que al final nos pillan —mascullo.

Lo primero que hago nada más entrar en nuestro bungalow es desnudarme e ir directo a la ducha. Además de enjabonarme a conciencia para quitarme el puto olor a vómito, me ocupo de otro asunto y es aliviarme, porque soy plenamente consciente de que Siena se negará a admitir que me desea. «Desde luego —pienso mientras comienzo a meneármela—, en esta ducha ha habido sexo individual al por mayor.»

Como era de esperar, con el calentón acumulado que llevo (en cuanto regresemos a casa le pondré fin: o follo con Siena o con cualquier otra), con cuatro sacudidas me corro y, bueno, algo más relajado sí estoy; eso sí, no lo suficiente.

Al abandonar el baño me encuentro a Siena en la terraza trasera, aún con su vestido de noche, descalza, mirando la playa.

—¿Volvemos mañana? —pregunta en voz baja.

—No, hay que disimular hasta el final —respondo acercándome, y me quedo a su espalda con unas ganas inmensas de rodearla con los brazos.

—Es complicado asimilar que estemos en un lugar con tanto encanto y no lo disfrutemos —reflexiona.

—Porque tú te empeñas en no hacerlo —alego sin alzar la voz.

—¿Te la has meneado en la ducha?

—Ya conoces la respuesta.

—Bueno, pues ahora que estás relajado, explícame cómo te las has ingeniado para quitarle el colgante.

—Tengo algo mucho mejor, ven.

En otras circunstancias no confiaría en ella y, ya puestos, en nadie; no obstante, sé que Siena no desvelará nada de lo que voy a mostrarle.

Enciendo mi tableta y, tras teclear el código de acceso, lo primero que hago es apagar la conexión a internet, nada de riesgos. Ella se sienta a mi lado y observa en silencio mientras trasteo para intentar descodificar algunos archivos hasta que lo consigo con algunos (admito que no creía que me resultara tan sencillo) y acto seguido abro la carpeta que contiene fotografías y se las muestro.

—Oh, joder, ¿ese no es...? —murmura Siena, sin duda perpleja.

—El cliente —la interrumpo.

Dejo que mire el resto, imágenes subidas de tono en las que Spencer y el cliente follan en diversas posturas, algunas casi imposibles. Yo ya tenía una ligera idea de qué iba todo esto, pero sin duda lo más interesante será analizar los documentos, las cláusulas de algunos contratos que, de hacerse públicas, dejarían a la altura del betún a un importante productor, que en un momento de arrebato sexual firmó para que un actor famosillo le comiera la polla, literalmente.

—Qué gentuza —murmura Siena devolviéndome la tableta sin disimular que todo esto le repugna.

—¿Desde cuándo eres homófoba?

—No lo soy —se defiende—. Lo que me molesta es la actitud de estos tipos.

—Es lógico que prefieran mantener el secreto.

—¡Ja! Son unos hipócritas —afirma, y se pone en pie. Es inevitable apreciar cada curva de su cuerpo y no desearla—. Un tipo que se da golpes de pecho, defensor de la familia tradicional y que presume de mujer e hijos ideales, se enrolla con un actor que no hace ascos a nada con tal de medrar. Y cuando se da cuenta de que lo

chantajean, en vez de asumir que sí, que es gay, o galletero...

—¿Perdón?

—Galletero. Gay y hetero —me aclara, y entonces recuerdo que una vez ya lo había hecho—. El santurrón te contrata para que destruyas las pruebas y quitar de en medio a un pésimo actor que no vale ni para tacos de escopeta.

—Has hecho el resumen perfecto —afirmo con una sonrisa.

—¿Y no te asquea participar de estas maniobras tan torticeras?

—Yo no soy juez, Siena, solo un empresario. Me pagan por un trabajo y punto. No cuestiono.

—De ahí que te hayas hecho una copia de todo —me acusa.

—Por supuesto. Son seguros de vida.

—Traducido: no te fías de ellos.

—Claro que no —le confirmo—. Son gente poderosa, capaz de todo para mantener sus privilegios. Nadie duda de que están podridos; cometen irregularidades, pero tienen el dinero y las influencias para borrar sus huellas y que no se sepa.

—¿Qué tiene de malo ser gay?

—Nada, joder —respondo—. Lo que ocurre es que, en ciertos círculos, sigue siendo algo tabú. Hay que dar una imagen tradicional.

—Y tú los ayudas.

—Por un buen precio, que no se te olvide —alego sin inmutarme porque es así.

—Qué asco, de verdad. Y encima me obligas a participar en estos tejemanejes —se queja y me dedica una sonrisa torcida—. Me voy a dormir, por hoy ya he tenido suficiente dosis de cinismo e hipocresía para todo el año. Buenas noches.

Capítulo 26

En la actualidad
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
14.50 horas

SIENA

Aquí, de nuevo en el dormitorio (jaula de oro) sola y pensando en cómo afrontar lo que me queda de condena. Pensaréis que soy una quejica porque no me va a faltar de nada, vivo rodeada de lujos y además dispongo de ciertos privilegios. Vale, hasta ahí de acuerdo; no obstante, miradlo desde otro punto de vista: todo pertenece a Finley, él decide qué se hace y qué no; si quisiera largarme, no me lo permitiría. ¿Ahora lo veis de igual manera?

Yo nunca quise ser una mujer mantenida; mis padres hicieron esfuerzos para que estudiara y así labrarme un futuro laboral aceptable y, sobre todo, independiente. Sin embargo, miradme ahora, aquí, mano sobre mano esperando a que mi marido diga en primer lugar dónde debo ir y en segundo... bueno, a saber qué se le ocurre.

Cojo el móvil. Finley se las ha ingeniado (o alguno de sus acólitos) para recuperar el número de siempre, lo que significa que vigilará mis comunicaciones, pero ya me da igual.

Tengo un montón de mensajes pendientes de contestar, lo cual me da mucha pereza porque hoy no soy la alegría de la huerta. Aun así, comienzo con los de mi madre. Llevo días sin contarle nada, así que le hago un resumen edulcorado de lo que he hecho para que no se preocupe.

También hay algunos de mis amigas de Pardueles poniéndome al día sobre las novedades del pueblo. Por lo visto la política del alcalde para fijar población está funcionando y han llegado tres familias con niños más al pueblo.

Qué ganitas de ir y pasar unos días allí con mi gente. Estar

rodeada de cotillas me parece mucho mejor que de ricos viciosos e hipócritas. Al menos esta gente no va jodiendo la vida de los demás aprovechando su riqueza. Vale, ahora me preguntareis: ¿en Pardueles no hay hijos de puta? Pues sí, más de uno y más de una. Pero la diferencia es que los tenemos más o menos controlados. La época del caciquismo ya ha quedado atrás.

Y, cómo no, están los mensajes de Andrea. Me confirma su embarazo y que ya ha tomado una decisión. Se ha cogido unos días de vacaciones, para alejarse de su trabajo y para evitar que alguien sepa qué va a hacer. Está en España.

Le escribo:

> Cariño, me gustaría estar ahí contigo y pasar
> el trance juntas. Descansa, no te sientas culpable.
> Has sido muy valiente.
>
> Te quiero mucho.

Y, tras las palabras, un sinfín de iconos de corazones y besos.

Me quedo con un sabor agridulce. Apoyo incondicionalmente a Andrea, es su decisión, su vida y su cuerpo. Nada que objetar, y de ahí el sentimiento porque sé que es algo que siempre tendrá presente.

También hay más correos y mensajes; de clientes, algo que podría parecer extraño, pues llevo mucho tiempo sin ocuparme de Tremair Import & Export. Por lo visto hice muy bien mi trabajo y hay quienes solicitan de nuevo mi presencia en algunos saraos. Sí, para fiestecitas estoy yo ahora.

Doy por hecho que la gente de Finley se ocupó de enviar un mensaje corporativo explicando mi baja en la empresa... Una de esas cartas tan diplomáticas y llenas de eufemismos tras la que nadie hizo preguntas.

Por si acaso acabo redactando una contestación elegante, pues tampoco es plan mandar a paseo a la gente adinerada. Una cosa es putear a Finley si surge la oportunidad y otra joderle los negocios. Es más gratificante hacerlo en privado y directamente.

Desanimada y con el deber cumplido, salgo del dormitorio y me dirijo a la cocina, donde me encuentro (cómo no) con Erika, la asistente personal e informadora de Finley.

—Buenas tardes. ¿Desea que le prepare algo de comer, señora

Tremair?

Qué cabrona, sabe cuánto me escuece.

—Ningún pobre necesita criado —le espeto, no porque me guste ser maleducada, sino porque ella es una chiche de cuidado.

Me preparo un bocadillo rápido y me acomodo en uno de los taburetes junto a la encimera para comérmelo. Observo a Erika, que a saber lo que hace con su tableta. No me pasa desapercibido que también me observa e incluso frunce el ceño. Así que, como no tengo nada mejor que hacer hasta que Finley lo decida, pregunto:

—¿Por qué te caigo tan mal?

—¿Necesita algo más? —Que me responda con otra pregunta es una señal de lo poco que le agrado a esta mujer (algo que percibí el primer día que puse un pie aquí) y entonces caigo en la cuenta de que puede haber un motivo más viejo que la orilla del río: los celos.

—Debe de ser muy duro estar enamorada de un hombre que no te hace ni caso, al que cuidas con mimo y que se casa con otra.

Me fulmina con la mirada. ¿He dado en el clavo?

—No sabe de qué habla.

—Pues explícamelo tú. Desde que llegué aquí te has esforzado por hacerme sentir incómoda y, además, sé que dabas cumplida cuenta de mis movimientos a Finley.

—Si el señor Tremair pregunta, no voy a mentirle.

—Claro que no, Erika, pero ¿qué otro motivo hay?

El bocadillo se me está haciendo bola, así que me acerco al frigorífico para servirme algo de beber. Me gustaría un zumo de naranja, pero odio el que viene envasado en esas enormes garrafas y tampoco voy a pedirle a Erika que me exprima uno. Me conformaré con agua.

—Solo hago bien mi trabajo —se defiende.

—Vale, lo que tú digas —replico. Ella sigue tratándome de usted, aunque yo no pienso hacerlo—. Pero, tranquila, en cuanto pueda, me largo y Finley será todo para ti.

—Yo no estoy enamorada de él —arguye, y deja a un lado su tableta para enfrentarse a mí.

—Pues entonces, si no estás loquita perdida por mi marido, es que eres su madre biológica y él no lo sabe. Estás aquí para cuidarlo y evitar que lagartas como yo se aprovechen de él.

—No sé qué es una lagarta, señora Tremair. Y, se lo ruego, no

invente —me espeta tan siesa como ella sola.

—Habla con libertad, digas lo que digas no va a cambiar nuestra relación. No nos soportamos y yo me iré. Así que, venga, desahógate, Erika.

Se queda callada; tonta no es y sabe a lo que se arriesga. Cabrear a la mujer del jefe no es moco de pavo. Yo he sido sincera, represalias no voy a tomar, no merece la pena. Allá cada cual con su vida.

—Usted no es buena para él —dice en voz baja al cabo de un rato.

—Probablemente no —coincido—, aunque él tampoco es bueno para mí.

Por su expresión deduzco que no esperaba una réplica semejante.

—Él la quiere, demasiado. Se preocupa por usted, se lo da todo, le consiente los caprichos...

—¡Jopé!, me pintas igual que una tonta del culo frívola.

—Ni siquiera acepta llevar su apellido, cuando otras lo harían con orgullo.

—Es que yo ya tengo un apellido, Erika, el mío; no necesito el de un hombre para sentirme mejor —le explico, aunque este concepto no lo entienden aquí—. Y ya puestas, tampoco me casé con él para vivir de su dinero.

—El deber de un hombre es proveer a su esposa de todo lo necesario y que ella esté agradecida.

—Con estas manitas —las muevo para dar más énfasis a mi discurso—, soy capaz de ganarme el sustento.

—Usted le causó mucho dolor al señor Tremair —afirma—. Demasiado —añade y, bueno, esto se pone interesante.

—Nunca fue mi intención —me disculpo—. Aun así, en un matrimonio, siempre hay dos versiones.

—Me refiero a cuando él regresó de... —Se detiene para inspirar hondo. Me fijo en sus ojos y parece que contiene las lágrimas.

—¿Sí? —la insto a proseguir.

—Pensábamos que estaba muerto y usted, en vez de esperar aquí, se largó sin más.

Uy, uy, uy, aquí hay tomate, como diría aquel. Sus palabras han sonado a reproche y de los gordos. Si me fui fue porque así me lo exigía él en la carta que me entregó Steven. ¿Erika estaba al tanto de la carta desapasionada que escribió Finley?

—Y él regresó, herido, y lo primero que hizo, tras recuperarse, fue buscarla —apostilla.

Joder, esto no cuadra. Hagamos un resumen: yo me largo a España, desaparezco, me busco la vida, escondo los documentos que saqué del despacho de mi marido, trabajo en empresas de mierda y mientras Finley regresa aquí, reorganiza sus asuntos, yo alquilo una buhardilla cutre, él no me encuentra, yo noto que alguien ha husmeado en mis cosas al poco de establecerme, percibo que me vigilan, intentan manipularme...

—Hice lo que se me indicó —le rebato, y no sé por qué me justifico.

—Debió regresar a cuidarlo —sentencia Erika.

Esto último no me lo esperaba. Me odia, así que lo más lógico es que bailara una sardana (o lo que bailen en su pueblo) al saber que yo me esfumaría de la vida de Finley.

—Dime una cosa, Erika, y, por favor, sé sincera —le pido, y como veo que está afectada utilizo un noto amistoso—. ¿Cuánto tiempo estuvo convaleciente?

—Unos meses, le costó mucho recuperarse del todo —responde, y yo voy hilando una hipótesis.

—Vale, ¿en algún momento se marchó de viaje durante su convalecencia?

—No —contesta rotunda—. Estuvo en casa todo el tiempo.

—¿Y cuándo regresó a sus actividades?

—Alrededor de seis meses después —afirma, y no tiene por qué mentir.

A ver, a ver, que me estoy liando. Yo notaba, cuando regresaba de mi cutre-empleo, que alguien había entrado en mi buhardilla. También me despedían sin un motivo justo (yo no pedía explicaciones para evitar problemas) al poco de empezar. Y esto ocurrió poco después de alquilar la buhardilla, así pues, ¿quién miente aquí?

—¿Cómo sabías que Finley no me había encontrado?

Es otra posibilidad, aparentar delante de todo el mundo ser el marido abandonado por una pérfida española que no usaba su apellido. Suena a culebrón, pero dejadme en paz. Como dice Finley, a lo mejor me gusta el melodrama.

—Al estar convaleciente, mandó a su abogado que la buscara y él no traía buenas noticias. Lo vi desesperado, encerrado en su despacho,

pidiendo favores a mucha gente... Usted no es buena para él.

Esto último ha sonado a acusación.

—¿Steven era el encargado le localizarme? —inquiero solo por asegurarme.

—Siempre se ocupa de los asuntos delicados de su marido, señora Tremair —replica, y mira qué lista es y cómo ha aprovechado para meter la cuña—. Y como él no podía ni viajar...

Oye, puede que Erika sea una petarda estirada, con una meta en la vida: la de servir a su amo y protegerlo de mujeres como yo; con todo, si bien es una siesa y una pedorra, no la veo conspirando en mi contra, incluso diría que se preocupa de verdad por Finley. Su tono ha sido muy sincero.

Erika es más de morderse la lengua y ponerme cara de perro para hacerme sentir incómoda o culpable, no de ir como una chivata a contarle cada pedo a su señor. Claro que a lo mejor es el señor quien la interroga para saber qué hago en cada momento y no tiene más opción que cantar *La traviata*. No sé, no sé... Así que hago lo que menos se espera de mí. Me acerco a ella y, sin mediar palabra, le doy un abrazo.

Porque a lo mejor es otra víctima de los tejemanejes de mi marido y de Steven.

—Gracias por todo y por cuidar de Finley.

Erika se queda ojiplática, no es para menos. No se muestra muy proclive a devolverme el abrazo, aunque tampoco se resiste.

Yo, con el runrún en la cabeza, voy en busca del señor de la casa. Intuyo que está en su despacho y a medida que me acerco confirmo mi teoría porque se oye una de sus canciones favoritas: *With or without you*. Lo encuentro concentrado en su portátil. He entrado sin llamar, algo que no debe hacerse, aunque a estas alturas ya da igual.

—¿Has descansado? —me pregunta tras bajar el volumen.

Entre el viaje y el desajuste horario, estoy hecha un cromo viejo.

—Más o menos.

—¿Y qué se te ofrece?

—Conocer cuál es mi próxima misión —replico con chulería, y me siento frente a él, que sonríe.

Me importa un pimiento, por supuesto; no obstante, de alguna manera debo iniciar la conversación con él.

—Tenía la vaga esperanza de que hubieras reconsiderado nuestra

situación matrimonial y hubieras decidido quedarte conmigo.

—Sigue soñando, es gratis —respondo sonriendo porque lo ha dicho con gracia—. Antes quería hablar contigo de otro asunto.

Finley se recuesta en su sillón y me mira. Hoy parece más joven y todo porque, en vez de llevar un traje de señor serio, va con una camiseta de Nirvana un tanto ajada, despeinado y con pantalones de chándal grises. El cuarentón que aún se conserva bien; él lo sabe. Y yo preferiría ser inmune.

—¿Qué te preocupa?

—Quiero que seas sincero, ¿de acuerdo? Es importante para mí.

—Lo intentaré —contesta.

—Haz un esfuerzo, anda, que no te va a matar decirme la verdad.

—Lo intentaré —repite sonriendo.

—Cuando regresaste de tus peripecias africanas en las que casi pierdes la vida, ¿cuánto tiempo tardaste en localizar mi escondite en España? —pregunto buscando sus ojos y manteniéndole la mirada sin pestañear.

Frunce el ceño, mi pregunta lo ha descolocado. Cuando se dignó hacer acto de presencia en el despacho de mi abogado, dijo que yo había tardado un año en conseguir que él se reuniera conmigo. ¿Decía la verdad o solo trataba de dar una imagen de tipo duro que oculta cualquier indicio de lo que se considera debilidad?

—¿Y eso a qué viene ahora? —indaga, y así evita responder. Una maniobra tan habitual en él que ni me molesta.

—Dame el gusto y contesta.

—Ya sabes qué tipo de gusto puedo darte.

Pongo los ojos en blanco.

—Finley, si quisiera echar un polvo contigo, no tocaría temas sensibles, solo me desnudaría delante de ti.

—También puedes desnudarte ahora... mientras haces las preguntas —me suelta, y se ríe—. Son dos acciones compatibles.

—No voy a utilizar mis encantos para sonsacarte información. Contesta —le exijo.

—¿Qué importancia tiene eso ahora, Siena?

—Para mí sí la tiene. ¿Cuánto tardaste en localizarme? —insisto.

De alguna manera he de contrastar versiones.

Se pone de pie y camina hasta el ventanal. Supongo que está buscando las palabras para no revelar más de la cuenta. Siempre lo

hace, así que mejor no lo presiono. Estiro la mano y cojo el portafotos que contiene la de nuestra boda.

—No fue sencillo. Tu móvil lo tenía una señora de la limpieza que no sabía nada de ti y que se acojonó cuando le pregunté qué coño hacía con él.

Eso cuadra, me deshice del teléfono en el mismo aeropuerto. Y también me cuadra, como ya sospechaba, que recuperó mis dispositivos.

—Sigue.

—Imaginarás que al no llevar el móvil y no usar tarjetas de crédito, era complicado rastrearte. Tampoco usaste las maletas que te compré. Te fuiste con una vieja bolsa de viaje.

—¿Pusiste localizadores en las maletas? —inquiero, y no sé de qué me sorprendo. Menos mal que no usé el carísimo conjunto que me regaló.

—Sí —responde sin inmutarse.

Ahora mismo no sé si prefiero al Finley mentiroso o al sincero.

—Vaya...

—Y ni se te ocurra culparme por ello, siempre me he preocupado por tu seguridad —se justifica.

Dejaré ahora el asunto de la seguridad porque me parece más un marcaje en toda regla.

—No te culpo —miento—. Eres así y no puedes o no quieres evitarlo. Ve al meollo de la cuestión —lo insto, y él vuelve a sentarse en su sillón.

—Tarde o temprano ibas a dejar un rastro, cualquier indicio de tu paradero, aunque confieso que fuiste muy lista, tus padres ni siquiera sabían dónde estabas... y Romeo tampoco.

—Ya sé que le buscas rollos por ahí y por eso mi hermano está tan contento y te considera el cuñado perfecto; sin embargo, dudo mucho que te contara él mi paradero.

—Porque tampoco se lo dijiste, ni a tu amiga Andrea —me recuerda con segundas.

—Ah, sí, Andrea, la misma a la que te quitaste de en medio para que no interfiriera en tus planes —le espeto con calma.

—Por cierto, ¿cómo le va?

—De puta madre —respondo, y me doy cuenta de que otra vez lo ha vuelto a hacer. Ha desviado la conversación—. Centrémonos,

¿cuándo me encontraste?

—Mucho más tarde de lo que hubiera querido —masculla, y se peina con los dedos tras sentarse de nuevo en su sillón.

Lleva el pelo más largo de lo habitual, supongo que, en cuanto vuelva a las andadas, pasará por su estilista y lo dejará estupendo. Su aspecto debe ser impoluto, en su mundo cualquier tendencia mínimamente hippy resulta sospechosa.

—¿Un mes, dos...?

—Alrededor de medio puto año sin saber de ti —revela con tono duro.

Me levanto del asiento negando con la cabeza y me inclino hacia él.

—Mientes —afirmo sin titubear.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Le recuerdo sus propias palabras en el despacho de mi abogado y resopla.

—No puedes culparme por querer intimidarte. Pero la verdad es esa, tardé casi seis meses en saber tu paradero.

—Es que soy muy lista... —murmuro.

—O muy tonta. Seis meses, Siena, sin saber nada —insiste, y me lo creo, lo cual me hace pensar...

—Eso no puede ser... —susurro repasando en mi cabeza aquellos días.

—Mira, Siena, se me escapa el motivo por el que ahora sacas este asunto a colación. Tanto si me crees como si no, estuve jodido pensando en que podría pasarte algo y yo sin ser capaz de protegerte.

—No te pongas los calzoncillos por encima del pantalón y guarda la capa de superhéroe en el armario, Finley. ¿Por qué iba a estar en peligro?

—¿Me culpas por cuidarte? —replica molesto.

—No, te culpo por mentirme y agobiarme. Pero esa sigue sin ser la cuestión, eres como eres, no te voy a cambiar. Si tardaste tanto en encontrarme, ¿por qué al poco de alquilar la buhardilla noté que me seguían y entraban a registrar lo poco que tenía?

—Eso no es posible.

—Joder que no, Finley. Estuve acojonada, ¿sabes? Porque tú o tus secuaces sois capaces de todo, hasta de llamar a las autoridades para que encontraran cualquier mierda que me incriminara.

—Yo jamás te haría eso.

—¿No? ¡Anda ya! Sé cómo te las gastas cuando alguien te toca la moral. ¿Por qué iba a ser yo una excepción?

—Admito que estuve furioso, maldita sea, aún lo estoy; sin embargo, tú no eres como el resto de la gente —afirma, y, no sé, parece tan sincero... Ganas de creerlo no me faltan porque de hacerlo me sentiría aliviada. Pero no, ni hablar; Finley sabe fingir como nadie. No debo olvidarlo.

—Recibiste clases de interpretación en la CIA, ¿verdad? —le espeto, y su reacción es brusca.

—¡Hostias! Ya vale, Siena.

Finley da un golpe en la mesa, abandonando su actitud calmada.

Joder, esto es muy serio.

—Supiste de mi escondite al poco de instalarme e intentaste primero engatusarme con obsequios y, al no surtir efecto, pasaste a atemorizarme, que me sintiera perseguida y así conseguir que volviera contigo.

Ni loca voy a recriminarle que también sufrí aquel acoso para que le devolviera lo que le birlé de su despacho, porque, de hacerlo, admitiría que me llevé la información que tanto desea recuperar.

—Te he dicho que no, joder, que no sabía dónde cojones te habías metido —reitera.

—Finley... que nos conocemos.

—¡Si no tenía ni puta idea de dónde estabas!

—¿Y quién se dedicó a joderme la vida? —pregunto.

—Yo tuve que permanecer recluido en casa, hecho una puta mierda por las secuelas —afirma, y eso cuadra siempre y cuando la versión de Erika sea la buena.

—Eso dice tu asistenta —murmuro.

—¿Has interrogado al servicio? —inquiere, y creo que no le molesta.

—Yo también puedo jugar a los agentes secretos —le respondo con ironía.

—Eso nunca es un juego —sentencia.

—Volvamos al meollo, que siempre me intentas despistar. Si estabas aquí recluido...

—Recluido y sintiéndome un inútil porque no sabía nada de ti y no podía protegerte —puntualiza.

Joder, qué lío. A priori su versión es sólida.

—Ya sé que te manejas mal en la incertidumbre —digo, y él asiente.

—Nunca te he deseado ningún mal, Siena —asevera mirándome fijamente.

Nos mantenemos la mirada, sin parpadear siquiera. En mi caso porque soy idiota, en el suyo porque está entrenado para mentirte a la puta cara sin despeinarse.

Y aun así...

—¿Crees que me estoy inventando esta película de mujer acosada?

—No —masculla con los dientes apretados tras un minuto (es lo que he calculado a ojo) de silencio.

Y entonces, por la expresión de Finley, creo que ha llegado a una conclusión. Por la cara que pone salta a la vista que es un duro golpe.

No hace falta decir el nombre del sospechoso en voz alta.

Capítulo 27

Siete meses atrás
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
09.30 horas

FINLEY

Nunca me he manejado bien en la incertidumbre; de ahí que, después de mi última conversación con Steven, decidiera que ya era hora (una vez repuesto de mis males, aunque sufriré secuelas durante algún tiempo más) de ocuparme en persona de encontrar a Siena. Es algo que debería haber hecho de no ser por las recomendaciones médicas (que en más de una ocasión quise saltarme y que, por insistencia de Erika, no hice) y los consejos de Steven.

Este insistía en que pidiera el divorcio de una jodida vez, que mi mujer era una hija de puta... algo que cabía esperar de gente como ella, pues según él pertenecía a una raza inferior. En ocasiones como aquella me cabreaba oír opiniones tan injustas dirigidas a Siena. Que fuera una hija de puta era una cosa, pero otra muy distinta que eso tuviera que ver con su origen. Si no fuera porque Steven era de absoluta confianza y un abogado cojonudo, me hubiera deshecho de él desde hacía tiempo porque no compartía ni una sola de sus opiniones racistas.

Yo era consciente de que la animadversión era mutua, por eso hacía ya tiempo que apenas coincidían, para evitar enfrentamientos, ya que Siena, si bien cuando se conocieron se callaba y fingía no oír los insultos, ya no le pasaba ni una. Y con razón. Ahora bien, para evitar conflictos yo prefería no posicionarme.

Steven tenía instrucciones claras de cómo actuar en caso de que yo no diera señales de vida durante más de cinco días y, en efecto, ante las malas noticias de mi desaparición y posible muerte, había iniciado el proceso tal como se diseñaba en cada operación. Incluso en

las que a priori no conllevaban grandes riesgos, seguíamos el mismo protocolo.

No obstante, existía un pequeño detalle y es que, al regresar vivo, ya carecía de sentido todo el proceso y quería recuperar a Siena. Con todo, un inconveniente me trastocó los planes y es que ella había decidido ir por libre... algo que ni se me había pasado por la cabeza que haría. Mi esposa, hasta el momento, se había mostrado sensata, obediente (sin caer en el servilismo) y nunca me había dado muestras de rebeldía (más allá de pequeños episodios u opiniones). De ahí que, pese a mis cálculos, no ponderé la posibilidad de que ella accediera a mis archivos y, en consecuencia, sacara sus propias conclusiones.

Lógicamente entre los archivos se guardaban documentos que no admitían explicación... o sí, pues podían explicarse con calma y desde mi perspectiva. Informes sobre operaciones que, si bien eran de dudosa legalidad y por supuesto ninguna ética, no la involucraban de forma directa. Ahora bien, los relativos a ella, su familia, su entorno... suponían un gran riesgo. Interpretó, como era de esperar, que yo era una especie de cabrón controlador que llevaba una doble vida y ella era tan solo un peón en mi tablero de ajedrez. Pues sí, visto desde fuera, era un resumen cojonudo; no obstante, quedaban los matices. Y ni que decir tiene que los relativos a mis otras identidades daban la puntilla.

Por supuesto existía una explicación, pero ya era demasiado tarde y la confianza de Siena en mí se había quebrado por completo.

Lo que nunca imaginé fue que la iba a echar tanto de menos, incluso sabiendo que antes de irse me había traicionado o, al menos, jodido a base de bien llevándose información relativa a mi trabajo. Pero hasta estaba dispuesto a pasar aquello por alto con tal de encontrarla y tenerla conmigo y, de paso, obviamente, recuperar los archivos y comprobar que no habían caído en manos equivocadas.

La idea de que estaba en peligro, quizá extremo, me rondaba por la cabeza y, cada vez que Steven se reunía conmigo, yo contenía la respiración.

Tenía demasiados asuntos pendientes, tales como calmar a clientes a los que les había llegado la noticia de mi desaparición o recuperarme física y emocionalmente, algo que con ella al lado me habría resultado más llevadero.

Tras pasar aquel infierno me hice innumerables pruebas médicas

y los resultados no fueron nada buenos. Por la mierda (literal) en la que me había visto sumergido, tenía hasta parásitos intestinales y sufría fiebres espontáneas que me dejaban hecho un guiñapo y me obligaban a guardar reposo. De ahí que, pese a mis deseos, no pudiera ir en su busca.

Transcurrido un tiempo por fin me sentí con fuerzas, tras dejar atrás infecciones y demás, para viajar, y lo primero que hice fue poner rumbo a España. Era, según las informaciones de Steven, donde le habían perdido la pista y también el sitio más lógico donde refugiarse tras descartar que se reuniera con su amiga Andrea en Estonia.

Había quedado con mi cuñado en un hotel céntrico de la capital con la excusa de vernos, aunque la realidad era que pretendía sonsacarle información. Romeo siempre se había comportado conmigo de forma impecable, pero prefería, si no era necesario, hablar con él sin desvelar los verdaderos motivos de mi visita.

—Joder, cuánto tiempo sin verte. ¿Has estado en un monasterio recluido? —fue su manera de saludar.

—Casi —respondí, y nos dimos un buen apretón de manos.

—He reservado para comer aquí mismo, ¿te parece bien?

Asentí y nos dirigimos hacia el restaurante del hotel. Romeo, pese a que desde fuera parecía un tipo con poca formación, algo descuidado en su aspecto, pues no dedicaba mucho tiempo a elegir vestuario, y que cuando quería hablaba con demasiado acento rural, se comportaba con educación y sabía mantener las formas. Me sorprendía, por ejemplo, que durante las horas que pasaba en el tractor arando las tierras, en vez de escuchar la radio sin más, aprovechara para aprender inglés. También era cierto que existía un poderoso motivo para ello y era su aventura con una cada vez más cotizada modelo, relación que mantenían en secreto y eso que a ella la perseguían los paparazzi.

—¿Cómo va todo con ya sabes quién? —le pregunté, y puso mala cara.

—Mira...

Me mostró unas imágenes en su móvil, la portada de dos revistas de cotilleos donde aparecía ella en actitud acaramelada con otro hombre, un cantante de medio pelo. Tenía toda la pinta de ser un montaje, para acaparar portadas y así elevar el caché de ambos. Por desgracia, también se apreciaba un aspecto que no daba buenas

referencias sobre su salud.

—¿Has hablado con ella?

—Dice que es un montaje, nada más. Pero, ¡joder!, es que...

—Es duro de cojones —terminé yo la frase por él.

—Exacto. Y encima ha cancelado nuestra próxima cita. Por trabajo.

—¿No puedes ir tú a verla?

—Podría, sí... pero es muy arriesgado y, si te soy sincero, odio ese mundillo. No hay más que gilipollas peloteando y babeando y buitres que no aportan nada —se quejó con amargura—. Y por si fuera poco...

Se calló y me preocupé, parecía realmente interesado en aquella chica y, si bien su primer encuentro había sido una carambola del destino (yo tuve mucho que ver), después se estaba consolidando (o algo parecido).

—Ha vuelto a consumir —añadió, y lo vi muy afectado.

Nos sirvieron un excelente Ribera del Duero y, mientras esperábamos los entrantes, Romeo me habló de algo que yo ya sabía, la adicción de la chica. Una adicción que su representante, lejos de censurar, alentaba. Cuanto más dependiente fuera, mejor para exprimirla. Un clásico que había visto demasiadas veces.

—Doy por hecho que has hablado con ella y que has intentado convencerla de que lo deje —comenté sabiendo que Romeo tenía las de perder.

—Hostia, pues claro. Sin embargo, siempre se excusa en lo mismo, que soporta mucha presión, que es un mundo exigente, que todas lo hacen, que en cuanto consiga estabilizar su carrera lo dejará...

—No sé qué decirte —murmuré, aunque sí lo sabía: que ella, al igual que muchas, caían en la trampa de quienes las rodeaban y así las controlaban mejor. Preferí guardarme aquel pensamiento para no provocarle más inquietud a Romeo.

—Es el cabrón de su representante —afirmó, y puso cara de asco —. El mismo que bloquea mis llamadas y mensajes.

—Tendrás que buscar otro modo de contactar con ella.

—No sé si merece la pena —se lamentó.

Miré raro el plato que nos dejaban sobre la mesa. Su contenido era algo rojo oscuro al que el camarero echaba un chorro de aceite por encima.

Mi cuñado cogió una loncha, se la sirvió en su plato y murmuró:

—Joder, es que la cecina de León me pierde.

—Perdona, ¿has dicho de león? —Él asintió—. ¿Te gusta el león?

Romeo estalló en carcajadas.

Mi pregunta tenía su lógica, pues la gastronomía en determinados lugares era toda una sorpresa. De hecho, en una de las primeras visitas al pueblo de Siena, me quedé perplejo cuando me explicaron qué eran las sopas de ajo. Así que cualquier cosa era posible. Y yo, que viajado por todo el mundo, estaba acostumbrado a probar de todo sin hacer ascos, pero me gustaba saber qué era lo que comía.

—La hostia, cuñado, eso ha tenido mucha gracia. De León, ciudad; no león, animal —me aclaró.

Y, mira, por una vez me hizo sentir un poco paleto.

La probé, claro, y llegué a la misma conclusión que Romeo: aquello era un manjar.

Una vez que saciamos nuestro apetito y nos pusimos al día acerca de otros aspectos, le pregunté por su hermana, y entonces me tocó recurrir a una mentira piadosa que ya había utilizado con anterioridad:

—No estamos pasando por nuestro mejor momento, la verdad.

—Me jode veros así. Siena no me ha contado nada, pero sé que algo le pasa, está muy desanimada. No he dicho nada en casa para no preocupar a mis padres.

Con aquello me confirmó algo fundamental: estaban en contacto. Eso quería decir que Romeo tenía el número de teléfono de ella.

Por tanto, era vital acceder al terminal de Romeo. Espiarlo era una opción; ahora bien, desde el punto de vista ético era cuestionable. Sin embargo, viendo que era la única oportunidad, no me quedó más remedio.

Fue sencillo. Apagué el mío y mentí al decir que no tenía batería. Luego le pedí el suyo, mientras Romeo elegía el postre, y vi sus contactos. Memoricé el número de Siena y fingí hacer una llamada a la cual, por supuesto, nadie respondió. En lugar de eso, y pese a tener memoria fotográfica, me envíe un mensaje desde el móvil de Romeo, compartiendo el contacto, que inmediatamente borré del terminal de mi cuñado.

Ya tenía la información básica para empezar a buscarla. Y sentí la impaciencia de no poder dejar plantado a Romeo. No obstante, aguanté un buen rato hasta que él me comunicó que debía marcharse.

Nada más despedirme, fui a la suite que había reservado e hice las llamadas oportunas. Contactar directamente resultaba tentador; sin embargo, era el mejor camino para que ella huyera de nuevo. Así que, gracias a mis contactos, pude averiguar casi todo sobre su paradero.

Además, debía organizar una explicación coherente sin que me dejara expuesto, ya que Siena, al acceder a mis documentos, habría sacado alguna que otra conclusión que me perjudicaría, empezando por mis otras identidades, las cuales iban asociadas a dos matrimonios. Dos espinosos asuntos que ninguna mujer entendería.

En mi trabajo resultaba imperativo disponer de identidades alternativas; de hecho, también guardaba pasaportes de diferentes nacionalidades, algo que podría explicarse (más o menos), aunque siempre levantaría recelos pues yo era (en teoría) un empresario.

Nigel Neumann se creó por necesidad, tenía que salvarle el culo a una mujer. ¿Pudo hacerse de otra manera? Seguramente, pero consideré todas las opciones y, para que Helga lograra huir de su amante egipcio, recurrí a un matrimonio falso y dos identidades igual de falsas. Por supuesto guardaba los registros de todo aquello, dado que si Helga decidía tocarme las narices, yo la desenmascararía en un abrir y cerrar de ojos. Ni que decir tiene que ella era la primera interesada en no hacer nada.

Después vi que me resultaba práctico tener un pasaporte alemán, eso me daba la posibilidad de moverme como ciudadano europeo y en ciertos países es mucho mejor que llevar un pasaporte norteamericano o canadiense.

Mi segunda identidad ficticia era más complicada. Harry Cole era un pequeño ganadero inglés. De hecho, había comprado una explotación en el condado de Norfolk. Los beneficios eran escasos, aunque me servía para utilizar un pasaporte británico. Pero surgieron problemas, ya que otro ganadero, un tanto envidioso, decidió verter acusaciones falsas sobre cómo se gestionaba la explotación. Lo que menos me interesaba era meterme en batallas legales, no por el coste económico, puesto que hubiera pagado encantado los honorarios de un abogado que le jodiera la vida a aquel tipo, sino porque corría el riesgo de ser descubierto. Así pues, para solucionar aquello decidí casarme; sí, casarme con una mujer inglesa a la que traspasar legalmente la propiedad para quedar yo en un segundo plano. La mujer elegida, Candance, cumplía todos los requisitos, empezando por

haber nacido en Norwich, así que era uno de ellos, algo que en poblaciones pequeñas estaba bien visto, ya que siempre se recelaba de los extraños.

Si accedió fue porque tenía problemas legales derivados de sus años juveniles en los que había consumido todo tipo de sustancias y hasta se había prostituido para conseguir dinero que pagara sus adicciones. Era consentir un matrimonio ficticio o que su hijo acabara en una institución benéfica y ella pues... a saber.

El acuerdo resultó sencillo. Candance pasaba a ser una mujer casada, con una propiedad que no la haría rica pero sí le permitiría vivir con desahogo y, además, su hijo —pequeño por aquel entonces— tendría, al menos sobre el papel, un padre. Yo le había cogido cariño al crío, por supuesto, y los visitaba dos o tres veces al año para cumplir el protocolo.

En ambos casos, mantener las respectivas farsas me costaba dinero, mucho. Había que pagar impuestos en los respectivos países, realizar movimientos como cualquier ciudadano, pues no iba a arriesgarme a que me pillaran por una estupidez como no hacer gasto con una tarjeta de crédito.

Mantener la coartada significaba, entre otras cosas, ir a un supermercado y hacer la compra para dejar rastros, en apariencia tan cotidianos que nunca llamasen la atención; realizar donaciones o, por ejemplo, ir a votar alguna que otra vez... sin olvidar los aspectos legales como dejar testamento con el fin de que tanto Helga como Candance, llegado el caso, pudieran oficializar su viudedad sin problemas. Las dos recibían regularmente ingresos para que en ningún momento dejaran de tener solvencia económica.

Con Candance nunca tuve relaciones sexuales, a diferencia de Helga, y siempre evitaba (o al menos lo procuraba) que interfiriesen en mi vida, la auténtica, la que quería llevar y en la que Siena era la protagonista.

De ahí que me encontrara en una situación complicada (y era quedarme corto), pues explicarle los motivos a Siena supondría, además de revelar mi verdadera actividad, admitir que desde un principio le había ocultado una parte de mi vida (justificada).

Cuando gracias a los contactos averigüé su paradero, tracé un plan. Aunque me jodiera como ninguna otra cosa, mantendría las distancias hasta averiguar qué hacía.

Por eso comencé a investigarla, a seguirla y a recabar información sobre su vida. Lo primero que vi me dejó horrorizado y es que vivía en una buhardilla mohosa por la que pagaba lo que me pareció un abuso y que además trabajaba en una pizzería por un sueldo a todas luces mísero.

Como conocía sus horarios, pude colarme en la buhardilla sin dificultad y me encontré un panorama desolador. Tenía que dar con el dispositivo donde Siena se había llevado la información para, una vez asegurado aquel punto (evitar filtraciones, ya que en un momento de rabia cualquiera hace una estupidez sin medir el verdadero alcance), pasar al siguiente: recuperarla y explicarle, a mi manera, la verdad.

No obstante, cada día se trastocaban los planes. En la buhardilla no encontré nada que se pareciera remotamente a una memoria USB o dispositivo similar. Revisé cada prenda de ropa (tardé bien poco porque no disponía de armario, sino de una barra de un metro más o menos de ancho de donde colgaban las perchas). Examiné cada cosmético, sin éxito, y tampoco hallé nada en los muebles cutres, que desmonté por ver si había huecos ocultos. Ni en los tarros de cocina, ni en el triste frigorífico, tampoco en la cisterna del váter... Allí no lo escondía. Así que llegué a la conclusión de que lo llevaba encima.

Me encargué de que la despidieran de su trabajo, para que se viera sin recursos y tuviera que ponerse en contacto con su familia. Sin embargo, encontraba enseguida otro empleo mal pagado.

Al mismo tiempo que hacía todo eso, me aseguré, hablando con la inmobiliaria que gestionaba la propiedad, de que nadie la molestara y también ordené a un colaborador que la protegiera.

Y ella seguía sin contactar con sus padres o conmigo a pesar de tener ya conocimiento de que yo no estaba muerto. Sin duda, Romeo se lo habría comentado.

Como no lograba encontrar nada, decidí acceder a su teléfono móvil. Fue sencillo. Como mucha gente, Siena tenía la mala costumbre de llevarlo en el bolsillo trasero, bien a la vista, así que una colaboradora «tropezó» con ella. Como Siena estaba de reponedora en un supermercado, tardó bastante en percatarse de que lo tenía, así que, cuando lo encontró en su taquilla, ni sospechó.

Controlé sus comunicaciones y vi, sorprendido, que hablaba con su familia, con Andrea y con amigas del pueblo, pero nunca me mencionaba directamente. Tampoco contactaba con personas que a

priori pudieran ser sospechosas, a las que transmitir información. Nada, llevaba una vida monótona, llena de privaciones y sencilla.

Lo único que leí en sus mensajes fue cómo se citaba con un tipo para salir un sábado. Aquello encendió mis alarmas, pero no las profesionales, sino las de marido celoso. Y mi instinto no falló, pues supe unos días más tarde que se había acostado con aquel individuo.

Me dolió como nunca imaginé que me dolería y fue entonces cuando decidí regresar a casa y buscar otra estrategia respecto a Siena.

Puse al corriente a Steven de mis averiguaciones y él me recomendó que lo primero era divorciarse. Según mi abogado, para evitar que ella (en realidad la llamó «esa mujer de raza inferior») me sacara ni un solo dólar. Pensé que quizá solicitar el divorcio sería una buena forma de que Siena diera la cara. No obstante, tuve que desestimar la idea (enfadando a Steven, que no dejaba de echar pestes sobre ella y los latinos en general) porque yo seguía en contacto con Romeo y tampoco era cuestión de romper la magnífica relación que mantenía con mi familia política.

Tenía que hallar otra manera de que Siena entrara en razón, volviera conmigo y, además, yo recuperase la información.

Por eso, al recibir la primera comunicación de su abogado en la que ella me pedía el divorcio, además de cogerme un cabreo monumental, decidí ignorarla. Quise comprobar hasta dónde sería capaz de llegar.

Odiaba mantenerme inactivo y me supuso un gran dilema quedarme cruzado de brazos y leer sus reiteradas peticiones para finiquitar nuestro matrimonio.

Lo más curioso es que, a pesar de que Steven había pronosticado lo contrario, Siena no me pedía una fortuna. Incluso pensé que la cantidad era ridícula. Cuando se lo mostré a mi abogado, este casi se cae de la impresión y me dijo:

—No seas idiota, firma y que se vaya a tomar por el culo y no vuelva por aquí.

Desoí, por supuesto, aquel consejo y seguí obstinándome hasta dar con la fórmula de recuperarla o, al menos, la oportunidad de reunirme con ella. Y al encontrarla, a pesar de ser consciente de que era una jugada sucia, decidí seguir adelante.

Capítulo 28

Cuatro meses atrás
Despacho del bufete de abogados Bécquer & Castellanos
17.50 horas

SIENA

La celebérrima frase de «¿qué he hecho para merecer esto?» resumía mi situación prácticamente al noventa y nueve por ciento.

El silencio que sufría no dejaba de ser acoso. Entraban en mi buhardilla y lo removían todo, revolvían entre mis escasas pertenencias (apenas tenía ropa, cuatro cosillas compradas en tiendas de segunda mano). Hasta una mesa de Ikea (sí, esa misma tan barata de cartón) con las esquinas dañadas que al principio no cojeaba habían tocado. Le di la vuelta y vi que una de las patas no enroscaba hasta el final. ¿Quién estaba tan desesperado por encontrar los archivos? La respuesta era obvia, Finley. Aunque yo estaba segura de que él no se pringaba. Uno de sus acólitos estaba haciendo el trabajo sucio. Menos mal que, a pesar de estar sumida en un cacao emocional alucinante, había previsto aquello y podían buscar cuanto quisieran, en la buhardilla no guardaba nada que me delatara. Otra cosa muy distinta era si aquellos hijos de puta que trabajaban a las órdenes de Finley me dejaban un «regalito».

De ahí que a veces llegara a pensar que, al elegir el escondite, estaba pecando de arrogante; sin embargo, a medida que pasaban los días y continuaba el acecho, llegaba a la conclusión de que aún no habían dado con la información y que, por tanto, seguía siendo la opción más acertada.

Aquello me daba ánimos para no derrumbarme... y porque de algún modo jugársela a un exagente de la CIA, con sus conocimientos y una organización detrás, tenía su mérito.

Por supuesto, no desaparecía la sensación constante de que

alguien me seguía, que controlaban mis movimientos. Y si bien yo no hacía nada ilegal, lo cierto es que procuraba ir por calles muy transitadas (aunque eso supusiera dar un buen rodeo) y también (si me era posible) hacer las compras que mi poco dinero me permitía a horas punta, para estar siempre rodeada de gente.

Pero una llega a un punto en el que se harta, se rebela y, sin tener mucho dinero en el bolsillo y, ya puestos, ni en la cuenta corriente, ni querer pedírselo a la familia, se decide a actuar. Por eso había buscado ayuda; lo que no imaginaba era quién iba a representarme.

Yo había pedido un par de horas en el trabajo (una tienda de ropa perteneciente a una cadena muy conocida) para acudir a la cita con el abogado, y la encargada, muy tonta ella, me había replicado: «Si te vas, no vuelvas. Para doblar camisetas tengo un montón de solicitudes cada día».

Por desgracia, era cien por cien real.

Sin embargo, debía iniciar los trámites necesarios y acabar con mi matrimonio. Ahora bien, era consciente de las dificultades.

Saber, por mi hermano, que mi marido había vuelto, me dolía, mucho, porque Finley ni siquiera había sido capaz de llamarme personalmente, de ofrecerme una explicación. Lo más probable es que esta hubiera estado cargada de mentiras, pero, al fin y al cabo, habría dado la cara. Pues no, ni rastro de él. Quizá seguía escocido por haberme llevado la información. Y encima le había mentido a Romeo diciéndole que teníamos problemas.

¡Ja! ¿Problemas? Aquello sí era echarle imaginación y cinismo a nuestra situación.

Así que allí estaba yo, tras la primera entrevista con Gael, mi abogado, más deprimida aún (si aquello era posible) porque pintaban bastos.

—Finley puede escaquearse durante meses sin despeinarse —sentenció, tan franco que me dejó pasmada. A veces se agradecía la sinceridad, el problema era que no se digería con facilidad.

—Lo sé —admití con pesar.

Sin trabajo durante los próximos siete días (era lo que tardaba la agencia de empleo temporal en buscarme otro contrato basura del que se quedaban una parte de mi salario), decidí aceptar una invitación para al menos pasar entretenida un rato. Y es que había conocido a un

tipo en la cafetería donde había trabajado el mes anterior, quien, además de ser simpático, era guapete y, mira, músico en paro. Era uno de muchos que a pesar de su talento no conseguían despuntar. Había trabajado como profesor en una academia (sin contrato) y, al no ser necesario, lo despidieron, sin indemnización y sin derecho a cobrar el desempleo. Se ganaba la vida tocando en verbenas, algún pub e incluso en fiestas privadas.

Aquel era un día apacible, no muy caluroso y, como casi había tocado fondo, decidí no autoflagelarme (ya me daba la vida suficientes guantazos) y caminé hasta el bar donde había quedado con Silvio para tomar algo.

Para «tomar algo» sin duda era un eufemismo porque era consciente del flirteo mutuo que habíamos mantenido en ocasiones anteriores. Y yo, de verdad, estaba un poquito harta de aquel período de sequía. A ver, técnicamente era una mujer casada; sin embargo, necesitaba... no sé... ¿volver a sentirme deseada? Daba igual el motivo, me apetecía quedar con Silvio y que pasara lo que tuviese que pasar.

Él me recibió con una sonrisa amable y, tras charlar un rato de nada importante (porque yo no le había contado nada de mi vida que pudiera comprometerme), me propuso sin ambages:

—¿Vamos a mi estudio? —Debí de poner cara rara (no había un espejo para asegurarlo), porque Silvio añadió—: Te seré sincero, me gustas, mucho. Podemos pelar la pava aquí un buen rato, fingir que somos muy majetes los dos y después volver a fingir que vamos un poco pedo para acabar follando. Pero, mira, prefiero echar un polvo sereno, consciente en todo momento de lo que pasa y complacerte en vez de un metesaca de cinco minutos.

—Vaya... —murmuré, pues yo estaba desentrenada (mucho) en las lides del flirteo; desde mi época universitaria no había ligado con nadie.

—Sin olvidar que después de satisfacer nuestra curiosidad mutua, ya relajados, seré mejor conversador que ahora.

—¿Vives muy lejos? —pregunté con una sonrisa.

Pagó las consumiciones y nos fuimos directos a su estudio. Al igual que miles de personas (incluida yo) con sueldos raquíticos en ciudades grandes, Silvio tenía alquilado un estudio situado en un cuarto sin ascensor.

—Ahora entiendo por qué tienes ese culo tan apretado —bromeé en el descansillo de la tercera planta.

Silvio me miró por encima del hombro y me guiñó un ojo.

Al entrar en su estudio, en vez de abalanzarse sobre mí, me preguntó si quería tomar algo y negué con la cabeza. Tuve un amago de culpabilidad; al fin y al cabo, desde que había conocido a Finley no me había acostado con ningún otro. Me jodió, y mucho, que incluso en aquella situación mi subconsciente fuera tan cabrón y me recordara a mi marido.

—¿Un poco de música? —ofreció Silvio, y yo asentí.

—Te pediría que me tocaras algo, así en plan concierto privado, aunque entonces... —repliqué con una sonrisa sugerente, mandando a la porra cualquier atisbo de culpabilidad.

Ya tendría después tiempo, si aparecían los remordimientos, de sentirme mal.

—Tranquila, después de follar, tendrás tu concierto privado —afirmó, y trasteó con su móvil antes de colocarlo en el soporte de los altavoces.

Empezó a sonar *Sing for absolution* y, bueno, tampoco iba a quejarme, sobre todo porque tras los primeros acordes ya estaba Silvio rodeándome con sus brazos. Cerré los ojos y me dejé llevar.

El estudio era pequeño, así que enseguida nos metimos en el dormitorio (oculto tras un biombo, detalle innecesario aunque lo recuerdo y de ahí que lo mencione) y comenzamos a desnudarnos mutuamente. Me sorprendió que no fuera algo rápido, impaciente. Ambos nos mostramos bastante comedidos, quizá porque era la primera vez que nos acostábamos. Yo qué sé.

Procuré, mientras mi cuerpo se iba excitando con sus caricias (muy buenas por cierto) y sus besos estratégicos, no pensar en nada más que en el momento.

—Te veo un poco distraída —susurró Silvio alzando la cabeza.

Sonreí y utilicé la verdad para justificarme:

—Desde que me separé, no he estado con nadie.

Frunció el ceño.

—Eso es mucha presión.

—Tranquilo, lo estás haciendo muy bien —dije acariciándole el rostro áspero por la barba.

—Tendré que esforzarme más.

Atrapó un pezón entre sus labios y chupó con fuerza hasta que me oyó gemir, aunque intensificó la presión, pues no le convenció. Desde ese punto, siguió tocándome, besándome, y me di cuenta de lo egoísta que estaba siendo porque me había tumbado y quedado igual que si fuera una muñeca hinchable. Así que decidí ponerme las pilas y, cuando sentí el roce de su barba entre los muslos, alcé la pelvis para que comprendiera cuál era mi deseo. Y Silvio, lejos de hacerse el tonto, metió bien la lengua en mi sexo, por lo que exclamé:

—Cómemelo y después verás de lo que soy capaz.

Oí su risa, que me sonó seductora, y me concentré más en su habilidad para el sexo oral. La única parte negativa de aquello era que yo, tan necesitada como estaba, apenas tardé cinco minutos en correrme.

Cuando me recuperé de aquel orgasmo, lo tumbé y me subí a horcajadas sobre él para frotarme y ponerlo aún más cachondo. Silvio, con una sonrisa, estiró el brazo y tanteó sin dejar de mirarme en la mesilla hasta que cogió los condones y me los pasó.

Me incliné hacia delante, para darle un beso rápido en la boca antes de colocarle el preservativo. En cuanto estuvo todo listo, yo misma me encargué de metérmela.

Me quedé un instante quieta, clavada en el sitio (nunca mejor dicho) y mirando a Silvio, que con los ojos entrecerrados contenía el aliento.

Comencé un vaivén suave, quizá monótono, quería ir poco a poco. Él se contuvo bastante, me percaté de ello, y por eso lo agarré de las muñecas y le levanté los brazos hasta que sus manos abarcaron mis tetas.

—Cabálgame, Siena —musitó, y presionó hasta apachurrarme los pechos.

Por supuesto lo hice y abandoné esa cadencia lenta y desesperante para imprimir un ritmo endiablado mientras, procedentes de los altavoces, llegaban las notas de *Stupid girl*.

Sabía que después tendría agujetas y cierto malestar en los pezones por cómo me los estaba pellizcando Silvio; sin embargo, me encantó. Me sentí jodidamente bien porque follar con aquel músico era una forma de romper un lazo más de los que me ataban a mi vida anterior. Como si me quitasen la correa.

Quizá fuera una suposición estúpida, producto de la confusión, de

las noches en vela o de la situación amarga en la que me encontraba. Daba igual, joder, fue así como me sentí; por eso, cuando Silvio gimió y se corrió bajo el peso y los movimientos de mi cuerpo, yo lo disfruté.

Si tenía que llegar la culpabilidad, que lo hiciera más tarde... o, ya puestos a pedir, que no lo hiciera.

Cuando ambos nos sentimos con fuerzas de abandonar la cama y preparar algo rápido de comer, yo seguía sin ver rastro de culpabilidad en mi interior, lo cual me animó.

Mucho.

Al final Silvio pidió una pizza y, cuando nos la trajeron, sacó dos cervezas bien frías. Fue estimulante y gracioso comer en pelotas, sentados en el sofá. Y además cutre, sí, claro que sí. Pero excitante también porque aún quedaban tres trozos de pizza en la caja cuando él me miró de una forma a la que reaccioné de la única manera posible: tumbándome en el sofá con las piernas bien abiertas y él, una vez acomodado entre ellas, empujando con brusquedad hasta hacerme sudar (consecuencias de la tapicería de piel sintética) y jadear.

Follamos un par de veces más antes de que Silvio cumpliera la promesa de un concierto en privado. Yo esperaba una canción a la guitarra, lo más tópico; no obstante, me dejó patidifusa cuando se levantó de la cama mostrándome en todo su esplendor lo que ya había visto al subir los tramos de escaleras (su culo bien prieto) para regresar igual de desnudo y acompañado de un estuche de violín.

Se sentó en la cama y lo preparó todo. Yo me quedé apoyada en el cabecero, admirando su pose porque Silvio sostenía el violín y el arco con un estilazo que ya quisieran muchos. Cerró los ojos y comenzó a tocar.

Las notas envolventes del *Adagio en G menor* de Albinoni hicieron que yo también los cerrase para disfrutar de cada una de ellas. Incluso se me escaparon algunas lágrimas porque aquella música no solo era preciosa, sino algo tan emocionante que me dejó sin palabras.

Al acabar, preguntó:

—¿Tan mal lo he hecho?

Me limpié los ojos con la sábana y sonreí.

—Eres el puto amo del violín —lo piropeé, y me acerqué para abrazarlo por detrás.

Pasamos cuarenta y ocho horas más juntos en las que por supuesto me puse al día en lo que actividad sexual se refería. Si

abandoné la casa de Silvio fue porque recibí un mensaje de WhatsApp de la agencia de empleo temporal preguntándome si quería hacer una suplencia de quince días como recepcionista en una clínica dental. Acepté, claro, no sin plantearme una cuestión; bueno, en realidad, dos. La primera, ¿debía despedirme de Silvio como si nada o mejor como una amante que desea gozar de nuevo entre las sábanas con él? Y la segunda, no menos importante, ¿cómo iban a contratarme en una clínica dental si no tenía ni pajolera idea?

A la segunda cuestión me respondieron nada más presentarme allí. Me dieron una bata, un pinganillo, un bloc de notas y un bolígrafo. Mi misión era descolgar el teléfono, pasar la llamada a la extensión requerida y anotar mensajes.

Respecto a la primera cuestión, Silvio, también obtuve una respuesta, aunque fue un pelín más radical. Hacía una semana que había estado con él y no había recibido ninguna llamada. Tampoco yo me comporté como una tía impaciente. Y me lo encontré en una cafetería cerca de mi trabajo. Hasta ahí, todo muy normal, lo que me dejó un tanto perpleja fue que Silvio estaba con otra. Pero no en actitud coleguitas, nada de eso, se estaban comiendo los morros. Me quedé frente al cristal de la cafetería con cara de pasmada; no obstante, contra todo pronóstico, me recuperé enseguida y, para mi más absoluto orgullo, ni me enfadé ni sentí ganas de entrar y montar una escena. Nada de nada.

Hay quienes pensarán «qué pachorra, tía». Pues sí, la verdad. Y comportarme de aquella manera lo consideré un gran paso hacia la madurez. Supuse que era aficionado a los conciertos privados y yo, al haber disfrutado de uno, no merecía otro o, al menos, no en exclusiva.

Tuve un fugaz y cabrón pensamiento al imaginarme a Finley besando a otra. Sabía a ciencia cierta que me era infiel, incluso tenía pruebas documentales, nada de elucubraciones de esposa celosa, aunque en mi caso era extraño pues, de haberlo comprobado con mis propios ojos, ¿cómo hubiera reaccionado?

Desde luego, cuando vi los certificados de matrimonio y las fotos de sus otras esposas, ganas no me faltaron de ir a hablar con ellas, sobre todo con la inglesa, dado que me pillaba más a mano.

Silvio, cuando se apartó para respirar y dar un trago a su cerveza, me vio y yo procuré poner cara neutra. Hizo algo inesperado como dejar a la chica sola y salir a la calle para darme una explicación.

—Siena, verás...

—Tranquilo. No necesito excusas.

—A ver, quizá te parezca extraño, pero yo no soy un tipo que mantiene relaciones, ¿sabes? Me limito a vivir el momento, a explorar posibilidades.

A ver, un eufemismo como una catedral para decir que picoteaba en todos los platos disponibles.

—¿Me ves acaso enfadada?

Me miró y frunció el ceño. Yo alcé la mano y le acaricié la mejilla.

—Yo también quiero vivir el momento —dije, y me sentí mejor de lo que esperaba pese a que aquello era mentir como una bellaca.

—Joder, Siena, ¿de verdad?

—Pues sí. Ya te dije que me he separado y, no sé, dudaba de que un tipo se fijara en mí, que le resultara deseable...

—A mí me pones muy cachondo.

Me reí porque lo dijo con un tono teatral que me llegó muy adentro.

Lo más lógico hubiera sido marcharse con la cabeza bien alta, algo acorde con mis palabras tan ufanas; sin embargo, se me ocurrió una maldad que llevé a cabo. Y allí, en medio de la calle, me acerqué a Silvio para despedirme. Él pensó que le daría un beso en la mejilla y, no, se lo di en los morros y curiosamente no me rechazó.

—Anda, ve a dar el concierto a esa chica y pásalo bien —le sugerí.

—Espera...

Intentó detenerme sujetándome de la muñeca; en cambio, no sucumbí y me alejé antes de que, por ejemplo, me sugiriese un trío. Siempre me habían llamado la atención, pero nunca me atreví a llevar a la realidad.

Capítulo 29

En la actualidad
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
11.45 horas

FINLEY

Mi abogado y amigo de confianza, Steven, suele ser bastante cansino con temas como la seguridad de mi dinero (no para de decirme que debería obligar a Siena a firmar un documento que evite problemas si quiere desplumarme y que debí haberlo hecho antes de casarme con ella) o la inferioridad de personas como mi mujer. Para él todo aquel que no responda al racista y anticuado WASP *(white, anglo-saxon, protestant,* esto es, blancos, anglosajón y protestante) es un criminal o está a punto de serlo... y Siena entra en el lote.

Hace ya tiempo que me harté de su discurso, por eso suelo dejar que despotrique y después ir a lo que interesa, es decir, el negocio. Sin embargo, en la reunión de hoy está especialmente reiterativo con el asunto de mi mujer.

—Hasta la fecha, no me ha pedido nada, solo el divorcio —le recuerdo, y resoplo porque tampoco es que quiera defenderla de forma gratuita, es que es la verdad.

—Porque no es tonta. Esa raza es sibilina y sabe que puede conseguir mucho más.

—¿No se supone que son una raza inferior? —lo provoco.

—Claro que lo son, por eso no trabajan ni llegan a nada y buscan el dinero de quienes sí prosperan en la vida. Deberíamos deshacernos de ella. Cuando antes.

—¿Sin recuperar la información?

—Si no la puede utilizar... una preocupación menos —aduce convencido.

—Steven, olvídate de Siena y vamos a lo importante: ¿qué

sabemos del caso Spencer? ¿Por fin ha entrado en razón?

—No me pidas que mire hacia otro lado cuando por culpa de esa española estás en problemas.

Tuerzo el gesto. Ahora mismo tengo problemas con ella, sí, pero no de la índole que Steven piensa, porque hasta el momento Siena no ha filtrado nada de lo que se llevó ni tampoco está pidiendo dinero por quedarse quieta. Es más, gasta lo mínimo en cosas personales y apenas sale de casa... lo que me recuerda la conversación que mantuvimos el otro día, sobre el acoso que sufrió antes de que yo la encontrara. Sigo dándole vueltas porque sus palabras no me cuadran y que haya hablado con Erika hace que me preocupe aún más.

—Tengo que hacerte una pregunta personal —le anuncio, y Steven me mira tan tranquilo.

Nos conocemos desde hace demasiado tiempo. No desconfiamos el uno del otro, aunque a veces tengamos que tratar temas espinosos. Y la pregunta que le voy a hacer va a ser peligrosa.

—Dispara.

—Cuando te pedí que localizaras a Siena en España, ¿cómo fue posible que no la encontraras?

—Ya te he dicho que esa gente es ladina y sabe escabullirse como una rata de cloaca.

—Steven, yo lo hice en menos de dos días.

—¿Qué insinúas?

—Nada, solo quiero una explicación.

Steven se pone de pie y ya no se muestra tan sereno. Se pasea por mi despacho, regresa junto a la mesa y hasta tiene el descaro que coger el portafotos y mirar con aire de superioridad la imagen de mi boda.

—Cuando algunos dicen que una mujer puede cambiarte la vida, no se equivocan —murmura con aire condescendiente.

—Responde a la pregunta, por favor —le insto manteniendo las formas.

—Recurrí a nuestros mejores colaboradores, rastreé a su familia y no obtuve ningún éxito. ¿Qué más querías que hiciera?

Me enviaba informes periódicos sobre las actuaciones (infructuosas) que se llevaban a cabo. Todo detallado, como siempre. Nada resultaba sospechoso. De hecho, ayer revisé algunos de esos informes para ver si había pasado algo por alto y, no, todo cuadraba.

Por eso la versión de Siena es tan desconcertante, pues Steven siempre ha sido de máxima confianza... pero mi esposa no tiene por qué inventarse que alguien la acosaba.

—Ya da igual, la encontré, que era lo importante —digo, aunque no me voy a quedar satisfecho hasta que averigüe la verdad.

—Mándala de vuelta a su país y empieza una nueva vida —me recomienda por enésima vez.

—Volvamos al asunto de Spencer —le pido.

—Ese actor es imbécil o se lo hace —sentencia, y vuelve a adoptar su aire profesional.

No me ha pasado por alto cierto nerviosismo cuando he tocado el tema de Siena.

—Es imbécil —puntualizo—. ¿Qué ha hecho?

—Presentarse en la productora y hacer una nueva oferta rebajando más de un cincuenta por ciento su caché.

—Lo han mandado a la mierda, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, por lo que Spencer, en vez de dejar de tocar los cojones, ha amenazado con dar una entrevista exclusiva hablando de la doble vida del dueño de la productora.

—Sabe que no puede hacerlo sin pruebas, hasta un abogado recién licenciado lo haría picadillo en un tribunal.

Steven tuerce el gesto.

—No si es un poco listo y solo lo insinúa —me indica—. Pero la cuestión es que, si bien nuestro trabajo finalizó al recuperar los archivos comprometedores, ahora quieren que le cerremos la boca para siempre.

—¿Dinero?

—Dinero y, si no funciona, un escándalo que lo mande de una patada en el culo al olvido —aclara mi abogado.

—Probemos con el dinero, es más limpio —propongo.

—Ya le han hecho llegar una oferta, estamos a la espera de su respuesta. No obstante, me temo que, como es idiota perdido, la rechazará, así que debemos ir orquestando el escándalo para filtrarlo a los medios.

—¿Drogas? —sugiero por tratarse de otro clásico.

Quizá en el ambiente en el que se mueve ese tonto de los cojones de Spencer las drogas son como los M&M's para los críos: un alimento fundamental.

—No, está muy visto. Además, todo el mundo sospecha que toma medicamentos peligrosos —comenta refiriéndose al informe que le pasé sobre lo que Siena me dijo y después comprobé por mí mismo aquella «memorable» noche en la que me vomitaron encima—. Yo había pensado en algo más jugoso...

—¿Estafa?

—Podría ser. Hay más de una empresa que utiliza la imagen de un famoso para vender algo muy por encima de su valor y que luego resulta ser una basura.

Es una posibilidad, ya lo hemos hecho antes. El problema es que hay que crear una empresa ficticia que venda algo estúpido y convencer a un no menos estúpido gancho (famoso en horas bajas) para que ponga su imagen.

—Aunque, en ese caso, Spencer podría dar la vuelta a la tortilla y presentarse como una víctima más ante la opinión pública e incluso ir a los tribunales a intentar sacar tajada —alego, y Steven asiente.

—Por eso lo mejor es ir a lo seguro: sexo, morbo, menores, prostitución... un clásico.

Me froto las sienes, no me apetece hacer nada de esto. Sería mucho más sencillo darle dinero y listo.

—¿Has hablado ya con tus contactos en la prensa?

—Sí. Algunos le tienen ganas a Spencer, ¿sabes? Lleva años portándose como un cabrón arrogante prohibiendo la entrada a algunos medios, por lo que estarán encantados de poner su granito de arena en la caída del tipo —dice Steven riéndose.

—¿Pruebas?

—Testimonios de chicas que por pasta dirán lo que queramos.

—Acuérdate de que es gay, o al menos finge serlo cuando le conviene —le recuerdo, y me viene a la cabeza una de las curiosas definiciones de Siena: galletero. No sonrío porque prefiero no dar explicaciones a Steven.

—Tranquilo, aspirantes a actores los hay a patadas y, por una oportunidad en la productora de nuestro cliente, harán lo que sea... incluso afirmar que mantuvieron relaciones sexuales con él siendo menores de edad.

—De acuerdo. Eso sí, de momento, hasta que no sepamos la respuesta de Spencer, ni una sola filtración, ¿estamos?

—Joder, Finley, le quitas toda la gracia al asunto.

Steven se marcha y agradezco que lo haga. Me ha sugerido que salgamos por ahí, a tomar algo como hacíamos antes; sin embargo, he preferido quedarme en casa... y eso que el ambiente doméstico no es precisamente bueno. Para empezar, la discreta y siempre profesional Erika me ha contado algo sobre Siena. Por lo general no le doy importancia. Soy consciente de que desde el primer momento se trataron con recelo y que en este caso mi mujer tiene más culpa, ya que, por una razón que desconozco, siempre se ha negado a que Erika haga su trabajo, que no es otro que atenderla, y como Siena, en vez de aceptar que tiene personal de servicio, se obstina en hacerlo ella, pues la otra se mosquea.

Yo de momento continuaré manteniéndome al margen, no voy a posicionarme del lado de ninguna, más que nada porque Erika lleva trabajando aquí mucho tiempo y es de plena confianza. Y respecto a Siena, pues... sinceramente, no sé qué hacer con ella.

Salgo del despacho y cierro con llave, una precaución estúpida pero necesaria. Luego paso por la cocina, donde encuentro a Erika dando órdenes a las dos chicas que envía la empresa de limpieza cada semana.

—Erika, ¿has visto a Siena?

—Sí, señor Tremair. Hace cinco minutos que la señora Tremair ha vuelto del gimnasio —me informa manteniendo su actitud profesional, aunque se percibe cierto tonillo cuando se refiere a Siena, quien odia (sigo sin entender por qué) que se refieran a ella con mi apellido.

—Gracias —murmuro, y me encamino hacia el dormitorio.

A pesar de convivir en una especie de guerra fría, compartimos dormitorio. Lo de salvar las apariencias fue una chorrada que se me ocurrió y de la que a veces me arrepiento, pues meterme cada noche en la cama con ella tan cerca sabiendo que no puedo ni rozarme, me genera muy mala hostia.

No imaginé que Siena se mantuviera en sus trece durante tanto tiempo. En este aspecto me han fallado los cálculos. Sé que se masturba en la ducha o antes de echarse una siesta... costumbre que nunca entenderé, ¿dormir después de comer? Sin embargo, sé que ella es adicta a esa costumbre y, bueno, en alguna ocasión yo me he unido porque me agrada la idea de abrazarla. Pero ahora todo ha cambiado y Siena me rechaza una y otra vez, lo cual hace que deba

replantearme mis planes.

—Que sí, mami, que estoy genial. Muy liada, nada más —oigo a Siena hablar por teléfono.

Está de espaldas a mí, mirando por la ventana, así que me quedo junto a la puerta observándola. Aún lleva la ropa deportiva.

—En cuanto pueda, voy a veros, lo prometo —añade, y su tono deja entrever la tristeza.

Quizá haya encontrado un punto de presión y pueda beneficiarme.

—Vale, vale, se lo diré a Finley. A ver si tiene días libres y puede venir conmigo. —Está mintiendo.

Siena, tal como están las cosas, no me llevaría consigo a ver a sus padres ni loca, así que doy por hecho que intenta ser diplomática. Al menos no es una de esas mujeres rencorosas que me van poniendo verde por ahí a la menor oportunidad.

—Si quieres, podemos ir a ver a tus padres —propongo cuando finaliza la llamada.

Me aproximo despacio y me quedo a un metro de ella, a pesar de que me gustaría estar mucho más cerca.

—Supongo que escuchar conversaciones ajenas entra dentro de tu modus operandi —repone y deja caer el teléfono sobre la mesilla.

—Hoy en día hay modernísimos dispositivos para rastrear y grabar llamadas sin tener que escuchar tras las puertas —replico con humor.

—¿Eso quiere decir que mi móvil está intervenido?

Niego con la cabeza, aunque ella no me cree. Y hace bien: sé todo lo que hace con ese terminal, cada llamada, mensaje o correo. Pero sorprendentemente no he encontrado nada sospechoso hasta el momento. Salvo que esté utilizando algún tipo de código, solo llama a gente conocida y habla de cosas que nada tienen que ver con mi trabajo. Si me menciona, lo hace del mismo modo en que lo haría cualquier esposa, como si nuestro matrimonio no hubiera atravesado un tornado y estuviésemos recogiendo los destrozos causados.

Se dirige al baño y la sigo. Está a punto de darme con la puerta en las narices y me espeta:

—Si quieres verme desnuda, tendrás que colocar cámaras aquí dentro.

—No me tientes...

Cierra la puerta y, mientras se ducha, pienso en cómo hacerle una propuesta que, si bien no es la mejor, al menos supondría dar carpetazo a un matrimonio que a todas luces ella no desea prolongar y que yo, pese a que me gustaría tenerla a mi lado (no solo por razones técnicas), entiendo que no se puede forzar.

Quizá sea una oferta que no me gusta, aunque ella la agradezca y por fin deje de verme como a un enemigo.

Miro de reojo su móvil, doy por hecho que lo ha dejado ahí a modo de anzuelo, para ver si lo toco. Sonrío, no me hace falta, pues ya conozco sus movimientos.

Justo suena el mío y, al ver de quién se trata, hago una mueca. A ver qué problemas tiene ahora mi cuñado.

—Hola, Romeo, ¿todo bien?

—Depende de cómo se mire —masculla.

—A ver, cuéntame.

—Me acaba de llamar mi madre y está preocupada por Siena —me comenta. Joder—. Dice que la ha notado alicaída, desmotivada. ¿Va todo bien?

—Pues no —admito.

—Hostias, no me acojones. ¿Qué le pasa a mi hermana? —pregunta adoptando su tono más sobreprotector.

—Nada serio, tranquilo —respondo, y miro la puerta por si aparece Siena y entonces se complica el asunto.

—¿Sabes? Creo que voy a ir a visitaros —anuncia autoinvitándose.

Y mientras me da razones un tanto endebles para venir hasta aquí, pienso en que quizá cierta modelo que le trae loco anda cerca. Lo comprobaré en cuanto tenga ocasión.

—No hace falta porque en breve vamos nosotros —afirmo sin saberlo con seguridad.

—Da igual, voy y punto —se obstina Romeo—. En cuanto tenga los billetes, te aviso para que me recojas en el aeropuerto, ¿de acuerdo?

—Qué remedio. Mandaré un coche con chófer para que se ocupe de todo.

Finalizo la llamada y busco información sobre la amante de mi cuñado y, sí, según su web, estará por aquí en unas presentaciones, lo cual confirma que el interés de Romeo por venir no es cien por cien

fraternal.

Siena sale del baño ya cambiada de ropa, lo cual me impedirá verla paseándose únicamente con la toalla, e inquiere:

—¿Con quién hablabas?

—Con tu hermano. Viene de visita.

—Ah, ¿sí? —replica, y noto la alegría en su voz ante la perspectiva de tener aquí a Romeo.

—No te emociones tanto —murmuro, y sé que voy a ser cruel al añadir—: Hay otros intereses en su viaje.

—¿Alguna de las mujeres con las que se enrolla y que tú, como alcahueta, le has presentado? —me espeta.

—Casi pero no. ¿Sabes con quién se ve a escondidas?

Le muestro una foto que hice el día que los presenté; aún no había ocurrido nada, pero se los veía muy interesados.

—¡¿Esa no es...?!

—La misma y, por favor, que no salga de aquí.

—No soy una chivata —se defiende—. Además, tratándose de mi hermano, ese que siempre está de mi parte —esto lo ha dicho con segundas—, seré mucho más cauta.

Traducido: que en cuanto pueda intentará sonsacarle a Romeo los detalles y espero que mi cuñado sea prudente y no me mencione demasiado.

—Me alegro.

—¿Alguna indicación más? —me pregunta dejando implícito que quiere pincharme.

—Por supuesto —le confirmo, y sonrío de medio lado—. Ahora discutiremos una propuesta que quiero hacerte...

—Tú no propones, ordenas.

—Dame, por una vez, el beneficio de la duda, anda.

Capítulo 30

En la actualidad
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
13.10 horas

SIENA

—A ver si lo he entendido bien —murmuro desconfiando porque por lo general quien hace una propuesta es quien tiene pensado sacar más tajada y en el caso de Finley supongo que quiere quedarse con todo el cocido—. Nuestro matrimonio finaliza aquí y ahora si accedo a darte algo que supuestamente yo tengo.

—Siena, lo tienes, ambos lo sabemos.

—¿Y qué ha cambiado para que pretendas deshacerte de mí? —replico.

Intuyo una de esas conversaciones en las que él siempre mantiene un as escondido baja la manga y yo tardaré demasiado en controlar mis emociones, por lo que caeré en su trampa.

Es que se me da como el culo este juego.

Es tan agotador estar todo el santo día en guardia...

Me dejo caer sobre la cama, con las piernas colgando, una actitud pasota. Lo sé, pero es que esto me desespera.

—Ya te he dicho que nuestro acuerdo finalizaría; ahora bien, no significa que sus condiciones se cambien. Recibirías todo lo pactado, sin ningún regateo por mi parte. Serías libre.

—No me fío —indico, y abro un ojo para controlar sus movimientos. Se ha sentado en el borde de la cama.

Finley me sonríe como el embaucador entrenado que es. Y qué jodidamente guapo está. Inspiro para controlar un poco mis hormonas bailongas pidiendo salsa.

—Solo dame lo que quiero y punto.

—Pensaba que querías sexo —arguyo.

—Ambos sabemos que es también tu deseo, y, sí, no tendría inconveniente en desnudarte ahora mismo y, dado que estás en la posición perfecta, follarte sin contemplaciones.

—¿Y por qué tengo que estar yo debajo? —retruco, y él arquea una ceja.

—Siena, sabes que nunca me he negado a que me montes en plan amazona o lo que quieras —responde con guasa—, pero, si bien follar contigo es una actividad que echo de menos, lo admito, no vales tanto.

—Vaya, por fin pones las cartas sobre la mesa —digo quizá dolida porque, tonta de mí, una espera que prevalezcan los sentimientos. Aunque, ¿de qué me extraño?, Finley siempre antepondrá sus intereses.

—Siempre lo he hecho, al menos contigo —se justifica.

—No tengo lo que buscas —insisto, y es cierto, al menos de forma literal.

—Pues pierdes una oportunidad fantástica para volver a tu país, tener una cuenta bancaria envidiable y librarte de mí.

—Es que a lo mejor no quiero librarme de ti —declaro, y no sé a quién de los dos le pilla más por sorpresa semejante afirmación.

—Me interesa ese planteamiento —contesta, y me insta a que hable.

Se coloca de costado, cerca, tan cerca que me hormiguean los dedos por las ganas que siento de arrancarle la ropa para después acariciarlo, despacio, mientras poco a poco se caldea el ambiente. Y tras tocarlo a conciencia, sustituir los dedos por la boca...

¡Para, chica, que te pierdes!

—Lo digo por hacerte la puñeta, obviamente —afirmo porque de algún modo he de proteger mis emociones.

—¿De verdad ese es el único motivo?

Finley se inclina, hasta tocarme. Yo no hago amago de apartarme y eso le da ventaja porque me roza la oreja con los labios.

—No voy a ser tan tonta de confiarte mis verdaderos objetivos —digo en voz baja.

—Me gustan las mujeres que guardan secretos —musita, y mordisquea mi oreja—. Y esforzarme en descubrirlos.

Ay, joder, que la liamos.

—¿Esa es la típica frase para ligar de los agentes secretos?

—Esa es la puta realidad, Siena.

La liamos, definitivamente, porque me besa y se pone encima. Y además yo separo las piernas para que se acople mejor y, por si no estuviera dándole suficientes facilidades, se me escapa un gemido que nada tiene que ver con los que emito cuando me masturbo durante la ducha, tal como he hecho hace unos minutos. Y pese a ello, estoy tan excitada como si no me hubiera tocado sabiendo que él podía oírme.

Él también gime cuando le devuelvo el beso y además me muevo bajo su peso, consiguiendo que su erección (es digno de estudio que a su edad se empalme tan rápido) presione justo ahí, donde yo quiero y él, por supuesto, también.

Me levanta la camiseta de andar por casa, una que me traje de mi pueblo y que está algo zarrapastrosa. No parece fijarse en ese detalle cuando quedan a la vista mis pechos (voy a describirlos con una cursilada, lo siento) anhelantes y deseosos de que me los chupe con fuerza.

Finley me mira un segundo a los ojos —joder, vaya si la vamos a liar—, aguantándome la mirada hasta el último segundo, cuando atrapa un pezón con la boca para tirar de él provocándome ese dolor tan extraño que me revoluciona.

Evidentemente no me quedo pasiva, esperando al Espíritu Santo en forma de polla, así que le palpo el trasero por encima del pantalón y le doy un buen azote. Finley responde con un gruñido y un mordisco cerca del ombligo. Ya me ha dejado los pezones bien doloridos como para ir al siguiente objetivo. Al llevar un pantalón con cinturilla de goma (un pelín dada de sí) , me los baja con rapidez y de paso arrastra las bragas.

—No te imaginas cómo echo de menos comerte el coño.

«Y yo que lo hagas», pienso y no me da tiempo a más porque su boca está donde ambos deseamos. Finley es de los que puede conducirte al orgasmo en tres minutos o tenerte desesperada cuanto quiera hasta que terminas suplicándole y aun así no cede; sin embargo, por cómo mueve la lengua entre mis pliegues, va a batir su propio récord.

Estoy a un paso de correrme y justo entonces suena mi móvil.

—Ni se te ocurra responder ahora —ordena Finley, que da por finalizada la sesión de sexo oral para desabotonarse los pantalones y disponerse a penetrarme.

—¡Tengo que responder! —exclamo, pues ha sonado el tono

personalizado que he asociado al número de mi hermano.

—Que espere, maldita sea —protesta Finley, y me inmoviliza bajo su peso.

—Aparta —exijo, y lo empujo para salir de debajo. Finley no colabora y me fulmina con la mirada—. Aparta —repito y por fin me libera. Entonces estiro el brazo y alcanzo el teléfono.

—No me lo puedo creer —rezonga Finley.

—Hola, Romeo.

Por la cara que pone salta a la vista que la próxima vez que vea a mi hermano le va a cantar las cuarenta o algo peor: una crisis de cuñados en toda regla.

—Hola, guapa. Tengo buenas noticias.

—Dime.

—¿Estás jadeando?

A ver, mi hermano imagina que Finley y yo follamos, obviamente, pero de todos modos es mejor que ciertos temas no se mencionen entre nosotros. Yo tampoco quiero conocer las habilidades sexuales de Romeo, me sentiría violenta. Y eso que, en mi casa, mis padres siempre nos han hablado con normalidad del asunto. Aún recuerdo la charla que me dio mi madre cuando cumplí los quince sobre sexualidad y sobre tener cuidado y ser responsable. En su momento me dio vergüenza, pero ahora me doy cuenta del gran esfuerzo que hizo conmigo y de lo mucho que se lo agradezco. A Romeo también le dieron la turra y sé que le compraron preservativos cuando se fue de viaje de final de curso al terminar la secundaria. No sé si los llegó a usar, pero seguro que sus colegas fliparon.

—Me has pillado en plena sesión de zumba —miento, y Finley me hace un gesto cuasi asesino para que cuelgue.

—Ah, vale. Lo siento —se disculpa mientras yo inspiro para controlarme—. Te llamo para informarte de que estaré ahí dentro de tres días.

—¡Genial! —exclamo y mi marido se lleva un dedo a la sien y, como si fuera una pistola, se dispara.

—Y no iré solo: he convencido a papá y mamá para que me acompañen.

—Espera, antes tendré que hablarlo con Finley, a lo mejor no le hace gracia que invadan su apartamento.

—No digas gilipolleces —replica Romeo.

—Es su casa —le recuerdo pese a que nunca me ha puesto impedimentos cuando ha venido mi familia de visita. No obstante, ahora las cosas son diferentes.

—Si no le gusta, que se joda.

—Vale, bueno, tomo nota. Os prepararé las habitaciones.

Cuelgo el teléfono y miro a Finley, que sigue excitado aunque con un cabreo de tres pares.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta con retintín, y se acerca de nuevo para que nos acoplemos. Entonces me entran dudas; con todo, creo que puedo hacer una excepción. Me lo merezco.

Él, en vez de esperar una respuesta, se acerca y con rapidez se coloca. No me la mete de golpe, prefiere besarme, despacio, dejar que recuperemos el tono, sentirnos tan excitados que lo deseemos con todas nuestras fuerzas... y yo, la verdad, no quiero esperar. Sin embargo, oímos cómo llaman a la puerta del dormitorio.

—¿Señor Tremair?

Es Erika. Qué oportuna. ¿Nos habrá espiado y, por tanto, ha aparecido para impedir que folle con Finley?

—Joder, esto no está pasando —farfulla en voz baja, y se golpea la frente contra el colchón.

—Señor Tremair, una llamada urgente.

Finley me mira y lanza una retahíla de juramentos.

—¿Quién es? —pregunta controlando su rabia, y no es para menos. Tiene los pantalones por debajo del culo, a mí dispuesta (después de tantas idas y venidas) y su polla presionando a punto de entrar. Yo también me mostraría así.

—Su abogado.

—Maldito Steven —se queja—. Dile que ahora voy.

Finley se aparta y se sube los pantalones. Hace una mueca al tener que guardarse la polla en semejante estado. Me mira y con voz dura dice:

—No te muevas ni un milímetro. Vuelvo enseguida.

Sale escopetado del dormitorio y yo me quedo tumbada con una sensación extraña. Me siento gilipollas a la par que utilizada (casi es lo mismo) porque mucho decirme «te deseo» o palabras similares y, en cuanto lo llama ese cabrón entrometido de Steven, echa a correr.

Como preveo que Finley no va a regresar en dos minutos y puesto que sigo excitada, qué mejor oportunidad para acabar lo que él ha

empezado. Cierro los ojos y me acaricio entre las piernas. Ni me preocupo en averiguar si antes de largarse ha cerrado la puerta.

Yo, a lo mío.

Me encuentro tan húmeda que apenas con unos roces consigo correrme. No me sorprende, Finley con su boca me ha llevado al límite, lástima que no haya podido terminar... aunque siempre hay que sacar una lección positiva y es que a lo mejor no era tan buena idea la de rendirse.

Los efectos del clímax se van diluyendo y, claro, pasada la euforia sexual de nuevo se pone al frente el pensamiento racional. Y me cabreo conmigo misma, pues otra vez he caído en sus maniobras. Sexo para sacar tajada sería el resumen.

Me levanto de la cama y busco ropa limpia. Tengo que enfrentarme a él (otra vez y ya he perdido la cuenta) para saber si su propuesta no es más que otra burda maniobra.

Si le entrego toda la información que me llevé (algo que sigo negando de forma inútil, pero he de mantener el tipo), Finley me da la libertad. Vaya, dicho así parece que él es juez y parte o el señor todopoderoso que maneja cada hilo (y me jode mucho porque es verdad).

Yo regresaría a España, algo que me apetece mucho, con dinero abundante para vivir sin pasar apuros económicos y además obtendría el divorcio. Por fin se separarían nuestros caminos. La cuestión aquí es que de nuevo él decide, él impone; yo sigo siendo su marioneta. Eso para empezar.

Segundo, si acepto su dinero, ¿en qué me convierto? Pues en una cuasi prostituta de lujo y encima admito que no sé valerme por mí misma.

Y tercero, no menos importarte, ¿Finley cumplirá su promesa y me dejará en paz?

Es que lo conozco. Renunciar a algo, en este caso a mí, le debe de suponer un gran dilema y eso que su abogado, el supremacista gilipollas, seguro que da saltos de alegría en cuanto yo haga la maleta y le busca a Finley una buena chica americana.

No sé, hay tanto sobre lo que reflexionar...

Voy en busca de Finley. Si ha sido capaz de interrumpir un polvo, grave ha de ser el asunto. Me tropiezo, literalmente, con Erika en el pasillo, pues está supervisando a la chica de la limpieza mientras

desinfecta los interruptores. (Sí, así de pijoteras es Erika.)

—El señor Tremair está ocupado —me suelta con aire presuntuoso cuando me detengo junto a la puerta del despacho.

—Ya lo sé.

Entro sin llamar y encuentro a Finley sentado tras su escritorio hablando por Skype con Steven. Me sitúo de tal forma que el abogado no pueda verme.

—Hay que conseguir, caiga quien caiga, que esa entrevista no se emita —sentencia Steven.

—Será complicado, hay medios que prefieren el escándalo y las demandas con tal de tener audiencia —indica Finley—. Y en este caso hablamos de una cadena mexicana.

—Jodidos incas...

—Un detalle, descendiente de colonos ingleses: los incas son de Perú —intervengo porque, como buen supremacista, es un ignorante.

Finley disimula una sonrisa.

—Vaya, tu futura exesposa se une a la conversación, qué interesante —comenta Steven con ironía, claro, porque le jode que ande cerca.

—Deberías haber dicho «jodidos aztecas», lo digo por ser fieles a la historia —añado con chulería.

—¿Ves cómo los hispanos os defendéis entre vosotros?

—Ten cuidado, Steven: a lo mejor, si indagas en tu árbol genealógico, resulta que desciendes de criminal inglés que deportaron a las colonias para hacer sitio en las prisiones británicas atestadas de maleantes —le recuerdo porque sé que eso le cabrea mucho.

—No nos salgamos del tema —tercia Finley, que siempre se muestra neutral en nuestras peleas.

—Tienes razón, no voy a rebajarme y pelear con una raza inferior —alega Steven.

Qué patada en la boca tiene, ¿a que sí?

—Voy a contactar con Vázquez, él es el único con influencias suficientes.

—No me convence, no es de fiar.

—Es nuestra única posibilidad —sentencia Finley, y corta la comunicación.

—¿Qué está pasando?

Resopla y se peina con los dedos. En otras circunstancias me

hubiera sentado con él y yo misma lo hubiera peinado mientras hablábamos.

—A ver cómo te lo explico... El imbécil de Spencer, acorralado al no tener las imágenes para seguir chantajeando, en vez de retirarse con sus millones y la jugosa indemnización que le iban a dar por romper el contrato con la productora, se ha ido de la lengua. Como sabe que aquí pocos medios se atreverían a entrevistarlo, ha escogido un canal independiente mexicano.

—La avaricia rompe el saco —murmuro, y Finley asiente.

—El problema es que, si se emite la entrevista, aunque lance acusaciones sin pruebas, la gente empezará a sospechar y a lo mejor algún periodista tira del hilo —continúa explicando.

—Y entonces tu trabajo se va a la mierda.

—Exacto.

—Esto de ayudar a ricos viciosos no es lo mío, te lo aseguro —confieso, y mi marido arquea una ceja.

—Pues ahora estás metida en ello, querida.

—Por desgracia así es —admito con pesar, lo que significa que he de arrimar el hombro—. ¿Y qué tienes pensado?

—Manuel Francisco Vázquez.

¿De qué me suena a mí ese nombre...? Espera, ¡no puede ser! ¿O sí?

—¡¿Perdona?! —exclamo perpleja porque, si es quien creo que es, me va a dar un «pumba» de los buenos, que conste.

—¿Lo conoces? —pregunta frunciendo el ceño.

—¿Tú en qué mundo vives? ¡Todos saben quién es Manuel Francisco Vázquez! Mi ídolo de la adolescencia. Vi todos sus culebrones. —Me abanico emocionada y todo, algo que a Finley no parece gustarle—. Ay, por favor, dime que va a venir aquí.

—Si acepta el trabajo, sí.

Estoy tan entusiasmada que, aparte de no disimular, pienso de qué puede conocerlo Finley. Así que no me queda otra opción que preguntarlo.

—Además de robar los corazones de las chicas enamoradizas —responde con ironía—, es un gran agente secreto mexicano y colaborador.

—¡No! —exclamo sin salir de mi asombro.

—Y ahora, mientras te recuperas de la impresión, voy a llamarlo.

Tranquila, le pediré un autógrafo para ti.

Esto último lo dice con recochineo, obviamente.

—¡Mejor ya se lo pido yo en cuanto lo vea!

—Controla tu entusiasmo, anda —me pide tras buscar el contacto en su móvil y marcar. Yo le hago una pedorreta.

—¡Manuel Francisco Vázquez! —grito cual fan histérica para jorobar un poco más—. ¡No me lo puedo creer!

Capítulo 31

En la actualidad
Apartamento de Finley, Columbus Avenue, Manhattan
20.50 horas

FINLEY

Al final Siena convenció a sus padres para que pospusieran el viaje, ya que nos hallamos inmersos en una crisis de tres pares de cojones, como diría mi cuñado... al que, por cierto, no hemos logrado disuadir para que se quede en España y todo debido a una modelo famosa de la cual no diré el nombre, ya que no quiero filtraciones.

La visita de Romeo me sobra. Cuanta menos gente pulule por el apartamento, mejor.

Ahora mismo nos encontramos reunidos en el comedor de casa. Steven, Siena y yo, a la espera de que llegue Vázquez para trazar un plan y neutralizar a Spencer. Como era de imaginar, Siena y mi abogado ya han tenido un rifirrafe, aunque ahora uno está con su tableta repasando datos y con el ceño fruncido mientras que la otra no deja de repetir lo emocionada que está por conocer a Manuel Francisco.

—El señor Vázquez acaba de llegar —me informa Erika.

—Gracias, puedes tomarte el resto de la noche libre.

No muy convencida de dejar en manos de Siena las labores de anfitriona, Erika se despide y entra nuestro invitado.

Soy el primero en estrecharle la mano y darle la bienvenida. Después, digo:

—Te presento a mi esposa, Siena.

—Encantado, linda —dice él a su vez, y le sonríe de tal forma que ella muestra su emoción al conocerlo sin disimulo alguno.

—Oh, me encanta ese acento —murmura ella, y lo saluda con efusividad.

—Y él es Steven, mi abogado.

Como era de esperar, lo saluda con frialdad. Un apretón de manos seco y rápido. Es la primera vez que están cara a cara y, aunque le he advertido a Steven que no quiero enfrentamientos verbales, no sé si mi abogado será capaz de morderse la lengua. Con un mexicano y una española tan cerca de él, a lo mejor le sale urticaria.

Les propongo que nos sentemos a la mesa para disfrutar de la cena, pues ya llegará el momento de meternos en faena.

—¿Es necesario que ella esté presente? —inquiere Steven.

Vázquez me mira. Él no tiene potestad para decidir, aunque, viendo lo bien que han conectado él y Siena, es evidente que la presencia de mi mujer no le molesta.

—«Ella» tiene nombre y apellidos —le espeta Siena.

Resoplo, preveo tormenta.

—¿Es necesario que la señora Tremair esté presente? —reformula la pregunta con sarcasmo mi abogado.

Vázquez mira a uno y a otro sin comprender, pero aprovecha para echar un cable a Siena.

—Tengo entendido que en España las mujeres no cambian de apellido cuando se casan.

Siena le sonríe de oreja a oreja. ¿Estoy celoso? Pues sí, yo hace mucho que no disfruto de una sonrisa similar.

—Vaya, ya nos salió el ramalazo indígena —aduce Steven, encantado con la posibilidad de devolverle la pelota a Vázquez.

—Lamentablemente en mi árbol genealógico no hay un antepasado azteca, algo de lo que estaría muy orgulloso. Soy cien por cien criollo.

—¿Y eso qué es? —pregunta mi abogado, y preveo respuesta con un regalo, o zasca, como diría Siena.

—Pues que el señor Vázquez, al igual que tú, Steven, procedéis de inmigrantes europeos —le suelta Siena.

—En efecto —corrobora el mexicano y le sonríe.

Solo les falta chocar los cinco, encantados con su victoria.

—Dejémonos de chorradas y centrémonos —tercio yo, pues ya les he dejado su momento pelea—. Siena se queda.

La cena transcurre con cierta normalidad. Steven no le dirige la palabra a ella, a Vázquez le habla lo justo y mientras tanto Siena se

dedica a cantar las alabanzas del actor mexicano.

—Es que el argumento de *Chica rica, chico pobre* era una pasada —comenta ella de buen humor.

—Ese fue mi segundo culebrón —responde Vázquez.

—Yo estaba enganchadísima. Se empezó a emitir en verano y me juntaba con las amigas para ver cada capítulo, ¡y fueron doscientos doce!

—Joder, ¿doscientos doce? —repito, y Vázquez asiente.

—Una de las piedras angulares del culebrón es estirar el argumento hasta el límite.

—Pero el argumento de *Chica rica, chico pobre* lo merecía.

—Oh, seguro. Dejadme adivinar: mexicano pobre que cruza la frontera ilegalmente conoce a chica americana —bromea Steven, aunque a nadie le hace gracia.

Siena lo ignora y dice:

—El protagonista, Eduardo Alfonso —Siena señala a Vázquez, que hace un gesto de asentimiento—, es un chico humilde que trabaja como chófer para una acaudalada familia mexicana...

—¿Eso existe? —ironiza Steven, pero vuelven a ignorarlo.

—El patriarca es viudo y mima a su única hija, repelente como ella sola. Le da cada capricho que pide. Le ha buscado marido, un tipo que le dobla la edad y que, como es rico también, pues todos contentos —explica.

—¿Y dónde está la gracia? —pregunto yo.

—Espera, que ahora viene lo bueno —interviene Vázquez, y le indica a Siena que prosiga.

—La criaturita mimada, derrochona, Alma del Carmen, se pone pesadita porque quiere ir a Acapulco para hacer cosas de niña rica antes de casarse, así que le pide al chófer que la lleve. Eduardo Alfonso, que es joven pero responsable, intenta quitarle esa idea de la cabeza porque ha visto en el noticiero que se avecina una tormenta de tres pares. No obstante, como buena caprichosa que es, da la lata y amenaza al pobre chófer con despedirlo para que la lleve.

—Y el chico cede —tercia Vázquez, ganándose otra sonrisa de Siena.

—A mitad de camino, se desata la tormenta, tienen que buscar un lugar donde refugiarse y él por poco no la estrangula por las tonterías que suelta por la boquita. Se quedan incomunicados durante cuatro

días en un pueblo pequeño y aislados debido a la tempestad...

—O también por el ruinoso estado del país, que ya sabemos cómo andan las cosas por México —interrumpe Steven, que se ríe de su comentario aunque nadie aprecia la broma de mal gusto.

—Y cuando él ya no aguanta más y amenaza con abandonarla en medio de la nada, ella se echa a llorar y le confiesa que es muy infeliz porque no ama a su futuro marido y que es virgen. Que si eso no puede ser, que si no eres tan boba como pensaba, que si no hay cobertura... zas, noche de pasión.

Siena hace una pausa, bebe un poco de vino y se ríe.

Joder, da gusto verla así, animada, contenta. La única parte negativa es que no soy yo quien le da alegría, porque después de la interrupción del otro día no ha vuelto a surgir la oportunidad de acercarme. Demasiados problemas.

—Los dos amantes vuelven a la normalidad y hacen la promesa de olvidar lo que han vivido. Obviamente no lo consiguen porque tienen algún que otro escarceo amoroso.

—Pese a todo, la realidad se impone y ella se casa —apunta Vázquez, no sé si interpretando su personaje de galán latino.

—A él lo despiden y se tiene que ir con una mano delante y otra detrás. Van pasando los años, ella es desgraciada porque su marido la maltrata y él, poco a poco, se va labrando un porvenir hasta que Alma del Carmen recibe una terrible noticia: su marido ha muerto de un ataque al corazón.

—Qué oportuno —masculla Steven, que me mira a la espera de que intervenga y corte de raíz el culebrón, nunca mejor dicho. En cambio, me quedo callado porque Siena es feliz recordando.

—Eduardo Alfonso se entera por la prensa y a pesar de que han pasado veinte años...

Siena empieza a tararear una melodía y Vázquez canta una estrofa en la que se dice que veinte años no son nada.

—Me encanta *Volver* —confiesa él—. En cualquiera de sus versiones.

—Yo adoro la de Gardel —revela Siena.

—Eso son palabras mayores —coincide el mexicano.

—Entonces se supone que el destino les da otra oportunidad, ya son libres; sin embargo, los hijos gemelos de Alma del Carmen se oponen y vuelta a empezar —cuenta Siena, y hasta suspira.

—¿Y cómo se resuelve el asunto? —pregunto yo, porque no soy aficionado ni lo seré a esos seriales; ahora bien, empieza a picarme la curiosidad.

—Pues ella, como siempre, le echa un par de ovarios y habla con sus hijos, confesándoles la verdad, que el padre de ambos es... ¡tachán! —Señala al invitado.

—¿Doscientos doce capítulos para eso? —se burla Steven, y de nuevo lo ignoran.

—Y el final, ay, ese final... la última escena, el galán a pecho descubierto, abrazándola junto a la chimenea después de recuperar el tiempo perdido cuando, de repente, le canta *Amanecí en tus brazos*...

Y me quedo perplejo cuando Vázquez entona la canción, mirando a Siena, cogiéndola incluso de las manos. Steven me mira como diciendo: «¿Cómo permites que el mexicano seduzca a tu mujer delante de tus narices?». Y yo... bueno, lo único que puedo hacer es memorizar la letra porque, si surge la oportunidad... también quiero cantársela. Y recuperar el tiempo perdido, por supuesto.

En un momento dado, Siena aparta la mirada de Vázquez y la dirige hacia mí. No sé cómo interpretar eso. Joder, es que me siento totalmente fuera de lugar.

—Ay, si es que donde esté una buena ranchera... —lo alaba ella al acabar la canción.

—Demasiado empalagoso —suelta Steven, al que tratan igual que si fuera la farola de la calle.

Por fortuna los éxitos de Vázquez en los culebrones dejan de ser el tema de conversación y poco a poco pasamos a otros más urgentes, como es qué cojones hacemos con Spencer Brown.

Tras la cena, sirvo los licores y nos acomodamos en la sala de estar. No hace falta dar excesivos detalles, ya que le había enviado a Vázquez la información relativa al asunto, así que está al corriente de los pormenores.

—Gracias a mis contactos he conseguido que retrasen la emisión unos días, máximo una semana... algo que no será barato —afirma este.

—Por el dinero no hay problema —murmuro.

—Eso no es suficiente —se queja Steven.

—De ahí que sea imperativo buscar otro método —apunto yo.

—En la emisora saben que esa entrevista es un bombazo, y no

solo a nivel local. Les daría la oportunidad de darse a conocer mundialmente, lo cual les generaría mucho dinero y, además, venderían la entrevista a otros canales —comenta el mexicano.

—¿Y no tienen miedo a las demandas judiciales? —pregunta mi abogado.

—Eso es demasiado yanqui para nosotros —le espeta—. El canal televisivo está bajo jurisdicción mexicana, así que... la cosa se tuerce.

—No entiendo por qué —masculla Steven de mala gana.

—Si llegara ante un juez, algo siempre complicado pues no afecta a personas de nacionalidad mexicana, sería mucho tiempo después de la emisión, por lo que el daño ya estaría hecho.

—Y en Europa no somos tan tiquismiquis —apunta Siena—. Estamos acostumbrados a los escándalos de las familias reales, por lo cual también se emitiría y después, si hubiera posibles indemnizaciones, serían ridículas en comparación con el dinero ganado.

—Cierto —convengo yo y miro de reojo a Steven, que está molesto.

—Sin olvidar que a lo mejor relanzamos la carrera de Brown, la polémica siempre vende —apostilla ella.

Hostias, es jodidamente lista. De ahí que fuera la elegida y por eso estoy loco por ella, lástima que todo se torciera.

La miro. Permanece a mi lado, atenta a todo cuanto se menciona en la conversación. Ignoro qué se le pasa por la cabeza. Me gustaría saberlo, sea bueno o malo; sin embargo, en estos instantes debo mantener la concentración.

—Spencer Brown sabe lo que se hace, tan tonto no es. Y nos va a joder a base de bien —mascullo.

—Por eso lo mejor es contraatacar. Ya tengo preparados a dos actores que concederán sendas entrevistas hablando de los abusos que sufrieron —nos informa Steven—. Es tan fácil convencer a muertos de hambre que a cambio de una oportunidad se vendan al mejor postor...

—*American way of life* —se burla Siena en voz baja.

—A ver, ¿y qué otra opción nos queda? —le pregunta Steven tenso—. Esto es la guerra, no un bonito culebrón latino donde todo es de color de rosa. Aquí hay muchos millones en juego.

—Aquí lo que hay es hipocresía al por mayor —puntualiza ella.

—Algo que ni nos va ni nos viene —alega mi abogado.

—Qué poquita decencia —suelta ella sin dirigirse a nadie en particular.

—Nos pagan para que busquemos soluciones, no para dar clases de moral —le replica Steven con bastante mal tono.

—Así va el mundo —se lamenta Siena.

—Tiene que haber una fórmula sin vernos obligados a recurrir a falsos testimonios —digo, y, por las caras de Steven y Vázquez, creo que no va a ser posible.

Siena se pone de pie. Es inevitable mirarla, desearla y admirarla. Porque hoy está preciosa. Me jode saber que el motivo es nuestro invitado, pero al menos ha abandonado su look pijama/chándal de estos últimos días para lucir un vestido azul sencillo y elegante.

—Aquí el problema es la avaricia, ¿me equivoco? —plantea ella mirándonos a los tres.

—Más o menos. Todos quieren sacar la máxima tajada —le confirmo.

—Y salvar el culo —apostilla Siena.

—Excelente resumen, linda.

Cómo me jode que se dirija a ella con ese adjetivo.

—¿Y? No has dicho nada nuevo —le espeta Steven.

—Estamos hablando de un tipo conservador e hipócrita, productor para más señas, forrado, que quiere mantener su doble vida oculta, vengarse de un examante con pésimas dotes para la actuación y de un canal mexicano de poca monta que ve una oportunidad de oro para hacer negocio.

—Repito, eso ya lo sabemos —dice Steven.

—¡¿Pues que blanco y en botella...?! —La miro sin comprender, porque a veces los dichos que utiliza me despistan bastante—. Horchata, no te jode.

—Siena, ¿serías tan amable de hablar claro? —le pido con amabilidad.

—Pues que una de dos: o el productor multimillonario compra el canal mexicano en menos de cuarenta y ocho horas, lo cual le daría el control absoluto, o se va a la mierda.

—Eso es mucho dinero... —reflexiona Vázquez.

—Hablamos de un tipo podrido de pasta, ¿verdad? —pregunto conociendo de antemano la respuesta, y me callo lo de que también, como dice Siena, está podrido a secas.

—Es una posibilidad —considera el mexicano.

—O también el productor podría invertir una cantidad indecente de dinero, siempre me ha gustado esa frase, en el canal para producir series o cederle los derechos de emisión de otras de gran éxito a precio de ganga.

—Buena idea —la alaba Vázquez adelantándose a mí.

—Es mejor mi propuesta —se obstina Steven.

—¿Y si Spencer consiguiera desacreditar a esos actores? ¿O si esos actores se vendieran luego a otro? ¿Quién quedaría más en evidencia? —plantea Siena, y Vázquez, además de sonreírle, asiente dándole la razón.

—No se hable más —sentencio—. Debemos saber el valor aproximado de ese canal mexicano. Hablaré con nuestro cliente y le expondré las opciones, de ese modo podrá hacer una oferta cuanto antes.

Steven frunce el ceño. No le gusta que su idea haya sido rechazada; por eso, para evitar que se encabrone más de la cuenta, añado:

—De todas formas, mantendremos abierta la posibilidad de Steven, por si no se llega a un acuerdo.

Eso parece agradar al abogado.

Se ha hecho bastante tarde y el primero en abandonar la casa es él. También quiero deshacerme de Vázquez, por razones obvias, pero Siena no parece tener tanta prisa por despedirse de él.

—Ha sido un placer conocerte, linda —le dice todo seductor y, cual galán televisivo, se inclina para cogerle la mano y besársela.

—¡El placer ha sido mío! Aún no me creo que estés aquí.

—Cuando me enteré de que Finley se había casado... sentí curiosidad, ¿sabes? Nunca pensé que lo haría, aunque debes de ser fuera de lo común para tenerlo tan loquito.

—Soy muy normal —dice ella y la miro, a ver si las palabras del mexicano la ablandan—. ¿Puedo abrazarte?

Vázquez me mira esperando mi permiso y no me queda más remedio que asentir.

Observo, y procuro que no se note cuánto me afecta cómo la rodea con sus brazos. Y encima le susurra algo que la hace reír.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto cuando estamos (por fin) solos.

Apago las luces del vestíbulo y sigo a Siena hacia el dormitorio.

—Que te abandone y me vaya con él a un rinconcito que tiene junto al Pacífico, donde podremos cantar rancheras, reír, tomar mojitos y pasarlo estupendamente.

—No te ha dicho todo eso —replico, y cierro la puerta del dormitorio con la esperanza de que recuperemos el tiempo perdido, que ya va siendo hora.

—Pues no seas tan meticón —me espeta, y entra en el vestidor para colgar el vestido. Algo que no entiendo, disponemos de servicio para ordenarlo todo.

Yo me desnudo y dejo la ropa de cualquier manera antes de ir al baño para lavarme los dientes. Ella también hace lo propio. Es algo complejo que cada noche realicemos las tareas cotidianas como si nada, aunque después, en la cama, sigamos con la guerra fría.

Cuando nos acostamos, me inclino hacia ella y murmuro:

—Yo también puedo cantarte algo al oído.

—Estoy con la regla.

—Ya lo sé —digo acercándome más.

—Ah, sí, se me olvidaba, que también controlas mis ciclos reproductivos. Ahora bien, no sé para qué, total: nunca has querido tener hijos.

Hago una mueca. Debí contarle hace tiempo lo de la vasectomía y no darle excusas para posponer la maternidad, algo que obviamente le molesta.

—Siena, ahora las cosas son diferentes...

—Tú sigues siendo el mismo tramposo de siempre, con una diferencia: que ahora no me engañas. Y eso te jode.

—Lo que me jode es tenerte cada noche tan cerca, escuchar cómo respiras, observarte dormir y no tocarte —confieso en voz baja, y la abrazo desde atrás pese a que ella no se muestra muy conforme e intenta que mantengamos las distancias.

—Pues ajo y agua.

—¿Perdón?

—Y que corra el aire.

A veces sus réplicas me desconciertan; por el contexto sé lo que significan, aunque no sé muy bien lo que significan.

—¿Sabes? En algún momento te darás cuenta —susurro separándome de ella de mala gana— de lo ridícula que estás siendo y

de cómo hemos perdido un tiempo precioso.

No responde y solo murmura algo que no acierto a descifrar. Y añado:

—Momentos como los que disfrutamos, aquí en cada rincón de esta casa y también otros en lugares mágicos... a los que podríamos volver, o también buscar unos nuevos.

Inspira hondo, aunque se queda callada.

Capítulo 32

Seis años atrás
Suite Imperial, hotel Palais Coburg, Viena
17.10 horas

SIENA

Regresamos al hotel tras haber presenciado el concierto de Año Nuevo y asistir a la recepción posterior. Me sentí igual que si me hubiera tocado el gordo de Navidad y sin haber comprado el décimo. Finley me había dicho que pasaríamos el Fin de Año en Europa, por motivos de trabajo, y yo, ingenua enamorada, ni siquiera le había preguntado dónde. Me había limitado a hacer la maleta y a seguirlo como un perrito faldero ansioso por recibir cuatro carantoñas de su dueño.

Así era yo.

Ahora bien, ni en el más alucinante de mis sueños habría imaginado que Finley tuviera contactos de tan alto nivel como para asistir como público al concierto de Año Nuevo. Y encima en una zona privilegiada.

Yo le había comentado como de pasada que en mi casa siempre nos gustaba poner la tele el día 1 de enero y ver el concierto, disfrutar de la música, observar a la gente tan peripuesta e incluso bailar el vals en el salón de casa y en pijama tras haber desayunado todos chocolate y torrijas caseras.

Los comentaristas anualmente recordaban que había lista de espera para comprar la entrada; pero no lista de tres, cuatro o seis meses, sino de años. Había gente que había esperado una eternidad para asistir.

Por eso, cuando el día antes en la suite Imperial de un hotel de lujo (otro más que visitaba gracias a Finley), un asesor de imagen se presentó sin que yo supiera que iba a venir, mi marido me dio la sorpresa.

Y si ya el hecho de que se presentara un estilista con ropa carísima me dejó traspuesta (no era la primera vez y, aun así, me costaba acostumbrarme a ser atendida por gente tan servicial y en ocasiones pelotillera), cuando también llegó una mujer con tres estuches de joyería me quedé sin habla. Porque (no sé cómo) le habían prestado a Finley un conjunto de collar, pulsera y pendientes de esmeraldas que solo la reina de Inglaterra debía poseer, pues dudo mucho que a cualquier otro mortal le alcanzara para tener aquellos pedruscos.

Cuando terminaron con mi estilismo, Finley y yo nos quedamos a solas y él se encargó de colocarme las alhajas. Se me hizo un nudo en la garganta, no solo por verme frente al espejo con aquellas joyas, sino por la responsabilidad que implicaba llevarlas encima. Si no había oído mal, la mujer de la joyería había mencionado que estaban valoradas en dos millones y medio de euros.

Y mi marido, como si fueran cuatro baratijas del mercadillo.

Viéndolo retrospectivamente, sé que aquellos lujos eran sin duda un barrote más de mi jaula de oro para mantenerme en la inopia... tan ilusionada, deslumbrada y enamorada que no pensara, que no rascara para ahondar en las verdaderas motivaciones de Finley.

Eso lo sé ahora; sin embargo, en su momento disfruté y creí ser la mujer más afortunada del universo por asistir a un evento que tantas veces había visto en televisión, por llevar un vestido de alta costura y, además, ir del brazo de un hombre que me seducía y decía que me quería. Y me lo demostraba como nos han engañado que un hombre debe hacerlo: con cosas caras, nada de sentimientos.

De ahí que, al regresar al hotel, yo fuera una mujer agradecida, enamorada y tan feliz que daba envidia. Seguro que más de una me recriminaría: «¿Cómo fuiste tan tonta de renunciar a aquella vida? ¿Qué más te daba mirar a otro lado?». Pues lo siento, no logré pisotear todos mis principios porque lo que viene siendo una dependiente emocional de libro terminó por abrir los ojos y sentirse una puta mierda; eso sí, envuelta en purpurina.

—Da gusto verte así, tan sonriente, tan... perfecta —me piropeó Finley mientras yo, que continuaba con cara de bobalicona, suspiraba y tarareaba un vals.

—Es que aún no soy capaz de asimilar todo esto —respondí con sinceridad.

Estiré los brazos, señalando la inmensa habitación en la que nos alojábamos. Lujo por doquier.

—¿Por qué? —inquirió acercándose hasta abrazarme desde atrás.

—Porque tengo la sensación de que me viene grande, que vivo en una peli de cuento de hadas y que, cuando en la pantalla aparezcan los títulos de crédito, me despertaré y estaré en mi piso compartido con Andrea comiendo palomitas y bebiendo refresco de marca blanca.

Oí la risa suave de Finley y me abrazó con más fuerza.

—Yo opino lo contrario. Creo que te mereces esto y mucho más —musitó, y aprovechó que llevaba el pelo recogido para besarme en la nuca—. Y que soy yo quien vive en ese cuento de hadas por tenerte a mi lado.

—Oh, Finley... —susurré, y me giré para mirarlo a la cara.

Continué cacareando acerca de todo lo que había sentido, contándole con quién había hablado, las conversaciones que había escuchado en el lavabo de señoras... vamos, que le hice un informe completo sin ser consciente de ello. Y él atendiendo a mis palabras paciente, sin dejar de sonreír y de mirarme, haciéndome creer que le importaba, que yo era lo más de lo más. Tan bien fingía que terminé suspirando como solo las idiotas pueden hacer.

Estaba guapísimo con su traje de raya diplomática, sus ojos claros fijos en mí y su media sonrisa seductora que invitaba a besarlo. Y por eso lo hice, acuné su rostro y busqué sus labios. Durante todo el concierto, además de flipar con todo lo que me rodeaba, había sentido su contacto, pues cada pocos minutos se llevaba mi mano a los labios para besármela.

La reacción de él fue intensa y, si bien dejó que yo tomara la iniciativa, enseguida noté que se apropiaba del control. Entre las muchas cosas que Finley hacía bien estaba besar. Sabía cuándo necesitaba ser agresivo o cuándo solo era necesaria una muestra de cariño. Y en aquella ocasión supo combinar las dos opciones.

Permanecíamos en la sala, besándonos como si fuera nuestra primera cita y ambos tuviéramos miedo o quizá cautela. Gemí cuando abandonó mi boca y comenzó ese lento y sensual recorrido por mi piel que empezaba en la mejilla y acababa en el lóbulo de la oreja.

Me aferré a las solapas de su traje y eché la cabeza hacia atrás, sintiéndome segura, ya que Finley me sujetaba con un brazo mientras obraba magia sobre mi piel.

—Eres tan increíble, tan deseable... —musitó apenas apartando unos milímetros su boca.

Mi respuesta fue jadear y decir:

—Algo que solo es posible gracias a ti.

—Joder, Siena, me vuelves loco.

Regresó a mis labios, con la voracidad y contundencia que me excitaban hasta un punto que tan solo había experimentado con él. De ahí mi dependencia, la cual aumentaba día a día.

Mientras él se inclinaba para besarme el escote bordeando la tela, yo aproveché para quitarle la chaqueta del traje. Lo siguiente fue su corbata y camisa. No le rompí los botones por poco. Metí la pata al tirar de la prenda y olvidarme de quitar los gemelos.

Aquello nos hizo reír.

Yo aún seguía con mi vestido de alta costura sobre el cuerpo y me pareció muy erótico que él fuera el primero en terminar desnudo. Por ello continué y, tras esa metedura de pata de los puños de la camisa, puse atención y desabroché con energía su cinturón para abrir la bragueta y meter la mano dentro de sus pantalones.

—Voy a follarte en cada puta superficie de esta suite —aseveró cuando tuve su polla entre mis dedos.

—¿De verdad? —susurré mirando alrededor algo preocupada porque los muebles eran elegantes, sofisticados y, por ende, caros.

—Claro que sí, joder —afirmó con voz ronca.

—Finley, que hay muchas superficies —lo provoqué.

—Empecemos por esa mesa, por ejemplo —dijo, y señaló el mueble, una mesa de escritorio, con las patas torneadas y pinta un tanto frágil—. Tiene la altura perfecta para que te dobles sobre ella y yo pueda embestirte desde atrás.

Tragué saliva. Me encantaba cuando utilizaba aquel tono tan ordinario porque no eran palabras vagas, sino una descripción concisa de qué iba a ocurrir. Finley no hacía amagos.

—No sé yo... —dudé, y él, además de sonreír de forma pícara, me cogió de la mano y me llevó hasta el mencionado mueble.

—Deja que antes me quite el vestido y las joyas —le pedí.

—Ni hablar —se negó y, sin importarle que aquella prenda costara una pequeña fortuna, metió las manos por debajo y fue levantándome la tela hasta que mi tanga quedó al descubierto.

—¿Y las joyas? Son prestadas, habrá que devolverlas en perfecto

estado —expuse mientras apoyaba la mejilla en la madera y tragaba saliva.

—Tranquila, no las ensuciaremos —prometió, y añadió tras romperme el tanga—: Quiero follarte cuando únicamente lleves esas joyas sobre tu piel y, si se salpican o algo —me guiñó un ojo—, me da igual.

—No me metas tanta presión —protesté entre gemidos, pues con un dedo estaba acariciándome la separación entre las nalgas.

—Créeme, no va a ser presión lo que te voy a meter.

Aquel juego de palabras hizo que se me escapara una carcajada, aunque enseguida me puse nerviosa pues, en vista de que no dejaba de acariciarme por detrás, intuí que buscaba sexo anal.

—Y sé que te va a encantar —añadió, y nada más decirlo me penetró de golpe desde atrás, logrando que me mordiera el labio para contener un gemido, aunque enseguida comenzó a moverse, logrando que yo jadeara de manera vergonzosamente escandalosa.

Estaba excitada, ansiosa más bien porque lo hiciera, y me encantó que fuera rudo y más cuando empezó a embestir y a azotarme el trasero. Me agarré al borde de la mesa, que se tambaleaba de forma peligrosa, aunque ni él ni yo nos hubiéramos detenido.

Finley siguió follándome con rapidez y, cuando notó que yo estaba a punto de correrme, ralentizó el ritmo y me metió un dedo por detrás y me advirtió:

—Aún no, Siena.

—¿Por qué? —pregunté gimiendo.

La respuesta fue vulgar y excitante:

—Porque quiero correrme en tu culo y dejarte con ganas de más.

—No te entiendo...

Y era cierto, porque bien podríamos repetir. Un polvazo, una ducha y de nuevo dale que te pego. No sería la primera vez que Finley y yo nos hacíamos un maratón sexual.

—Quiero que te sientas desesperada... —susurró, y se retiró despacio para volver a embestir con brusquedad—. Tanto que solo pienses en mí, en el placer que te doy con mi polla...

Cerré los ojos; aquello sonaba posesivo, controlador, pero inexplicablemente lo interpretas como algo estupendo. Y lo peor es que asentí porque estaba dispuesta a todo por él.

—Haz lo que quieras conmigo —respondí entregada a sus

maniobras.

—Eso es justo lo que quería oír.

Sacó el dedo con el que me estaba estimulando el ano y también se retiró de mi sexo. Enseguida noté su erección empujando.

Yo, hasta conocerlo, nunca había practicado sexo anal. No por nada, sino por falta de entusiasmo y porque ninguno de los tíos con los que me enrollaba me ofrecían la suficiente confianza como para llegar a ello. No obstante, con Finley fue distinto. No lo pidió, no lo sugirió, lo impuso. Ahora bien, como era un maestro retorciendo palabras, me llevó (en aquel y otros momentos) donde quiso y como quiso.

Y lo más extraño es que disfruté. Era tal el placer que me proporcionaba que nunca vi, tras sus proezas sexuales, que me estaba controlando.

Finley gruñó cuando por fin me la clavó hasta el fondo. Yo aguanté el dolor sabiendo que se volvería placer. Y así fue, poco a poco, con movimientos controlados, empecé a gemir mientras él no paraba de repetirme que era maravilloso meterla en mi culo, que me quería, que nunca había sentido algo así...

Y yo gemía, respiraba y me aferraba a la mesa sintiéndome especial, amada y satisfecha por recibir sus atenciones. Disfrutando de algo que (maldita sea) solo él lograba proporcionarme. Hasta que entre embestida y embestida ocurrió lo inevitable, me corrí.

Y aunque intenté disimular, fingir que no había tenido un orgasmo (algo raro de narices), Finley se dio cuenta y me dijo con su tono más sensual:

—Eres una descarada, Siena.

Yo pensé que se enfadaría o algo similar; en cambio, continuó penetrándome, con más brusquedad, y justo antes de correrse me soltó:

—La venganza será terrible.

No sé si lo que vino después fue una venganza o un maratón de sexo. Volvimos a hacerlo en la ducha, en el sillón rococó de la salita y me tocó hacerle una mamada, arrodillada, junto al gran ventanal, mientras él disfrutaba de una copa de brandy del minibar y con aire indolente dejaba caer alguna gota para que las paladeara al mismo tiempo que me follaba la boca.

Cenamos (recuperamos fuerzas más bien) en la cama, tumbados.

Allí pasó lo que tenía que pasar, que caí rendida (llevaba en pie desde las seis de la mañana).

Cuando volví a despertar, aún era de noche. Lo que me inquietó fue que Finley no se encontraba acostado en la cama. Comprobé la hora en el móvil y vi que eran las cuatro y media de la madrugada.

Supuse que se habría levantado para ir al cuarto de baño, por eso esperé unos minutos en silencio. Pero no oí ningún ruido procedente de allí ni tampoco de la pequeña antesala del dormitorio.

Empecé a preocuparme, pues si bien el viaje había sido por trabajo, no tenía ningún sentido que Finley estuviera fuera del hotel a las cinco menos cuarto de la madrugada.

No era miedo, al fin y al cabo estaba en un hotel de lujo, nada podía pasarme. No obstante, me resultó imposible no empezar a dar vueltas a la cuestión de dónde estaba mi marido.

Encendí la lamparita y me senté en la cama, con el móvil en las manos, dudando en si llamarlo y parecer una esposa controladora o quedarme como un pasmarote sufriendo en silencio. Opté por lo segundo, otorgando a Finley el suficiente margen de confianza como para que después me contara lo ocurrido.

Alrededor de las siete, capté el sonido de la puerta seguido de unos pasos. Me dolía la cabeza y lo primero que pensé fue en exigirle explicaciones. En cambio, me quedé callada, apagué la luz y fingí estar dormida. Finley se estaba sirviendo algo de beber. ¿Quién toma una copa a las siete de la mañana?

Unos minutos después, entró en el dormitorio. Yo continué haciéndome la dormida mientras él se desnudaba. Lo oí inspirar profundamente antes de meterse bajo las sábanas. Me abrazó desde atrás y creo que dijo algo así como: «Lo siento, Siena».

Aunque quizá fueran solo imaginaciones mías.

Cuando pocas horas después nos levantamos, él parecía el de siempre. Y yo no quise hacer un drama, así que lo dejé pasar. Además, en el vuelo en jet privado de regreso a casa tuve suficientes distracciones como para que aquel incidente no me importara.

Volví al apartamento de lujo, a las inauguraciones de locales de moda, a las cenas en restaurantes caros, a reuniones de gente adinerada, a las exposiciones de artistas emergentes que patrocinaban fortunas aburridas y a fiestas exclusivas.

Todo un perfecto engranaje para que yo no tuviera tiempo de

pensar en qué hacía Finley en realidad.

Capítulo 33

En la actualidad
Garaje privado, Columbus Avenue, Manhattan
19.45 horas

FINLEY

Apago el motor y me quedo sentado en el coche porque necesito relajarme y no perder la perspectiva. Hay días en los que es mejor ni levantarse de la cama porque la ley de Murphy te da en toda la cara y sin avisar.

Y no me refiero solo al hecho de que convencer a nuestro cliente de que o afloja la pasta y compra el canal mexicano o su coartada de tipo recto, padre de familia y demás estupideces se va por el retrete ha sido desquiciante.

Alegaba (con toda la hipocresía del mundo) que él era un ciudadano ejemplar y que por un desliz ahora otro tipejo se iba a salir con la suya y encima tendría que gastarse una fortuna. Aunque yo sé que no ha sido un desliz, sino varios, con diferentes hombres a los que ha acallado con un pago por sus servicios sexuales; el único que le ha replicado es Spencer y eso no lo asimila. Para gente como esta, acostumbrada a controlarlo todo con su dinero, es a veces una cuestión de orgullo.

Al final ha hecho una oferta y, aunque le escueza comprar algo mexicano (yo creo que ese ha sido el principal escollo), no es tan mala inversión.

Como quien dice, yo he hecho mi trabajo: se firmará un acuerdo millonario que dará a la prensa motivos para especular pero del que nunca se conocerán los verdaderos detalles, pues en el comunicado redactado por los asesores de imagen se dirá que la empresa está ampliando inversiones, buscando nuevos mercados y bla, bla, bla. La misma mierda de siempre, envuelta en papel de regalo.

En unos días podré dar carpetazo al asunto.

Pero no es este tema el que me tiene soliviantado. En el asiento del copiloto están las pruebas de que Steven me mintió.

Tras la conversación con Siena y la posterior con Erika, cuando inesperadamente me dijo que, si bien la señora Tremair es rara, no es mala persona, me quedé pensativo.

Ella me acusaba de haberla vigilado, de sufrir despidos injustificados en los trabajos basura que conseguía, algo que yo no hice en los primeros meses porque estaba día sí y día también hasta arriba de medicamentos, con la puta dieta blanda y hecho un guiñapo a causa de las fiebres.

Sí, la vigilé, la observé y hasta sufrí al verla con otro; no obstante, las fechas no cuadran. Y eso solo significa una cosa: que mi abogado supo enseguida dónde se ocultaba Siena y la acosó. Todo sin decírmelo.

Ahora bien, soy muy consciente de que no puedo plantarle cara a Steven, sería un suicidio porque él posee información comprometida suficiente como para hundirme. Y yo a él. La diferencia es que yo lo pensaría dos, tres o las veces que hiciera falta. Steven no; es de los que mueren matando y no le importaría caer en desgracia si me arrastrara con él.

De ahí que deba planificar cada movimiento con sumo cuidado para no alertarlo y para tenderle una trampa y que se vea obligado a renunciar. Para empezar, es socio de la empresa tapadera. Podría hacerle una oferta de compra; sin embargo, conociéndolo como lo conozco, sé que despertaría sus sospechas.

Me duele porque he confiado en él, en ocasiones mi propia vida, y descubrir su traición ha sido un golpe duro. Nunca llegué a pensar que su desprecio hacia Siena le llevara a ser cruel. Y si bien yo tengo una cuenta pendiente con mi mujer, nunca he querido ser tan despreciable.

Por eso asumo con bastante resignación que la única forma de vengarme es traicionarlo, dejarlo al descubierto, pero, y he aquí lo importante, sin que me salpique.

Sé que Steven tontea o apoya de forma más o menos disimulada (gilipollas no es y sus opiniones supremacistas solo las expone en privado) a asociaciones que no son precisamente muy democráticas y amigas de la igualdad. Ha hecho contribuciones de dinero y ha

asesorado legalmente a tipos problemáticos que se toman la justicia por su cuenta... aunque sé que se ha cuidado mucho de no figurar en documentos que le comprometan.

Pero yo sí tengo alguno que otro, porque le gusta presumir conmigo, y me ha mandado fotos de reuniones privadas, documentos sobre sentencias absolutorias o con penas ridículas a tipos indeseables con anotaciones al margen de su puño y letra, como «que se joda el sistema democrático, me limpio el culo con las leyes», o también donde presume de tener a algún que otro juez en el bolsillo.

Para un periodista sería una mina de oro, evidentemente; con todo, filtrarlo supondría señalarme a mí mismo y buscarme problemas, ya que Steven cuenta con el apoyo de gente importante e influyente.

Ahora bien, si algo he aprendido en este negocio es que la gente importante e influyente, cuando ve que su culo peligra, no duda en dejar caer a quien haga falta. Así pues, yo debo hacer llegar los documentos a quien pueda utilizarlos bien y que no me salpique.

Podría involucrar a Siena, mentir y decir que fue ella quien me los robó y los ha utilizado. La coartada sería perfecta... dejando a un lado que el peligro para Siena sería incontrolable y que yo no quedaría libre de sospechas, pues mantengo relaciones comerciales con Steven y, por extensión, me meterían en el mismo saco. Vale, he tolerado sus comentarios estúpidos solo por no discutir, entono el mea culpa; ahora bien, eso ya no tiene remedio.

Mañana mismo haré una generosa donación a causas que Steven odia, una fórmula muy sencilla de ganar puntos. También, mal que me pese, tendré que dejar que Siena se marche, estará más segura en su país. Y, por desgracia, me veré obligado a pedir ayuda a la única persona que juré no volver a ver: mi padre.

Solo él, con su experiencia y red de contactos, puede salvarme el culo.

Con el convencimiento de que me enfrento a algo que me va a joder la vida, salgo del coche y me dirijo hacia el ascensor privado.

—Si al menos contara con el apoyo de Siena —reflexiono en voz alta aflojándome el nudo de la corbata.

Cuando entro en casa me saluda Alvin y me da la bienvenida. Yo murmuro un «gracias» muy desganado y le pregunto por la música que suena, las voces y las risas.

—¡Con dinero y sin dineroooooo!

—Llevan un buen rato cantando, señor Tremair, y cocinando.

—¿Quienes?

—¡Hago siempre lo que quieroooooo!

—La señora Tremair y su amigo, el señor Vázquez.

—¿Y Erika? —pregunto porque sé que odia que anden en la cocina, pues la considera su territorio.

—La señora Tremair le ha dado el día libre.

Me dirijo a la cocina y me encuentro a Siena con un enorme sombrero mexicano cantando a pleno pulmón junto a Vázquez, que la imita. Y no solo eso, toda la encimera está llena de cacharros y comida.

Me aclaro la garganta para que se percaten de mi presencia. Siena me mira pero no deja de cantar y Vázquez se separa un poco de ella. No mucho, en mi opinión.

Cuando acaban la canción, pese a saber que es un gesto manido y posesivo, me acerco a Siena y le doy un beso rápido en los labios. La he pillado por sorpresa, de ahí que no me haya rechazado.

—¿Y bien?

—Hola, cariño. ¿Cómo te ha ido el día? —replica cantarina como si nuestro matrimonio fuera de telecomedia para todos los públicos.

—Por lo visto no tan bien como a ti —respondo.

—Debo decir que es culpa mía —interviene Vázquez llevándose la mano al pecho.

—Oye, no estábamos haciendo nada malo, Finley —tercia ella—. Cantar *El Rey,* preparar fajitas y beber tequila no es ilegal.

—Depende de a quién le preguntes —murmuro.

Esta es una situación incómoda. Vázquez es un buen tipo y, si bien me pilla en un momento delicado, él no es el responsable de mis problemas con Siena. Por eso decido poner buena cara y unirme a la fiesta.

—Cuidado con eso —me advierte Vázquez cuando pruebo una salsa verde oscura.

No le hago caso y...

—¡Su puta madre!

—Bebe esto.

Me arde la boca, no siento la lengua, así que agarro el primer vaso de agua que me indican y me lo bebo de un trago.

El problema es que no es agua.

Me atraganto, toso e intento no parecer idiota, algo casi imposible porque me ha dejado la boca anestesiada.

—Hay que ser muy hombre para probar esos jalapeños —se burla Siena, y se bebe un chupito.

A duras penas voy recuperándome. Hago un gesto al mexicano para que deje de darme golpes en la espalda.

—Mira que he comido porquerías por el mundo; sin embargo, esto es peor que todas, es horrible.

—Pues prueba el chipotle, eso sí que te hace llorar —apuntaVázquez.

—No, gracias.

Para asegurarme de que no me envenenan, yo mismo me sirvo agua, en abundancia. Y ambos, en vez de atenderme, ponen de nuevo música y comienzan a cantar. Otra de mariachis.

En qué puta hora pensé en Vázquez como aliado.

Llaman al timbre y Siena exclama:

—¡Ese debe de ser Romeo!

Se marcha corriendo y yo mascullo:

—El que faltaba.

—Veo que hoy tu casa es el camarote de los hermanos Marx —comenta Vázquez, y tiene el buen gusto de apagar la música.

—Es mi cuñado, un buen tipo —le digo. Luego advierto—: No está al tanto de mis actividades.

—Comprendo.

El aludido entra en la cocina con cara de haber pisado ocho mierdas de perro consecutivas llevando zapatos caros. Me saluda con un gesto desganado y después Siena le presenta a nuestro invitado.

Mi cuñado se sienta en uno de los taburetes y mete el dedo en el mismo cuenco que yo antes. A punto estoy de advertirle; no obstante, me callo él y exclama:

—¡Qué mierda es esta, joder, la puta de oros!

Me echo a reír.

—Hay que ser muy hombre —suelto, y, como tan malo no soy, le doy agua.

—Hay que ser gilipollas para comer esto. —Se da cuenta de que el invitado lo mira y añade—: Sin ofender.

—Tranquilo —responde Vázquez riéndose—. Es cuestión de acostumbrarse.

Romeo frunce el ceño y se queda mirando al mexicano; entonces exclama:

—¡Anda, mi vieja!, ¿tú no eres ese de los culebrones?

—Romeo, acabo de presentártelo, es Manuel Francisco Vázquez —le recuerda Siena.

—Joder, cuando se lo cuente a mamá... —dice Romeo sin apartar la vista del mexicano—. Ya no me acuerdo de las veces que se ha visto *Chico rico, chica pobre* desde que la reponen en Netflix.

—Es *Chica rica, chico pobre* —lo corrige su hermana.

—Lo que sea —refunfuña—. Sin ofender.

—Te veo mal —cambia de tema Siena—. ¿Qué has estado haciendo tú solo todo el día?

«Ver a una modelo famosa y supongo que darse un revolcón», pienso y, por la cara de Romeo, deduzco que después no han terminado demasiado bien.

—No tengo ganas de hablar —responde, y hace una mueca—. Y no soy buena compañía. Mejor os dejo solos.

Romeo se marcha a su dormitorio (Siena lo ha instalado en uno de invitados) y yo tengo que hablar con ella en privado, pero la veo tan entretenida con Vázquez que me da pena. Aguantaré un rato más y, por supuesto, no probaré nada; no quiero acabar con dolor de estómago.

Por lo visto Siena tiene el estómago a prueba de bombas porque se prepara, junto a Vázquez, unos cuantos mejunjes que llaman *burritos* y no sé qué más. Lo dicho, yo voy con cuidado.

En un momento dado, cuando Siena se disculpa para ir al aseo, me quedo a solas con nuestro invitado y él me dice:

—Aprovecho ahora para irme.

—No te estoy echando —le aclaro por si acaso.

—Lo sé, amigo... pero uno sabe cuándo está de más. Y no te culpo, quieres a tu esposa para ti solo —añade, y yo asiento—. Despídeme de Linda.

—Lo haré.

Siena tarda en volver, así que doy por hecho que está hablando con su hermano... o más bien consolándolo porque, según tengo entendido, la chica está en problemas serios porque... bah, da igual, eso no me incumbe.

La cuestión ahora es buscar un argumento lo suficientemente

sólido como para que ella se marche y sin que se sienta mal, o en todo caso no muy mal.

Finalmente Siena regresa a la cocina.

—¿Y Vázquez? ¿Lo has echado? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Una urgencia —miento—. Me ha pedido que lo disculpes.

—En fin, con lo bien que lo estábamos pasando...

Se pone a recoger la cocina, algo que me desconcierta, por eso le digo:

—A ver, ¿qué haces?

—Dejar esto decente, que luego Erika se enfurruña.

Me echo a reír.

—Hasta donde yo sé, ella es la empleada y tú...

—Yo solo soy la mujer del dueño —me interrumpe llevando los platos sucios al lavavajillas, que mira por dónde ahora me entero de dónde está—. De ahí que me tomen por el pito de un sereno.

Luego busco qué significa eso.

—No es cierto, en esta casa puedes hacer y deshacer a tu antojo, Siena.

—¿Para qué? —replica, y sigue a lo suyo, dejando esto impoluto —. Se supone que solo estaré aquí de forma temporal.

Hago una mueca, sin querer me ha dado pie para hablar del asunto.

—Sobre eso quería hablarte, ¿me acompañas?

—Lo has dicho de manera tan solemne que me he acojonado —se guasea, pero al ver mi cara se da cuenta de que no es una broma.

—Vamos a mi despacho, por favor —le indico.

No muy convencida, me sigue. Ya sé que disponemos de privacidad en el apartamento; sin embargo, cierro la puerta. Siena se deja caer en uno de los sillones frente al escritorio y yo me quedo de pie.

Ha llegado la hora.

—Hace unos días te propuse un trato y aún no me has respondido.

—Ah, sí, ese en el que me mandas a paseo a cambio de algo que yo no tengo.

Me río sin ganas.

—Eso ya da igual, Siena, porque doy por finalizado nuestro

acuerdo.

Abre los ojos como platos y yo prosigo:

—Mañana mismo tu abogado recibirá los documentos en los que te concedo el divorcio... y, por supuesto, la cantidad que te prometí.

—Ya no soy útil, por lo que veo —murmura, y percibo su dolor.

Me toca ser un cabrón una vez más.

—Exacto.

—¿Y qué ha ocurrido para que cambies de opinión? —pregunta, y con razón.

Siena no es tonta, intuye que algo ha sucedido, la cuestión es que no debo decírselo. Tiene que irse. Y cuanto antes, mejor.

Paso por alto su mirada, doy por hecho que se siente herida, incluso despreciada. En fin, ya me odiaba o al menos se esforzaba por creerlo, así que aprovecharé esos sentimientos.

—Teniendo en cuenta que en este negocio hay que estar al día y puesto que ya ha pasado demasiado tiempo para que la información que me birlaste tenga validez, no veo por qué tú y yo debemos seguir juntos —explico manteniendo la calma, aunque cada palabra que pronuncio es igual que una puta espina clavada en la planta del pie—. Sin olvidar que tú sigues en tus trece, rechazándome y mirándome como si fuera el anticristo.

—¡Acabáramos! —masculla y se pone en pie para señalarme con un dedo—. Eres un cabrón manipulador y pensabas que atándome en corto cedería y, claro, el señor no asume que la Siena tontaina y enamorada ya no está aquí, ya no se abre de piernas con facilidad.

—Eso hubiera ayudado, sí —digo, y respiro hondo.

—Te has buscado a otra, ¿verdad?

Me lo ha puesto en bandeja, la excusa perfecta; en cambio, digo la verdad.

—No.

—Joder, ¡¿cómo puedo ser tan gilipollas?! —se queja negando con la cabeza—. Si siempre has tenido el recambio por ahí.

—Siena... eso no es cierto.

—Me da igual —replica, y mira de reojo la foto de nuestra boda, que aún está sobre el escritorio. La coge, se ríe con bastante esfuerzo, aunque se nota que está a punto de llorar, para después dejarla con brusquedad sobre la mesa—. Mañana mismo me largo.

Nada más decirlo, da media vuelta con la intención de salir, pero

yo soy rápido y la sujeto de la muñeca, evitando que se marche.

—Vete a la mierda, Finley —masculla—. Y déjame en paz.

—Escucha...

—Se acabó. No quiero oír ni una sola mentira más, ni una estupidez más. Aquí te quedas, con tus tejemanejes, tus ricachones podridos y tus negocios. Yo me largo y, tranquilo, no me iré de la lengua. Bastante asco me da ya todo como para encima hablar de ello.

La suelto no porque me guste, sino porque sé que cualquier palabra que diga ahora solo servirá para empeorar las cosas.

Hacerle daño a Siena es lo último que deseo.

—Joder, ¡qué puta mierda!

Me quedo unos instantes en el despacho, sentado dándole vueltas al asunto, cuando recuerdo que encima mi cuñado está en casa.

Capítulo 34

En la actualidad
Antigua estación de ferrocarril, Pardueles, España
23.50 horas

SIENA

—En algún momento me tendrás que explicar por qué nos marchamos como alma que lleva el diablo de casa de tu marido —comenta Romeo, abatido, sin mirarme; tiene la atención puesta, igual que yo, en el cielo estrellado.

En esta parte del pueblo solo hay una triste farola y, por tanto, no corremos el riesgo de que la contaminación lumínica nos estropee el panorama.

—Me he enfadado con él —musito recurriendo a parte de la verdad.

—Una cosa es enfadarse y otra poner un océano de por medio.

Me gustaría tanto sincerarme con mi hermano...

—Pásame otra cerveza.

Estamos sentados en lo que era el viejo andén de la estación. Hace una eternidad que quitaron la vía de tren y ahora este lugar solo sirve para que la gente como yo, hecha polvo, se siente a contemplar las estrellas con alguien de confianza mientras toma alcohol e intenta no venirse abajo.

La idea era pasar aquí un rato, a solas conmigo misma y mis elucubraciones; sin embargo, Romeo, en plan sobreprotector, ha insistido en acompañarme. Claro que el pack de cervezas frías que se ha traído debajo del brazo han ayudado a que no lo mandara a la mierda.

—A ver, Siena, no me importa cogerme un pedal del quince contigo, ya sabes que cualquier cosa que me pidas la haré, todo. Soy tu hermano mayor y te apoyo hasta el final, pero digo yo que al

menos merezco saber por qué Finley y tú os habéis separado.

Sería tan fácil contárselo todo... Una especie de desahogo, consciente de que Romeo no se irá de la lengua. Como mucho se subirá a un avión para cantarle las cuarenta a Finley.

—Puedes seguir llevándote bien con él —le digo porque tampoco soy como el perro del hortelano, que ni jode, ni deja joder—. Y yendo a fiestecitas donde te presenta churris.

Esto último lo he dicho con bastante amargura.

—Oye, que conste, el que se iba con las churris a la habitación era yo, no tu marido. Nunca lo vi enrollarse con otra; es más, se quitaba a las lagartas de encima —lo defiende.

—Lo que tú digas... —murmuro, y doy otro buen trago a la cerveza.

Entiendo que lo defienda, son amigos, y no quiero que dejen de serlo.

—Pues dime qué os ha pasado. Tenemos todos la mosca detrás de la oreja. Joder, Siena, que si tengo que coger un avión y partirle la cara, lo hago ahora mismo —afirma—. Eso sí, necesito un motivo.

Sonrío. De adolescente me jorobaba que Romeo anduviera por el pueblo vigilando por si algún chico, además de tirarme los tejos, me llevaba al huerto... cosas de hermano mayor y tal; sin embargo, ahora me hace mucha gracia porque, si bien yo no permitiría que se pegara con Finley o con cualquier otro por mí, es su sinceridad y cariño lo que me hace sentir un poquito mejor.

—No pegues a nadie, ¿de acuerdo? Solo hazme compañía.

—Eso puedo hacerlo sin problemas —afirma, y me rodea los hombros con un brazo—. ¿Estás segura de que es una ruptura definitiva?

—Ha firmado los papeles del divorcio, yo diría que es bastante definitivo.

—Siena, no me cuadra, de verdad. Algo ha debido de pasar para que Finley...

—No le des más vueltas —lo interrumpo, pues, aunque aprecio su intento de echar un cable, es ridículo y una pérdida de tiempo.

Así, en la tranquilidad de la noche, con la escasa luz que llega de una farola lejana, Romeo y yo nos quedamos al menos relajados. No tengo ni pajolera idea de qué voy a hacer ahora. Tengo un montón de dinero en el banco y una sentencia de divorcio fresca. Incluso mi

abogado, Gael, cuando nos reunimos en su despacho, me comentó lo extraño que era todo. No existía ni una laguna legal, por eso no debía preocuparme; no obstante, hasta él se dio cuenta de que el cambio había sido radical y no le cuadraba, y eso que es un hombre que por su experiencia y edad ha visto de todo.

Me acabo la cerveza y observo el entorno. Estoy en una estación de ferrocarril por donde nunca vi pasar trenes. Aún quedan los vestigios, como el apeadero o la señal de paso a nivel sin barreras.

—Ahí detrás le di mi primer beso a un chico —murmuro señalando la parte trasera de la estación, donde solo si hay luna llena se ve algo.

Romeo gira la cabeza para mirarme.

—Respecto a ti, prefiero seguir en la ignorancia —dice con una mueca.

—¡Anda, ya! Si eras un agobio. Todo el día vigilándome.

—Era mi obligación —se justifica.

—¿Y sabes por qué ocurrió aquí? Porque un día oí a tu primera novia decir que la habías besado junto a la estación.

—Eva María... —susurra con aire nostálgico.

Una de mis amigas. Con dieciséis años le partió el corazón a Romeo. No porque lo dejara por otro, sino porque le confesó que era lesbiana y que era mejor quedar como amigos.

—Estabas coladito por ella, ¿eh?

—Joder, pues claro. Me llevé un disgusto... —recuerda.

—Y ahora estás coladito por otra, ¿a que sí? —digo, a ver si tirándole un poco de la lengua consigo detalles.

Durante el vuelo de regreso a España ambos hablamos muy poco. Yo, porque prefería no hacerlo y evitar que se me escaparan las lágrimas, y él, porque tras su encuentro con esa mujer, la cosa no había acabado bien.

—Yo no diría coladito, joder —masculla, y percibo su cabreo.

—Venga, desahógate. Yo te he contado mis cuitas, ahora cuéntame las tuyas —le propongo.

—No voy a hablar contigo de mujeres —afirma muy serio y apura su cerveza—. Eres mi hermana...

—Solo me tienes que hablar de una. Y, por si te lo estás preguntando, me quedé muerta cuando supe quién era.

—¿No te dio tu marido los detalles? —pregunta, y es mi turno de

hacer una mueca.

—Exmarido, si no te importa. Y no, no me dijo nada.

—Me la presentó él. Conoce a tanta gente...

«Si tu supieras...», pienso.

—Y esas fiestas exclusivas... —añade negando con la cabeza—. Joder, es que uno se siente extraño. Es un mundo muy raro para gente como yo.

—Te comprendo. Demasiado artificial, ¿verdad?

—En efecto.

—Y las mujeres tan...

—Despampanantes, elegantes, impresionantes...

—No lo dices como un halago.

—Porque al mismo tiempo son irreales, decepcionantes —puntualiza evidenciando su desilusión.

—Pero ella no te decepcionó, ¿verdad?

Otro silencio. Entiendo que para Romeo sea complicado hablarme de sus rollos. Y ha tenido unos cuantos. Yo siempre he fingido que no sabía nada; con todo, pasé por esa etapa adolescente/cotilla/hermana petarda y miraba su móvil. Por supuesto escuchaba a escondidas cuando llamaba para quedar y también las charlas que le daban mis padres sobre ser responsable.

Luego se supone que una madura y ve con normalidad cosas que te hacían sonrojar. Ya das por hecho que no todos los viajes que hace un hermano mayor son por trabajo y que se divierte por ahí. Es lógico, aquí en Pardueles es imposible tener una aventura sin que se entere el pueblo entero. Y como no hay farmacia, hay que ir a la más cercana, que está a veinte kilómetros, y allí te encuentras con medio pueblo. De hecho, yo me di el primer beso con un chico durante las fiestas patronales y porque no era de aquí y sabía que no lo volvería a ver.

—Pensé que sería una más —dice al cabo de un rato en silencio —. Una de tantas, de las que olvidas al día siguiente.

Como sabemos que el relente de la noche juega malas pasadas, nos hemos traído una manta. Nos la echamos por encima y así podemos continuar divagando.

—¿Y qué pasó?

—Joder... es que... Fue perfecto.

—Ay, Romeo... que te has vuelto a enamorar.

—Mierda, con lo mal que se pasa —se queja con aire de cabreo.

—Te entiendo —comento en voz baja.

Es una putada, y de las gordas, que te ocurra algo así con una persona. Sé bien lo que me digo. A veces es mejor quedar, conocer a alguien, enrollarse, follar si apetece (bien o mal, todo es cuestión de suerte) y como si nada. Que no afecte a las emociones.

—Pensé que no volvería a verla, ¿qué posibilidades había? Ella se pasa la vida viajando por todo el planeta y yo aquí, en el pueblo con el tractor. Sin embargo... —Hace una pausa y oigo cómo respira profundamente—. Me llamó, ¿sabes? Un mes después se puso en contacto conmigo.

—Eso es bonito, Romeo.

—Yo no salía de mi asombro. Pasamos la noche juntos, ya me entiendes. No quedamos en nada, ni siquiera intercambiamos números de teléfono. Y después me enteré de que me buscó a través de tu marido.

—Exmarido —lo corrijo porque así de paso yo me hago a la idea de que se acabó.

Como suele decirse, ten cuidado con lo que deseas, que se puede hacer realidad. Y todo el peso del proverbio me ha caído encima. Un zasca en toda la boca.

—Eso da igual ahora. Ella me llamó proponiéndome que nos viéramos de nuevo.

Por debajo de la manta, me agarro a su brazo y apoyo la cabeza en su hombro.

—Ay, Romeo, qué mala suerte tenemos.

—Eso lo dirás por ti, claro —refunfuña—, que te largas sin más, sin afrontar la realidad.

—¡Tú también has huido! —exclamo frunciendo el ceño ante su acusación. Aunque, por otro lado, es bastante lógica, pues no sabe de la misa la media.

—No compares, ¡hostias! Tú tenías un matrimonio sólido.

—Ya, bueno, no es oro todo lo que reluce —mascullo.

—Y si yo he salido por patas es porque... Joder, porque ella está metida en la mierda hasta arriba y con una persona así es imposible dialogar —confiesa y es innegable cómo le afecta.

—Ups, lo siento.

—Se ha convertido en una adicta y encima quienes la rodean, en vez de decírselo, la aplauden.

—Los malditos palmeros...

—Y, por si eso fuera poco, le mintieron sobre mí, llenándole la cabeza de pájaros.

—¿Qué le dijeron?

—Lo más absurdo y fácil de creer: que solo estaba con ella por su dinero —responde—. Cómo se aprovechan de gente débil, joder. Su agente, por ejemplo, ese sí que es un pájaro de cuidado y no duda en venderla al mejor postor.

—Eso ha sonado a...

—Exactamente, ha sonado a «vete con este, sonríe, déjate querer, que ya verás qué contrato tan bueno te firma... y para que no protestes, toma, unos gramitos» —dice con voz melosa, presupongo que imitando al agente de la chica.

—Joder, vaya camarilla.

—La tratan como mercancía, Siena; les da igual todo con tal de exprimirla. Si luego ella acaba mal, ya encontrarán a otra —se lamenta.

—¿Y ella no tiene opinión?

—La sacaron de la miseria y la hicieron famosa. No es capaz de ver la realidad. Y ya no puedo hacer más...

—¿Qué le ofreciste?

—Que se viniera conmigo una temporada, alejarse de esa mierda, recuperarse. ¿Sabes qué me contestó?

—Me lo imagino —respondo en voz baja.

—Que estaba en lo más alto de su carrera y no iba a dejarlo todo por un don nadie; que empresarios y famosos se la disputaban.

—Supongo que iba colocada.

—Y aleccionada por su agente —apostilla.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto.

—Olvidarla no, es imposible. Tirar hacia delante, supongo.

—Pues fundemos un club, anda —propongo.

Romeo se ríe.

Al menos que no falte el sentido del humor.

—Se hace tarde, mejor volvamos a casa.

—Ve tú, yo me quedo un rato más.

No muy convencido, mi hermano me deja sola. Con la manta pero sin cerveza. Aquí nada me puede pasar, aparte de pillar un catarro. Volver a casa supone ver el rostro de mis padres, que aún no

entienden que me haya divorciado. Se abstienen de preguntar los motivos; ahora bien, sus caras lo dicen todo.

Cuando pase un tiempo, cuando me vea con ganas de hablar y haya elaborado una historia que no desvele más de la cuenta, supongo que podré decirles algo que al menos sirva para que no se preocupen. Pese a todo será inevitable que se lleven un disgusto, pues ellos piensan que Finley y yo volveremos a estar juntos. Creen que un divorcio es un papel que no sirve de mucho cuando dos personas quieren estar juntas y que, del mismo modo que se firma una cosa, se puede firmar otra. Mis padres son demasiado románticos, no pueden evitarlo. Cuando escuchaba a mi abuela decir: «Tu madre fue tonta, pudo casarse con uno de la familia del alcalde, y va y elige a tu padre», porque mi abuela había tanteado el terreno para buscarle marido a mi madre, uno de su agrado, obviamente, yo (con diez años) replicaba: «Papá también puede ser alcalde, yaya».

Porque según nos contaron a Romeo y a mí, a pesar de conocerse desde pequeños, no fue hasta un viaje que organizaron para los que cumplían dieciocho cuando «intimaron». A ver, no hubo una oposición de esas melodramáticas que enfrentan a dos familias de por vida, pero en los pueblos nos conocemos todos y sabemos quién tiene «posibles» y quién no. Y mi abuela materna era muy mirada con eso del dinero.

En resumen, al final se casaron, se fueron de luna de miel a Italia y... Ya lo demás no importa. El caso es que ellos no se cansan de decir que nunca me han visto más feliz que cuando estaba con Finley. Y yo tengo que disimular porque no les voy a contar que vivía dentro de una gran mentira, que mi felicidad era producto de la ingenuidad por mi parte y de la manipulación de mi marido.

Me arrebujo bajo la manta y miro al cielo, como si ahí estuviera escrita la respuesta a todos los males. Y no, no está. Es bonito ver el cielo estrellado, relajante incluso; no obstante, la solución (si la hay) está en otra parte.

Es inevitable que un pensamiento cruel y autodestructivo se me pase por la cabeza. ¿Qué estará haciendo ahora Finley? ¿Dónde? ¿Con quién? Maldita sea, eso es justo lo que debo evitar para no venirme abajo.

A ver, ya sé que pensaréis que soy tonta; que, en vez de coger el toro por los cuernos e intentar hablar con él, me cerré en banda. Lo rechacé de varias formas y, mira, al final se cansó de mí. Vale, así es.

Sin embargo, creo que, si le hubiera dado la oportunidad de explicarse, las mentiras o las medias verdades hubiesen sido aún más dolorosas. Y respecto a nuestra vida marital, pues sí, rechazar una y otra vez sus insinuaciones ha sido complicado, una auténtica tortura porque tengo un cuerpo traidor que reacciona ante un hombre como Finley.

¿Pensará él en mí?

Pues sí, pero doy por hecho que no de la manera correcta o, dicho de otro modo, de la manera que a mí me gustaría. Desde luego nuestra última conversación fue reveladora. Ya no le era útil, así pues, ¿para qué aguantarme teniendo a otras dispuestas?

Romeo me ha contado que rechazaba ofertas; bueno, no digo que mienta, pero Finley es taimado y listo. No iba a ponerme los cuernos delante de mi hermano.

Miro el entorno, tan abandonado, tan desaprovechado... Ha habido intentos por recuperar al menos el edificio por parte del ayuntamiento. Por desgracia, no hay fondos. Bastante se gastan ya en mantener el torreón.

—Y si... —susurro como si un pensamiento, arriesgado, fuera tomando forma en mi cabeza.

A ver, estoy en la treintena, vivir en la casa familiar no me disgusta; ahora bien, podría quedarme en el pueblo y tener algo propio. Un proyecto.

Me pongo de pie y, con la manta sobre los hombros como si fuera un poncho, camino por el cemento lleno de grietas en las que la vegetación se ha abierto paso. Rodeo el edificio. Así, a ojo, aquí hay doscientos metros cuadrados (o más) y después está el terreno trasero, donde aún se ve la rampa de hormigón que servía de acceso al almacén, ese que se derrumbó hace ya años.

Me acerco a la puerta, o lo que queda de ella, y empujo. Enseguida el olor a humedad y abandono me da en la pituitaria. No voy a ser tan imprudente como para entrar y, menos en plena noche, ya que puedo tropezar con cualquier cosa, empezando por pájaros muertos y alguna que otra rata viva. Es inevitable ver cómo se cuela la escasa luz a través del agujero del tejado.

¿Qué pedirán por esto?

Es una locura, de las grandes, ¿a que sí?

Sin embargo mientras lo observo todo me voy convenciendo de

que aquí puedo hacer muchas cosas y, especialmente, sentirme bien... rodeada de la gente del pueblo (cotillas y metomentodos incluidos).

Decidido, mañana hablo con el alcalde y que me diga de quién es la propiedad. Por preguntar no pasa nada.

Seguro que cuando lo comente en casa me llaman loca; da igual.

—Joder, qué frío... —mascullo al tiempo que me froto los brazos.

Capítulo 35

En la actualidad
Rue Picasso, Saguenay, Quebec
12.45 horas

FINLEY

Menos mal que en su momento no fui tan arrogante como para pronunciar la peliculera y sobre todo ridícula frase de «No volveré a poner un pie en esta maldita ciudad», el típico arrebato producto de una decisión tomada cuando uno ya no aguanta más. De haberlo hecho, ahora el karma o lo que hostias haya en el universo se estaría partiendo el culo al verme aquí.

De todas maneras, nunca he creído en esas mierdas, porque la superchería solo te hace perder el tiempo y no utilizar la lógica.

Ahora bien, admito que he hecho lo imposible para no poner un pie en mi ciudad natal. Me largué, sí, porque era imposible desarrollar mis ambiciones aquí, en primer lugar porque Saguenay no ofrece muchas posibilidades y, en segundo, porque deseaba que entre mi familia y yo hubiera cuanta más distancia mejor.

Si bien pude haber regresado de visita, incluso aparecer presumiendo de mis éxitos, preferí olvidarme de que tenía unos padres y poco más, pues ambos me contaron en su momento, cuando les pregunté por qué no aparecían tíos, primos o abuelos, que eran huérfanos, así que nada de familia. ¿Triste? Sí, cuando eres niño y ves cómo otros compañeros hablan (o se quejan) de que un primo mayor viene de visita y es un pelma.

En mi caso, tenía (tengo) un padre controlador, obsesivo y metódico, inflexible y sobre todo con una capacidad increíble de minar la autoestima de cualquiera cuando se produce el más mínimo error. Le encantaba recordar cada puto fallo.

¿Crítica constructiva? No se aplicaba jamás.

Lo sé de primera mano, pues durante mucho tiempo fui el objeto de sus constantes miradas de superioridad, de reproche y de comentarios poco o nada motivadores, pues, incluso cuando alcanzaba los objetivos (o los superaba), mi padre prefería mencionar los errores antes que los aciertos. Dudo que haya cambiado.

Sin embargo, he vuelto, a la ciudad donde crecí, no al mismo barrio porque mis padres se mudaron al distrito de Jonquière hace diez años. Que no haya querido visitarlos no significa que no me haya informado de cómo les van las cosas. Periódicamente recibo informes sobre ellos. Sé que mi padre se ha jubilado, lo cual, conociéndolo, habrá derivado en un carácter aún más insoportable. Siempre me he preguntado cómo lo ha aguantado mi madre tantos años.

Para evitar males mayores, es decir, convivir con mis padres (algo que debo evitar a toda costa porque sé que en menos de una hora acabaríamos discutiendo), he reservado una habitación de hotel. No quiero que, al levantarme y desayunar, me vea en la obligación de conversar a solas con mi padre y fingir que mantenemos una relación paternofilial de lo más estupenda. Sin olvidar que él tampoco se sentiría cómodo. Y tampoco quiero entristecer a mi madre, pues ella se ve en la obligación de poner paz, de mediar entre nosotros, y como sus esfuerzos serán en vano, acabará disgustándose y es lo último que pretendo.

Detengo el coche justo enfrente y observo la casa. No es ostentosa, nada que llame la atención. Jardín delantero modesto y bien cuidado. Ya he mencionado que mi padre peca de obsesivo. Fachada color beis. Cualquiera que pase por delante ni se fijará; ahora bien, sé que la vivienda cuenta con altas medidas de seguridad, la última y más cara tecnología, empezando por una cámara disimulada en la puerta (como si fuera la típica mirilla) con sensor de movimiento que se activará en cuanto me acerque a menos de un metro y comenzará a grabar.

Estoy tentado de sonreír con ironía o de algo menos educado, esto es, levantar el dedo corazón; sin embargo, me contengo.

Camino con tranquilidad por el sendero, sin quitarme las gafas de sol y, sí, como preveía: hay sensores por todos lados. Solo alguien con experiencia lo notaría. Cada maceta tiene un pequeño dispositivo. A estas alturas mi padre ya sabe que hay un intruso en la propiedad.

Pulso el timbre y me coloco de perfil, lo que hará más difícil la

identificación, aunque lo más probable es que las cámaras del alero del tejado ya hayan enviado mi imagen desde varios ángulos y, por tanto, mi identidad haya sido revelada.

Sonrío, el viejo no cambia. De niño, cuando se me ocurría traer a algún compañero de clase, mentía y decía que mi padre era vendedor de esos cachivaches y los probaba en casa. Después aprendí que era mejor avisar de quién iba a acompañarme porque a ciertas edades hay trolas que no cuelan. Y porque la tecnología de hace treinta años no era tan fácil de esconder como la de ahora.

Por eso jamás tuve la oportunidad de traerme una chica a casa, a mi habitación, además de las contraindicaciones habituales (a nadie le hace gracia que su hijo venga a echar un polvo con una amiga del instituto mientras ve la tele en el salón).

Tuve que ser más taimado y buscar alternativas. Fue sencillo porque con dieciséis años ya había aprendido a ganzuar cerraduras y colarme en el instituto durante el fin de semana era algo divertido y que a las chicas les encantaba, dado que mi reputación de chico rebelde ayudaba a ligármelas. Solo era cuestión de ser limpio, no dejar huellas y sacar buenas notas para que el profesorado jamás sospechase.

Mi padre, de haberse enterado de mis progresos con el sexo opuesto, aprovechando sus enseñanzas, seguro que en vez de felicitarme me hubiera criticado sin piedad por no utilizar los condones adecuados.

Joder, a veces pienso que la secundaria fue una de las mejores etapas de mi vida, aunque después llego a la conclusión de que los mejores momentos son los que he vivido con Siena. Y, de hecho, si estoy aquí es solo por ella. Voy a pasar por alto muchos de mis sentimientos, de mis rencores, y solo por mi exmujer.

Sí, es duro referirme a ella de esta forma; no obstante, me he visto obligado a ello. Y es igual que una puta herida de bala mal curada.

La puerta por fin se abre y me encuentro cara a cara con mi madre.

—¿Finley?

Me quito las gafas de sol. Ella parpadea. De todas las improbables visitas que ella podría esperar, seguro que soy la más inesperada.

—Hola, mamá.

La relación con ella fue muy diferente. Si bien mi madre se interesaba por mí, cuando me regañaba o me castigaba era por motivos lógicos: alguna trastada, una rabieta en público, una protesta por la comida o por dejar mi habitación igual que una leonera, y en esos casos nunca llegó a los extremos de mi padre. Ella lo hacía para que no me desmadrase y después procuraba que entendiera los motivos. Mi padre, no; él me machacaba sin piedad, enumerando solo los errores y evitando felicitarme por mis éxitos. Cuando les traía las notas, si en alguna materia «solo» había obtenido un notable, ya era un fracasado.

Cuando yo, cabreado y con ganas de romper algo o de mandarlo todo a la mierda y convertirme en un fracasado y dar así la razón a mi padre, me encerraba en mi dormitorio, mi madre se acercaba y llamaba a la puerta. Yo, como adolescente egoísta, tardaba una eternidad en abrir, pero, cuando lo hacía, ella, en vez de regañarme, se sentaba conmigo y me preguntaba por la música que escuchaba y así, de ese modo tan sencillo, me hacía hablar y yo me olvidaba del cabreo.

Después, la relación con mi progenitor, lejos de mejorar, fue a peor. Tras la universidad (fui el primero de mi promoción, con matrícula de honor, y aun así se limitó a decir que era lo menos que podía hacer teniendo en cuenta la inversión), decidí seguir sus pasos porque me atraía. Creo que fue la única vez que lo sorprendí de verdad y que logré su apoyo. Sin embargo, tardé bien poco en decepcionarlo, según sus propias palabras, por no seguir los estándares. Cuestionaba las normas, los procedimientos, el que un imbécil (por muy superior que fuera) te diera una orden y tuvieras que cumplirla sabiendo que era una estupidez y una pérdida de tiempo. Todo eso hizo que me rebelara y, por ende, que surgieran problemas disciplinarios.

Mi padre, un agente condecorado, casi una leyenda, con un hijo problemático a punto de ser expulsado de la CIA. Y todo después de haber movido los hilos para que yo tuviera ciertos beneficios. Al final me marché yo y eso le sentó todavía peor. Lo decepcioné porque a los ojos de sus compañeros su propio hijo lo había puesto en evidencia y eso, para Don. S. Hans, era peor que la muerte.

—Finley... —susurra como solo una madre puede hacerlo tras mirarnos unos buenos segundos.

La abrazo y me siento bien, a pesar del tiempo transcurrido desde la última vez. Con ella es fácil, no hace preguntas, espera a que le hables. No presiona.

Cuando nos separamos, me sonríe y me acaricia la mejilla. Después pasamos al interior y entonces me dice:

—Algo serio debe de ocurrir para que vengas después de tanto tiempo, ¿verdad?

No voy a fingir con ella.

—Más o menos.

La sigo hasta la cocina fijándome en los detalles. Ella me pregunta si quiero tomar algo y asiento para así ganar unos minutos antes de preguntar:

—¿Dónde está papá?

Esta vez no ha sido por cortesía, como hago cuando la llamo por teléfono. Aunque me escueza, tengo que estar con él.

—Ahora iba a verlo, está ingresado en el hospital.

—¿Cómo? —replico, pues según el último parte que me hicieron llegar hace la típica vida de jubilado de cara a la galería, aunque continúa realizando algún que otro informe, supongo que para no aburrirse.

Mi madre suspira.

—Nada grave, tranquilo. Ya sabes lo cabezota que es.

—Sí, lo sé —murmuro—. ¿Y qué le ha pasado?

—Se subió al tejado para colocar bien la antena, resbaló y tuvo una caída aparatosa. Menos mal que llevaba arnés. Aun así, se rompió la tibia.

No sé qué decir. A ver, no le deseo ningún mal; sin embargo, es tal la distancia emocional hacia él que me siento de la misma manera que si fuera un conocido el que hubiera tenido el accidente.

—Y como está ingresado, ha aprovechado para hacerse un chequeo general, ya sabes lo mucho que detesta los hospitales —añade.

En eso me parezco a él. Prefiero encerrarme en mi apartamento y pasar la convalecencia solo que rodeado de médicos dando por el culo controlándome.

—No sabía nada —admito sin avergonzarme.

—Lógico, hace tiempo que cortaste todos los lazos con nosotros.

—Mamá...

—Algo que me duele como no imaginas, sobre todo el hecho de que te casaste y no dijiste nada.

—¿Cómo sabes eso? —inquiero, pues si bien mi padre, recurriendo a sus contactos, podría saberlo todo de mí, dudo que le transmitiera la información a mi madre, especialmente porque siempre la mantuvo en la inopia y porque, conociéndolo, no querría hacerla sufrir, ya que según él su hijo era un fracasado. Ah, y un desagradecido.

—Acompáñame.

La sigo intrigado, no voy a negarlo, hasta una sala de estar amplia, llena de estanterías con libros y supongo que recuerdos; es muy acogedora. Se acerca a una de ellas y coge un portafotos que me entrega.

«Mierda», pienso perplejo. ¿Quién le ha hecho llegar una foto de mi boda? Con Siena, obviamente.

¿Quizá mi padre ha estado vigilándome como yo he hecho con él? De ser así, no se lo reprocharía, pues yo he actuado igual.

—Ella estuvo aquí, el año pasado.

—¿Ella?

—Tu esposa, Siena.

—Joder... —mascullo sin poder creérmelo.

—¿Dijo la verdad, Finley?

¿Debería negar la evidencia? ¿Decir que Siena es una mentirosa?

—Sí —contesto en voz baja—. ¿Qué os contó?

—Bueno, me pareció una chica un tanto... alterada. Intentaba disimular sus lágrimas y apenas habló. Vino solo para decirme que llevaba engañada mucho tiempo y que, si quería saber de verdad quién era mi hijo, mirase esto...

Se me hace un nudo en la garganta cuando veo a mi madre abrir el portafotos y sacar una tarjeta de memoria. Me la entrega y entonces me entran ganas de darme cabezazos contra la pared.

Siena encontró el mejor escondite.

—¿Has visto lo que contiene?

—No —dice negando con la cabeza—. Que una desconocida llorosa venga a tu casa para decirte que tu hijo es un mentiroso resulta desagradable y muy desconcertante, Finley.

—¿La creíste?

—Siempre prefiero creer en ti.

—Mamá... —murmuro, e inspiro hondo—. Antes debería contarte algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Siena tiene razón, todo lo que te haya podido decir sobre mí es cierto. Todo salvo una cosa, que no la quiero.

—Finley... Esa mujer, ¿de verdad es tu esposa y la engañaste?

Me dejó caer en uno de los sofás y ella se sienta a mi lado.

Soltar una retahíla de juramentos delante de mi madre no procede, así que me limito a decir:

—Hay tantas cosas que no sabes...

—Cariño, sé quién eres y lo que haces —afirma, y la miro frunciendo el entrecejo—. Siempre lo he sabido.

—No te entiendo.

Pero sí lo hago.

Se ríe y me acaricia la mejilla.

—Eres igual que tu padre. Tan reservado, tan protector y tan tonto...

—Vaya, gracias.

—Es un cumplido, créeme —agrega, y esboza una sonrisa—. Y aunque te resulte extraño, tu padre está orgulloso de ti.

Resoplo. Eso es imposible.

—Mamá, ya sé que siempre has intentado que nos lleváramos mejor; no obstante, es absurdo. Él no me ha perdonado...

—¿Que dejaras la CIA y no siguieras sus pasos? —me interrumpe, y, de verdad, no salgo de mi asombro.

—Antes de decir nada, ¿hasta dónde conoces las actividades de papá?

—Me casé con un comercial de repuestos del automóvil americano —dice, y se ríe—. Y he sido una esposa y madre ejemplar. Es la versión que todos conocen, incluido tú.

—¿Has sabido siempre a qué se dedicaba papá?

—¿Cómo crees que lo conocí?

Doy un respingo. La versión oficial es que él, durante uno de sus viajes tapadera, conoció a una chica canadiense, surgió el flechazo y hubo boda; luego nací yo y me quedé en hijo único; nada del otro mundo.

—Mejor dímelo tú —murmuro.

Ella se ríe y me da unas palmaditas en el brazo.

—Yo no nací aquí, en Quebec, sino en Berlín.

—Bromeas.

—En la partida de nacimiento original figuraba como... —cierra los ojos un instante antes de continuar— Constanz Bullrich.

—¿Perdón?

—Como sabrás, en aquel momento Berlín pertenecía a la RDA. —Asiento y le hago un gesto para que prosiga, estoy demasiado perplejo para hablar—. Como muchas jóvenes, en mi época, busqué una salida laboral y conseguí una plaza como secretaria en una comisaría de policía.

La miro y, de verdad, no consigo asimilar sus palabras. Me cuesta conciliar la imagen que siempre he tenido de ella con lo que ahora me cuenta.

—Eran tiempos complicados, cada vez más ciudadanos intentaban huir y era constante el flujo de extranjeros decididos a ayudarlos. Así que, si bien yo no era más que una simple administrativa, me propusieron... —vuelve a cerrar los ojos como recordando— que me acercara a las personas que tenían ya fichadas como agentes de otros gobiernos. Si me seleccionaron no fue por mis aptitudes, sino por mi físico —admite con una mueca.

Mi madre resaltaba entre las demás en las reuniones del colegio o en fiestas del barrio. De pequeño me sentía el más afortunado por tener una madre tan guapa. En la adolescencia la cosa cambió, pues no me gustaba que mis amigos la mirasen como a una mujer atractiva. En más de una ocasión tuve que advertir a alguno que cerrara el pico. Pero, ahora que lo pienso, nunca vi fotos de ella antes de casarse...

—Aceptaste.

—Sí, no había otra posibilidad —reconoce con otra mueca—. Y te garantizo que negarse era una forma segura de caer en desgracia.

—Cuando dices acercarte significa...

—Hacer todo lo posible para que aquellos hombres confiaran en nosotras —termina la frase por mí, y no hace falta entrar en detalles.

Por desgracia, sé muy bien qué significa.

—Mamá...

—Durante un tiempo me avergoncé por ello, pero ya no —afirma, y jamás se me ocurriría culparla por lo que hizo.

—No tienes que hablar de ello.

—Espera, te contaré el resto —dice en voz baja—. Ya no merece

la pena ocultarlo por más tiempo.

—Quizá hay cosas que es mejor no recordar —le indico, y ella niega con la cabeza.

—Si te soy sincera, me hubiera gustado hablar de esto desde hace mucho, pero...

—Me largué.

—Exacto.

—Te escucho.

—Tu padre era uno de esos hombres —suelta de sopetón, sin medias tintas—. Él creyó que solo era una chica desenfadada, que buscaba diversión y poco más. La tapadera perfecta. Y sí, nos divertimos y yo obtuve alguna que otra información, bastante pobre, la verdad, porque, si bien nos instruyeron en técnicas y demás, yo no era muy espabilada y, lo admito, me sentía mal espiando a aquellos hombres.

—¿Y qué pasó? —pregunto e inevitablemente pienso en mi madre, joven, teniéndose que acostar con desconocidos... algo que preferiría no saber.

—A pesar de que nos controlaban para no quedarnos en estado... —aparta la mirada, avergonzada—, ocurrió. Me propusieron abortar, o más bien me lo exigieron, pero me negué.

No voy a preguntarle cómo estaba segura de quién era el padre. No soy tan cabrón. Y a estas alturas esa información es irrelevante.

—Seguiste adelante.

—Sí, sola y con pocos recursos —conviene, y me mira antes de continuar—: Naciste en Berlín y vivimos allí hasta que cumpliste los dieciocho meses.

—¿Huiste?

Niega con la cabeza.

—Tu padre me encontró antes —responde, y estira la mano para coger la mía y darme un apretón. Yo no salgo de mi asombro—. No pienses que me echaba de menos o algo similar, fue para desenmascararme, pues tanto él como otros agentes ya estaban al tanto de dónde procedían las filtraciones y querían hacernos probar nuestra propia medicina.

—Es todo tan... surrealista —comento a falta de algo mejor que decir.

—Él no esperaba encontrarme en un piso compartido y un bebé

en brazos, pero hizo cuentas y ya lo conoces, me preguntó sin ambages si él era el padre. Aceptó mi palabra y nunca más volvió a preguntarme al respecto.

—¿Nunca?

—¿Quieres saber si mentí o no?

Asiento. Puede que al principio de la conversación me diera igual; sin embargo, siento curiosidad. Quizá explicaría el comportamiento de mi «padre» desde que tengo uso de razón. Sus constantes críticas, su desdén y falta de empatía a lo mejor tienen una explicación.

Yo decidí usar el apellido de mi madre, Tremair, pero, claro, ahora resulta que es ficticio. Y si lo hice fue por molestar, bueno, más bien joder, a mi padre. Pudo en su momento reírse y, en cambio, mantuvo la boca cerrada. Maldita sea, si al final fue él quien se divirtió de lo lindo viéndome usar un apellido que él mismo eligió para mi madre, porque estoy cien por cien seguro de que fue idea suya el cambio de identidad.

Puta ironía del destino.

—Años después, sin decirle nada, cuando ya vivía aquí, me encargué de averiguarlo —dice, e inspiro hondo—. Pensarás que soy una...

—Mamá, no lo digas —la interrumpo mientras le aprieto fuerte la mano en señal de apoyo—. Me da igual qué hiciste, joder.

—Si dijera que no sentí alivio al comprobar que mi intuición era cierta, mentiría —confiesa con una sonrisa triste.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Fue idea de tu padre. Ideó una argucia para sacarme del país. Se casó conmigo y me aleccionó para que convenciera a las autoridades de que no me había descubierto y que, además, yéndome con él podría acceder mejor a la información —explica, y, bueno, eso es tan típico de mi progenitor que no me sorprende.

—Doy por hecho que funcionó.

—Sí. Al principio nos quedamos en Alemania, viviendo como una pareja de recién casados aunque solo éramos socios, no un matrimonio. Él me facilitaba información que yo transmitía para que nadie sospechara. Hasta que lo tuvo todo preparado y nos marchamos.

—Empezando por el cambio de identidad —apunto con toda lógica.

—Sí, y en vez de ir a su localidad natal, pensó que estaríamos mejor aquí, en Saguenay. Yo no me opuse, bastante tenía con cuidar de ti y enfrentarme a las posibles consecuencias si nos encontraban.

—Por suerte todo cambio en el ochenta y nueve.

—Fue un gran alivio, desde luego; sin embargo, significaba que ya era innecesario seguir con la farsa.

—Pero...

—Tu padre no vivía con nosotros, se pasaba por aquí dos o tres veces como mucho al mes. Su coartada de comercial era perfecta, nadie en el barrio sospechaba. Tú eras pequeño y no te fijabas en los detalles.

Y ahora me siento como una puta mierda al saber que durante mi infancia ella estuvo sola y mi padre «por ahí» a sus anchas. Joder. No me gusta. En cambio, termino preguntando:

—Yo os recuerdo bien juntos. Papá viajaba y, sí, estaba contigo.

—Eso fue más tarde, Finley. Ocurrió poco a poco. Supongo que durante un tiempo solo me vio como una responsabilidad —confiesa, y, maldita sea, cada vez admiro más a mi madre—. Empezó a quedarse más tiempo con nosotros, a observarte, a sentirse orgulloso y a quererte.

Resoplo, no estoy muy convencido de que eso sea cierto. No obstante, me morderé la lengua.

—¿Y aceptaste esa situación? —pregunto más afectado de lo que me gustaría. En la pregunta va implícita una cuestión: que mi padre estaba con otras.

—¿Qué otra opción me quedaba? Además, no puedo culparlo. Pudo deshacerse de mí, de nosotros, abandonarnos sin mirar atrás y, en cambio, asumió sus responsabilidades.

—Joder, mamá, pero es que...

—Ya sé lo que piensas —me interrumpe—. Que el estar agradecida no significaba un cheque en blanco. Ahora bien, piensa una cosa, Finley: él no me cuestionó. Sabía muy bien que no había sido el único hombre y confió en mi palabra. Y, además, cumplió su promesa, nunca volvió a sacar el tema.

No soy capaz de permanecer sentado mientras asimilo la historia de mis padres. De pie, junto a las estanterías, miro el sinfín de fotografías de los tres juntos, sonrientes, en diferentes momentos de mi vida. Y me pregunto cómo lo aguantó todo y llego a una conclusión

que me hace daño: yo fui el motivo.

—Mamá, dime la verdad, ¿en algún momento pensaste en abandonarlo?

Ella inspira y asiente.

—Hace dos días, es insufrible cuando está enfermo —responde, y sonrío.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Finley, tú guardas muchos secretos, deja que tu madre conserve algunos.

Capítulo 36

En la actualidad
Hospital de Jonquière, Saguenay, Quebec
15.00 horas

FINLEY

El hospital está cerca de la casa de mis padres, así que ha sido un trayecto corto, algo que agradezco pues tras la conversación con mi madre no sabría ni qué decir. He estado a punto de hacerle más preguntas; en cambio, he optado por no hacerlo porque tampoco quería que se sintiera violenta. Además, creo que por hoy ya ha habido suficientes revelaciones.

No sé si estoy preparado para ver a mi padre; sin embargo, no me queda otra opción, pues he de pedirle un favor. Me jode como ninguna otra cosa en este mundo. Pero, si tengo que elegir, me quedo con aguantar el más que probable chaparrón. Mi padre no desaprovechará esta oportunidad para recordarme que no soy tan listo como yo pensaba.

En fin, cualquier cosa por solucionar este puto problema y poder recuperar a Siena. Por ella, lo que sea.

Todavía queda en el aire saber qué hizo Siena aquí, si habló también con mi padre y, lo más difícil, asumir que, a pesar de las circunstancias, la echo de menos. Y no es la primera vez que paso por una situación así.

Camino por el pasillo junto a ella preparándome mentalmente para el encuentro. Nos detenemos junto a la puerta y mi madre, que no es tonta, me dedica una sonrisa amable y me acaricia la mejilla antes de entrar.

—¡Ya era hora! —exclama mi padre con tono de queja.

—Hola, Don —lo saluda, y se inclina para darle un beso rápido en los labios—. Tengo un motivo para retrasarme.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —pregunta con esa actitud tan desconfiada que recuerdo.

—Tu hijo —anuncia, y yo entro en la habitación.

No sé quién de los dos está más sorprendido, si él o yo. Mi madre me hace un gesto para que me acerque y, tras comprobar que está cómodo en la cama (todo lo cómodo que se puede estar en una maldita cama de hospital), dice:

—Si os dejo solos, ¿llegará la sangre al río o seréis civilizados?

Mi padre tuerce el gesto; yo me encojo de hombros.

Con una sonrisa un tanto preocupada, ella lo revisa todo; mi padre refunfuña, aunque me da la sensación de que le encanta sentirse atendido. Le pregunta sobre detalles de cómo le ha ido el día, él vuelve a refunfuñar. Es todo tan normal, tan... no sé. Ahora que ella me ha hablado de su vida, todo me parece extraño.

Finalmente mi madre se marcha. Es muy lista y sabe que ambos debemos afrontar tantos años de distanciamiento. Creo que me ha hablado de su historia para que yo sea algo más comprensivo. El problema es que mi lado emocional casi siempre permanece a buen recaudo.

Con una notable excepción: Siena.

Admito que me gustaría que se quedara; al menos, si las cosas se complican (lo más probable), sabría amortiguar los golpes.

—Te veo bien —comento tras cerrar la puerta. Me quedo de pie.

—Supongo que has venido a ver si tu viejo la palma, ¿eh? —suelta con ironía.

—¿Tan grave estás?

—Tranquilo, me queda cuerda para rato.

—Eso parece —murmuro, y me acerco hasta quedar junto a la cama.

La incomodidad es visible. Él finge que le preocupan las arrugas de las sábanas y yo miro el monitor que controla sus constantes.

—¿Quién te ha llamado? —pregunta tras un insoportable silencio.

—Nadie. He venido sin avisar.

La respuesta le debe de contrariar y por eso frunce el ceño.

Si las camas de hospital son un potro de tortura, los sillones para los acompañantes no le van a la zaga. Aun así, me acomodo en el que está junto a la cama.

Es triste que no sienta el deseo de cogerlo de la mano, darle un abrazo o preguntarle por los detalles de su convalecencia. De pequeño no era así, saltaba a sus brazos a la menor oportunidad, pero, a medida que fui creciendo y escuchando cada maldita crítica, el desapego se instaló hasta que, tras discutir unas cuantas veces, opté por ser educado y poco más.

—¿Voy a ser abuelo pronto? —inquiere de repente, y me río al tiempo que niego con la cabeza.

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Es que, por más que lo pienso, no encuentro otro motivo para que vengas a verme —aduce con su sarcasmo habitual.

—¿Y si así fuera?

—Me llevaría una grata sorpresa, no te lo voy a negar —dice, y, no sé, he notado cierta emoción.

—¿Quieres ser abuelo?

—Ya había perdido la esperanza; sin embargo, ahora que conozco a una de tus esposas...

Zas, ya estaba tardando en soltar la primera andanada.

—Supongo que me parezco a ti más de lo que desearía —replico de buen humor.

—Yo solo me casé con tu madre —se defiende.

—Sí, es una sutil diferencia —apostillo, y es mi turno de ser sarcástico—. Ahora bien, ¿fue la única?

—Sabes perfectamente que no —admite—. Y no te hagas el sorprendido, estoy seguro de que tú tampoco has sido un santo.

—No, no lo he sido —admito, pues no merece la pena negarlo.

—Y bien, ¿me vas a hacer abuelo o no?

—Lo siento, no —contesto con sinceridad. Tampoco es cuestión de explicarle que, técnicamente, no puedo tener hijos.

—Una lástima, una de tus mujeres, la que vino aquí, con nombre de ciudad italiana, me gustó. Un poco blandengue, eso sí, pero guapa.

—Es mi única esposa, papá —asevero, y él arquea una ceja.

A ver cómo le cuento, porque en la afirmación queda implícito que la quiero porque denota cierta posesividad, la situación en la que me hallo... empezando por contarle que me he divorciado de ella.

—¿Y por qué no está contigo? —pregunta porque sabe más de lo que dice.

—Porque soy un capullo —reconozco, y mi padre hace algo

impensable: además de torcer el gesto, estira la mano y busca la mía.

—Eres clavadito a mí —sentencia, y asiento.

Va a ser difícil, pero le digo:

—¿Tienes tiempo para escuchar una larga historia?

Mi padre se ríe. Joder, es que yo esperaba, no sé, una crítica, una frase cortante. Pues no, sigue agarrándome la mano y riéndose.

—Venga, ponme al día, que desde la jubilación me aburro. Leer informes y asesorar es una mierda. Solo lo hago por pasar el rato. Nunca he sido un chupatintas. Pero se lo prometí a tu madre, nada de misiones. Y ya me ves, con la pierna jodida por arreglar una antena.

—¿No estabas instalando una torre de vigilancia?

—Esa está en el garaje, no seas tonto. ¿Cómo la voy a poner a la vista de todo el mundo?

—Cierto —convengo.

—Anda, cuéntame algo entretenido porque, no lo niegues, Finley, has dado muchos tumbos por ahí. Que algo sé... pero prefiero que me lo expliques tú.

¿Lo ha dicho como si estuviera orgulloso de mí o me lo ha parecido?

* * *

—Finley, ¿me ayudarías a escapar de aquí? —pregunta tras escuchar una versión abreviada de mis aventuras.

—¿Es una de tus pruebas? —inquiero, y añado—: Si digo que sí, ¿te reirás llamándome imprudente o, por el contrario, si me niego me tacharás de mal hijo?

—Que conste, como hijo perfecto dejas mucho que desear —me dice, aunque no me lo tomo como un ataque personal.

—Tú tampoco ganarías el título de padre del año.

—Cierto —admite asintiendo.

—¿Es una prueba o no?

—No, no es una prueba. Estoy hasta los cojones del hospital.

—Te entiendo.

—Bueno, en vista de que no vas a ayudar a tu viejo, pero al menos lo has entretenido un rato, ¿en qué puedo ayudarte yo?

—No te he pedido ayuda —replico, y él niega con la cabeza.

—A ver, hijo, soy un jubilado, pero eso no significa que sea

imbécil. Estás metido en problemas y no con tu mujer, a la que seguro que reconquistas con cuatro arrumacos.

Ojalá.

—Eres demasiado optimista. Siena me odia.

—No fue esa la impresión que me dio, la verdad. —Mi padre es un as (entre otras cosas) trazando perfiles psicológicos. Cala a la gente enseguida—. Se la veía dolida pero no vengativa. Si de verdad te odiara, te hubiera arruinado la vida.

—Eso es cierto.

—Así pues, repito la pregunta: ¿para qué me necesitas?

Bien, ha llegado la hora de la verdad. Mucho ha tardado mi padre en adivinar el motivo de mi visita. Así pues, toca afrontar la realidad.

—Quiero deshacerme de mi abogado.

—¿Literal o metafóricamente?

—Buena pregunta —mascullo.

—Ya sabes que, muerto el perro, se acabó la rabia —afirma, y por cómo lo dice sé que no bromea y que, además, el asunto le encanta—. Sin embargo, hay veces que el perro muerde antes de estirar la pata y todo se jode.

Oírlo hablar de esta forma tan profesional es gratificante.

—Entonces me inclino por la segunda opción.

—Admito que es más complicado. Hay resquicios, hilos sueltos que desbaratan un plan; aun así, hay que arriesgarse. Pegar un tiro a alguien es infinitamente más sencillo. Y divertido.

—¿A quién vais a matar? —nos interrumpe mi madre, y los dos ponemos cara de buena persona—. Da igual, sois tal para cual. Así que mejor os dejo otro rato, yo voy a ver a una amiga.

Mi madre se acerca a la cama, le da un beso y después me mira de reojo. Joder, si antes adoraba a mi madre, ahora beso el suelo por donde pisa.

De nuevo a solas, no paro de darle vueltas a la relación de mis padres. Ahora conozco la versión de ella, pero ¿y la de él? Quizá en estos momentos debería centrarme en mis problemas, ya de por sí complicados; no obstante, me puede la curiosidad.

—Quiero preguntarte algo, aunque... no sé cómo —digo, y mi padre arquea una ceja—. Es un asunto personal.

—Haz la jodida pregunta, hijo —me insta.

—A ver... Mamá me ha hablado de cómo os conocisteis. —Hago una pausa y por si acaso puntualizo—: La versión real.

—Ah, eso... —farfulla, y se aclara la garganta—. ¿Y qué quieres que te cuente exactamente?

No le ha gustado que le saque el tema. No lo culpo, debe de escocerle.

—Da igual, déjalo.

—No, no te da igual —me contradice—. Así que te seré sincero, ya es hora de que sepas la verdad.

Inspiro hondo. No sé sí estoy preparado. Por si acaso, le pregunto:

—¿Quieres tomar algo?

—Una buena pinta de cerveza no estaría mal, pero no va a ser posible.

Sonrío; al menos, su sentido del humor está intacto.

—Te escucho —le digo, y le acerco un vaso de agua. Lo bebe poniendo cara de circunstancias.

—Constance ya te ha contado cómo nos conocimos, supongo. —Asiento—. Me la jugó, hijo. Yo era un novato y en una de mis primeras misiones me dejé liar por una mujer. Era jodidamente guapa, lo admito, y hábil también.

Tuerzo el gesto.

—No necesito saber eso.

—El caso es que me relevaron de la misión, por razones obvias. Y me largué sin más. Sin embargo, no conseguí olvidarme de ella. Ojo, quería vengarme, devolverle la pelota. Por eso esperé un tiempo prudencial hasta que mis superiores me dieron la oportunidad de regresar a Alemania del Este.

—Un motivo como otro cualquiera —apunto.

—Así que la busqué. Fue complicado, nadie me daba información válida e incluso, gente que la conocía renegaba de ella. Imagínate, aquello hizo que me empeñara más todavía. Me llegaron a decir, como maniobra de disuasión, que se había largado con un agente soviético. Ya ves, a punto estuve de picar el anzuelo.

—En cambio, tus ganas de venganza... —apunto, y mi padre asiente sin un ápice de vergüenza.

—Hicieron que siguiera rastreándola, jugándome el puesto, pues mis superiores empezaron a sospechar. —Hace una pausa para beber

agua—. Mi obstinación dio sus frutos, pero no como yo esperaba.

Mi padre me mira fijamente y hasta extiende el brazo para coger mi mano. Joder, a ver si por preguntar al final voy a enterarme de lo que no debo.

—La encontré en una pensión de mala muerte en donde ya te puedes imaginar cómo las mujeres se ganaban la vida —prosigue, y yo respiro. Vaya imagen que se está formando en mi cabeza—. Constance estaba allí, con un bebé en brazos, delgada, demacrada y con unas pintas horribles. Apenas me miró a los ojos y lo único que hizo fue abrazar más fuerte al crío que sostenía. A ti.

Esta no es la historia que uno espera escuchar. Y menos aún después de tantos años en los que se ha formado una imagen un tanto idílica de mi nacimiento. Mi padre me mira y yo no aparto la mirada; con todo, es muy difícil quedarse quieto y esperar a que finalice la historia.

—En aquel momento hice un cálculo rápido y, si bien existían decenas de posibilidades, llegué a la conclusión de que yo podía ser el padre. Así que lo mandé al cuerno todo y la saqué de allí. Sin hacer preguntas.

—¿Mamá aceptó acompañarte?

—No —responde torciendo el gesto—. Pensó que me desharía de ella y le quitaría a su bebé. No la culpo, aquella fue mi primera intención. Pero cambié de idea y me costó convencerla. Os llevé a un hotel decente y os instalé allí hasta que arreglara la situación.

Tengo que preguntárselo, claro... pese a que a lo mejor estropeo el momento.

—¿Dudaste alguna vez sobre tu paternidad?

Mi padre sonríe, ladino como siempre.

—Todo el tiempo.

—¿Incluso ahora?

—No seas necio —me regaña—. En cuanto os puse a salvo, comprobé que, en efecto, eras hijo mío. Algo que por supuesto nunca le mencioné a tu madre.

«Vaya dos —pienso—. Tal para cual.»

—Y te casaste con ella.

—Era la única forma de sacaros del país. Y si te estás preguntando acerca de si lo hice por responsabilidad, sí, aquel fue el único y principal motivo porque era inevitable mirarla y pensar que

me había jodido la vida.

—Al menos eres sincero.

—Y un cabrón —añade, y yo arqueo una ceja—. Los primeros años la traté mal, con desprecio. La instalé aquí porque no quería que mi familia o mis compañeros os vieran y me recordaran que una chica del Este me había embaucado.

—Dudo mucho que fueras el único.

—Ya, pero sí fui el único que asumió la responsabilidad —afirma con orgullo.

—Yo no recuerdo mal ambiente en casa entre vosotros —apunto, porque es cierto.

—Eras muy pequeño para darte cuenta. Al principio aparecía dos o tres veces al mes, dejaba dinero, comprobaba que todo estuviera bien y me largaba por ahí.

—Entiendo —digo en voz baja porque eso significa que él tuvo libertad absoluta para hacer cuanto le viniera en gana y mi madre, en cambio, no; se quedó en casa, conmigo—. ¿Y qué ocurrió para que mamá y tú...?

—Constance, a pesar de mis desprecios, de mi falta de atención, siempre me recibía con amabilidad. Si al principio apenas os visitaba, por cabezonería pura y dura, después fui consciente de que los pocos días que estaba con vosotros eran tranquilos, relajados, y me permitían olvidarme en cierto modo de toda la presión a la que estaba sometido. Suena a excusa, lo sé. Pero ibas creciendo, empezarías a darte cuenta de todo. Si a eso le sumabas que yo cada vez me sentía más asqueado de ir con una o con otra sin más, pues opté por acercarme a tu madre.

—¿Y no te mandó a paseo? —comento con humor.

—Se mostró sorprendida y reacia; algo lógico, considerando los antecedentes. Pero ella es cien mil veces mejor persona que yo —sentencia, y noto que se está emocionando... algo poco habitual en mi padre, que es capaz de permanecer impertérrito mientras atropellan a un perro—, algo que tú también sabes —continúa—. Siempre la has querido más a ella que a mí.

Ahora toca ser diplomático.

—Papá, admito que he estado más unido a ella que a ti, pero...

—No te disculpes, maldita sea —me interrumpe—. Durante muchos años me porté igual de mal contigo que con ella, porque erais

la prueba de que una vez fui un agente novato que la cagó... algo que nunca se borra de un expediente.

—Pero ¡si te han condecorado más de una vez! —exclamo sin entender su obsesión.

—Ya lo sé —responde como si restara importancia a sus logros—. Aunque luego tú diste la puntilla. Abandonar la CIA, con la carrera tan prometedora que tenías...

Esto último ha sonado a regañina, aunque no tan cruel como las palabras que me dedicó cuando le informé de mi decisión.

—Tampoco me ha ido tan mal.

Mi padre bufa.

—Eso depende de cómo se mire —replica con su arrogancia habitual y me hace sonreír—. Porque estás metido en un lío de tres pares de narices. Y espero que esa mujer, Siena o como se llame, merezca la pena para traicionar a un colaborador y arriesgarte a perderlo todo.

Estoy por decirle que meterse en faena lo va a rejuvenecer, pero me limito a asentir como buen hijo.

Capítulo 37

Dos años después
Casa de Siena, antigua estación de ferrocarril,
Pardueles, España
17.20 horas

SIENA

Y aquí estamos, una tarde de domingo, un tanto fría, reunidas en torno a una mesa (en la que hay de todo un poco para entretenerse, un surtido de alimentos que ningún nutricionista aprobaría) dispuestas a pasarlo bien. Somos un curioso grupo de treintañeras que, por diferentes circunstancias, estamos encantadas (al menos yo) en el pueblo.

Está quien nunca se fue, como Eva María (el primer amor de mi hermano) y que ahora está casada con otra del grupo, Kailani, que si bien apenas pisó Pardueles en su infancia, tiene familia aquí por parte de padre y ahora está integrada; además regenta la posada. También está la hija de ambas, refunfuñando porque quiere corretear por la sala y no la dejan, aunque la niña no se rinde y presiento que, al final, terminaremos todas sentadas en el suelo. Es la mejor solución para vigilar a las peques y que nosotras sigamos a lo nuestro, es decir, hablar de todo y de nada.

Nos acompaña una de las que regresaron, como yo, Thais, con su niña en brazos; la mujer del alcalde, Grace, a esta la hemos adoptado; la pija, Pau, que intenta darnos lecciones de estilo y tendencias pero a la que mandamos a la porra porque, como yo, todas (a excepción de ella, obviamente) vamos vestidas con chándal zarrapastroso de andar por casa.

¿Qué ha ocurrido en los dos últimos años para que estemos aquí? O, mejor dicho, ¿para que yo esté en Pardueles?

Os lo cuento.

* * *

Tuve, como ya sabéis, una especie de revelación acerca de este lugar. Quizá fue morriña. Mis padres y Romeo opinaron que era un despropósito, una locura; sin embargo, yo me obcequé y seguí adelante.

—Es un pastizal —masculló Romeo a mi lado justo el día que iba a firmar las escrituras. Y esas fueron las palabras más elegantes, pues estuvo dándome la turra durante varios días para que recapacitara. Y os aseguro que cuando mi hermano se pone plasta resulta agotador.

Obviamente, resistí y me hice con la propiedad. A ver, me sentí un tanto contrariada porque utilicé el dinero que me dejó Finley, lo cual me convertía en una de esas mujeres que yo no quería ser... aunque, de otro modo, yo jamás hubiera reunido el capital para comprar la estación.

El alcalde, Imanol, en cuanto se enteró de mis intenciones, me persiguió (literalmente) para que llevara adelante mi idea. Incluso hizo las gestiones oportunas para que la hija y heredera del propietario en aquel momento se bajase del burro y accediera a que su padre vendiera la antigua estación de ferrocarril y los terrenos adyacentes por un precio razonable.

Y aun así mis padres y mi hermano consideraron que estaba mal de la azotea y que comprar un edificio en ruinas para después remodelarlo era un gasto absurdo. Y que encima pretendiera vivir en él, ya era el acabose, porque no solo es grande, sino que está como quien dice un poco apartado. Al final me apoyaron, claro.

—El ayuntamiento ha pedido una subvención para apoyar tu iniciativa —indicó Imanol encantado con mi proyecto—. Y también intentaremos aprobar en el próximo presupuesto una ayuda directa.

—El problema es que las ayudas llegan tarde, eso si llegan, y mi hermana tiene que adelantar la pasta —protestó Romeo.

—A ver, chicos, que estoy delante, sé defenderme solita —les advertí, porque, si bien una agradece el apoyo de la familia y los amigos, tampoco era plan de quedar como la tontaina que necesita que la protejan.

Desde que se supo la noticia en el pueblo, no pararon de chismorrear sobre mí, ya que fue imposible ocultar mi estado civil

(divorciada) y, claro, las especulaciones se desataron. ¿De dónde había sacado el dinero? Y mi marido, ¿por qué me había dejado? Mucha gente ni se planteó la posibilidad de que fuera yo quien hubiese tomado la decisión. Vale, al final, después de mucho toma y daca, Finley me mandó a paseo; no obstante, podían al menos haber considerado esa opción, digo yo.

Tampoco quise dar explicaciones, así que los corrillos de cotillas estuvieron bastante animados, porque, si bien no soy la única divorciada del pueblo, sí soy la única que estuvo casada con un extranjero y había vivido en las Américas. Menos mal que por fin se fueron olvidando de mí y todo porque surgió otra noticia.

Aunque de vez en cuando, alguna señora todavía insiste y me intenta tirar de la lengua, que las fuerzas vivas de Pardueles no se rinden. Tentada estoy de decirles, si tanto disfrutan sonsacando secretos, que contacten con mi ex, que este seguro que las contrata como informadoras y se sacan un dinerito.

Viví una temporada en casa de mis padres, obligada mientras se ejecutaban las obras. Porque como ocurre siempre el «ya que estamos» incrementó el presupuesto y el tiempo. Pero al final el resultado ha merecido la pena. Os hago un resumen.

El edificio principal, la estación, mantiene su aspecto exterior, tan de finales del XIX. Incluso he restaurado el letrero de azulejos donde figura el nombre del pueblo. Por dentro, todo ha cambiado. La estancia principal, donde esperaban los viajeros y estaban las taquillas, es ahora mi sala de estar y, al fondo, la cocina abierta. He conservado algunos muebles y sobre todo las lámparas, para darle un toque especial. En la parte trasera, los aseos se derribaron para hacer dos cuartos de baño grandes, y mi dormitorio está en lo que era la sala de equipajes. Mandé hacer otro dormitorio, más pequeño, porque nunca se sabe y de momento lo uso como despacho.

El almacén es ahora el garaje y la zona donde antaño estaban las señales ferroviarias la he dejado igual, solo he sembrado césped y plantado algunos árboles frutales para disfrutar del espacio cuando haga buen tiempo.

Me han propuesto que abra la estación al público, para atraer visitantes al pueblo y así tener unos ingresos (modestos); sin embargo, de momento no lo veo. Me gusta mi intimidad y, como mi situación económica es buena, pues no lo necesito. Para no estar ociosa, ayudo a

mi hermano con las fincas y listo.

* * *

—Vamos al meollo de la cuestión —dice Eva María resuelta—, que si no se nos va el vino en catas y, aparte de ponernos como el Quico, no arreglamos nada.

Demasiadas tentaciones sobre la mesa.

—Comer es de los pocos placeres que le quedan a una con la ropa puesta —comenta Thais.

—Podríamos hacer una dieta détox —propone Pau.

—Ni de coña.

—No, ni hablar.

—¿Estás loca?

Todas negamos con la cabeza, incluida mi amiga Andrea, que está de visita y a la que hemos aceptado en el grupo. Delante de nosotras hay una mesa llena de repostería, embutidos y quesos, todo casero. No sé cuántas variedades de café imaginables, chuches para las peques y, sí, algún licor de esos que se hacen en el pueblo y que no son aptos para todo el mundo.

—¿Y cuál es el meollo? —inquiere Pau, que picotea como una señorita bien educada.

Grace levanta la mano y baja la mirada.

—¿Qué te pasa, criatura? ¿Problemas con el alcalde? —pregunta Thais entreteniendo a su sobrina, que no para de moverse. Normal, la niña quiere corretear. Yo sujeto en brazos a su hija y así hago prácticas.

—Sí y no —responde, y todas la miramos a la espera de que se explaye—. A ver, que todo va genial con Imanol, pero... me han propuesto ser la nueva gerente de zona en la empresa.

Se desata un coro de «¡enhorabuena!», «¡qué pasada!», «¡genial, tía!», «¡te lo has ganado!» y demás parabienes, porque es cierto, nos alegramos una barbaridad. Sabemos lo curranta que es y por eso se lo merece; a pesar de todo, ella tuerce el gesto.

—¿Y cuál es el problema? —inquiere Kailani.

—Aceptar el puesto supone pasar más días fuera de casa —añade para que entendamos sus dudas—. Y si ya es complicado ahora, después solo vería a Imanol como mucho dos o tres noches a la

semana. Y además...

—Llegarías derrotada, sin ganas de mambo —remata Thais por ella.

Grace suspira.

—Vaya putada —murmura Eva María, y las demás asentimos.

—Por eso aún no he tomado una decisión y tampoco se lo he dicho a mi marido.

—Jopeta, pues que Imanol se vaya contigo —propone Andrea, que no conoce al marido de Grace.

Todas resoplamos y la miramos como si estuviera loca.

—Tú al alcalde no lo sacas del pueblo ni con agua caliente —le explica Thais, que se ha dado por vencida y deja a su sobrina en el suelo para que corretee por la sala, por supuesto sin dejar de vigilarla.

—¿Y por qué? —pregunta Andrea, a la que ponemos en antecedentes para que pille el concepto.

—Es que siempre somos las mismas las que tenemos que pringar —me quejo yo.

—De ahí que esté hecha un lío... —murmura la afectada.

La entiendo. Su trabajo es importante y su vida privada, también. Pero como ocurre a menudo, no son todo lo compatibles que ella desearía.

Se abre la ronda de propuestas mientras damos cuenta del café, las pastas y demás picoteo que hay sobre la mesa sin alcanzar una solución aceptable. Pau, que no trabaja, pues vive de las rentas y se ha casado con uno de los que más dinero tiene en Pardueles, va y propone:

—Yo dejaría el trabajo; total, tu marido gana suficiente para vivir ambos sin estrecheces.

Todas la miramos como si hubiera sido poseída por el más reaccionario de los hombres. Se libra por poco de que le demos un par de collejas.

—¿Es que no has aprendido nada? —le espeta Thais, que mira por dónde es su cuñada. Ya os explicaré otro día las conexiones entre nosotras.

—Jopeta, lo siento, solo era una idea —se disculpa Pau.

—No pasa nada —dice Grace con diplomacia—. Ya veré qué hago.

—Pues aceptar —sentencia Eva María.

Todas ponemos (menos Pau, obviamente) cara de «te entiendo» hasta que oímos que llaman a la puerta. Eso quiere decir que el marido de alguna está cerca y pretende interrumpir. Lo hacen a menudo, aunque los mandamos a paseo. Estas reuniones son sagradas.

Eva María se levanta y va a abrir. Yo continúo entretenida con mis amigas, porque lo admito, esto es vida y, pese a que en el último año solo he tenido dos rollos más bien tristes, me he acostumbrado y contentado con mi fiel vibrador, novelas eróticas y una excelente colección de recuerdos subidos de tono.

El primer rollo fue con uno que trabajaba en la empresa de restauración que contraté. Un buen tipo, simpático, amable y con el que estuve unos tres meses, consciente en todo momento de que, en cuanto se acabaran las obras, él se marcharía y yo ni me sentiría afectada ni nada.

El otro rollo, dos meses nada más, fue con un compañero de trabajo de Grace que ella me presentó y en fin... lo mismo. Buena sintonía, algo de diversión, un poco de sexo y hasta luego, Lucas. Es que se llama Lucas, no lo he dicho solo por emular al gran Chiquito.

—Aquí hay un tipo que me suena de haberlo visto antes y que pregunta por ti —anuncia Eva María cantarina.

Ese tono tan irónico no me hace sospechar, pues será alguien de la constructora, pienso, porque tienen que revisar un lado del tejado, ya que el canalón está suelto y cuando sopla el cierzo parece que se va a caer.

—Y además es guapo —agrega mi amiga—. ¿Lo dejo pasar?

A veces Eva María es muy puñetera, disfruta provocando, así que sonrío y me levanto para ir hasta la entrada. Antes de llegar me agacho para dar un besote en la mejilla a la niña de Thais, que es un querubín rubio como su padre.

—Ay, que me la como —canturreo antes de enderezarme para llegar hasta la puerta.

La sonrisa se me borra en el acto en cuanto veo quién es.

—Ah, ya sé de qué me suena tu cara —dice Eva María impidiendo el paso al visitante, y hasta le pone ojitos—. Eres el ex de Siena, ¿verdad? ¿Cómo te va?

Ha pronunciado lo de ex con mucho énfasis.

—Muy bien, gracias, Eva María —responde él tan educado como siempre.

No me sorprende que se acuerde de todos y cada uno de los nombres de la gente de aquí que ha conocido. Tiene una memoria excelente. O también puede que en el avión se haya leído uno de aquellos informes que hizo sobre mí antes de casarse conmigo para refrescar la memoria.

—¿Qué haces aquí? —le espeto, y él mira a mi amiga esperando a que nos deje solos; sin embargo, Eva María sigue sonriendo y se coloca a mi lado en señal de apoyo.

Claro que no es la única, de reojo veo a toda la cuchipandi observando, atentas a todo, así que, para evitar confusiones, Eva María les revela:

—Es el señor Tremair, el ex de Siena.

—¡Ah! —exclaman a coro.

—Yo no lo conozco —indica Pau.

—Yo tampoco —la secunda Kailani.

—Pues no es perdéis nada —les suelta Thais, que al igual que Eva María estuvieron en mi boda.

—Yo no me fiaría de él —advierte Andrea, que no le tiene mucho aprecio a Finley porque, si bien gracias a él ocupa un puesto importante, no lo hizo para ayudarla, sino para quitársela de en medio —. No es trigo limpio.

—Cuenta, cuenta —le pide Kailani.

—Me gustaría hablar contigo —interviene Finley sin levantar la voz, aunque sé que le gustaría no tener testigos y por eso añade—: Es importante, Siena.

Es importante significa «a solas».

—¿Estoy en peligro mortal? —le replico con chulería.

—No, ya no —responde, y frunzo el ceño.

—¿Y eso qué carajo quiere decir?

—Te lo explicaré si me concedes un instante a solas —propone, y no me fío.

¿Quién sería la tonta que lo haría?

Me despachó sin explicaciones, me ha tenido dos años, dos largos años, in albis y, si bien fui yo quien decidió que ya no más (gracias Mecano), al menos esperaba (tonta de mí) que él, después de mostrar tanto interés en retenerme (por las malas y bajo chantaje), no cambiara de un día para otro de opinión.

¿Y ahora vuelve como si nada?

¿Esto qué es?, ¿una comedia romántica en la que el protagonista se da cuenta por ósmosis de que no puede vivir sin ella y la prota le perdona todo?

¡Anda ya!

Dos años, que se dice pronto. Sin una sola noticia, nada de nada. Y lo más curioso es que en ningún momento me he sentido observada como ocurrió la vez anterior, cuando me largué. Al menos ha tenido la decencia de respetar el trato; aun así, no le va a servir de mucho.

Le he dado vueltas a todo esto y sé que algo ocurrió, algo que jamás descubriré, pero que tuvo que ser gordo. Y lo peor es que me mantuvo al margen, para no variar, y eso duele mucho, tanto o más como descubrir la verdad sobre el hombre al que has querido durante tantos años.

—Siena, por favor.

—Que se largue ya, que molesta —dice Andrea.

—Me alegro de verte, Andrea —replica Finley comportándose como un caballero cuando en realidad desearía decirle cuatro cosillas, pero mi ex no entra al trapo.

Como sé que o bien accedo o bien nos pasamos aquí la tarde, termino por claudicar.

—Está bien —concedo finalmente, y le hago un gesto para que me siga.

Llevarlo al dormitorio no es lo que se dice muy prudente; hablar en el cuarto de baño queda fuera de lugar; la estancia que utilizo como despacho es pequeña y prefiero que haya espacio suficiente entre ambos, y en un rincón de la sala tendríamos que hablar en susurros porque, si bien confío en la cuchipandi, prefiero que determinados detalles no los conozcan.

—Me lo tomaré como un cumplido —dice cuando cierro la puerta del dormitorio.

El cual, por cierto, está manga por hombro, ya que me he levantado tarde y ni me he molestado en adecentarlo. ¿Para qué? Vivo sola.

—No te emociones —puntualizo. Como es amplio, dispuse una zona que decoré como rinconcito de lectura; además, llené las estanterías con mis novelas favoritas y tengo un escritorio y dos sillas.

—Veo que has invertido bien el dinero —comenta.

—Me lo tomaré como un cumplido —replico, y él sonríe de

medio lado.

Sigue tan imponente como siempre. Lleva uno de esos trajes hechos a medida que cuestan un fortunón con la corbata a juego, se mantiene en forma y, por supuesto, lleva el corte de pelo perfecto. Va hecho un figurín y yo con mi chándal zarrapastroso. Con un par.

—¿Y bien? —pregunto a su espalda porque no deja de examinar mi biblioteca—. Si no estoy en peligro, ¿para qué has venido?

Cuando saca un libro y lo abre, confío en que no le dé por hacer una lectura en voz alta. Por suerte vuelve a dejarlo en su sitio y no hace comentario alguno.

—Enseguida saciaré... tu curiosidad.

¿Eso ha sonado a proposición o me lo ha parecido a mí?

—Al grano, que, como has visto, estoy ocupada.

—Supongo que quieres saber qué pasó con Spencer Brown —dice, y niego con la cabeza.

—No es alguien que me quite el sueño —respondo, «porque ese eres tú», pienso—. Leí algo sobre que había sido acusado por dos menores.

Finley asiente.

—Pagó una gran cantidad para no llegar a los tribunales y evitar la publicidad negativa. Ahora hace lo que todos los famosos de capa caída: realities.

—No soy aficionada a los realities —afirmo, y Finley me mira—. ¿Has hecho un viaje tan lago solo para eso o es que estabas de misión secreta y has aprovechado para saludar?

—He venido expresamente por ti, Siena.

Otra vez ese tono seductor que en el caso de Finley significa peligro, y de los gordos. Como lo conozco, sé qué pretende, utilizar la información en su beneficio, de ahí que administre lo que va diciendo. Por eso en primer lugar ha mencionado un tema que me la refanfinfla.

—Steven cumple condena en una prisión federal acusado de estafa y de pertenecer a organización criminal. Con un poco de suerte, veinte años.

No me caigo de culo porque detrás está la cama.

¿A que os viene a la cabeza la imagen de un típico personaje de dibujos animados al que le llega la mandíbula hasta el suelo producto de la perplejidad? Pues en mi caso, explica muy bien la sorpresa que me he llevado.

Trago saliva. No voy a bailar una jota para celebrarlo; ahora bien, no me extraña. Porque telita con Steven el supremacista ignorante marrullero.

—Steven no era trigo limpio —digo utilizando una fórmula diplomática, aunque me gustaría decir «a todo cerdo le llega su San Martín».

Y Finley añade, dejándome aún más perpleja:

—Yo lo delaté...

—¿Perdón? —acierto a preguntar tras aclararme la garganta.

—Y además reuní las pruebas en su contra.

A ver, a ver, que aquí hay tomate en abundancia.

—Explícate —le pido, y me gustaría tener un sinfín de cojines bordados sobre la cama, coger uno y agarrarme a él; sin embargo, me conformo con la almohada.

—Fue él quien te acosó y me mintió diciéndome que no te localizaba —revela muy serio.

Y continúa desgranando la historia, dándome detalles de cómo él estaba inoperativo a causa de las secuelas de lo ocurrido en Camerún y que confiaba en su abogado y amigo para que me encontrara y me mantuviera a salvo mientras se recuperaba. No obstante, Steven pensó que deshacerse de mí era una idea fantástica (una que llevaba tiempo barruntando) y aprovechó la ocasión porque, si además alentaba mi odio, el plan resultaba casi perfecto.

Me explica además que me echó, literalmente, hace dos años para que yo no sufriera represalias en caso de que Steven intentara ir a por mí al sentirse acorralado. Le hizo creer a su abogado que por fin me había abandonado y por eso tramitó los papeles del divorcio con tanta prontitud. Era una parte del plan para que la siguiente fase tuviera éxito.

—Me repudiaste como parte del operativo.

—Algo así.

Escucho ojiplática cómo Finley, con la ayuda de sus padres (yo pensaba que no mantenía con ellos ninguna relación) orquestaron una maniobra para incriminarlo y además contaron con la colaboración de agentes ya jubilados dispuestos a recordar viejos tiempos y jugar a los espías manipuladores.

Esto último lo dice con una sonrisa. Los antiguos contactos de su padre como agente de la CIA ayudaron a que la policía diese por

buenas las pruebas y más tarde el fiscal que llevó la acusación.

Organizaron incluso un robo en las oficinas, de tal modo que ciertos documentos comprometedores pudieran filtrarse sin que Steven sospechara. También tuvieron que borrar el rastro de Finley en muchas operaciones de cuestionable legalidad (es decir, el noventa y nueve por ciento) para que no se viera salpicado. Y lo más difícil para mi ex fue no hacer nada porque cualquier movimiento hubiese resultado sospechoso. Tenía que continuar con su vida, con sus operativos, como si tal cosa. Según sus palabras, ha sido la parte más difícil, pues, tras tantos años metido en chanchullos, las conexiones eran muy evidentes.

—Vale, según me cuentas, es demasiado sencillo hundir la reputación y la carrera de una persona reuniendo pruebas falsas —murmuro dándome cuenta de hasta qué punto hay gente manejando los hilos—. Da miedo, si te soy sincera.

—En el caso de Steven no hizo falta inventarse todas las pruebas —afirma, y aun así tuerzo el gesto—. Solo montar el escenario.

Mis temores eran ciertos. Si Steven (con o sin el beneplácito de Finley) hubiera querido hundirme en la miseria, desde luego ahora no estaría aquí.

—¿Y por qué no recurriste a antiguos clientes para deshacerte de tu abogado?

—Es una idea que descarté porque a ciertas personas les gustan las teorías de Steven y eso suponía filtraciones. Además, determinadas élites no quieren jaleos y lo mismo me hubieran apoyado a mí que a él, dependiendo de sus intereses —me explica, y agradezco, no en voz alta, obviamente, que en esta ocasión no me trate como a un accesorio y me hable con sinceridad.

—Vale, eso lo entiendo, ha tenido que ser muy duro ver cómo una persona de confianza te traicionaba —murmuro, y él asiente.

—Admito que nunca pensé que te odiara tanto... hasta el punto de traicionarme.

—En cambio, yo no lo hice —afirmo para dejar bien claro que fui la primera señalada a pesar de que no filtré nada y guardé cada jodido secreto. Y eso que el dolor, la sensación de haber sido utilizada y engañada por un hombre al que amaba, me instaba cada día a pregonar sus andanzas.

—Lo sé —dice en voz baja mirándome, y añade—: Lo encontré

todo en casa de mis padres.

—Me mentiste desde el principio, Finley. No te limitaste a ocultar un par de cosillas que, bueno, podía entenderse por razones de seguridad —le recuerdo, y me doy cuenta de que me sigue doliendo igual que cuando lo descubrí—. No, lo tuyo fue un plan calculado al milímetro.

—No voy a negarlo, te elegí entre varias candidatas —afirma, y, bueno, a veces que te digan la verdad es un zasca en toda la boca.

—Vaya...

—Siempre me has pedido sinceridad, pues la vas a tener.

Llaman a la puerta y oigo la voz de Andrea.

—¿Todo bien?

Finley abre un instante y se enfrenta a mi amiga:

—Es una conversación privada y te agradecería que no interrumpieras.

—Mira, agente secreto de pacotilla, no me vengas con mañas intimidatorias —le espeta y, claro, el resto de la cuchipandi se acerca para ver qué pasa y darle collejas a Finley si fuera necesario.

Mi exmarido se da cuenta de que está en desventaja y, como buen negociador que es, se fija en quienes puede atraer a su causa y, cómo no, elige a una en concreto.

—Chicas —habla en plural aunque fija la vista en Pau—, tengo que tratar asuntos muy importantes con Siena. Os ruego que me lo permitáis.

—Que nos conocemos, señor Tremair —replica Andrea.

—Hagamos un trato —propone él—. Un par de horas, es lo que necesito para resolver unos asuntos. Nada más. Después me iré.

Qué mal ha sonado eso. Como si yo fuera un fleco sin resolver de su vida pasada.

—Tentada estoy de pedírtelo por escrito —lo provoca mi amiga.

Me acerco a la puerta y les hago un gesto para que se tranquilicen. Pero, por si acaso, pregunto a Finley:

—¿Has venido en coche?

—Sí —responde sin comprender y me mira de soslayo.

—Entrégales las llaves, a modo de prenda.

—¿Perdón?

Andrea estira un brazo, extiende la mano y mueve los dedos, instándolo a obedecer. Cuando las tiene en su poder, dice:

—Dos horas o tu coche acabará en el arroyo.

—Es de alquiler —indica Finley como si un coche le causara pupa en su presupuesto. De hecho, es calderilla.

—Tú pórtate bien y todo irá perfecto.

La cuchipandi se aleja y volvemos a quedar a solas.

—Si no fuera tan contestataria, la ficharía para mi equipo —confiesa Finley.

—Dudo que Andrea aceptase trabajar en tus negocios inmorales.

—Ya no me dedico a eso.

Mejor no pregunto. ¿O sí?

Capítulo 38

Una hora y pico después
Dormitorio de Siena, antigua estación de ferrocarril,
Pardueles, España
18.35 horas

FINLEY

—Siempre me has recriminado que no fui sincero contigo —digo, y ella suspira antes de asentir.

—Es que me trataste como si fuera una gilipollas y encima lo justificabas todo con la tontería de protegerme, como si no tuviera mis propias armas para salir adelante —alega, y, sí, tiene razón. En mi afán por protegerla quizá no comprendí que estaba causándole un daño que ella considera irreparable. Yo tengo otra opinión.

Ahora bien, nadie se atreverá a acusarme de no hacer cuanto está en mi mano por ella y de seguir haciéndolo... con o sin su beneplácito.

—Sé que podía confiar en ti; no obstante, prefería mantenerte al margen de toda esa mierda.

Es una verdad a medias, obviamente, porque, cuando ya estaba seguro de su lealtad, fue demasiado tarde y ya me había acostumbrado a ocultarle la realidad.

—Ese argumento es pueril, Finley —me espeta, y la oigo inspirar hondo. Ha pasado el tiempo, más del que yo hubiera querido, y sé que aún le afecta—. Tratarme como a una cabeza hueca es insultante.

—Cierto, te garantizo que no volverá a ocurrir.

—Mientes —me acusa, y no me ofende.

—Ponme a prueba —la desafío, y me gustaría estar mucho más cerca, a escasos centímetros para ser exactos, y mirarla fijamente a los ojos.

De acuerdo, ella me conoce y sabe que estoy entrenado para mentir sin parpadear, pero de algún modo debo hacérselo entender.

—¿Y qué ha pasado para que de repente tengas este extraño ataque de sinceridad y honestidad? —inquiere con marcado tono escéptico.

Sonreír ahora no ayudaría; sin embargo, me cuesta contenerme porque estoy orgulloso de ella, de que a pesar de todo me dé una oportunidad y, asimismo, me toca la moral. Si hubiera llegado aquí y Siena no me plantase cara, me habría sentido decepcionado.

—Muchas cosas —murmuro, porque he de dosificar la información en función de cómo se vaya desarrollando la conversación.

—No me negarás que es sospechoso.

—Cierto —admito—. Por eso estoy aquí, para ser honesto contigo.

—¿De verdad?

No me ha pasado desapercibido su tono de desconfianza. Lógico, siempre he disfrazado la verdad a mi conveniencia.

—Sí —asevero pese a que es correr un gran riesgo. Aunque intentaré que algunas cosas se queden en el tintero.

Me acerco a la ventana y observo cómo sus amigas se marchan. Mejor, prefiero que no haya oídos indiscretos, aunque quizá ya conozcan gran parte de la historia. El coche de alquiler sigue ahí aparcado e intacto.

Me la sopla el coche, si acaba en un arroyo destrozado no sufriría mucho si con ello hoy soluciono las cosas con Siena o, al menos, siendo menos optimista, las dejo encarriladas.

Tentado estoy de hacer un par de llamadas y que a Andrea, sin duda alguna la que más me odia de todas, la recoloquen en otro puesto de más relevancia y, por ende, más absorbente y a ser posible todavía más alejado de su país. Sé que mantendría el contacto con Siena, pero al menos no vendría tan a menudo de visita, ya que, según me consta, en el último año ha estado por aquí al menos seis veces.

—Pues empieza, porque me temo que esto va a ser igual que la confesión general de un pecador —me espeta, y añade—: Y no tengo todo el día.

Sonrío: ha tenido su gracia.

—¿Por dónde empiezo? —murmuro pese a intuir que, de todos los secretos que guardo, el que más le escuece fue descubrir que, además de tener otras identidades, yo estaba «casado».

Me aflojo la corbata y me quedo apoyado en el escritorio, manteniendo las distancias.

—¿Cuántas candidatas tenías seleccionadas a señora Tremair? —pregunta, y percibo cómo le afecta; ahora bien, yo sé qué fue lo peor que descubrió sobre mí.

—¿Te sentirías mejor si te dijera que hubo también un candidato?

—De ti ya nada me sorprende —apostilla con retintín.

—A señora Tremair solo había una candidata.

—¿No me digas?

—Tú, para ser exactos.

—¡Qué honor!

—El resto de las personas con las que traté cuando te conocí eran simples opciones como colaboradores.

—Acólitos, supongo —masculla—. Pues, ¿sabes qué? Hubiera preferido mil veces trabajar para ti, sabiendo la mierda con la que tratas, que ser tu ignorante esposa florero.

—Siena, jamás te hubiera involucrado en la mierda.

—¡Ja!

Como veo que se me pone peleona, opto por hablarle de forma concisa, incluso desapasionada. No hace falta dar los detalles más enrevesados. Hacerle entender que tomé una decisión basada en la idoneidad es complicado, y por eso recurro a la verdad y admito en voz alta que ella, sin ser la mejor posicionada desde el punto de vista técnico, provocó en mí una reacción que no esperaba.

La cara de Siena refleja incredulidad, algo obvio; razón por la cual me esfuerzo en no acercarme y tocarla mientras continúo desgranando lo que supusieron para mí aquellos primeros encuentros en los que solo quería asegurarme de que era la mujer que mis negocios necesitaban y, en cambio, terminó afectándome en lo personal más de lo prudente.

Ella ya sabe hace mucho la verdadera naturaleza de mis negocios, aunque sé que aún queda información que no conoce y de la que nadie, ni el tipo más despreciable, se sentiría orgulloso. En mis comienzos como asesor independiente, por ejemplo, acepté encargos que dan asco, por eso me ahorro las explicaciones al respecto.

Sé que no aprueba lo que ha averiguado por sí misma y sé que nunca lo hará. De ahí que mejor me olvido de los inicios. Espero que

nunca tenga que hablar de ello.

Omito que me acosté con otras en el ejercicio de mis funciones, pues no hay pruebas de ello y no merece la pena hacerle más daño. Quizá opinéis que estoy jugando con las cartas marcadas. Sí, así es, lo admito. No obstante, reflexionadlo: ¿qué sentido tendría revelárselo? Ninguno.

Y llegamos a la parte más peliaguda. Mis otras esposas.

—¿Solo dos? —se guasea riéndose sin ganas.

—¿Esperabas que tuviera un harén?

—Vaya espía más cutre que estás hecho. James Bond se folla a más en dos horas de película que tú en diez años de falso matrimonio.

—Nunca fue falso —puntualizo.

—Porque tú lo digas.

—Y te aseguro que ofertas no me han faltado —me veo en la obligación de añadir.

—Eso dice Romeo, que por alguna extraña razón te defiende —masculla no muy contenta—. Por agradecimiento, pues le buscabas rolletes.

—Tu hermano es muy capaz de ligar por sí mismo —afirmo, y, sí, Romeo es capaz, aunque yo le daba un empujoncito.

Es un alivio saber que mi cuñado al menos no me ha puesto a parir durante este tiempo, pese a que corté con él cualquier comunicación para evitar que Steven tuviera una mínima posibilidad de joderme. Una pena, porque de verdad aprecio a Romeo y también deberé esforzarme en recuperar mi amistad con él.

—Entonces por solidaridad masculina, supongo.

—Tu hermano es un gran tipo —comento con absoluta sinceridad.

No obstante, desviar la conversación es ridículo, pues Siena espera que lo desgrane todo, así que no me queda otra opción y menciono a Candance en primer lugar. Dejo cristalino que solo fue por conveniencia.

—Ya, claro —dice con marcado escepticismo.

—Nunca la he tocado —asevero, y Siena resopla sin creerme.

—¿Y ella no te reclama nada?

—No, tenemos un acuerdo. Recibe una asignación y tiene a su nombre una explotación. Solo la visito un par de veces al año como mucho y la llamo alguna que otra vez. Hace su vida y te garantizo que

no me echa de menos.

—Qué moderno todo, oye —se mofa.

—Y, por supuesto, en el certificado de matrimonio figura una de mis identidades.

—Harry Cole —apunta ella. Yo asiento y añade con ironía—: No te pega nada ese nombre.

Sonrío de medio lado por ese comentario.

Aunque se me va a borrar bien pronto pues ahora ha llegado el turno de hablar de Helga. Para que empatice, le relato primero la vida que llevaba antes de cambiar de nombre y observo cómo Siena va entendiendo la situación. Contar las desgracias ajenas es un método infalible para que, al menos, se muestre compresiva.

—¿A esta tampoco la has tocado, supongo? —inquiere con retintín.

Allá vamos...

—Si lo que preguntas es si ha habido sexo... —Hago una pausa para ver qué cara pone—. Sí, me acosté con Helga.

No he precisado cuándo, pero algo me dice que Siena va a sacar conclusiones.

—Vaya, qué atento —dice, y se pone en pie—. *Full service.*

—Si sirve de alguna cosa, no es algo que...

—Como digas que lo hiciste por obligación —me interrumpe muy cabreada apuntándome con un dedo—, te tragas la escobilla del váter.

Abandona el dormitorio y la sigo. Como sé que está rumiando la información, no digo nada. Siena se pone a recoger la mesa. Evita mirarme, va de aquí para allá con los cacharros. Cuando lo tiene todo sobre el mostrador, me acerco y la ayudo a meter las cosas en el lavavajillas.

A pesar de que este aire tan rural no me convence, he de admitir que le ha quedado un ambiente muy hogareño. Se nota que lo ha reformado todo con mucho gusto. Cuando me llegó la información sobre su proyecto, hice un alto en el operativo para asegurarme de que nadie truncaba sus planes. Tuve que mover algunos hilos para que los permisos los obtuviera en un tiempo récord. Porque he seguido cuidándola a distancia, algo que si llegara a descubrir me recriminaría y la cabrearía, pues sé lo mucho que le gusta alcanzar sus metas por sí misma. No obstante, este afán protector no lo puedo obviar.

—¿Antes, durante y después? —pregunta pillándome despistado.

—¿Perdón?

—De conocerme —aclara—. De casarnos.

Mi intención no es mentir, sin embargo... es tan tentador y por desgracia tan habitual en mi vida que a punto estoy de hacerlo.

—No hace falta que respondas. Estás buscando las palabras perfectas para que no me enfade. Pero ¿sabes qué? Que ya me da igual. Ha pasado el suficiente tiempo.

—Joder, Siena...

—Si en su momento me hubieras hablado de la situación de esas mujeres, todo sería diferente; pero no, lo ocultaste —dice en voz baja mirándome de frente y se percibe cómo le afecta—. Aunque lo que de verdad me da pena es todo lo que has hecho, lo de Helga y Candance es una minucia en comparación con el resto.

—Era mi trabajo —me justifico, y ella no hace una pedorreta de milagro.

—No estamos hablando de ocultar unas multas de tráfico o de escaquear un pago a Hacienda, Finley —arguye—. Hablamos de la vida de mucha gente a la que has jodido solo porque un ricachón quería irse de rositas.

—Ya no trabajo en eso —la informo.

—¿Ya te has cansado de jugar a ser un cabrón? —pregunta pasando al ataque.

—En cierto modo, sí.

—Supongo que habrás donado un pastizal a obras benéficas para sentirte mejor —apostilla.

De verdad, es jodidamente lista.

—Algún que otro millón, sí.

Este rifirrafe dialéctico empieza a desesperarme. Ya sabía que no iba a encontrar una Siena amable, receptiva; sin embargo, su actitud es demasiado combativa.

—Vale, te creo —replica cuando termina de pasar la bayeta por la encimera de la cocina.

Como de alguna manera he de reconducir la situación, me sitúo de tal forma que, si quiere salir de detrás de la barra de la cocina, se rozará conmigo.

—No voy a ser tan pueril de perseguirte y contarte milongas para que me des una oportunidad —afirmo, y ella se encoge de hombros.

—No te lo he pedido. ¿Y sabes por qué?

—Te escucho.

—En este tiempo he aprendido muchas cosas; la primera, a pensar en ti, a recordarte, sin odiarte.

—Es un avance —admito.

—A sobrellevar los recuerdos sin venirme abajo. A tomar mis propias decisiones. En definitiva, a equivocarme, a vivir como me da la gana y sin ser una gilipollas dependiente como lo fui cuando estaba contigo.

—No eras una gilipollas dependiente, Siena —la contradigo.

—¿Que no? Todo lo decidías tú, absolutamente todo. Si me pedías que te acompañara, corría a hacer la maleta sin preguntar siquiera a dónde íbamos. Me quedaba en casa sola cuando te ibas de viaje y jamás recelé de tus ausencias —enumera, levantando los dedos de la mano a medida que habla—. Regresabas de a saber dónde, después de haber estado con a saber quién ¿y te agobiaba a preguntas? No, nada de eso, me comportaba como una buena esposa y me alegraba de que estuvieras conmigo cuando solo me dabas las migajas de tu tiempo. Tampoco me permitiste ganarme la vida...

—Oye, trabajabas en la empresa...

—Claro, en *tu* empresa —me interrumpe enfatizando el posesivo —. Para tenerme entretenida, obviamente, y para que te contara los pedos de los ricachones, no se te olvide.

—Vale, lo admito, ese fue mi plan inicial.

—Como se te ocurra decir que lo sientes...

—Si te sirve de algo, no estoy orgulloso —digo, y noto que estoy llevando muy mal esta conversación.

—Menos mal que ya no me creo tus trolas, Finley. Lo mío me ha costado. Pensar en ti al principio era doloroso, pero por fin he conseguido superarlo.

Miente, su expresión la delata.

—¿Me has echado de menos? —le planteo, y me acerco un poco más.

—Por supuesto. No es sencillo olvidar diez años y pico de mi vida de un plumazo —admite, y percibo que está haciendo esfuerzos por no llorar. No quiero que sea valiente, prefiero que sea comprensiva y, si tiene que espetarme algo, que lo haga, que no se guarde nada para que, una vez arreglemos esto, no haya espinas clavadas.

—Yo tampoco puedo olvidar estos diez años, Siena.

—Si te soy sincera, algo que siempre he sido contigo, a veces he llegado a pensar que hubiera sido mejor seguir ignorándolo todo.

—Joder... —mascullo porque sus palabras son duras.

—No me arrepiento de lo que hice y, por favor, no lo hagas tú tampoco, pues estoy segura de que volverías a repetir cada paso. Eres como eres, no tiene sentido negarlo.

—¿Y eso qué cojones significa? —pregunto, y me quedo a un paso de tocarla.

—Si hubieras sido un aburrido funcionario, o un avaro empresario, quizá no me hubiera enamorado de ti. Ahora bien, eso no quita que me hicieras daño —afirma, y se frota las sienes.

—Y, según tú, ¿qué debo hacer ahora?

Se ríe sin ganas y acorta las distancias hasta acariciarme la mejilla. Hostia puta, esto no entraba en mis planes, no al menos que ocurriera tan rápido.

—Pasar la noche conmigo —responde, y de verdad, de todos los escenarios posibles que he contemplado antes de venir aquí, es quizá el único que no se me ha pasado por la cabeza—. ¿Sorprendido?

—Sí —susurro, y será de las pocas veces que soy cien por cien sincero.

—De eso se trata, Finley —apostilla—. De que sea yo quien marque el ritmo. Pero no te hagas ilusiones, solo una noche. Porque serás un cabronazo pero follas como nadie.

—¿Y después? —inquiero.

Que haya alabado mis dotes amatorias no sé si es un cumplido.

—Te vas por donde has venido —sentencia.

La propuesta es una trampa en toda regla. Resulta evidente, pretende utilizarme. Estoy por decirle que me encanta ser utilizado, el problema es que Siena carece de una de mis cualidades y es la falta de escrúpulos. A ella los sentimientos le afectan mucho más que a mí. No sé por qué me da esta ventaja o si es consciente de que está dejando entrar al zorro en el gallinero. Ahora bien, me da la oportunidad de al menos acercarme a ella. Y, tengo que admitirlo, saber que me ha echado de menos sienta de puta madre.

—Siena, yo pensaba hacer las cosas de otro modo —confieso, y, puesto que la tengo a mi alcance, no voy a ser tan estúpido como para desaprovechar la oportunidad de tocarla.

—Ahora tengo mi vida, planes de futuro en los cuales tú,

sintiéndolo mucho, no apareces.

Sé cuáles son esos planes, aunque confío en que ella me los confiese porque quiero ser partícipe.

—¿No me vas a dar una oportunidad? —pregunto en voz baja, y la miro directamente a los ojos mientras rodeo su cintura con el brazo para atraerla hacia mí.

—¿Para qué? Eres como eres —dice encogiéndose de hombros.

—Esta vez pretendía hacer las cosas bien, Siena —reconozco en voz baja hablándole al oído para así de paso rozarle con los labios la sensible piel y comprobar que aún reacciona a mi contacto como la primera vez—. Mis padres llegan mañana, quieren conocerte.

Ella se echa hacia atrás y me mira algo confusa, así que continúo intuyendo que esta situación tiene visos de arreglarse.

—Ya sé que los visitaste, pero ahora es diferente. Digamos que sería una presentación formal, incluyendo a tu familia, porque ¿no crees que ya es hora de que se conozcan?

—Finley, no seas cabrón y manipulador —me acusa, y sonríe de medio lado sin apartarse de mí—. Algo me dice que es una maniobra para llevarme a tu terreno; no obstante, a estas alturas me da igual. Has tenido muchos años para ello y siempre te mostraste esquivo.

—La relación con mi padre nunca fue buena —alego, y seguramente en otro momento le contaré los pormenores, pero aprovecho para dejarla con la intriga—: ¿Sabes que mi madre era una espía de la RDA y mi padre cayó en su red?

Es una versión abreviada y un tanto peliculera, pero merece la pena porque la cara de Siena es de verdadero interés.

—¡Vaya! —exclama—. No me extraña que tú hayas salido así.

—Así, ¿cómo?

No espero a que me responda, la beso, que ganas no me faltan.

Y a partir de este momento... ya vamos viendo.

Capítulo 39

Un rato después
Cocina de Siena, antigua estación de ferrocarril,
Pardueles, España
19.55 horas

SIENA

Hay llamas que ni con el mar (gracias, otra vez, Mecano), pues, en efecto, es así cómo me siento al sentir la presión y el calor de sus labios. Y el contacto de sus manos sujetándome de la cintura. Quizá he sido gilipollas y debería haberlo besado antes de dejarlo hablar porque me doy cuenta, a medida que el beso se hace más intenso, que solo él sabe despertar estas sensaciones tan intensas en mi cuerpo.

Es más, con Finley las palabras son un estorbo, la mejor manera de enfadarme. Lo más acertado es ser espabilada y tomar de él lo único que me deja satisfecha y que menos daño me hace.

Voy a utilizar una comparación cursi: me derrito igual que un azucarillo en un café caliente. Porque él no solo sabe dónde está cada resorte que hace a mi cuerpo vibrar, también cómo tocarlo, activarlo, y de ahí que me tenga en apenas unos segundos ansiosa por follar. He sido cursi con la comparación, así que ahora toca ser explícita al admitir el resultado.

—Siena... —gruñe, y, claro, si ya sus labios me desarman, esas manos curiosas (que aún no han llegado a mi sexo, el cual ya está húmedo, pero que lo harán en breve no sin antes dejar una huella invisible en cada poro de piel que toquen) me provocan, pues con las yemas de los dedos me acaricia la nuca; ahora hay que sumar su voz ronca pronunciando mi nombre, suplicante, y el resultado (ineludible) es este: yo cachonda e intentando saltarme varios pasos para que me folle y lamentando llevar la ropa encima.

Una lucha contra cualquier cosa, incluyendo los sentimientos, y a

veces se cree ganadora (ilusa); en cambio, estos se ríen en tu cara sin disimulo alguno y te dan un zasca en toda la boca.

El problema es que Finley besa tan bien que debería aplicar el dicho de «sarna con gusto no pica».

No solo me devora la boca, me muerde el labio inferior y consigue en cero coma revolucionarme. Esto último es la suma de dos factores: abstinencia + recuerdos, y si encima el muy puñetero parece que se ha bañado en feromonas, pues imaginad: sigo siendo el azucarillo derretido.

Una excusa muy pobre, ¿a que sí?

Lo siento, no encuentro otra.

Al estar contra la encimera de la cocina, no tengo escapatoria y él, hábil, me sujeta del culo para sentarme y de manera automática yo le doy total acceso al separar las piernas y Finley (al que no hace falta darle más indicaciones) se coloca entre ellas. Esto permite que podamos no solo besarnos, también mordernos, tirarnos del pelo, jadear, suspirar y sobarnos de cintura para arriba. Igualmente nos permite encajar nuestros cuerpos y en mi caso sentir su erección, aún confinada dentro de los pantalones.

Como me parece insuficiente, y antes de meterle mano, presiono por encima de la bragueta y él, además de gruñir encantado, mueve las caderas para que yo continúe.

Por eso, cuando sus manos empiezan a levantar mi andrajosa sudadera, yo agarro la hebilla de su cinturón, me dispongo a soltarla y entonces...

—¡Abre la puta puerta, cabronazo!

Unos golpes furiosos aporrean la puerta. De inmediato Finley y yo nos quedamos paralizados, jadeantes porque ambos estamos muy excitados y además, por desgracia, reconocemos la voz.

Más golpes.

—¡No te vas a acercar a mi hermana, maldito embustero!

Finley se peina con los dedos, me mira como diciéndome sin palabras «Esto no es posible» y se aparta antes de mascullar:

—Joder, no me lo puedo creer.

Su lamento me resultaría cómico si no fuera porque mi estado es similar al suyo. La frustración propia de quien está muy excitado y tiene que parar en seco.

—¡Sé que estás ahí, hijo de puta, abre de una maldita vez! —

insiste Romeo.

Finley me mira de una forma intensa, acojona incluso. Es una mirada feroz y me excita más aún. El problema es que tengo un visitante que sigue aporreando la puerta.

—Ve a abrir, antes de que tire abajo la jodida puerta —me pide con aire de resignación, pues sabe tan bien como yo que, ante la furia de un hermano controlador y metomentodo, hay poco que se pueda hacer.

Me bajo de un salto de la encimera, no hay tiempo para mirarme en un espejo o echarme agua fría en la cara para rebajar (que no ocultar) mi acaloramiento, y me dirijo hasta la entrada. Quito el pasador y, sin decir ni hola ni nada, Romeo entra seguido de Andrea, que sonríe satisfecha (traducido: ha sido la chivata), y tras ella, toda la comitiva, mis padres y amigas. Estoy por apostar que hay gente de Pardueles rondando la estación para ver el reality que involuntariamente protagonizamos.

Joder, voy a mandar que me hagan una valla que rodee la propiedad, para evitar curiosos.

—¡Hijo de puta! —le espeta mi hermano, y noto que intenta contenerse porque tenemos público.

—Si me dejas que te explique... —comienza a decir Finley, pero Romeo, que no le da un guantazo de milagro, lo interrumpe.

—Ni explicaciones ni hostias —lo espeta con rabia acercándose hasta mi exmarido para acojonarlo pero este mantiene el tipo—. Abandonaste a mi hermana, la dejaste hecha una mierda y ahora pretendes aprovecharte de ella.

Finley va a defenderse de las acusaciones, que no son tan infundadas, pero yo me adelanto porque a estas alturas de la película no necesito que un hombre me saque las castañas del fuego.

Y porque la historia entre mi ex y yo tiene muchos matices que nadie conoce, de ahí que sea mejor parar esto.

Ojo, no he perdonado a Finley. Que conste.

—Romeo, cálmate, ¿vale? —le pido, y mi padre, con tono más tranquilo, interviene:

—Te considerábamos un hijo, Finley.

—Mi Siena no se merecía esto —murmura mi madre.

Percibo que a Finley le afectan más las palabras de mis padres, sosegadas pero firmes, que la escandalera de Romeo.

—Vamos a dejar una cosa clara —intervengo, y miro a Andrea primero porque, si bien quiere protegerme, esta no es la manera—. Finley no es un santo y, sí, me dejó tirada como una colilla.

El aludido, al que miro de reojo, arquea una ceja, pero yo prosigo:

—Y si alguien tiene que mandarlo a la mierda, esa soy yo, ¿estamos?

—No me jodas, hermanita...

—¿Estamos? —repito.

Todos ponen cara de «nos vamos a meter en tu vida quieras o no», de ahí que me toque ser más vehemente.

Finley quiere intervenir, obviamente, eso de ser el macho dominante que arregla las situaciones lo lleva en el ADN y quiere demostrarlo; no obstante, le dirijo una mirada de advertencia para que no abra el pico.

—Así que os vais por donde habéis venido y me dejáis a mí solucionar esto.

—Pero...

—Es que...

—Te abandonó...

Levanto la mano para que se callen, porque no necesito ahora que me recuerden lo sucedido, y después señalo la puerta.

—¡Fuera!

—Qué difícil es esto de ser una buena amiga —se queja Andrea negando con la cabeza.

—Hay que dar una oportunidad al amor —susurra Pau, siempre tan romántica.

—Da igual que cerréis con llave, nos vamos a enterar de todo —suelta Eva María.

—No te voy a dejar a solas con él —se obstina Romeo, pero su primer amor, es decir, Eva María, le hace un gesto y mi hermano cede.

«Tiran más dos tetas que dos carretas», decía mi abuelo.

—Hija, ¿por qué no vienes a casa con nosotros? —propone mi padre creyendo que apartándome de Finley este se irá del pueblo.

—Papá, no te preocupes. Sé lo que hago.

—Siena, joder... que tu marido es un... —lo intenta Andrea.

—Exmarido —puntualizo interrumpiéndola, y el aludido se cruza de brazos y sigue callado; no es tonto y sabe que es mejor permanecer

en segundo plano.

—Es un mentiroso —insiste Andrea, y se acerca para cogerme de la mano y en el proceso comportarse como una macarra y empujar a Finley.

—Yo también te quiero —susurra él con deje burlesco.

—Sé muy bien qué es y os agradezco vuestra preocupación, pero soy mayorcita, así que, venga —señalo la puerta, que ya están tardando—, dejadnos solos.

Por suerte todos se marchan en procesión, aunque a un ritmo bastante lento. Mi amiga es la última en salir y por eso le pido:

—De momento no le hagas nada a su coche.

—Ya veremos...

Nos quedamos a solas.

Otra vez.

Finley, en lugar de preguntarme por dónde íbamos, adopta su actitud controladora y mientras yo me siento en la encimera él cierra la puerta con llave, se asegura de que las ventanas no pueden abrirse desde fuera y baja todas las persianas antes de mascullar:

—No has invertido suficiente en seguridad, aquí puede entrar cualquiera. Esto es una puta pesadilla.

—Esto es Pardueles, aquí nadie cierra con llave las casas —replico, y él niega con la cabeza porque tengo claro cómo es respecto a este asunto.

Yo sé muy bien lo obsesionado que siempre ha estado con las medidas de seguridad. Cuando vivía con él en Manhattan daba la sensación de que estaba en la cámara acorazada de un banco en vez de en un apartamento.

—¿Por dónde íbamos? —le pregunto a ver si se olvida de los cierres, y retoma lo que estábamos haciendo antes de la interrupción.

No muy convencido de que nadie nos chafe de nuevo el momento, camina hacia mí con su aire peligroso y excitante. Lo siento si me he pasado de cursi, pero es así. Finley no puede evitarlo. Aire felino, creo que lo llaman.

Cuando se sitúa entre mis piernas (aleluya), me mira fijamente y murmura:

—¿Dispuesta a todo?

Asiento. Yo le digo que sí a todo y mañana ya se verá.

Me besa, no necesita permiso y tampoco creo que me lo hubiera

pedido. Yo respondo con la misma intensidad y me ocupo de quitarle la americana y dejarla caer a sus espaldas. Lo siguiente por lógica sería la corbata; sin embargo, la agarro y tiro de ella para que me preste atención.

—No me decepciones —le advierto, y sabe que no me refiero al polvazo que vamos a echar—. Y tampoco te hagas ilusiones.

Esto último es para reafirmar mi idea de que, si bien entre nosotros esa estupidez de «solo sexo» es imposible, al menos quede claro que no voy a volver al redil de la esposa que él sin duda busca con esta aparición inesperada.

No responde, obvio, pues sabe que poco o nada puede decir si quiere continuar. Mejor, sobran las palabras; ahora quiero hechos.

Vuelvo a sentir su boca estimulando cada terminación nerviosa del cuello y alrededores, al tiempo que sus manos se cuelan por debajo de la sudadera. No llevo sujetador.

—Levanta los brazos —me pide en un susurro, y obedezco.

Enseguida me desnuda de cintura para arriba y, tras mirarme unos segundos en los que confieso que me desconcierta, pues quizá haya notado algún pequeño cambio en mi cuerpo («aún es pronto», pienso), se inclina para atrapar un pezón entre sus dientes.

Ningún hombre ha logrado que algo en principio molesto pueda resultar tan erótico. Enredo las manos en su pelo y le clavo ligeramente las uñas para que sea más agresivo porque lo necesito, maldita sea.

Tras dejarme el pezón sensible, incluso diría que magullado, vuelve a besarme en la boca y yo aprovecho para desabrocharle los pantalones. Con impaciencia (no merece la pena fingir lo contrario), se los bajo junto a los bóxers por debajo del culo.

Hay que dejar las intenciones claras desde el principio.

Finley sonríe un instante y musita:

—Aguanta medio minuto.

—¡¿Perdona?!

Parpadeo porque, en vez de seguir mi ritmo, da un paso atrás y entonces entiendo el motivo, mis pantalones. Me muevo sobre la encimera para que me los quite junto con las bragas, dejándome solo con unos calcetines rosas con margaritas.

—Muy bonitos —dice disimulando una sonrisa.

—Es lo más erótico que tengo.

No obstante, la broma dura bien poco pues enseguida me sujeta de la cintura para metérmela de golpe. Nos quedamos quietos un instante, un maldito instante mirándonos a los ojos como si ambos quisiéramos... no sé... Es extraño, difícil de definir. Podría intentarlo, pero paso, prefiero sentir la conexión, sin etiquetas. Ya se las pondré mañana cuando me despierte y se haya ido.

Uno de los dos debe poner fin a este trance. Sí, con Finley es y será diferente, pero yo soy quien reacciona y me acerco para susurrarle al oído:

—¿Se te ha olvidado cómo se folla?

—Muy graciosa.

—Porque, conociéndote, doy por hecho que durante este tiempo has estado con unas cuantas.

—No tantas como piensas —replica admitiendo que no voy desencaminada.

No soy celosa, nunca lo he sido. Solo me jodió saber que estaba «casado» con otras dos y que me engañara con alguna más mientras estuvimos juntos; sin embargo, ahora ya me da igual. Yo tampoco he sido una santa y he descubierto que no merece la pena cabrearse.

Además, me recuerdo, es solo un rollo, un polvo (o dos, que los necesito) y largo. Una apuesta segura hacia el orgasmo.

Lo beso y él comienza a moverse, más despacio de lo que me gustaría, y para dejarme aún más confundida oigo esto:

—El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme excepto tú...

La cuestión no es el significado de la frase, que ya de por sí es lo suficientemente confusa, sino que Finley ha pronunciado cada palabra entonando una melodía y continúa mientras comienza a embestirme.

Es la primera vez que lo oigo cantar de esta forma, tan suave, tan concentrada, diciéndome que nunca imaginó que amaría a alguien como yo, nunca pensó que perdería a alguien como yo...

Y sigue follándome, al ritmo de una canción, que suena a melancolía, la cual creo haber escuchado hace mucho aunque no logro identificar. Yo gimo, me retuerzo y Finley no pierde el ritmo.

—¿A qué perverso juego juegas para hacerme sentir de esta manera? —prosigue susurrándome cada palabra.

—Finley... —jadeo, y él me mira.

Me va a hacer llorar porque estoy demasiado sensible, excitada... y confusa.

Por eso no quiero oírlo decir con ese tono ronco y melancólico que es extraño lo que el deseo obliga a hacer a los amantes y, para acallarlo, le tapo la boca con la mano y aun así continúa tarareando la canción, aunque por fortuna sin que llegue a entender ni una sola palabra.

Cierro los ojos y dejo que todo mi cuerpo tome el control, que las emociones (qué cabronas son) se vayan un rato a tomar por el culo mientras disfruto solo de lo que me interesa, que luego ya me vendrá el bajón y lloraré hasta quedarme dormida.

Por fin él deja de tatarear la maldita canción, que por desgracia aún no he reconocido y que no es precisamente la alegría de la huerta, para follarme como tanto ansío. Ya ni noto el frío de la encimera bajo mi trasero porque Finley empuja con brío y yo me aferro a él con brazos y piernas.

Vuelvo a buscar su boca, a gemir pegada a sus labios, manteniendo los ojos cerrados para que todo sea más intenso.

—Siena... joder, Siena —jadea embistiéndome como un poseso.

Menos mal que me sujeta de las caderas porque, con tanto ímpetu, acabaría cayéndome.

Yo, aferrada a él, arqueo la espalda y elevo la pelvis, de ese modo la penetración es más profunda, pero Finley conoce mi cuerpo, tan jodidamente bien que no duda en ingeniárselas para colar una mano y presionar con el pulgar sobre mi clítoris, frotarlo con decisión, logrando que gima aún más alto hasta que resulte escandaloso y diga entre respiraciones entrecortadas:

—No pares, Finley, sí, ahí. Un poco más...

Darle instrucciones es ridículo, pero no estoy yo ahora para ser muy lógica, así que él, tan jadeante como yo, tensa la mandíbula, arremete con más fuerza hasta que yo me corro. Y entonces él también se deja ir.

Nos quedamos quietos, abrazados, unidos y respirando como si hubiésemos corrido kilómetros escapando del peligro y, a pesar de no estar a salvo, hiciésemos una parada con tal de coger aliento antes de reemprender la huida.

—Por cierto, ¿qué canción es esa que has cantado? —inquiero ahora que mi cerebro va recuperando en parte la capacidad cognitiva.

—*Wicked game* —susurra.

—Muy... ilustrativa —reflexiono, y él se mueve un poco, lo justo

para hacerme suspirar, pues estoy muy sensible ahí abajo y, ya puesta, en todo el cuerpo.

—Ya sé que eres más de boleros y de rancheras, pero es la canción que sonaba mientras detenía el coche junto a tu puerta.

—Qué casualidad —digo, y tengo uno de esos gestos que solo dos personas con nuestro pasado a cuestas pueden tener: lo peino con los dedos y le doy un beso de ferretería (muchos tornillos juntos).

Otra vez jadeantes, como si no hubiésemos echado un polvo, comenzamos el ritual de bocas, manos, humedad, calor extremo, erección causando estragos entre mis piernas... hasta que de repente todo se para en seco.

—Sé que no hay mejor lugar para mi polla —susurra, y se retira despacio.

Empiezo a notar el frío en el culo. Se abrocha los pantalones y, antes de que me baje de la encimera, me coge en brazos y añade con su tono expeditivo:

—Al dormitorio, que esto no ha hecho más que empezar.

Carga conmigo y no me suelta hasta que llegamos a la cama. Me quedo sentada viendo (algo embobada) cómo se desnuda y compruebo que se conserva jodidamente bien.

—¿Me quito los calcetines? —pregunto solo para no mantener la cara de gilipollas que con toda probabilidad tengo mientras me lo como con los ojos.

En vez de responder a la pregunta, se inclina y me besa justo sobre el vientre.

Ay, joder...

Capítulo 40

Unas cuatro horas después
Dormitorio de Siena, antigua estación de ferrocarril,
Pardueles, España
00.45 horas

FINLEY

Un hombre puede hacer planes y sentirse jodidamente satisfecho y orgulloso cuando salen bien. Es más, se esfuerza para que se cumplan las expectativas. Planifica los pasos, sopesa los posibles riesgos... en definitiva, intenta no dejar cabos sueltos que le supongan contratiempos, porque como siempre me repetían: los problemas no avisan.

Y, cuando no salen bien, procura sobreponerse a la adversidad y buscar alternativas, o, en casos extremos: el mal menor. Lamentaciones, las justas. Nunca he sido de esos que pierden el tiempo recreándose en los errores. Hay que buscar soluciones. Ya habrá tiempo de examinar quién o qué ha fallado para que no vuelva a ocurrir.

Ahora bien, mi situación es estos instantes, mientras abrazo a Siena, que duerme, es extraña, contradictoria incluso. Estoy satisfecho, por varias razones; no obstante, mis planes se han ido al carajo.

Esto es una paradoja en toda regla que me preocupa más que una misión fallida.

Durante todo este tiempo separados he estado al tanto de sus idas y venidas. No quería que corriera ni un solo peligro, y admito que a veces, cuando leía un informe en el que se mencionaba que tonteaba con algún hombre, me jodía bastante. Y cuando digo *tontear* me refiero a estar con otros hombres. Por suerte esas relaciones han sido fugaces, intrascendentes.

Me costó bastante no intervenir.

Gilipollas no soy y por tanto sé que ella se ha acostado con otros, algo que jamás le recriminaré, sería absurdo porque tampoco esperaba que se encerrara en casa y se aislara del mundo, puesto que esas actitudes son peligrosas. Si Siena hubiera acabado deprimida, no me lo habría perdonado jamás; de ahí que continuase con mi plan de no intervenir y seguir vigilándola desde la distancia.

Fue sencillo infiltrar a un colaborador en la empresa que hizo la reforma y que además se aseguró de que nadie la engañara con los materiales, los plazos y el presupuesto.

Me da igual si alguien piensa que soy un puto maníaco controlador. Lo soy y lo seré siempre. Y más cuando se trata de ella. ¿Debería cambiar? A lo mejor, poniendo mucho empeño, lo lograría; no obstante, perdería parte de mi encanto porque, admitámoslo, estoy entrenado para tomar decisiones (acertadas o no) y disfruto manejando los hilos; es tan estimulante, tan jodidamente adictivo... demasiado como para dejarlo. Me aburriría.

Por eso, antes de presentarme aquí, me he pasado una semana repasando cada parte de mi plan, pero dos días antes de venir a este pueblo recibí un último informe sobre Siena y me quedé perplejo porque, de todas las situaciones (más o menos propicias) que me planteaba, quizá era el único escenario en el que no había pensado.

Ella tarde o temprano me lo confesará, porque en tres meses ya no se lo podrá ocultar a nadie. He tenido la sensación, cuando la he besado en el vientre, de que iba a contármelo.

¿Debo enfadarme?

No, Siena siempre ha querido ser madre y, si bien aún no conozco todos los detalles (no he tenido tiempo de averiguarlos), ahora toca replantear el asunto. Me gustaría que confiara en mí de nuevo, hasta el punto de que me hable de ello antes de que lo averigüe por mi cuenta.

Que lo haré, en cuanto encuentre conexión decente a internet.

Eso sí, una cosa tengo clara: no voy a separarme de ella. Esa tontería de que una noche y largo de aquí... ha sido muy graciosa, no lo niego, pero un poco ingenua. El hecho de que me haya soltado la tontería de que solo quiere pasar una noche conmigo no es más que una forma de ponerme a prueba, eso lo tengo claro; sin embargo, debo ser precavido.

Como he dicho antes, es como abrirle la puerta del gallinero al

zorro. ¿Va a conformarse este con mirar a las gallinas y no hacer nada? Pues eso, que Siena me ha abierto la puerta y echarme de su vida será misión imposible.

De ahí que afirmar que la primera parte no ha ido mal es una realidad. Estos dos años separados, por obligación, han hecho que al menos ella no se haya vuelto rencorosa y me haya dado la oportunidad de explicarme. Es otra de las virtudes de Siena, se enfada (como todo el mundo), pero después no se comporta como una cabrona.

Voy a ser paciente, por supuesto. Aunque seré sincero y más de uno estará de acuerdo conmigo en que una mujer de la valía de Siena no está hecha para vivir en un pueblo, pasear por el campo, arar las tierras y poco más. Su inteligencia y sus aptitudes dan para algo de mayor calado, y por eso de algún modo iré llevándola a mi terreno. Y aunque ella lo niegue, sé que disfrutó cuando me acompañó en su hasta ahora única misión.

Lo hizo todo tan jodidamente bien... Demostró tener intuición, se fijó en los detalles, aguantó sin perder los nervios y se sobrepuso a lo que ella creyó un fracaso. Me siento muy orgulloso y no solo porque yo la elegí y le enseñé, sino porque superó todas mis expectativas.

Y, ya es tontería negarlo por más tiempo, me conquistó, me dejó K.O. y me tiene cogido por los huevos.

Es cierto que en este tiempo ha sabido apañárselas sola... bueno, con la ayuda de su familia y amigas; en una palabra, sin mí. No obstante, eso se acabó. He vuelto para quedarme, ahora ya no hay secretos (o al menos no muchos) entre nosotros. Confío en Siena mucho más de lo que alguna vez he confiado en otra persona y no solo eso, joder, la quiero.

Recalcular mis planes significa que de momento tendré que trasladarme a este pueblo, a esta casa, con ella. Así, de primeras, deberé delegar algunos asuntos en colaboradores de máxima confianza y asumir algún contratiempo, pero también es una magnífica oportunidad para reconquistar a los padres de Siena y sobre todo a mi cuñado, porque Romeo se las trae.

Con mis suegros será relativamente más sencillo porque ambos son comprensivos; ahora bien, con mi cuñado tendré que utilizar información reservada sobre cierta modelo que rompió con él hace un año.

Pero eso será mañana, o pasado... o ya puestos, la semana que viene. Ahora tengo otros asuntos entre manos.

—Sea lo que sea que estás maquinando, olvídate —murmura.

Sonrío, no puedo evitarlo. Y también la abrazo con más fuerza, pegándome a su espalda. Uno no es consciente de lo que se echa de menos algo en apariencia tan simple hasta que duerme una noche tras otra solo.

Porque no he vuelto a compartir un espacio tan íntimo con ninguna, ni lo haré. Hace mucho que ella es la definitiva. Antes de venir aquí, cambié las reglas respecto a Helga (es la única que podía tocarme los cojones) y no le quedó más remedio que aceptar o hubiese acabado mal. Con Candance todo siempre fue más sencillo y de momento no he variado nada de nuestro acuerdo.

—Pensaba que dormías, teniendo en cuenta el maratón que nos hemos dado follando —digo en voz baja, y no es un reproche, pues yo encantado de repetir.

Ella, algo inquieta, se mueve hasta girarse y quedar frente a frente.

Estamos en penumbra, lo cual permite ver nuestros gestos, no con total definición, pero al menos sé si me hace burla o alguna pedorreta.

—Es imposible dormir contigo al lado...

—Si te refieres a mi erección, tranquila, es culpa tuya, no has hecho más que restregar tu culo —la interrumpo, y ella me pellizca el brazo.

—No, no me refiero al misil apuntándome todo el rato, sino a tus maquinaciones. Los engranajes de tu maquiavélica cabeza chirrían, Finley.

Sí, su tono es de guasa.

—No puedes saber lo que estoy pensando —replico de buen humor, y le acaricio la mejilla.

Estas son las conversaciones, a veces surrealistas, que siempre me han encantado, porque Siena y sus ocurrencias hacen que uno tenga que ser rápido e irónico en las respuestas.

—Más bien me importa un pimiento; ahora bien, no quiero que me incluyas, que nos conocemos.

Sonrío y me inclino para darle un beso rápido.

—No me culpes por querer protegerte —hace una pedorreta, muy de su estilo—, y tampoco por querer tenerte a mi lado.

—Pues haber confiado en mí en vez de jugar a los tipos duros sobreprotectores —me replica—. Y ya que estamos, no quiero que me protejas.

Va lista si piensa que no lo voy a hacer, aunque mejor me callo.

—De acuerdo. Me quedaré al margen —miento, y ella resopla; no me cree.

—Por cierto, tengo una duda, a tus otras esposas, ¿cada cuánto las visitas?

—Siena... —siseo como advertencia, aunque si pudiera le daría un buen azote en el culo. No como castigo, sino como incentivo.

—La pregunta es lógica. Tengo que conocer tu modus operandi y adaptarme a él.

Sonrío... es puñetera y ocurrente.

—Entonces, ¿pretendes que te visite... no sé, tres, cuatro veces al mes y punto?

—Hummm... Es buena idea —admite, pero añade con ironía—: Aunque tendrás que avisar antes de venir, por si me pillas ocupada.

—Entendido —accedo pese a que es una estupidez, no pienso dejarla sola.

Cuando me vaya, ella vendrá conmigo, solo que aún no lo sabe.

—Y nada de truquitos de manipulador, ¿estamos?

«Truquitos de manipulador», el eufemismo del siglo.

—¿Y qué hago con mis padres? Llegan mañana.

Siena tuerce el gesto. La conozco, no le gusta ser descortés. Y durante mucho tiempo me hizo preguntas sobre mi familia que yo evitaba responder y si lo hacía era para desviar la atención.

—Vale, te puedes quedar unos días —accede, y yo sé que unos días pueden significar unos meses y después...

—Siena... —jadeo cuando se mueve rozándome la polla.

—Háblame de tus padres, para no meter la pata con ellos.

—¿Ahora?

—Ajá.

A punto estoy de decirle que cuidado con mi padre, estudiará cada gesto o palabra. Cuando se presentó en Saguenay, Siena no tenía ni idea de a dónde iba; sin embargo, ahora...

Nah, mejor dejo que lo descubra ella sola.

—Finley... —jadea a su vez porque comienzan las maniobras de despiste.

Lo mejor en estos casos es no hablar más de la cuenta, así que opto por la política de hechos consumados; es decir, actuar sin pedir permiso. Me acerco a ella y busco sus labios. Enseguida me responde y yo me coloco encima.

—Hummm... —ronronea dándome completo acceso, pues me rodea la cadera con una pierna.

Quiero ir despacio, es el momento de ir despacio porque, tras el polvo de la encimera y los dos posteriores, uno siente la necesidad de ser tierno y porque quiero disfrutar.

—Me parece que tres o cuatro visitas al mes van a ser insuficientes —murmuro sin apenas despegar los labios de la suave piel de su cuello.

—Tienes una edad, Finley —se guasea, y arquea la espalda buscando mayor contacto—. No estás para excesos.

—Tranquila, como acabo de demostrarte, tengo cuerda para rato —alego, y se la meto de golpe, consiguiendo que lance uno de esos jadeos tan obscenos que me revolucionan aún más si cabe.

Me retiro, solo por el placer de contemplar su expresión de mosqueo, y en vez de penetrarla me dedico a acariciarle el coño y a divertirme mientras ella resuella algo contenida para no hacerme saber lo mucho que le gusta.

—¿No vas a cantarme algo bonito para ponerme a tono? —me provoca.

Y yo, que no dejo de acariciarla con la punta de la polla sin llegar a metérsela, sé lo mojada y caliente que está.

—Siena, cariño, estás empapada —digo en voz baja—. Pero si te empeñas...

No me viene a la cabeza otra canción, así que le tarareo el estribillo de *Slave to love* y a ella parece gustarle.

Se restriega bajo mi cuerpo con ganas y sin pudor, dejo que ella lleve la batuta durante un buen rato y, como quiero verla por completo, cambio de posición.

Arrodillado frente a ella, le paso las manos por debajo de los muslos y le alzo la pelvis para penetrarla.

Siena echa las manos hacia atrás y se agarra al cabecero antiguo de latón; de esa forma puede ejercer más fuerza y yo me dejo llevar. Responde a cada envite atrapándome con su cuerpo y gimiendo.

—¿Así te parece bien o quieres que sea más intenso? —le

pregunto entre jadeos.

—¿Desde cuándo consultas? —replica—. Siempre has sido bastante dominante.

—Y nunca oí quejas al respecto.

No es el momento de esta conversación; mejor dicho, nunca lo es, de ahí que opte por no decir nada más y me concentro en lo importante.

Siena se muerde el labio a medida que mis embestidas se tornan más agresivas; pese a que mi intención inicial era ser delicado, me temo que voy a fracasar. Me incita, me desarma y me lleva a donde le da la puta gana. He de tener cuidado para que no lo descubra, o estaré perdido.

Qué cojones, estoy perdido de todas formas.

Es mejor asumirlo cuanto antes.

—Finley... —musita cuando le alzo las piernas hasta que sus talones descansan sobre mis hombros y, aferrándome a sus tobillos, puedo ser todavía más contundente porque es lo que Siena, con sus gemidos, me pide.

Sé que está cerca de correrse y cambio ligeramente el ángulo de penetración. Ella farfulla sin dejar de gemir algo parecido a:

—Joder, qué bueno...

Así que arremeto sin parar hasta que Siena suelta los barrotes del cabecero y esboza una sonrisilla un tanto pícara. Dejo caer sus piernas y me echo hacia delante para alcanzar sus labios, la beso y me corro sintiendo cómo me rodea con piernas y brazos.

—¿Satisfecha? —pregunto entre susurros tras conseguir regularizar mínimamente la respiración.

Me aparto solo un poco para poder mirarla a la cara.

—Depende de cómo se mire —responde sonriendo, y me peina con los dedos.

Bueno, pasaré por alto la ambigüedad que encierran esas palabras y me limitaré a abrazarla mientras ambos caemos dormidos y mañana...

... Mañana empieza todo.

Banda sonora

Retorciendo palabras, ℗ 2004 Dro East West, SA, interpretada por Fangoria.

Ciega, sordomuda, ℗ 2002 Sony Music Entertainment (Holland) BV/ MTV Networks Latin America Inc., 2001 Sony Music Entertainment (Holland) BV, 2000 Sony Music Entertainment (Colombia) SA/ MTV Networks Latin America Inc., 1998, 1995 Sony Music Entertainment (Colombia), interpretada por Shakira.

Suspicius mind, ℗ 2002 Sony Music Entertainment, interpretada por Elvis Presley.

Propuesta indecente, ℗ 2013, 2014 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Romeo Santos.

Bachatica, ℗ 2021 Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Leslie Grace.

Valió la pena, ℗ 2004 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Marc Anthony.

Bailando salsa, ℗ 2005 BMG Rights Management and Administration (Spain) SLU, interpretada por Mecano.

La vida es un carnaval, esta compilación ℗ 2016 Machete Music, interpretada por Celia Cruz.

You know I'm no good, versionada por Ash Riser.

No sé por qué te quiero, ℗ 1997 BMG Music Spain, SA, interpretada por Ana Belén y Antonio Banderas.

Just in time, ℗ 2013 Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Tony Bennett.

Fly me to the moon, ℗ 2008 Frank Sinatra Enterprises, LLC, interpretada por Frank Sinatra con la colaboración de Count Basie y su orquesta.

You make me feel so young, ℗ 2017 Verve Label Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Ella Fitzgerald.

I'm your man, ℗ 2007 Reprise Records, interpretada por Michael Bublé.

Sobreviviré, ℗ 2000 Sony Music Entertainment (Holland) BV, interpretada por Mónica Naranjo.

Never can say goodbye, esta compilación ℗ 2000 Universal Motown Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Gloria Gaynor.

Contigo aprendí, ℗ 1997 Warner Music Benelux BV. Una compañía de Warner Music Group. Bajo acuerdo exclusivo con Jason Recording System Ltd. Todos los derechos reservados, interpretada por Luis Miguel.

Never gonna give you up, ℗ 1987 BMG Rights Management (UK) Limited, interpretada por Rick Astley.

Last dance, A Mercury Records Release; ℗ 2003 UMG Recordings, Inc., interpretada por Donna Summer.

Smooth operator, ℗ 1983, 1984, 1985, 1988, 1992, 1993, 1994 Sony Music Entertainment (UK) Ltd., interpretada por Sade.

Paquito el Chocolatero, ℗ 2008 Gesorgal, interpretada por la Orquesta Panorama, con la colaboración de King África.

Killing me softly, ℗ 1973 Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y WEA International Inc. para el mundo fuera de Estados Unidos, interpretada por Roberta Flack.

With or without you, esta compilación ℗ 2017 Island Records, una división de Universal Music Operations Limited, interpretada por U2.

Sing for absolution, ℗ 2003 A&E Records Limited, interpretada por Muse.

Stupid girl, ℗ 2015 Almo Sounds Inc., interpretada por Garbage.

Adagio en G menor (Albinoni), ℗ 2009 Warner Music Group - X5 Music Group, interpretada por la Orquesta Filarmónica de Londres yDavid Parry.

Volver, ℗ 2013 Leader Music, interpretada por Carlos Gardel.

Amanecí en tus brazos, ℗ 2000 BMG Entertainment Mexico, SA De CV, interpretada por José Alfredo Jiménez.

El Rey, ℗ 1988 BMG Music, interpretada por José Alfredo Jiménez.

Me cuesta tanto olvidarte, ℗ 2005 BMG Rights Management and Administration (Spain) SLU, interpretada por Mecano.

El 7 de septiembre, ℗ 1998 BMG Rights Management and Administration (Spain) SLU, interpretada por Mecano.

Wicked game, ℗ 1989 Wicked Game y Primary Wave bajo licencia

exclusiva de Sun Label Group, LLC, interpretada por Chris Isaak.

Slave to love, ℗ 2021 UMG Recordings, Inc. FP, interpretada por Bryan Ferry.

Ya no creo en tus promesas
Noe Casado

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Diseño de la cubierta: Sophie Güet
© Ilustración de la cubierta: Natalia Lukiianova / Alamy / ACI y Sobolevskyi – Freepik
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Noemí Ordóñez Casado, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-08-27066-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Megan Maxwell

Y ahora supera mi beso

esencia

Y ahora supera mi beso

Maxwell, Megan
9788408265986
576 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hola, me llamo Amara y estoy aquí no para hablaros de mí, sino de Liam Acosta, ese guapísimo empresario que se dedica al negocio del vino en Tenerife y que sigue soltero porque quiere, pues siempre tiene a una legión de mujeres pendientes de él.

Por lo que sé, un día recibió **una misteriosa llamada telefónica en la que le pedían viajar a Los Ángeles por un asunto urgente,** que resultó ser, ni más ni menos, que un bebé. A Liam, al principio, le costó mucho admitir su paternidad, pero cuando vio a la criaturita, el mundo se movió bajo sus pies: al igual que él, tenía el ojo derecho de dos colores.

Así que, muy agobiado y tremendamente perdido, regresó a Canarias con su hijo, pero se dio cuenta de que necesitaba a alguien que le echara una mano y, por recomendación de mi amiga Verónica, me contrató a mí.

De pronto, Liam y yo, dos personas independientes y acostumbradas a no tener que dar explicaciones a nadie, hemos tenido que ponernos de acuerdopor el bien del pequeño. Y eso ha hecho que, sin apenas darnos cuenta, hayamos reconocido el uno en el otro a la persona que nunca hubiéramos esperado encontrar.

Cómpralo y empieza a leer

NOE
CASADO
EN EL
PUNTO
DE
PARTIDA
ICE STAR, 2
esencia

En el punto de partida. Ice Star, 2

Casado, Noe
9788408264521
392 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Ella me traicionó y yo le salvé la vida.

Nunca he hecho excepciones con nadie, solo con ella.

A cambio, le puse algunas condiciones.

Primera: jamás regresaría al país.

Segunda: no contactaría bajo ningún concepto con sus seres queridos.

Tercera: no podría llevarse ningún objeto de su vida actual.

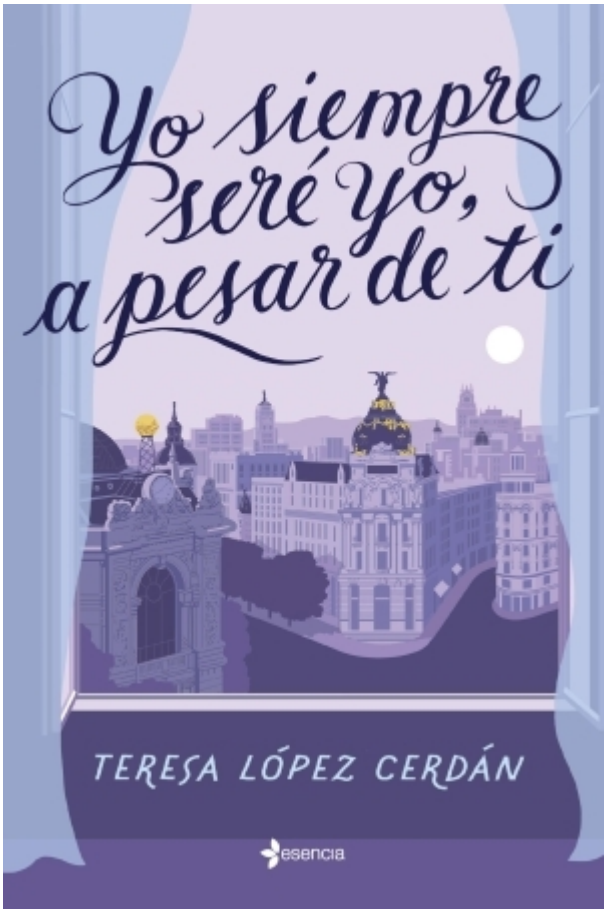
Cuarta: se olvidaría de mí.

Ha pasado el tiempo y creo que no se ha saltado ni un requisito; no obstante, me voy a asegurar de ello, pese a la promesa que me hice a mí mismo de no volver a ponerme en contacto con ella.**Durante los últimos meses he cumplido por obligación con mi parte, sin embargo, ella es mi debilidad.**

Echaré la vista atrás, una última vez, antes de seguir con mi vida.

Porque lo de olvidarla es imposible.

Cómpralo y empieza a leer


Yo siempre seré yo, a pesar de ti
TERESA LÓPEZ CERDÁN
esencia

Yo siempre seré yo, a pesar de ti

López Cerdán, Teresa

9788408270188

304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una novela que nos habla del amor en el siglo XXI y, sobre todo, del amor propio, el crecimiento personal y la lucha contra los estándares sociales.

Karma (Laura) es una mujer que roza los treinta. Trabaja de teleoperadora en unos grandes almacenes y comparte piso con su amigo Roberto. Son una dupla galáctica y funcionan mejor que cualquier matrimonio convencional.

La vida de Karma da un vuelco de ciento ochenta grados cuando conoce a Leo, su *match* de Tinder. Leo acaba con todos sus miedos y hace que se sienta como una diosa en la cama y fuera de ella.

Sin embargo, ella convive con los monstruos de su pasado, con la carga de pesar más de lo que la sociedad acepta como normativo, con la necesidad de volver a terapia y con la creencia de tener una autoestima que en realidad no es tan férrea como ella piensa.

Karma somos un poco todas, Karma se construye de todas las mujeres que me inspiran, Karma soy yo.

¿Por qué se le han de romper los esquemas a una mujer empoderada cuando un hombre aparece en su vida?

Cómpralo y empieza a leer

Carmen M. Darie
@theromanticcorner
Arizona in Love
matchstories

Arizona in Love

M. Darie, Carmen

9788408272557

320 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

A menudo conducir te lleva a tu destino, pero ¿qué pasa cuando el destino te pilla por el camino? Descúbrelo en esta novela romántica *new adult* con un Cupido en forma de Mustang.

La vida es eso que pasa mientras haces otros planes…

Lo único que quería Scarlett era pasar las vacaciones en Utah con su madre.

Lo único que Christopher ansiaba era poder escapar de una vez por todas de la telaraña de su familia.

Pero con lo que ninguno de los dos contaba era con que el Mustang de Scarlett dejaría de funcionar en mitad de la nada y **los planes de ambos se verían truncados para siempre**.

Christopher será el mecánico encargado de arreglar el coche y, quizás, de **ponerpatas arriba el corazón de la chica**.

Una historia de pasión e intriga en la que **Scarlett y Christopher se verán obligados a dejar de lado su orgullo y apartar sus diferencias**.

A veces, aunque no busques el amor, **solo hay que dejar que dos corazones latan al mismo tiempo**.

Cómpralo y empieza a leer

Megan Maxwell

¿Y si lo probamos...?

NO APTO PARA MENORES DE 18 AÑOS

esencia

¿Y si lo probamos...?

Maxwell, Megan
9788408261483
496 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¡Hola!

Me llamo Verónica Jiménez, tengo treinta y ocho años y soy una mujer independiente, trabajadora, autónoma y, según dicen quienes me conocen, bastante cabezota y controladora. Vale, lo confieso, lo soy. Pero ¿acaso hay alguien perfecto?

Yo era de las que creía en princesas y príncipes, hasta que el mío se convirtió en un sapo y decidí que el romanticismo no era para mí. Así que para horror de quienes me rodean, me impuse tres reglas para disfrutar del sexo sin compromiso.

La primera: no enrollarme nunca con hombres casados. Soy de las que respetan y jamás hago nada que no me gustaría que me hicieran a mí.

La segunda: el trabajo y la diversión nunca han de mezclarse. No no. ¡Ni loca!

Y la tercera, pero no por ello menos importante: siempre con hombres menores de treinta años. ¿Por qué? Pues porque sé que ellos van a lo mismo que voy yo: ¡a disfrutar!

Te aseguro que hasta el momento estas normas me han dado muy buenos resultados. Sin embargo, en uno de mis viajes de trabajo he conocido a **Naím Acosta, un hombre de unos cuarenta, seguro de sí mismo, atractivo, sexy y tremendamente romántico, que me está volviendo loca**.

Es verlo y el corazón se me acelera. Es oír su voz y toda yo me acaloro. Es pensar en él y noto que en mi estómago corren elefantes en estampida. **Sé que somos muy diferentes, pero los polos opuestos se atraen, y nosotros no paramos de chocar, y probar y… y… y…**

Bueno, mejor me callo, dejo que leas y cuando termines ya me dirás si tú habrías probado… ¿O no?

Cómpralo y empieza a leer